



MUJERES-MONTAÑA

Vivencias de guerrilleras y colaboradoras del FMLN

Norma Vázquez | Cristina Ibáñez | Clara Murguialday

MM

MUJERES-MONTAÑA

Vivencias de guerrilleras y colaboradoras del FMLN

Norma Vázquez | Cristina Ibáñez | Clara Murguialday

Diciembre de 2020

Esta publicación ha sido posible gracias a la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID). El contenido no refleja necesariamente la postura de la AECID

Mujeres Montaña surge de una investigación financiada por la Fundación Carlos Chagas de Brasil y la colaboración de la organización salvadoreña las Dignas. El CCESV apoya esta publicación como parte de las acciones de su programa de igualdad de género, Generos.AS

Agradecimientos especiales a

Amanda Castro,
Presidenta de las Dignas
Morena Herrera, que durante la Escuela Generos.A nos contó algunas de las historias que aparecen en esta publicación

Directora del Centro Cultural de España en El Salvador

Eloisa Vaello Marco

Coordinación de la publicación

Cristina Algarra Luján
Morena Herrera
Mariana Moisa

Fotografías

Museo de la Palabra y la Imagen

Autoras

Norma Vázquez
Cristina Ibáñez
Clara Murguialday

Edición

Clara Murguialday

Diseño

Jimena Pons Ganddini.
Workaholic People

Imprenta: Maya Print
500 ejemplares

AECID

Miguel Alberto, Director de Relaciones Culturales y Científicas.
Pablo Platas, Jefe del Departamento de Cooperación y Promoción Cultural
Marisa Sánchez, Jefa de Área Red de Centros Culturales
Héctor José Cuesta Romero, Departamento de Publicaciones

Catálogo general de Publicaciones Oficiales

<http://publicacionesoficiales.boe.es>

© De esta edición: Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo
Avenida de los Reyes Católicos,
4 28040 Madrid, España

© de los textos: sus autoras
© de las imágenes: Museo de la Palabra y la Imagen

NIPO: 109-20-069-8
NIPO en línea: 109-20-073-7

Edición no venal

Centro Cultural de España en El Salvador

Calle La Reforma 166. Colonia San Benito. San Salvador.
Teléfono. +503 2233 7300
Correo: info.ccesv@aecid.es
www.ccesv.org



CCESV

ÍNDICE

- 08 Una nueva edición necesaria
- 16 Agradecimientos
- 18 Presentación
- 28 Introducción
- 54 **El contexto de la Guerra Civil Salvadoreña**
Una historia de pobreza y violencia: de la formación del estado-nación hasta 1970
- 58 Gana espacio la opción por la lucha armada: los años 70
- 62 A las puertas de la guerra: 1979-1980
- 64 La guerra civil: 1981-1992
- 64 *La ofensiva general (1981-1992)*
- 64 *Los frentes guerrilleros: resistir, avanzar y desarrollarse (1981-1983)*
- 65 *La guerra de baja intensidad (1984-1989)*
- 67 *La ofensiva "al tope": el comienzo del fin de la vía armada (1989)*
- 69 *La ofensiva "al tope": el comienzo del fin de la vía armada (1989)*
- 72 La posguerra
- 72 *Los Acuerdos de Paz*
- 74 *El Programa de Ajuste Estructural*
- 75 *Las "elecciones del siglo"*
- 77 *Los movimientos sociales en la transición*
- 80 **Los elementos del Proyecto Revolucionario Salvadoreño**
- 80 *Una utopía y un "hombre nuevo" para construirla*
- 84 *La lucha armada: camino para llegar al socialismo, crisol donde se forja el guerrillero*
- 86 *Los sujetos revolucionarios: la relación entre las masas y la vanguardia*
- 88 *La moral construida en el proyecto revolucionario*
- 92 *Las mujeres y las relaciones genéricas en el proyecto revolucionario*

- 98 Los mandatos de género en situaciones límite**
- 98 *Género y sexualidad*
- 102 *Género y maternidad*
- 104 *La guerra como situación límite*
- 107 *La guerra y su impacto en las subjetividades*
- 112 Vivencias de guerrillera y colaboradoras**
- 112 Motivaciones de las mujeres para incorporarse a la lucha armada o colaborar con el FMLN
- 112 *Clima de agitación social*
- 114 *Religión y familia*
- 116 *Elección consciente y represión gubernamental*
- 119 *Los hijos e hijas*
- 121 Lo femenino al servicio de la guerra
- 121 *Los campamentos guerrilleros*
- 128 *Las zonas bajo control guerrillero*
- 133 *La guerrilla en la ciudad*
- 138 *Las cualidades y habilidades femeninas puestas al servicio de la guerra*
- 144 Vivencias sexuales en tiempos de guerra
- 144 *Las niñas que fueron: la construcción del prototipo de la feminidad tradicional*
- 148 *La línea del FMLN sobre sexualidad y su adecuación a las distintas fases de la guerra*
- 155 *El placer de las mujeres*
- 159 *El ideal de pareja y las dificultades para concretarlo*
- 166 *Libertad sexual o promiscuidad y prostitución: diferentes valoraciones para un mismo fenómeno*
- 173 *El acoso sexual y la violación*
- 178 *Un “problema inexistente”: la presencia de lesbianas y homosexuales ¿o su invisibilización?*
- 180 Vivencias maternas en tiempos de guerra
- 180 *Aprendiendo a ser madres*
- 181 *Concepción y actitudes del FMLN en torno a la maternidad*
- 184 *El deseo de ser madres y su realización*
- 187 *Anticoncepción y aborto*
- 191 *El cuidado de los hijos e hijas*

198	Vivencias en la posguerra
198	<i>Acuerdo de Paz, desmovilización y reinserción</i>
205	<i>Los costos emocionales de la guerra</i>
208	<i>Balance de su participación</i>
212	<i>Cambios ocurridos en sus concepciones y prácticas sobre sexualidad y maternidad</i>
222	Conclusiones
232	Epílogo
252	Referencias
256	Bibliografía

EDICIÓN NECESARIA

ELOISA VAELO

Directora del CCESV

Los Centros Culturales de España en el exterior son espacios de encuentro, de debate y de pensamiento. Son recintos cuya programación se prolonga más allá de sus límites físicos y se convierten en *No Lugares* para la Creación Artística, la Cultura y el Desarrollo. Son laboratorios donde lo importante no siempre es el resultado sino el camino recorrido, con un objetivo final siempre presente: trabajar en pro de un mundo más justo y sostenible.

El trabajo de los Centros Culturales de España se enmarca en tres líneas, que podrían ser horizontales: Promoción Cultural Española, Cooperación Cultural y Cultura como factor de Desarrollo. Además, y en igualdad de condiciones, esas tres líneas se cruzan con otras transversales, que podrían ser verticales: Igualdad de Géneros, Derechos Humanos y Medioambiente. Al final, en la red que definen esas líneas o ejes conceptuales, se definen y se ponen en marcha proyectos, programas y actividades que configuran nuestra programación. En la mayor parte de los casos, estos programas no abarcan un solo eje, sino que se expanden por la red contaminándose de varios enfoques y abarcando diversas líneas de trabajo.

Así surge Generos.AS, el programa de Géneros del Centro Cultural de España en El Salvador (CCESV). Un programa que reúne las iniciativas en materia de Igualdad de Géneros del CCESV, incluyendo exposiciones, formación, debates y conversatorios, teatro, música y danza, cine y en general una programación muy diversa que, si bien tiene un protagonismo muy destacado en marzo y noviembre, se extiende a lo largo de todo el año.

Generos.AS plantea un espacio de reflexión y debate sobre igualdad y equidad de género, erradicación de la violencia contra la mujer, reivindicación de los derechos de las niñas y de las mujeres, educación en igualdad, respeto a los derechos sexuales y reproductivos, re-

UNA NUEVA

flexión en torno a los paradigmas patriarcales vigentes y generación de pensamiento en torno al feminismo y la comunidad LGBTQ+.

Generos.AS se encuentra alineado con el ODS 5: *Lograr la igualdad entre los géneros y empoderar a todas las mujeres y las niñas*. Y persigue los objetivos establecidos por la Estrategia de Género de la Cooperación Española que establece como *objetivo general de desarrollo promover el pleno ejercicio de los derechos humanos y la ciudadanía de las mujeres, mediante el empoderamiento de las mismas en todas las esferas de participación, tratando de reforzar medidas concretas que afiancen el cumplimiento de los derechos económicos, sociales, sexuales, políticos y culturales de las mujeres en todos los países socios de la Cooperación Española*.

En el marco de Generos.AS, en el año 2019 pusimos en marcha la primera edición de La Escuela Generosa, un espacio de formación y encuentro en feminismos para conocer y profundizar en sus orígenes, sus objetivos y su evolución. En esta primera edición de la escuela queríamos poner el foco en el origen del movimiento feminista en El Salvador y en ese sentido tuvo un papel muy relevante la ponencia de la reconocida activista feminista Morena Herrera. Morena abordó la situación de las mujeres en el movimiento guerrillero salvadoreño y cómo una parte de éstas, tras la firma de los Acuerdos de Paz, se cuestionan el sentido y el ser de sus vivencias durante la lucha guerrillera, poniendo el foco en su subjetividad como mujeres, especialmente en la maternidad y la sexualidad. En este contexto, Morena contó la existencia de unas publicaciones en torno a las *mujeres-montaña* que despertaron gran expectación entre los participantes de la escuela, e interés en conocer más y mejor las situaciones que marcaron en gran medida el origen de los movimientos feministas salvadoreños actuales.

Cuando conocimos la investigación coincidimos con Morena Herrera en la importancia de retomar esa línea de trabajo, viendo la posibilidad tanto de reeditar las publicaciones que se editaron en su día, y que ya estaban agotadas, como de seguir investigando en otras direcciones, especialmente en lo relativo a las nuevas voces que surgen de las hijas y nietas de las *mujeres-montaña*.

Por ahora, el primer paso ha sido recuperar la primera publicación, que se hizo de la mano de la editorial feminista horas y Horas (Madrid, 1996) y que ya estaba agotada e inaccesible. De ahí surge el libro que ahora tienen en sus manos. Excepto los tres primeros textos de apertura, escritos en el año 2020, el resto del libro es una reedición de la publicación original de “Mujeres - Montaña”, en el año 1996. Y es en ese contexto que hay que entender los textos, que por otro lado, como van a comprender con la lectura, son absolutamente vigentes por las reflexiones que plantean.

El libro surge de la necesidad existencial de un grupo de mujeres que habían sido parte de la guerrilla de contar cómo vivieron la guerra y cómo fue su participación en el movimiento guerrillero, desde su subjetividad de mujeres. Surge como una necesidad de reflexionar sobre el pasado para generar espacios de igualdad y de reivindicación feminista en la construcción del nuevo mundo que se estaba perfilando para El Salvador tras los Acuerdos de Paz.

Estas mujeres eran conscientes de que sus reflexiones no siempre iban a ser bien acogidas por sus compañeros de lucha y que, de algún modo, supondrían una ruptura. Este punto lo analizan muy bien y con mucha profundidad tanto Morena Herrera como Amanda Castro, actual presidenta de la organización feminista Las Dignas, en los textos introductorios que vienen a continuación, por lo que yo no haré más incidencia. Tan solo me gustaría destacar la importancia que tuvo en esa época, tras los Acuerdos de Paz, la puesta en marcha de espacios de reflexión y de confianza, donde estas mujeres pudieron contar sus experiencias, procesar lo que habían vivido y sentido como mujeres, compartir sus recuerdos y vivencias en torno a la maternidad y la sexualidad.

Fue doloroso para ellas asumir que la igualdad de género no estaba entre las prioridades de lucha y que reivindicarla no siempre fue bien aceptado por los poderes que surgían de los Acuerdos de Paz. En palabras de Morena, fue casi como una ‘escisión vital’ el darse cuenta de que estas vivencias y reflexiones no eran asumidas por los grupos guerrilleros que, tras la guerra y los Acuerdos de Paz, se reinventaban como partido político. Y por tanto, que para las mujeres que hacían públicas estas denuncias y reflexiones, el camino feminista implicaba dejar atrás unas causas y un movimiento por el que habían estado dispuestas a dar la vida. Implicaba una dolorosa ruptura con aquel movimiento al que habían pertenecido y con el que habían luchado para cambiar el mundo.

También lo menciona Amanda Castro cuando dice que hubo un pacto de silencio porque estas reflexiones amenazaban los relatos de gloria y heroísmo: 'Miedos, resistencia a revivir el dolor y un clima político que está priorizando otros aspectos de la reconstrucción nacional, fomentan el silencio en torno al impacto de la guerra en la subjetividad femenina y particularmente, en torno a las vivencias sexuales, reproductivas y maternas.' Amanda representa la nueva generación de mujeres feministas que no lucharon en la guerra, pero sí lo hicieron sus padres, y de algún modo eso marca su mirada feminista, muy enraizada en la Memoria.

En la actualidad, el movimiento feminista salvadoreño ha crecido y los partidos políticos lo han asumido en parte, pero eso no implica que esté verdaderamente imbricado en la lógica de partidos, ni en la lógica de gobierno, ni en la lógica de poder. Todavía quedan demasiados logros por asentar y demasiadas luchas pendientes. Y es por eso que desde la AECID y desde el CCESV consideramos necesaria la reedición de este libro, para que siga siendo un relato vigente en la sociedad actual salvadoreña e iberoamericana. Cuando nos acercamos al 30 aniversario de los Acuerdos de Paz, y al 25 aniversario de la primera edición de este libro, sus testimonios y reflexiones siguen siendo claves para hacer memoria y construir futuro.

No puedo terminar sin agradecer a Morena Herrera y Mariana Moisa su implicación para la reedición de este libro, a Amanda Castro, en nombre de Las Dignas, por su impulso a la investigación y su apoyo para realizar esta nueva edición, a la editorial horas y Horas, que nos ha puesto todas las facilidades. Y también a todas las mujeres que siguen luchando cada día para la consecución de un mundo más justo, donde la violencia y la desigualdad de género sean vistas como rarezas a perseguir y no como situaciones cotidianas a tolerar.

Ojalá esta reflexión de paso a otras muchas, donde las hijas y nietas de las *mujeres-montaña* tomen la palabra. Y ojalá estas reflexiones den lugar a cambios. No podemos construir un futuro que no sea feminista. No hay verdadera democracia sin una justa y equitativa participación de las mujeres. Y cuando hablamos de un proyecto político, no podemos olvidar que toda sociedad se construye a partir de lo micro, y esa construcción es por la que debemos comenzar. Construyendo una sociedad de cuidados y justicia, de respeto y tolerancia, que desmonte y supere las jerarquías y privilegios del patriarcado sobre las que se ha establecido nuestro actual sistema político.

MORENA HERRERA

Activista feminista y defensora de DDHH

Hay sueños que acaricio largamente y busco caminos para hacerlos realidad, la reimpresión del libro *Mujeres-montaña* ha sido uno de ellos. Encuentro varias razones para esta búsqueda: en estas páginas se encuentran mis propias vivencias y las de otras mujeres y hombres a quienes conocí durante el conflicto armado en El Salvador. Yo también fui una de “los muchachos” a quienes alimentaban y cuidaban las *mujeres-montaña*, así, sin distinción entre muchachas y muchachos porque en ese tiempo aparentemente no había diferencias si eras mujer o eras hombre, pero como podrán leer, eso sólo era una apariencia porque en la realidad sí las había y, a veces, muy dolorosas.

Mujeres-montaña formó parte de 4 publicaciones que hicimos en los primeros años de la posguerra, en el seno de la organización feminista Las Dignas. Todo nació a partir de la lectura colectiva del Informe de la Comisión de la Verdad “De la Locura a la Esperanza”. En un grupo de casi 30 mujeres nos dimos cuenta de que todas teníamos experiencias que podíamos haber presentado como denuncias ante la Comisión, pero no lo hicimos. Teníamos miedo, sentíamos que había cosas que nos ahogaban, que era preciso hablar. Así reconocimos la necesidad de reflexionar, de procesar lo que nos había pasado y poco a poco fuimos abriendo caminos al *dolor invisible de la guerra* para poder nombrarlo y sanar; generamos espacios de confianza para decir “esto no sólo me pasó a mí” pero me ocurrió y fue justo en los espacios donde estábamos tratando de cambiar el mundo.

Poner palabras, nombrar nuestras experiencias en torno a las vivencias de la sexualidad y de las maternidades en guerra no fue fácil, fue doloroso y al mismo tiempo nos fue librando de culpas. Ese todavía era un tiempo de urgencias, la más importante: construir nuestra propia autonomía, como personas, como feministas y también como organización para la acción política feminista. Sólo haciéndonos cargo de nuestras propias vidas, de las decisiones propias, podíamos hacer el ejercicio crítico que necesitábamos. Porque allí también estaba nuestra propia historia.

Cuando lean el epílogo de esta publicación tendrán la evidencia de que, en aquel momento, aún teníamos esperanza en que una izquierda que había sido muy radical en muchos aspectos también podría asumir el desafío de una postura crítica, ante la interpelación que los testimonios de las mujeres les hacían. Queríamos contribuir a que asumieran, en ese nuevo momento, unas prácticas políticas y sociales más liberadoras. Organizamos una presentación a la que asistieron algunos hombres y mujeres que habían tenido liderazgo

en los frentes guerrilleros, escucharon nuestras propuestas pero no se perturbaron y continuaron en el proceso de convertirse en partido político para la disputa de poderes, sin cuestionar las conductas, prácticas y valores sexistas y patriarcales del pasado, tampoco de aquel presente.

Los análisis y la interpretación feministas que hicimos de la participación de las mujeres en el conflicto armado significaron, para un importante número de salvadoreñas, una fuente de entusiasmo personal y un marco para entender mejor algunas experiencias propias que hasta entonces se vivían en solitario y con culpa. El feminismo permitió también un enriquecimiento de la visión crítica sobre la sociedad y una fuente renovada de estímulo transformador. Esto fue parte del proceso de dejar de ser organizaciones supeditadas a agendas y mandatos partidarios para convertirnos en organizaciones y un movimiento con agenda feminista propia.

De esta manera analizamos los aprendizajes de mujeres en situaciones límite, como fue la guerra, pero también en otro tipo de desastres como los huracanes y terremotos que hemos vivido en estos años. Desde aquí reconocimos la importancia de recuperar la subjetividad, un ámbito descuidado en las formas de participación que hasta entonces habíamos tenido, la necesidad de incluir en los procesos de reconstrucción la transformación de las identidades. En el caso de las mujeres, con huellas profundas por las vivencias de la guerra y por las experiencias vitales de exclusión, marginación y discriminación vividas aún en el seno de los movimientos de liberación.

Cuando *Mujeres-montaña* se convirtió en libro con el apoyo de personas solidarias y de la editorial horas y HORAS de Madrid, quisimos compartirlo con otras feministas de El Salvador y Centroamérica. Compartíamos con ellas la huella de la *escisión vital*, un sentimiento de orfandad que nos partía internamente porque la necesidad de abrir caminos a la construcción de un movimiento y formas de convivencia feministas implicaba dejar atrás un movimiento y unas causas por las que habíamos estado dispuestas a dar la vida, pero que nos postergaba como mujeres y no priorizaba nuestros derechos y nuestras aspiraciones de libertades. Del diálogo sobre estos temas con otras feministas nació otra publicación, *Montañas con recuerdos de mujer*, que recoge experiencias y reflexiones feministas de mujeres participantes en las guerrillas de Chiapas y Centroamérica.

Dos décadas después, es necesario reconocer que hay derechos conquistados que hoy necesitamos defender, teniendo en cuenta que las alianzas actuales entre los movimientos y expresiones feministas con otros movimientos sociales y partidos políticos requieren ser miradas críticamente, porque las prácticas, conductas y concepciones patriarcales siguen estando presentes. Habrá que agudizar nuestras miradas para colocar donde sea necesario el aporte de la crítica feminista.

Con los años han ido cobrando fuerza otros deseos para la reimpresión de *Mujeres-montaña*: la necesidad de compartir estas vivencias con las propias hijas, con las nietas y con otras jóvenes que no vivieron la guerra pero que, a veces, en talleres sobre diversos temas, traslucen sus ansias de conocer, de encontrar discursos y narrativas de heroísmos románticos sobre la participación de las mujeres en la guerra. Creo en el impulso y creatividad de las feministas jóvenes, en su capacidad de ampliar y diversificar los movimientos feministas, que serán más fuertes aún si recuperan la memoria histórica, si logran mirar el pasado con sentido crítico y sin romanticismo.

Ha llegado la hora de que las hijas y las nietas de las *mujeres-montaña* tomen la palabra.

AMANDA CASTRO **Presidenta de Las Dignas**

Esta nueva edición del libro "*Mujeres-montaña. Vivencias de guerrilleras y colaboradoras del FMLN*" constituye, en este particular e intenso momento histórico, un aporte a la necesaria revisión histórica que urge desplegar para construir un presente que se desprege de los fantasmas y amnesias del pasado. Los pactos de silencio, todo aquello que se calló porque amenazaba los cada vez más flacos relatos de gloria y heroísmo, y los dolores que quedaron atravesados en el cuerpo para no incomodar a nadie, han terminado debilitando y enfermando nuestra memoria, hasta el punto de que ya casi no somos capaces de recordar quienes podemos ser.

Por eso las palabras de las *mujeres-montaña* resuenan aún más inmensas todavía, dejando ecos que marcan rumbos y que nos hablan de procesos personales y colectivos de liberación y sanación, de los que esta sociedad está tan desesperadamente necesitada.

Leer hoy *Mujeres-montaña*, a casi 30 años de la firma de los Acuerdos de Paz, es una invitación para sentir y reflexionar al menos en tres direcciones. La primera de ellas, la de reconocer que no hay proyecto de liberación posible sin la participación de las mujeres. Ni en el pasado ni en el futuro. Somos nosotras la fuerza real, es decir, la fuerza que hizo y hace posible sostener la vida, sin la cual hasta la más deseada libertad pierde sentido. Y no obstante, como muestran los valientes relatos de este libro, dicha tarea fue hecha entre enormes sacrificios, bajo el imperativo mandato de género que propició todo tipo de abusos basados en la división sexual del trabajo, ante

la cual el proyecto revolucionario no tuvo ninguna palabra liberadora, en un proceso que, en el mejor de los casos, proponía una transformación de la puerta de las casas hacia fuera, o un “hombre nuevo” con los mismos hábitos y costumbres de siempre. Tal vez, en parte, sea en estas tempranas claudicaciones donde haya que buscar las causas de su fracaso.

La segunda invitación que el libro nos deja es a aprender de nuestras experiencias. Justo hoy, cuando el movimiento feminista lidera la exigencia de transformación de nuestras sociedades proponiendo alternativas económicas y culturales revolucionarias, es necesario asumir no solo que lo personal es político, sino también que no hay proyecto político de emancipación que pueda construirse sin poner en el centro la dignidad de las personas, y muy especialmente de las mujeres, dadas las necesidades de justicia y reparación que aún tenemos pendientes. Hoy que se habla de la urgencia de insurreccionar las esferas de lo micropolítico, somos las mujeres las llamadas a recrear un imaginario de la sexualidad, de los afectos, del lenguaje y del deseo, que ponga en jaque no solo al proyecto del capital, sino también a las agotadas pretensiones del patriarcado y la colonialidad.

Por último, el libro nos invita a identificar y rescatar la potencia femenina en la transformación de la realidad. En las últimas tres décadas las mujeres salvadoreñas han pasado de ser *mujeres-montaña* a ser mujeres-agua, mujeres-territorio, mujeres-maquila, mujeres-soberanía alimentaria, pero también niñas-madres y mujeres-fosas comunes, en uno de los países con más feminicidios del mundo. Relegadas de las grandes decisiones, silenciadas y sometidas a las más brutales formas de explotación, es sobre nosotras que han caído con mayor brutalidad los efectos del neoliberalismo instaurado tras la firma de los Acuerdos de Paz. Esta no es paz para nosotras. Y es justamente desde esta verdad, que las mujeres seguiremos trabajando incansablemente por recuperar nuestra historia y relanzarla, junto a las hijas y las nietas de las *mujeres-montaña*, hacia la merecida y ganada celebración de nuestras propias vidas.

CIMIENTOS

Este libro pudo ser escrito gracias al apoyo de muchas personas, particularmente mujeres interesadas en analizar las repercusiones en la vida cotidiana de los dolorosos procesos de guerra que ha vivido la región centroamericana en los últimos años.

En primer lugar, queremos agradecer la colaboración de las sesenta mujeres que nos contaron sus vivencias durante la guerra. Apreciamos su valor a sabiendas de que para muchas de ellas la entrevista significó un momento amargo al revivir experiencias tristes y sacar a la luz sus frustraciones y añoranzas. También es cierto que hubo algunas risas al recordar anécdotas que, con el paso del tiempo, resultaban graciosas o absurdas, y más de una apreció el tener un espacio donde compartir por primera vez sus recuerdos.

También queremos dar las gracias a Facundo Guardado, Gloria Castañeda, Ernesto Zamora, Ana Cisneros, Margarita Villa Franco, Francisco Mena Sandoval, Héctor Acevedo, Roberto Cañas, Manuel Melgar, Xóchilt y otros dirigentes del FMLN que prefieren quedar en el anonimato, por su colaboración para esta investigación. Las entrevistas con ellas y ellos fueron fundamentales para reconstruir una parte de su historia hasta ahora desconocida para quienes no formaron parte de sus filas, e incluso para quienes habiendo estado en ellas no habían tenido tiempo o deseos de interrogarse sobre los temas tratados en este trabajo.

Para la elaboración del capítulo del contexto de la guerra civil salvadoreña contamos con la colaboración de Morena Herrera y Sonia Baires. Ellas aportaron su conocimiento y valoraciones al respecto, escribiendo partes del capítulo y revisándolo una vez concluido. El trabajo de Irma Quijada en la búsqueda de textos publicados e inéditos fue fundamental para la elaboración de los capítulos uno y dos del libro.

Cristina Garaizábal merecería ser la cuarta autora de este libro. La distancia fue lo único que impidió una participación más activa de su parte en la redacción del mismo. Sin embargo, sus ideas y aportes durante el análisis de las entrevistas, en una intensa semana de trabajo, están recogidos y sabemos que ella se sentirá incluida en estas páginas.

Esta investigación fue posible gracias al apoyo económico de la Fundación Carlos Chagas de Brasil. Ser becarias del Programa de Investigación sobre derechos reproductivos en su segunda versión (PRODIR II) fue un privilegio que nos permitió contar, además,

AGRADE

con el apoyo y valiosas sugerencias de Elizabeth Jelin, Verena Stolcke y Teresita de Barbieri a lo largo del año que invertimos en esta investigación. Los comentarios de Albertina de Oliveira, coordinadora del programa, del resto del equipo del PRODIR, así como de las otras becarias, fueron también un valioso aporte para este trabajo.

Hay que agregar que este trabajo no hubiera sido posible sin el apoyo de todo el equipo de las Dignas, tanto para ubicar a las mujeres a entrevistar como con sus comentarios durante la redacción y la discusión del borrador, y su aporte en las tareas logísticas y administrativas. Así mismo, queremos agradecer la colaboración de las compañeras del Movimiento Comunal de Mujeres de Morazán, del Movimiento de Mujeres “Mélida Anaya Montes” de Santa Ana y San Salvador, del Movimiento de Mujeres de Cuscatlán y del Instituto de Investigación, Capacitación y Desarrollo de la Mujer (IMU). Su entusiasmo con la investigación y la labor de convencimiento con algunas de sus asociadas o amigas nos permitieron recolectar la información para este estudio.

Sandra Ramírez y el equipo de transcriptoras que la rodeó -por cierto, varias de ellas exradistas- fueron un apoyo clave para las tareas operativas de este trabajo. Gracias a su paciencia tuvimos a tiempo las novecientas páginas de entrevistas a analizar.

Finalmente queremos agradecer el tiempo y disposición de los veintisiete integrantes de la dirigencia del FMLN y el Partido Demócrata, de las treinta feministas salvadoreñas y de las cuarenta feministas centroamericanas, que participaron en distintos eventos organizados entre noviembre y diciembre de 1995 para presentar la versión preliminar de este trabajo y recoger sus comentarios y sugerencias.

A todas y todos los antes mencionados, les damos las gracias por su apoyo. Nosotras nos hacemos, sin embargo, responsables de la forma final que adquirieron las reflexiones plasmadas en este texto.

TACIÓN

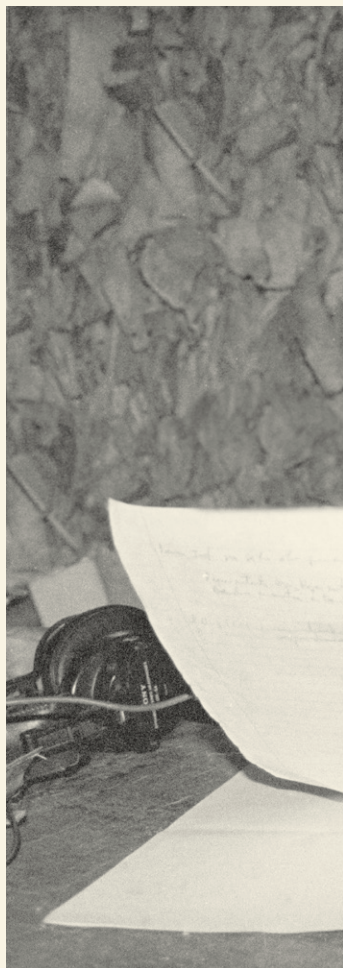
Cuando Norma Vázquez -coordinadora del equipo de investigación que llevó a cabo el trabajo que hoy tienes en tus manos- me llamó para pedirme que me encargara de la supervisión de dicha investigación, gustosamente accedí a su propuesta. Una vez más¹, un océano no iba a representar un obstáculo insalvable para trabajar con unas mujeres que - desde hace años - forman parte de mi vida. Así pues, en junio de 1995 volví a “cruzar el charco” para supervisar el laborioso trabajo que Norma, Cristina, Clara y Morena habían realizado.

Este libro es el resultado de un amplio esfuerzo colectivo en el que han participado mujeres que se involucraron, a fondo, en la guerra salvadoreña, en las filas del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN).

El objetivo del equipo investigador no era otro que el de reflexionar con ellas sobre el impacto de la guerra en sus concepciones y prácticas de la sexualidad y la maternidad. Hasta aquel momento ningún informe, relato o investigación de los muchos a los que ha dado lugar la guerra salvadoreña se había ocupado de estos aspectos cruciales de la vida de las más de 60.000 mujeres que participaron en las más diversas tareas de la guerra. Esta investigación viene a llenar, en parte, este inmenso vacío y a servir de acicate para posteriores estudios.

En las páginas que siguen las investigadoras manifiestan, modestamente, su deseo de que este trabajo pueda servir a las mujeres salvadoreñas supervivientes y al movimiento de mujeres para rescatar esa parte de su historia -silenciada hasta por ellas mismas- y para contribuir a que la reconstrucción nacional no desconsidere estos factores, vitales en sus vidas de mujeres y que, sin embargo, no habían encontrado plasmación en ninguna parte.

¹ Nuestra primera colaboración se dio con el proyecto titulado “Reconstruyendo nuestra identidad de mujeres”, fruto del que nacería el libro *El dolor invisible, una experiencia de grupos de autoapoyo con mujeres salvadoreñas*. Talasa Ediciones, Madrid 1994. De esta colaboración también forman parte talleres como el de “Subjetividad femenina”, que Las Dignas editaron en su colección *Memorias*, en septiembre de 1993.



PRESEN



Mariposa y Letty Radio Venceremos

-AMERICANO DE MUJERES

Lo cierto es que la investigación -incluso antes de ser publicada- ha trascendido los límites del “Pulgarcito de América” (como también es denominado El Salvador). En diciembre de 1995, las Dignas organizaron el Foro Centroamericano de Mujeres, realizado en San Salvador con el objetivo de presentar y debatir las conclusiones de esta investigación con mujeres que habían participado o estaban participando directamente en procesos armados en la región.

Una treintena de mujeres de Nicaragua, Honduras, Guatemala, El Salvador y México acudieron a la cita. Muchas de ellas habían tenido, o tenían en la actualidad, responsabilidades importantes en los movimientos políticos o en los grupos armados de sus respectivos países. Y la mayor parte trabaja ahora, de una forma u otra, en lo que podemos llamar con toda justeza movimiento feminista centroamericano.

Las sesiones se desarrollaron sobre la base de cuatro grandes ejes. El primer día se dedicó al análisis de los proyectos revolucionarios desde una perspectiva feminista. El segundo, al debate sobre las implicaciones que tuvo la guerra en la subjetividad de las mujeres que participaron en ella, especialmente en los aspectos relacionados con la sexualidad, maternidad, violencia y división de tareas. La tercera sesión se dedicó al impacto que la guerra y los propios proyectos revolucionarios habían tenido en la construcción del movimiento feminista o del movimiento de mujeres. Y la última sesión se dejó para elaborar las conclusiones.

Se hace difícil explicar en pocas líneas la intensidad de los debates que se desarrollaron durante cuatro días entre nosotras. Aunque había elementos comunes, también eran muchas las diferencias. Diferencias en cuanto a la resolución de los conflictos armados. Diferencias en cuanto al propio proyecto político que anima la acción armada, el componente indígena, las propias formas de lucha armada, el peso de ésta en relación a otros factores políticos, sociales,

EL FORO CENTRO

etc. Y diferencias en cuanto a las formas de participación en la guerra y las vivencias de las mujeres asistentes respecto a ese período.

Uno de los temas que más se debatió fue el papel de la lucha armada en los proyectos revolucionarios. Frente a intervenciones que descalificaban totalmente la violencia como medio para conseguir algo bueno, otras llamaban la atención sobre la violencia que los pueblos sufren por parte de los Estados, lo que implica una cierta necesidad de utilización de la violencia como forma de defensa. No obstante, casi todas coincidían en la falta de reflexión sobre este tema que se daba en los proyectos revolucionarios en los que habían participado. La influencia de las teorías del Che y la imagen mítica del guerrillero fueron sometidas a una dura crítica por parte de muchas de las asistentes. Para algunas, esta falta de reflexión había implicado que, en muchos casos, la guerra, a medida que se prolongaba, se convertía en un fin en sí misma, perdiéndose de vista los objetivos por los cuales se inició.

La dinámica infernal que las guerras conllevan, la jerarquización y clandestinidad extrema que se hace necesaria en esas condiciones, la dinámica amigo/enemigo (al amigo se le justifica todo y al enemigo no se le perdona nada), la polarización de los problemas, la guerra como canal legitimado para la agresión... todo ello fue analizado de manera muy crítica.

Las posiciones sobre este asunto estaban muy mediatizadas por las diferencias entre las que venían de guerras ya pasadas y las que aún estaban en procesos de lucha armada. También se planteaba que la dinámica creada por la guerra, tanto en relación a los métodos de trabajo -autoritarismo, verticalismo...- como por el tipo de relaciones que se establecían -sectarismo, consideración de “estás conmigo o estás contra mí”, etc.- eran una herencia que hoy se reproducía en el movimiento feminista.

Todas coincidían en criticar la idea del “sujeto revolucionario” formulada en términos de clase, como una visión estrecha de las

opresiones que generan estas sociedades. Ahora bien, en el desarrollo de los debates sobre este tema, algunas mujeres (quizá fruto de una insuficiente reflexión) aplicaban al análisis de la opresión de género el mismo esquema que se criticaba, convirtiendo a las mujeres en el nuevo sujeto revolucionario.

Se apreciaba que aún existían dificultades para reconocer la diversidad de situaciones entre las mujeres y cómo articular la unidad como movimiento. Las concepciones vanguardistas -heredadas de la tradición de la izquierda- pesaban en la consideración de las feministas como las portadoras de los *verdaderos* intereses de las mujeres y en la desconsideración de las *otras*, es decir, de aquellas mujeres que peleaban por asuntos como la sobrevivencia, el trabajo en las maquilas o las causas indígenas.

El racionalismo extremo de la tradición ilustrada pesaba de manera desigual según los grupos feministas y los países, y se manifestaba en un cierto desprecio hacia los aspectos subjetivos y los sentimientos. Este desprecio, unido a un peso fuerte de la ética utilitarista y del “deber ser”, ha llevado a ciertas tendencias normativizadoras que se apreciaban en algunos sectores de los movimientos feministas de los diferentes países.

Así mismo, fue de interés la reflexión crítica que algunas asistentes hicieron sobre lo que llamaban las concepciones estatalistas que, según ellas, aprisionaban a algunos sectores del movimiento feminista, imprimiendo una práctica que tendía a sobredimensionar lo *político* en detrimento de los aspectos más sociales.

Por último, se constató la influencia de la Teología de la Liberación en los proyectos revolucionarios de estos países. Influencia que -aunque tuvo aspectos muy positivos en muchos terrenos-, en los asuntos relacionados con la sexualidad y la maternidad fue especialmente conservadora, fundamentalmente en lo que hace al papel de las mujeres.

LA GUERRA EN LA SEXUA

Hablar, y sobre todo pretender valorar experiencias pasadas, tiene siempre el problema de que los recuerdos no permanecen en *estado puro*, sino que están tamizados por las nuevas experiencias y -particularmente en estos temas- por el desarrollo de la conciencia de género y de la teoría feminista. En los análisis sobre la sexualidad, y en parte también sobre la maternidad, este problema planeó durante toda la discusión que tuvo lugar el segundo día del Foro.

Una primera constatación en relación a las vivencias sexuales es que sigue existiendo una gran dificultad para hablar de ellas. Salvo las salvadoreñas -que habían discutido y profundizado en los resultados de su investigación- las demás mujeres denotaban la falta de debate colectivo sobre ese aspecto crucial de sus vidas.

Se notaba el peso de las concepciones tradicionales sobre la sexualidad masculina, como agresiva y con poder, y la sexualidad femenina, amorosa y sufriente. De la tensión en que las mujeres nos movemos entre el placer y el peligro, la mayoría de las asistentes recordaba la sexualidad en tiempos de guerra con más carga de peligro que de placer. Tan solo algunas reconocieron que la guerra permitió experiencias placenteras en el terreno sexual, al poner en cuestión las normas tradicionales con unas prácticas sobre las que nunca se reflexionó.

Costaba hablar desde el deseo, bien porque éste permanecía oculto, bien por el miedo a descubrirse “chicas malas”. La mezcla de la moral dominante, las influencias religiosas, la moral de la izquierda (que en muchos aspectos relacionados con este tema coincidía con la moral dominante) y cierto “deber ser” feminista impedía adentrarse por los caminos ocultos del deseo femenino.

El miedo a reconocer la diversidad de experiencias y vivencias sexuales de las mujeres no impidió que se discutieran las diferencias que se daban según la procedencia, edad, etnia u opción sexual. Se llegó a la conclusión de que era difícil generalizar en este terreno, pues el impacto de la guerra había sido muy diferente

EL IMPACTO DE LIDAD

según el bagaje sexual con el que cada mujer se había incorporado a ella.

Las situaciones de extrema violencia que muchas mujeres habían sufrido en tiempos de guerra, tanto por parte del enemigo como por parte de los compañeros de lucha, habían dejado fuertes huellas en las asistentes. De especial interés fue la reflexión sobre hasta qué punto existía una cierta tendencia a la victimización, producto de estas situaciones no elaboradas. Victimización que llevaba a resaltar en exceso los peligros que acechaban a las mujeres en el terreno sexual y que tendía a reducir la capacidad de elección de éstas.

La conclusión general de este capítulo fue que, a pesar de las penalidades, la incorporación de las mujeres a la lucha armada en las organizaciones revolucionarias había roto, en la práctica, muchas de las normas tradicionales del comportamiento sexual que se exige a las mujeres. Ahora bien, el hecho de no haber tenido oportunidad de reflexionar sobre estas experiencias, ni de crear nuevos referentes que permitieran vivir la sexualidad de manera más libre había significado que, en muchos casos, en los recuerdos pesaran más los aspectos negativos y las culpas.

*“Costaba
hablar desde
el deseo”*

FORO ¿QUÉ?

Obviamente, la experiencia del Foro es irrepetible. Poder discutir el impacto de la guerra en las concepciones y prácticas de la sexualidad y la maternidad de las mujeres salvadoreñas con mujeres que han participado o participan en procesos armados revolucionarios, intercambiar con ellas las conclusiones de esta original investigación solo ha sido posible, fundamentalmente, por la capacidad de Las Dignas de echar a volar su imaginación y por la tenacidad con la que han transformado este sueño en realidad.

Pero la lectura de las páginas de este libro y el debate que sin lugar a dudas suscita van mucho más allá del alcance del Foro. Estoy convencida de que se trata de una extraordinaria herramienta de trabajo para cuantas mujeres se interesan, profesional o militantemente, por los vericuetos de la construcción de la subjetividad de las mujeres de carne y hueso, sean cuales sean sus experiencias de vida. Para quienes participamos en la solidaridad que se desarrolló con el proyecto emancipador del FMLN, este libro tiene un significado particular. ¡Nunca pudimos imaginar que, al cabo de los años, las propias mujeres salvadoreñas iban a regalarnos esta reflexión sobre cómo vivieron su sexualidad y maternidad en aquellos duros años de la guerra!

En estos años en los que muchas de las certezas sobre las que se había edificado el mundo ideológico de la izquierda se han venido abajo; en los que la incertidumbre y la desorientación recorren buena parte de las filas de aquellas vanguardias que escribieron páginas heroicas; años, también, en los que son muchos y muchas quienes se preguntan si valió la pena tanto sacrificio... En años como estos de búsqueda de nuevos caminos por los que transitar con nuestros anhelos de emancipación, bueno es abrir los ojos a investigaciones que, como esta, pueden enseñar, y mucho, sobre cómo hacer para rectificar errores históricamente repetidos en procesos armados que buscaban la liberación de la gente oprimida. Desde este punto de vista, este libro es una valiosa aportación de las que, desde

DESPUÉS DEL

el feminismo, se están haciendo a las teorías emancipadoras. Me estoy refiriendo a que su interés va más allá de los círculos feministas ya que se trata, según mi parecer, de un trabajo de imprescindible lectura para quienes -mujeres y hombres- se sienten involucrados en el desarrollo de un pensamiento crítico en sociedades como la nuestra.

No quiero acabar esta introducción sin acompañarla de mi eterna gratitud hacia Norma Vázquez, Cristina Ibáñez, Clara Murguialday y Morena Herrera por haber realizado esta investigación y por haber confiado en mí para supervisarla. Con ello me permitieron conocer directamente las experiencias vitales de mujeres salvadoreñas que habían participado tan decisivamente en la guerra. El estímulo intelectual que representó para mí el trabajo desarrollado con ellas en las intensas sesiones de aquellos días de julio de 1995 es algo que difícilmente podré compensar algún día.

Mi agradecimiento también va dirigido a Las Dignas y a las mujeres salvadoreñas que participaron en la investigación, haciéndola posible con sus propios recuerdos de la guerra en aspectos tan silenciados hasta ahora.

Cristina Garaizábal
Madrid, mayo de 1996

DUCCIÓN

La historia moderna de El Salvador tiene un punto de inflexión el 10 de enero de 1981. La ofensiva militar que estalla en esa fecha dirigida por el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) es la culminación de una década de efervescencia social y el inicio de una guerra civil que cesaría con la firma de los Acuerdos de Paz en enero de 1992. Uno de los acuerdos era la verificación de las fuerzas del FMLN por parte de las Naciones Unidas; pues bien, de los 13 mil 600 combatientes del FMLN verificados, el 30% eran mujeres. Por otra parte, investigaciones realizadas antes de finalizar la guerra estimaban en 100 mil personas la población involucrada en tareas de apoyo logístico al Frente, siendo mujeres el 60% de ellas (García y Gomáriz, 1989). El involucramiento femenino directo en el conflicto armado fue numéricamente considerable, seguramente de los más altos registrados en la historia de las confrontaciones armadas en América Latina.

El informe de la Comisión de la Verdad contabiliza 5.293 mujeres asesinadas, desaparecidas, torturadas, secuestradas, lesionadas gravemente o violadas durante los años de guerra, lo que representa el 25% de las víctimas registradas por dicha Comisión. El informe ofrece datos muy limitados de las violaciones sexuales sufridas por mujeres en el marco de la contienda armada: apenas 450 violaciones fueron denunciadas por fuentes directas e indirectas. Además, por cada mujer que ha sufrido directamente la violencia hay al menos otras 12 que han perdido algún ser querido o le han visto padecer torturas o secuestros (Dignas, 1993). En resumen, una amplia franja de los sectores femeninos salvadoreños ha sufrido directa e indirectamente los efectos de la guerra.

Lo que ningún informe ni investigación ha analizado aún son los cambios ocurridos en la vida cotidiana y la subjetividad de las mujeres que participaron en la guerra. Miedos, resistencia a revivir el dolor y un clima político que está priorizando otros aspectos de la reconstrucción nacional, fomentan el silencio en torno al impacto de la guerra en la subjetividad femenina y, particularmente, en torno a las vivencias sexuales, reproductivas y maternas.

La ignorancia al respecto ha pretendido ser contrarrestada con relatos testimoniales, la mayoría de ellos centrados en los actos de heroísmo de hombres y mujeres durante la guerra y con énfasis en la abnegación y la renuncia de toda aspiración personal en aras de la lucha revolucionaria; la mayoría, también, escritos por

hombres. Ahora bien, lo que ello significó para las mujeres y lo que implica en su vida actual todavía no ha sido contado; los escritos que algunas mujeres han elaborado sobre estos aspectos han sido condenados a no ver la luz por consideraciones de índole política. Las prácticas sexuales que se dieron en los frentes de guerra o en las comunidades bajo control del FMLN son tema tabú. Los relatos femeninos sobre el conflicto armado no dicen nada al respecto y los escritos por hombres abonan la impresión de que existían amplios márgenes de libertad sexual para las mujeres, impresiones que éstas no han ratificado.

Con el presente trabajo pretendemos adentrarnos en el análisis de las prácticas sexuales y maternas de las guerrilleras y colaboradoras del FMLN durante la guerra, del impacto que tuvieron en sus concepciones y de sus secuelas en la actualidad. Pensamos que esta investigación puede contribuir a que las mujeres en general –por ser las sobrevivientes- y el movimiento de mujeres como parte de la sociedad civil, aborden la difícil tarea de impedir que la paz se construya negando y olvidando el pasado; también puede abonar a la comprensión de la reconstrucción nacional en términos más integrales que no subestimen la importancia de lo subjetivo, lo relacional y la cotidianidad.

Abordamos este trabajo a partir de algunas hipótesis que elaboramos con base en registros y constataciones sobre la participación femenina en el conflicto. Se sabe que las mujeres se integraron a los campamentos guerrilleros; que desempeñaron el papel de las montañas geográficas inexistentes en el país, cuidando y nutriendo al ejército guerrillero; que se arriesgaron en los ataques a los bastiones ciudadanos del ejército gubernamental. Suponíamos que tal nivel de involucramiento tendría, por fuerza, que haber trastocado sus roles sexuales y maternas y que esos cambios no habrían afectado a todas las mujeres por igual. La edad a la que se incorporaron, la extracción social -urbana o rural- y el escenario en donde participaron, fueron las variables contempladas para analizar las diferencias en el impacto de la guerra sobre las subjetividades femeninas.

Por otra parte, la alta participación femenina en las filas del FMLN, y sobre todo entre la población colaboradora, nos llevaban a pensar que algunas de sus cualidades y habilidades genéricas habrían sido tomadas en cuenta para motivarlas a participar y habrían resultado, de alguna manera, funcionales a las necesidades de la guerra.

Ha sido ampliamente reconocido que el movimiento guerrillero salvadoreño, a diferencia de otros en América Latina, desarrolló un poderoso ejército que no pudo ser derrotado en el terreno militar, mantuvo en jaque al ejército nacional apoyado política, económica y militarmente por los Estados Unidos, controló amplias zonas del territorio nacional y la población asentada en ellas, y concitó importantes reconocimientos y apoyos a nivel internacional para su lucha. Sin embargo, intuíamos que la creatividad y audacia demostradas en los terrenos político y militar se agotaban y mostraban serias carencias en el discurso y las prácticas del FMLN en torno a los aspectos subjetivos, el ámbito privado de la vida, las relaciones genéricas y la subordinación femenina.

La desconsideración de los costos emocionales de la guerra en los Acuerdos de Paz y programas de reinserción nos hacía suponer que las mujeres estarían viviendo en la posguerra una serie de desencantos y resentimientos respecto a conductas y formas de relación incubadas durante el conflicto armado, sentimientos que seguramente irían acompañados de una tendencia a olvidar aquellas experiencias y volver a la normalidad, sin integrar de manera crítica y positiva las vivencias acumuladas.

La constatación de que los derechos sexuales y reproductivos de las mujeres han sido sistemáticamente ignorados o relegados ante las urgencias de la posguerra, que no han aparecido en ninguna plataforma de los partidos en las elecciones de 1994 ni movilizan en la actualidad a las organizaciones de mujeres existentes, nos hacía pensar que este silencio no guarda relación solamente con las circunstancias de una transición política difícil sino que tiene hondas raíces en las concepciones éticas, ideológicas y políticas de los grupos político-militares que integraron el FMLN.

Debido a que este trabajo es una primera aproximación al análisis del impacto de la guerra en las vivencias y concepciones de las mujeres sobre su sexualidad y maternidad, la investigación puso énfasis en el conocimiento de la incidencia y formas que adopta el problema, más que en la cantidad y características de las mujeres afectadas por el mismo. Por ello, la metodología que implementamos para obtener la información fue de tipo cualitativo y combinó dos técnicas diferentes: la entrevista en profundidad con mujeres individuales y la entrevista colectiva con grupos femeninos homogéneos.

Para la entrevista individual utilizamos una guía abierta que contempló los siguientes aspectos: datos generales; historia de vida (particularmente motivaciones para participar en el conflicto armado); tareas realizadas mientras estuvieron incorporadas; historia sexual, reproductiva y maternal; concepciones, valoraciones y actitudes frente a la sexualidad, la reproducción y la maternidad antes de involucrarse en el conflicto armado; modificaciones ocurridas en sus concepciones y prácticas sexuales, reproductivas y maternas durante, o a consecuencia de, su participación en la guerra; situación actual.

Las entrevistas colectivas fueron realizadas con las mismas mujeres que habían sido previamente entrevistadas a nivel individual y tenían el objetivo de generar una discusión en torno a nuestras hipótesis de trabajo, darlas a conocer a los diferentes grupos y recoger

reacciones, opiniones y diferencias (si las había) según la organización de pertenencia de cada una de las entrevistadas. Pensamos también que esta técnica nos permitiría captar aspectos de la historia sexual y maternal que no hubieran sido explicitados en la entrevista individual.

Entrevistamos a un total de sesenta mujeres tomando en cuenta las siguientes variables:

- *Procedencia*: entendiéndolo como tal el ámbito, urbano o rural, en que se desarrolló la mayor parte de la vida de estas mujeres antes de incorporarse a la lucha armada.
- *Tipo de participación*: seleccionamos tres de los escenarios de ubicación de las mujeres durante la guerra (campamentos guerrilleros, comandos urbanos y zonas bajo control político-militar del FMLN) y definimos un período de involucramiento en ellos de por lo menos un año.
- *Edad y ciclo de vida*: delimitamos el grupo de las jóvenes (aquellas que se incorporaron antes de cumplir los 20 años y que al momento de hacerlo no tenían hijos) y las adultas (considerando como tales a las mujeres mayores de 20 años y con una criatura como mínimo al iniciar su participación).

La combinación de estas variables definió cinco grupos con las siguientes características:

Grupo 1: mujeres provenientes de la ciudad que estuvieron acampadas en los frentes guerrilleros y que al momento de su incorporación tenían menos de 20 años. A ellas las denominamos “jóvenes guerrilleras de procedencia urbana”.

Grupo 2: mujeres provenientes del campo que estuvieron acampadas y que al momento de su incorporación tenían menos de 20 años, nombradas en el texto como “jóvenes guerrilleras de procedencia rural”.

Grupo 3: mujeres provenientes de la ciudad que estuvieron acampadas y que al momento de su incorporación tenían más de 20 años y un hijo o hija por lo menos. Este grupo recibe el nombre de “guerrilleras adultas”.

Grupo 4: mujeres que participaron en los comandos de urbanos de San Salvador; son llamadas “comandos urbanas”.

Grupo 5: mujeres que colaboraron con el FMLN en las zonas de control; reciben el nombre de “colaboradoras de la población civil”.

Inicialmente habíamos definido un sexto grupo que eran las adultas de extracción rural que estuvieron acampadas; sin embargo, los resultados de las entrevistas preliminares nos arrojaron el dato de que este tipo de mujeres entraban y salían constantemente de los campamentos, y que la absoluta mayoría de ellas se había desempeñado como cocineras. Por esta razón, formamos un solo grupo con las colaboradoras, integrando en él tanto a las que fueron cocineras en los campamentos como a las que colaboraban con la guerrilla desde las poblaciones.

Para la selección de las mujeres a entrevistar tomamos en cuenta dos aspectos más. Uno de ellos era su pertenencia a distintas organizaciones del FMLN, puesto que queríamos contar con una gama de experiencias y opiniones referidas a todos los grupos político-militares que componían el FMLN. Por otro lado, procuramos que la muestra fuera representativa de las diferencias regiones geográficas del país donde el conflicto tuvo mayor fuerza.

Finalmente, dada la complejidad de los temas a investigar, la disposición voluntaria de las mujeres a ser entrevistadas era un factor muy importante. Para ello contamos con el apoyo de cinco organismos de mujeres que se dieron a la tarea de contactar y seleccionar a las entrevistadas.

La muestra en su totalidad reúne mujeres de los cinco partidos que formaban el FMLN; estuvieron combatiendo o colaborando durante la guerra en seis departamentos del país (Chalatenango, Usulután, Morazán, Santa Ana, Cuscatlán y San Salvador) y lo hicieron, en promedio, durante ocho años (nivel mucho más elevado del mínimo requerido en la investigación). Aunque fueron contactadas por medio de organizaciones de mujeres, no todas ellas están actualmente integradas en estas.

Debido a las dificultades para reunir las en las entrevistas colectivas y a la negativa de algunas para participar en ellas, se realizaron solamente cuatro grupos de discusión -jóvenes guerrilleras de procedencia urbana, jóvenes guerrilleras de procedencia rural, colaboradoras y un grupo que combinó comandos urbanos y guerrilleras adultas de procedencia urbana- con cinco participantes cada uno.

Por último, con el fin de recabar información sobre las concepciones y líneas políticas del FMLN sobre el tema de la investigación, se realizaron doce entrevistas con integrantes de las dirigencias de los cinco partidos que formaron el Frente durante la guerra, aunque hoy estén divididos en el FMLN y el Partido Demócrata. Las personas dirigidas a entrevistar fueron elegidas tomando en cuenta su involucramiento en los distintos escenarios en donde actuaron las mujeres, procedencias diversas y, nuevamente, disposición para hablar sobre estos temas.

































LA GUERRA CIVIL SALVA

UNA HISTORIA DE POBREZA Y VIOLENCIA: DE LA FORMACIÓN DEL ESTADO-NACIÓN HASTA 1970

Las historias latinoamericanas tienen muchas raíces comunes, siendo su pasado colonial una de las más evidentes. Durante casi cinco siglos, varias guerras -de resistencia, independentistas, unionistas, federacionistas- no lograron borrar las herencias coloniales ni alteraron la principal unidad productiva de lo que sería más tarde El Salvador: la gran hacienda que otorgaba a una familia enormes extensiones de tierra junto con la disposición de trabajo casi gratuito -mediante coloniaje- de gran cantidad de comunidades indígenas.

Cuando en 1842 se constituye el nuevo Estado salvadoreño, dos son los legados que hereda: la desigual distribución de la tierra y las múltiples guerras entre liberales y conservadores, los unos por cristalizar y los otros por romper la unidad de la república centroamericana; estas últimas quedaron registradas en el himno nacional, aquélla siguió siendo causa de conflictos sociales hasta finales del segundo milenio.

Además de por su pequeñez territorial (poco más de 21 mil kilómetros cuadrados) y por no contar con salida al océano Atlántico, la nación salvadoreña se distingue de sus hermanas istmeñas por haber vivido el más rápido proceso de mestizaje y no haber absorbido mano de obra africana para las labores agrícolas. En el censo poblacional anterior a la masacre de 1932 se contabilizó un 20% de población indígena.

Cuando a mediados del siglo XIX el precio internacional del añil cae frente a la competencia de los colorantes sintéticos, la producción salvadoreña, caracterizada por el monocultivo para la exportación, se traslada a la explotación del café. En 1860 el general Barrios declara obligatorio este cultivo y, de ahí en adelante, una serie de decretos que expropiaban los terrenos indígenas comunales y ejidales e incentivan la producción cafetalera, profundizan la concentración de la propiedad de la tierra en manos de unas pocas familias.

Durante la segunda mitad del siglo pasado la dinámica social estuvo determinada por dos procesos paralelos: por un lado, al

EL CONTEXTO DE DOREÑA

tiempo que se fortalecían los círculos oligárquicos mediante el control del beneficiado del café y su exportación, se incrustaba en el Estado un fuerte elemento militar a su servicio: la Policía de Hacienda y la Guardia Nacional, creadas para proteger la producción de las grandes haciendas. Por otro lado, los pequeños propietarios que no pudieron subsistir en sus parcelas o las perdieron a manos de los grandes hacendados se fueron empobreciendo y debieron migrar de región en región, y del campo a las ciudades, cuando ni la agricultura familiar ni la asalarización en los cultivos de agroexportación les alcanzaba para sobrevivir.

Durante las primeras décadas del siglo XX los altos precios del café permitieron el desarrollo de otras actividades productivas: creció la actividad artesanal, se desarrollaron obras de infraestructura, se construyeron ferrocarriles y puertos, se incrementó el comercio interno. En esas fechas vieron la luz las primeras organizaciones de carácter gremial y sindical, la Universidad Popular y, finalmente, el Partido Comunista.

La crisis mundial del capitalismo a finales de los años 20 tuvo fuertes repercusiones en El Salvador. Los precios del café cayeron y el desempleo y el hambre empezaron a ensombrecer los hogares salvadoreños. Las protestas sociales coincidieron con un nuevo período electoral en el que los campesinos habían puesto grandes expectativas; sin embargo, este proceso fue abortado por el golpe de Estado que en 1931 llevó al poder al general Hernández Martínez instaurando una dictadura militar que duró trece años. Su primera hazaña fue reprimir el levantamiento insurreccional de enero de 1932, gestado en la región occidental dado que allí habían sido despojadas de toda propiedad las comunidades indígenas y campesinas. Los alzados lograron controlar algunas poblaciones importantes pero las fuerzas gubernamentales, con predominio de hombres y armas y habiendo desarticulado a la dirigencia comunista en las ciudades, retomaron el control asesi-

nando a más de 30 mil campesinos (la población total no superaba el millón de personas).

En abril de 1944 una serie de jornadas de luchas y una huelga general de brazos caídos pusieron fin al período del general Hernández. Tras varios intentos de recomponer el poder político separando los poderes del Estado, llamando a elecciones libres y convocando a las fuerzas sociales y políticas más activas, de nuevo se produce un autogolpe que lleva al poder al coronel Osmin Aguirre, uno de los principales responsables de la masacre del 32.

Durante la década del 50, y siguiendo las orientaciones de la CEPAL, la economía salvadoreña inicia un débil proceso de industrialización sustitutiva de importaciones; promueve la creación de fábricas textiles, de jabón, aceites y aceros, así como la explotación de las minas cementeras. Los excedentes generados por los buenos precios del café se fusionan con el capital bancario para dar lugar a la formación del capital financiero y cerrar así el primer ciclo de acumulación de capital en el país.

A finales de esa década triunfa la revolución cubana y la percepción de que la utopía socialista es posible modifica el comportamiento político en la región. Estados Unidos crea la Alianza para el Progreso y decide inundar de capitales los mercados del continente, al tiempo que presiona por reformas en los sistemas políticos. En ese marco, en El Salvador ven la luz el Partido Demócrata Cristiano, el Movimiento Nacional Revolucionario y el Partido de Conciliación Nacional, este último expresión de los militares. También en dicho marco se crea el Mercado Común Centroamericano (MERCOMUN), primera experiencia de integración económica regional gracias a la cual la economía salvadoreña disfruta de unos años de bonanza al lograr colocar sus productos en el mercado regional.

La división regional del trabajo instaurada por el MERCOMUN asignó a El Salvador cierta especialización en la producción manufacturera, lo que contribuyó a que durante los años 60 buena parte de las inversiones externas e internas se dirigieran hacia la rama industrial. Ahora bien, el proceso de diversificación económica no implicó la aparición de élites empresariales diferenciadas de la oligarquía terrateniente; por el contrario, fue ésta quien aprovechó el ciclo de expansión económica para extender su control hacia nuevas ramas de la producción, debilitando a los pequeños y medianos empresarios que solo pudieron participar marginalmente de los beneficios del modelo “hacia adentro”.

Las pugnas entre las burguesías regionales por controlar los mercados desataron en 1969 la llamada “guerra del fútbol” entre El Salvador y Honduras a consecuencias de la cual debieron retornar más de cien mil salvadoreños que estaban establecidos en el territorio vecino. Este conflicto armado clausuró para el país la ilusión del MERCOMUN y dividió a la izquierda nacional: mientras el Partido Comunista apoyó al gobierno en la aventura bélica, otros miembros de la oposición, incluido un grupo de militantes comunistas, la condenaron llamándola “guerra de rapiña”.

El repunte económico de esos años no tuvo efectos benéficos para la mayoría de la población en cuya cotidianidad imperaban el analfabetismo, la desnutrición y las enfermedades. En las zonas

rurales, la práctica del monocultivo había dejado a miles de campesinos sin tierras, la unidad doméstica había dejado de ser autosuficiente y buena parte del campesinado se había convertido en semi-proletariado rural. La distribución de la tenencia de la tierra mostraba ya los desequilibrios que se profundizarían en la década siguiente: en tanto el 2,8% controlaba el 53,6% del territorio agrícola, el 86,8% únicamente disponía del 19,8% de la tierra cultivable.

La familia patriarcal extensa, propia de las zonas rurales entraba en vías de desintegración pues sus miembros varones se veían obligados a migrar de un lado a otros en busca de fuentes de empleo y las mujeres jóvenes migraban a las ciudades a emplearse como trabajadoras domésticas. Durante la década aumentó significativamente el nivel de urbanización de la sociedad salvadoreña, y a finales de la misma cuatro de cada diez habitantes residían en las capitales departamentales y principalmente en San Salvador. El hacinamiento en las poblaciones marginales, la carencia de infraestructura básica y servicios colectivos empezaban a ser la nota predominante en el medio urbano.

Por otro lado, las industrias creadas en el proceso de sustitución de importaciones habían dado lugar a amplios contingentes de trabajadores fabriles urbanos con notables niveles de organización sindical. Los salarios promedio, no obstante, apenas alcanzaban para la subsistencia de las familias obreras.

La estrategia estadounidense hacia la región incluía también la presión a los gobiernos para que promovieran la estabilidad política mediante el impulso de programas reformistas. Al calor de dichas presiones, los sectores de oposición se movilizaban por la democratización del régimen mientras se incrementaban las luchas populares por mejores condiciones de vida y la ampliación de los espacios políticos; la respuesta del gobierno siempre fue la represión.

En 1965 una manifestación de estudiantes fue duramente reprimida y decenas de ellos resultaron asesinados o desaparecidos; la huelga de 1967 en la empresa Acero S.A. generó paros colectivos hasta que se lograron las demandas obreras; en 1968 los maestros, después de cincuenta días de huelga, conquistaron casi todos sus objetivos y consolidaron su organización gremial. A su vez, las organizaciones campesinas sentaban bases para la formación de federaciones y cooperativas, con una fuerte influencia de la pastoral católica. Las protestas lideradas por el magisterio y por el sindicato de panaderos estremecieron las ciudades a finales de la década.

Para frenar el avance de las luchas, los terratenientes más furibundos enemigos de la reforma agraria y los militares no dudaron en levantar grupos paramilitares destinados a reprimir la disidencia social y política. El más importante de ellos fue la Organización Democrática Nacionalista (ORDEN) que agrupaba a campesinos vinculados al ejército y a patrulleros cantonales dedicados a secuestrar, intimidar y asesinar a todo campesino sospechoso de estar organizado.

GANA ESPACIO LA OPCIÓN POR LA LUCHA ARMADA: LOS AÑOS 70

La década del 70 se caracteriza por la consolidación de la hegemonía económica y política de los militares y la oligarquía, y por la aparición de nuevos actores sociales: las organizaciones político-militares y los frentes revolucionarios de masas. Además, la espiral “lucha popular-represión-más lucha” toma dimensiones nunca antes vistas, los espacios de expresión legal se cierran totalmente y gana peso la opción por la lucha armada.

Factores externos a la economía salvadoreña como la recesión mundial, la declinación de los precios internacionales de los productos de exportación y el crecimiento de las tasas de interés en los mercados internacionales coadyuvaron a la crisis del modelo de economía dependiente basado en la exportación del café, la caña de azúcar y el algodón. El fracaso del MERCOMUN implicó no solo la quiebra del proceso de industrialización sustitutivo de importaciones sino también la imposibilidad de llevar adelante un proyecto democrático burgués capaz de romper el modelo impuesto por la oligarquía cafetalera.

En 1971 los partidos de oposición forman la Unión Nacional Opositora (UNO) y presentan a Napoleón Duarte y a Guillermo Ungo como candidatos a la presidencia y vicepresidencia de la república. Los resultados de las elecciones de 1972 son aparentemente favorables a la UNO pero, al no obtener ninguno de los partidos la mayoría señalada por la Constitución, es la Asamblea Legislativa la que decide nombrar como presidente al candidato oficial. Un mes después, un sector de los militares denuncia el fraude electoral y junto con Duarte llaman a la población a un alzamiento general, que es sofocado rápidamente.

Las elecciones de 1972 mostraron la imposibilidad de establecer procesos electorales limpios y también las dificultades para conformar una opción de centro democrático en el país. Para buena parte de la oposición, significaron el final de toda esperanza de lograr cambios sustanciales por la vía legal. El nuevo mandatario intentó desarrollar un plan reformista en el aspecto agrario, pero fue bloqueado por los terratenientes agrupados en el Frente Agrario de Oriente; ahí terminaron las expectativas que los campesinos demandantes de tierra tenían puestas en el nuevo gobierno.

En los siguientes años se fueron cerrando todos los espacios legales para la crítica y la lucha política: el ejército intervino la Universidad Nacional desde 1972 hasta 1978, en las instalaciones de la Universidad Católica se pusieron bombas en varias ocasiones, los medios de comunicación de tendencia democrática fueron cerrados o destruidos. Las organizaciones sociales radicalizaron sus demandas y métodos de lucha: las marchas, tomas de radio, proclamas y ocupación de iglesias eran de frecuencia diaria.

Los sindicatos crecieron al calor de las huelgas reclamando mejores salarios, leyes más justas, más espacios de expresión; las organizaciones campesinas junto a los cooperativistas reclamaban mejores condiciones de vida y el cese de la represión. Los estudian-

tes exigían mejoras en el sistema educativo, denunciaban la ocupación militar de la Universidad y llamaban a los jóvenes a incorporarse a las organizaciones populares. Las vendedoras y usuarias de los mercados capitalinos, los pobladores de las zonas marginales, los trabajadores de la cultura, los maestros y maestras se movilizaban cada cuál por sus reclamos particulares, pero todos enfrentando una situación común: su lucha era igual de reprimida y considerada amenazante para la seguridad del Estado.

Las elecciones de 1977 se desarrollaron en un marco de fuerte tensión social. En medio de acusaciones de fraude, llegó al poder el general Humberto Romero, representante de la línea más dura en el ejército, quien estableció inmediatamente la Ley para la Defensa y Garantía del Orden Público, catalogada por los sectores de oposición como un ordenamiento que les daba a los militares “licencia para matar”. La profundización de la represión estatal iba acompañada por la actuación impune de nuevos grupos paramilitares (FALANGE, Mano Blanca) y escuadrones de la muerte.

El debate en torno a la utilización de la lucha armada para lograr cambios políticos en el país se extendía y ganaba cada día más adeptos, particularmente entre la juventud universitaria. En 1970 habían surgido las Fuerzas Populares de Liberación (FPL), creadas por un grupo de obreros y estudiantes escindidos del Partido Comunista; en 1971 nació el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) de la fusión de jóvenes radicalizados provenientes del Partido Comunista, el Demócrata Cristiano y la pequeña burguesía. En 1973-74, una fracción del ERP se distinguía al poner énfasis en el trabajo de masas y se separaría definitivamente del ERP en 1975 a raíz del asesinato del poeta Roque Dalton, dando lugar a una nueva organización: la Resistencia Nacional (RN). El Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos (PRTC) fue creado en 1976 proviniendo del ERP la mayoría de sus miembros. Estas cuatro organizaciones político-militares y el Partido Comunista -que adopta en 1979 la línea de la lucha armada- formarán en octubre de 1980 el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN).

Inspirados en las experiencias de los tupamaros uruguayos, el ERP argentino y la guerrilla de Mariaguela en Brasil, estos grupos se dedicaron durante la primera mitad de la década a levantar estructuras guerrilleras urbanas. La preparación militar de sus cuadros, la recuperación de armas y de dinero, y las operaciones de propaganda armada insumieron sus energías en los primeros años hasta que, metidos “como topos en la clandestinidad”, aprendiendo a desprenderse de la vida legal, formando pequeños grupos de militantes armados de férrea disciplina y grandes dosis de mística y abnegación, lograron demostrar que la actividad guerrillera era posible en El Salvador.

La creación de los aparatos armados fue acompañada de un prolongado debate en el interior de estos grupos sobre cómo articular la construcción del partido, la lucha militar y la acción de los frentes de masas con la estrategia para la toma del poder político; para 1975 las diferentes concepciones ya eran evidentes: mientras unos apostaban por desarrollar conjuntamente los tres pilares de la lucha (partido, ejército y masas), otros enfatizaban el elemento mili-

tar. No obstante, entre el 74 y el 79, todas las organizaciones político-militares levantaron estructuras partidarias para el trabajo político e impulsaron frentes revolucionarios de masas.

Una nueva generación de dirigentes populares que actuaba de manera abierta, no clandestina, con fuerte implantación en sus propias organizaciones sectoriales, estudiantiles o gremiales, vio la luz. El auge de las luchas populares en los últimos años de la década tomó amplia trascendencia política al formarse el Bloque Popular Revolucionario (BPR), el Frente de Acción Popular Unificada (FAPU), las Ligas Populares “28 de Febrero” (LP-28) y el Movimiento de Liberación Popular (MLP), instancias de coordinación de diversos organismos populares, cada una asociada a un grupo político-militar.

El sector femenino de la población aparece también en el escenario político de esa década, aunque a diferencia de otros países de América Latina, durante esos años no surgen grupos feministas. Algunas mujeres interesadas en develar ciertos aspectos de la subordinación femenina no encontraron en el ambiente político de la época condiciones para realizar sus inquietudes. Si existían, en cambio, varias organizaciones femeninas (Asociación de Mujeres Progresistas-AMPES, Asociación de Mujeres de El Salvador-AMES, Asociación de Mujeres Salvadoreñas-ASMUSA) y eran numerosas las mujeres que participaban en las organizaciones populares.

Estos organismos tenían en común su estrecha vinculación con alguna de las organizaciones político-militares existentes, la defensa de varias demandas particulares de las mujeres en el marco de plataformas que incluían reivindicaciones compartidas por todo el movimiento popular (la libertad de los presos políticos, entre otras) y el hecho de que entendían la “problemática específica de las mujeres” como un conjunto de reivindicaciones que mejoraran las condiciones en que éstas desempeñaban sus roles de madres y amas de casa, en contextos de fuerte deterioro de las condiciones de vida a causa de la crisis económica.

Todos ellos consideraban que no era el momento de cuestionar las relaciones desiguales entre hombres y mujeres; tampoco vislumbraban que las demandas derivadas de esta desigualdad pudieran tener un lugar en los proyectos de transformación social. De hecho, ninguna de las múltiples plataformas elaboradas en esa década por las coordinaciones populares incluía aspecto alguno relacionado con las mujeres; solo el Comité de Unidad Campesina (CUCES) incluyó en su plataforma para la temporada 80-81 el pago de prestaciones maternas para las trabajadoras temporales y permanentes de las cortas de café, caña y algodón.

Estas organizaciones veían a las mujeres exclusivamente en su condición de madres pobres; sus enemigos, por tanto, eran los mismos que los del resto del pueblo: el gobierno, los militares, el imperialismo. Su quehacer, sin embargo, develó algunos aspectos de la problemática social que las organizaciones político-militares retomarían en su momento. La apertura de un nuevo frente de lucha –el “gremio” de las mujeres– resultaba nada despreciable en momentos de acumulación de fuerzas; la diversificación de los rostros del descontento social mediante la incorporación femenina –tradicionalmente desdeñada en las lides políticas– fue, de ahí en adelante, un

elemento novedoso e impactante, a nivel nacional e internacional, de la estrategia revolucionaria de la izquierda salvadoreña.

No obstante su evidente rentabilidad política, las mujeres y sus demandas no tuvieron una presencia relevante en la composición ni en los programas de las organizaciones político-militares de los años 70. La más aventajada nunca superó el 30% de presencia femenina; en el Partido Comunista era mucho menor.

La clandestinidad absoluta, el riesgo y la constante movilidad, fueron algunos de los factores que sin duda obstaculizaron la incorporación de las mujeres a los primeros grupos político-militares. Solo las que lograron superar estas condiciones adversas tendrían posibilidad de penetrar en las direcciones de las organizaciones armadas y se convertirían en las líderes históricas del FMLN. Ellas, cuyo número no supera la docena, eran las representantes del rostro femenino de la revolución.

Es necesario reseñar que durante los años 70 la Iglesia Católica realizó un importante trabajo de concientización y denuncia de las injusticias sociales y la represión imperantes. La actuación de los jesuitas, la influencia de la Conferencia Episcopal de Medellín y el desarrollo de la Teología de la Liberación con su opción preferencial por los pobres, propiciaron en gran medida la organización de los sectores populares: sacerdotes católicos apoyaban la formación de cooperativas campesinas y hablaban a los fieles de la construcción del reino de Dios en la tierra (Rutilio Grande, Octavio Cruz y Ernesto Barrera fueron asesinados por ello); congregaciones religiosas sensibilizaban a sus estudiantes haciéndoles trabajar en las comunidades marginales. Muchas religiosas y catequistas fueron asesinadas y se llegó a decir que en El Salvador “tener una Biblia en la mano era sentencia de muerte”.

La Iglesia y las organizaciones de izquierda coincidían en su clamor por la justicia y el cese de la represión: católicos vinculados a las organizaciones populares crearon la Coordinadora Nacional de la Iglesia Popular (CONIP), con gran influencia en las estructuras eclesíásticas. Tradicionalmente la jerarquía católica había estado siempre al lado de la oligarquía, pero Monseñor Chávez abrió las puertas de la Iglesia a los vientos de la Teología de la Liberación y Monseñor Romero, su sucesor, asumió decididamente la defensa de los derechos humanos. Por su denuncia persistente de la represión se transformaría en “la voz de los sin voz” y sería asesinado por los escuadrones de la muerte en marzo de 1980.

A El Salvador llegaron también los vientos del movimiento hippie, las protestas contra la guerra de Vietnam y contra la intervención norteamericana en el derrocamiento de Allende. Los pacifistas fundaron algunas comunidades, fabricaban artesanías y realizaron algunas actividades culturales; tras ser perseguidos y encarcelados, estos pequeños grupos se disolvieron y buena parte de sus miembros se integrarían posteriormente a los grupos político-militares.

En resumen, desde inicios de los años 30 hasta principios de los 80, el poder ejecutivo siempre estuvo en manos de militares que llegaron a él por procesos electorales fraudulentos o por golpes de Estado. Acaparando el poder político, recibiendo prebendas por los servicios prestados a terratenientes e inversionistas extranjeros,

los militares acumularon poder económico y conformaron una casta política que evitó a la oligarquía el trabajo de formar su propio partido. Ellos fueron los principales artífices de la violencia política sufrida por la sociedad salvadoreña durante el siglo XX y el saldo de su actuación es aterrador: seis golpes de Estado (1931, 1944, 1948, 1960, 1972, 1979) y dos alzamientos populares (1932 y 1944) acompañados de brutal represión hacia la disidencia.

Esta hegemonía política de los militares siempre mantenida mediante la represión; la clausura de todos los espacios de expresión legal, incluida la vía electoral en la que buena parte de la oposición, también el Partido Comunista, había creído hasta 1977; la existencia de un movimiento popular muy organizado y radicalizado en sus formas de lucha y en sus demandas, y la considerable aceptación que la lucha armada había logrado entre los sectores populares, particularmente entre la juventud, son algunos de los factores que contribuyeron a que el país viviera al final de la década un auténtico clima revolucionario.

A LAS PUERTAS DE LA GUERRA: 1979-1980

El 15 de octubre de 1979 las principales ciudades del país se vieron agitadas por un alzamiento militar con elementos novedosos: un grupo de militares jóvenes derrocaban al general Romero enarblando un programa reformista que pretendía cambios significativos en la conducción del país, así como en el tema de la tierra, la banca y el comercio exterior. Los siguientes cinco meses estarían caracterizados por una situación de ingobernabilidad: se sucedieron tres Juntas de Gobierno, ninguna de las cuales contó con el apoyo decidido de las organizaciones de masas.

La primera Junta estaba integrada por un grupo de militares democráticos y otros con posiciones conservadoras; estos últimos tuvieron en sus manos los puestos claves. Los jóvenes y algunas figuras políticas con reconocida trayectoria democrática formaban parte de la Junta en posiciones secundarias. La primera Junta logró mantenerse apenas tres meses y, ante el predominio del sector militar más ligado a la oligarquía, los civiles y militares reformistas la abandonaron en diciembre de ese mismo año.

La segunda Junta de Gobierno constituida en enero de 1980 se forma a partir de una alianza del ejército y la Democracia Cristiana. El apoyo de los Estados Unidos a Duarte y la presión para que se retiraran los militares más reconocidos como responsables de las masacres y la represión hacen caer a esta Junta y se instala la tercera -con los demócrata-cristianos en primera línea y los militares gobernando en la sombra-, que tiene la misión de llevar a cabo un programa reformista que operará como fachada de la actuación contrainsurgente: tan pronto anunciaba la reforma agraria como decretaba el estado de sitio a nivel nacional, mientras los militares tomaban el control de grandes haciendas intervenidas y Estados Unidos se lanzaba a recuperar su dominio en la región.

Mientras estos cambios ocurrían en las cúpulas del sistema político, el movimiento popular intensificaba sus movilizaciones; las huelgas, protestas en la calle, tomas de territorios en el campo, se suceden día a día. En enero de 1980 se forma la Coordinadora Revolucionaria de Masas (CRM), agrupación de todos los frentes revolucionarios de masas que convoca a la manifestación más numerosa en la historia del país. En abril se formaría el Frente Democrático Revolucionario (FDR) integrado por la CRM, seis federaciones sindicales, asociaciones estudiantiles y gremiales, fuerzas socialdemócratas y socialcristianas, la Universidad Nacional y como observadora la Universidad Católica.

A propósito de las relaciones entre las organizaciones guerrilleras y el movimiento popular, dirigentes de éste y de aquéllas reeditan en esos meses el debate de principios de los años 70. Una corriente sostenía que ambas estructuras debían ser independientes argumentando que, si las acciones reivindicativas de las masas se subordinaban al accionar de la guerrilla, el movimiento popular corría el riesgo de desmembrarse y desaparecer; la otra corriente entendía la actuación militar como el factor determinante de la politización y organización del movimiento de masas, no descartando posibles alianzas con la Juventud Militar progresista. Ambas posiciones se mantendrían vigentes durante toda la guerra.

Las masivas movilizaciones populares reciben como única respuesta la represión generalizada. Los cuerpos de seguridad, el ejército y los escuadrones de la muerte fueron los responsables de un promedio diario de 25 personas asesinadas, muchas de ellas mutiladas y con señales de tortura. El asesinato de dirigentes demócrata cristianos opuestos a Duarte, de Monseñor Romero y de varias religiosas; el hallazgo de cementerios clandestinos; los genocidios de población campesina (como el del río Sumpul donde los ejércitos salvadoreño y hondureño masacraron a 600 mujeres, niños y ancianos); la muerte de los dirigentes del FDR... convirtieron a 1980 en el año del terror en El Salvador. Las denuncias dan cuentas de 22 mil personas asesinadas y miles de desaparecidos, sin incluir las bajas ocasionadas en los enfrentamientos militares entre la guerrilla urbana y el ejército, así como los combates que se daban en el campo con la naciente guerrilla rural.

Durante los años 79 y 80 la sociedad salvadoreña vivió una situación pre-insurreccional. El triunfo de la revolución sandinista y el avance de la lucha popular armada en Guatemala pusieron a la región en la mira de la administración Carter, nada dispuesta a permitir que en El Salvador se repitiera la experiencia nicaragüense; las contradicciones en el interior del ejército y de las clases dominantes salvadoreñas generaron inestabilidad política, alianzas frágiles entre la oligarquía, el ejército y la Democracia Cristiana, cuya solución requirió el apoyo de los Estados Unidos; los niveles de organización y combatividad del movimiento popular eran los mayores del siglo. No obstante, no hubo posibilidad, por parte de las organizaciones de masas, de romper este sistema de dominación política. Las organizaciones político-militares, que creían que esta derrota pasaba por tener la fuerza armada suficiente para derrotar al ejército, no tenían

aún la suficiente acumulación militar y unidad entre ellas para convertir el accionar popular en un movimiento insurreccional.

Comprendiendo la importancia de construir esa unidad, en octubre de ese mismo año se forma el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN). Junto con el FDR elabora un programa para derrocar la tercera Junta Cívico-Militar y sustituirla por un gobierno de unidad de las fuerzas democráticas y revolucionarias.

LA GUERRA CIVIL: 1981-1992

La ofensiva general (1981)

Tres días antes de que Reagan asumiera la presidencia de los Estados Unidos, el FMLN llama a la población a la huelga general y a insurreccionarse contra el gobierno. La huelga fracasó, el ánimo insurreccional de la población había quedado atrás, era muy difícil derrotar a un ejército que contaba con fuerzas infinitamente superiores y con el nivel de inexperiencia del FMLN para una acción militar de envergadura. No obstante, durante la ofensiva del 10 de enero de 1981 el FMLN ocupó temporalmente cuatro capitales departamentales y una veintena de ciudades y poblados importantes, y asedió numerosos cuarteles del ejército y de la guardia nacional. Por su parte, el ejército atacó repetidamente los barrios de las ciudades donde el FMLN tenía presencia y militarizó oficinas gubernamentales y fábricas.

Para las organizaciones populares que pudieron contener las acciones ofensivas del ejército, el resultado más importante fue complementar el control político que tenían en algunos territorios con el control militar del FMLN, creando lo que se llamó las “áreas de retaguardia”; no obstante, quedaba establecido que la victoria militar estaba planteada para el futuro mediato. En términos políticos, el FMLN-FDR obtuvo de la ofensiva dos logros más: una declaración del Movimiento de Países No Alineados que condenaba cualquier intervención de fuerzas extranjeras en El Salvador y, meses más tarde, la Declaración Franco Mexicana que reconocía al FMLN como fuerza beligente y señalaba la necesidad de un proceso de solución política global para el país.

La ofensiva dejó también como saldo la decisión del gobierno de Estados Unidos de involucrarse a fondo en el asesoramiento y dirección del ejército salvadoreño, aumentar considerablemente el apoyo económico y militar al gobierno de la Democracia Cristiana e implementar la estrategia de la “guerra de baja intensidad” para garantizar la estabilidad de su traspatio geopolítico.

Los frentes guerrilleros: resistir, avanzar y desarrollarse (1981-1983)

Tras la derrota de la primera ofensiva, la lucha armada deja de ser urbana y se convierte en suburbana y rural. En las ciudades se agudiza la represión y el FMLN orienta el traslado de sus grupos armados hacia las áreas de retaguardia construidas en las zonas rurales; numerosos dirigentes y activistas populares les siguen. Las organizaciones revolucionarias abandonan las ciudades y la lucha urbana entra en un reflujo del que no saldrá hasta mediados de la década.

Mientras tanto, el movimiento campesino también sufría represión y masacres. Huyendo del ejército y los escuadrones de la muerte, la gente se iba a dormir al monte y regresaba a sus casas durante el día; meses después, unirse a los grupos guerrilleros terminó siendo la única manera de sobrevivir de la población campesina, fundamentalmente de los jóvenes; una vez en los campamentos, los guerrilleros empezaron a darles formación militar. Así se fueron conformando los frentes guerrilleros rurales.

La estrategia de resistir, consolidarse y desarrollarse en las áreas de retaguardia lleva al FMLN a intentar delimitar las fronteras de cada territorio controlado, a establecer corredores de comunicación entre uno y otro, y a formar destacamentos locales cuya responsabilidad era defender cada uno de los frentes guerrilleros. El FMLN, por tanto, entra en la guerra librando una lucha muy parecida a la guerra de posiciones.

La vida normal de la población civil en las zonas controladas por los frentes guerrilleros se veía alterada frecuentemente por la necesidad de “guinear”, esto es, desplazarse de un lugar a otro cuando el ejército lanzaba sus ofensivas. La población campesina estaba segura de que, fuera o no combatiente, igualmente sería asesinada en caso de que llegara el ejército, por lo que guinear era la única alternativa de salvar sus vidas; con el transcurso de los meses cada grupo familiar se fue volviendo experto en resguardar las pocas pertenencias que aún le quedaban, cada comunidad se organizaba rápidamente para el repliegue y tras pocos días de angustia y de recuentos de vivos y muertos, la vida volvía a la normalidad.

Ambas fuerzas estaban en condiciones muy diferentes: el FMLN contaba a principios de 1981 con aproximadamente 3.500 guerrilleros armados (según el Departamento de Estado de Estados Unidos) y la decisión de construir un ejército, el armamento era escaso y también la instrucción militar de sus integrantes, pero a su favor tenía la ubicación de sus fuerzas en zonas pobladas de gente bien organizada. El ejército estaba conformado a finales de 1980 por 17 mil hombres, de los que 7 mil eran fuerzas paramilitares. Mientras, en su discurso al menos, el FMLN no descartaba la salida política, el gobierno solo tenía una meta: lograr la derrota militar del Frente.

No obstante, durante 1982 se modificaría la percepción que ambas fuerzas tenían sobre la guerra. El ejército gubernamental, que pensaba terminar con el FMLN en pocos meses, se dio cuenta de

que lo que libraba era una guerra de desgaste sin previsible solución rápida; el FMLN por su parte acumulaba fuerzas e iniciaba acciones de carácter ofensivo, atacaba y controlaba posiciones militares en pequeños poblados, pero dejaba al gobierno el control de las ciudades. Así empezó a tomar forma la que sería una característica de la guerra civil salvadoreña: las fuerzas beligerantes se repartieron el territorio nacional y la población que habitaba en él. El FMLN se concentró en el norte y oriente del país mientras el gobierno controlaba el occidente, las capitales departamentales y San Salvador.

Para 1983 el enfrentamiento militar había adquirido ya proporciones notables: el FMLN lograba articular campañas conjuntas de varios frentes guerrilleros para atacar posiciones del ejército e instalaciones de energía eléctrica, en tanto los batallones del ejército, entrenados y asesorados por militares norteamericanos, no daban los resultados esperados por el gobierno. El FMLN hacía el siguiente recuento de logros militares durante dos años de guerra: 2.800 armas de guerra recuperadas, 1.200 soldados tomados prisioneros, 100 posiciones fortificadas ocupadas, puentes estratégicos y centros de comunicación destruidos y más de 10 mil bajas ocasionadas al ejército.

Mientras tanto, la capital era apenas la caja de resonancia de los discursos triunfalistas del gobierno; el poderoso movimiento popular de la década anterior había sido desarticulado por la represión, y muchos de los dirigentes y militantes que sobrevivieron se habían sumado a los frentes guerrilleros. El FMLN valora la necesidad de impulsar nuevamente la organización de los distintos sectores de la población y a finales de 1983 este esfuerzo empieza a fructificar. Los organismos de madres y familiares de desaparecidos y presos, que habían disminuido su protagonismo en los primeros años de la guerra, resurgen y son los primeros en ganar nuevamente las calles de San Salvador.

Nuevas asociaciones de mujeres se crean en esos años: el Comité Unitario de Mujeres (CUMS) fundado por salvadoreñas exiliadas en Costa Rica, la Asociación de Mujeres "Lil Milagro Ramírez", la Federación de Mujeres Salvadoreñas (FMS), la Organización de Mujeres Salvadoreñas (ORMUSA). Sus actividades estuvieron centradas en organizar a las mujeres para el apoyo logístico al ejército guerrillero, además de constituir un factor de denuncia y presión hacia el gobierno. Estos organismos, al igual que la mayoría de las organizaciones populares surgidas en estos años, nacieron con un grave déficit de autonomía pues son los distintos grupos del FMLN quienes impulsaron su formación y decidieron sus líneas de actuación.

A nivel político, dos hechos son significativos: el partido ARENA, que había sido formado por la oligarquía en 1981, asume la dirección de la Asamblea Nacional Constituyente en 1983, y comienza a tomar forma el Grupo Contadora, que presiona para la búsqueda de salidas negociadas a los conflictos de la región.

La guerra de baja intensidad (1984-1989)

En enero de 1984 la Comisión Kissinger, encargada por el ejecutivo norteamericano de evaluar la situación regional, presenta sus resultados. Si bien en términos conceptuales no aporta nada nuevo a la comprensión de la guerra en El Salvador -ya que sigue ubicando las causas del conflicto en la confrontación Este-Oeste-, sus recomendaciones sí son significativas: aumentar sustancialmente la asistencia militar al gobierno incorporando nuevos equipos aéreos y tecnologías que le permitan recuperar el control perdido en varias zonas del país. Así aparecen en escena los ataques aerotransportados, donde tropas trasladadas en helicóptero impulsan tácticas de tierra arrasada similares a las implementadas en Vietnam, y una persecución permanente de la población civil en las zonas de control que deja a estas en pocos meses prácticamente deshabitadas.

Junto a esto, la decisión de la administración Reagan de apoyar económicamente al gobierno salvadoreño se traduce en la entrega de abundantes recursos para rehabilitar infraestructura rural destruida por la guerra y poner en marcha planes de desarrollo municipal tendientes a contrarrestar la influencia del FMLN en las zonas rurales. De ahí en adelante, hasta el final de la guerra, el gobierno estadounidense entregaría dos millones de dólares diarios al gobierno salvadoreño, en concepto de ayuda militar y económica. Por último, la presión por la realización de elecciones se concretaría en la convocatoria de 1984 donde contienden ARENA y la Democracia Cristiana. Aunque ARENA denunció el fraude electoral, los resultados fueron aceptados por Estados Unidos; no cabía duda de que Duarte era "el hombre" de la administración Reagan para garantizar la guerra de baja intensidad en El Salvador, y lo seguiría siendo durante toda la década.

La Comandancia del FMLN decide enfrentar la guerra de baja intensidad realizando un cambio táctico que contiene varios elementos: dislocación de sus fuerzas militares, retorno de los refugiados y conformación de las "re poblaciones", ampliación de los poderes populares a las zonas en conflicto, impulso de las estructuras armadas urbanas, promoción de nuevos organismos populares para captar recursos económicos, y hacer presión política y oferta de diálogo con el gobierno.

"Haremos de nuestra patria un inmenso mar de guerrillas y pueblo organizado" es la consigna que orienta el paso de la guerra regular (grandes contingentes atacando frontalmente al ejército enemigo) a la actuación típicamente guerrillera: pequeñas unidades que atacan y se retiran. Así, mientras el ejército intenta "sacarle el agua al pez", la guerrilla se fragmenta en pequeñas unidades que se dispersan por todo el territorio nacional e incursionan en áreas del país donde nunca antes habían podido llegar. El FMLN mantiene y aumenta sus áreas de retaguardia, pero a costa de un desdibujamiento de las fronteras de sus frentes guerrilleros y también de una grave crisis en sus filas: tras un periodo de exaltación del elemento militar, la guerrilla encuentra dificultades para fundir en cada combatiente las cualidades del soldado y el activista político.

Fortalecer la organización del pueblo significó impulsar el retorno de los miles de refugiados que habitaban en Honduras para construir las “re poblaciones”. Las zonas que habían sido abandonadas por la población al huir de la represión del ejército se poblaron de nuevo, se promovieron formas de gobierno propias y se impulsó la reactivación de la agricultura y la organización de la vida comunitaria.

En los territorios controlados el FMLN consolida formas de autogobierno de la población civil que sustituyen a los alcaldes que han muerto a manos de la guerrilla o han huido aterrorizados. Los poderes populares, las directivas comunales, se encargan de mantener la producción de alimentos, atender la salud y la educación de la población civil y, obviamente, apoyar a la guerrilla en sus necesidades logísticas. En las zonas en conflicto (donde el ejército guerrillero y el militar se disputaban el control militar) también se impulsan directivas comunales. Frente al intento del gobierno de incentivar la producción y mostrar a los terratenientes que “se puede convivir con la guerra”, el FMLN responde destruyendo la infraestructura vial y eléctrica, saboteando la producción de exportación, dispuesto a demostrar que la guerra también tendrá altos costos para las clases dominantes salvadoreñas.

También hace esfuerzos por llevar la guerra a las ciudades desarrollando estructuras armadas encargadas de apoyar a los frentes en sus necesidades de comunicación y abastecimiento; garantizar la seguridad de los mandos guerrilleros cuando llegaban a la ciudad; golpear los intereses económicos y militares del Estado y las Fuerzas Armadas y crear terror entre las clases dominantes mediante sabotajes, aniquilamientos de soldados y asesores, atentados a instalaciones militares; apoyar y defender las acciones masivas de las organizaciones populares a través de la propaganda armada y los enfrentamientos con la policía en las movilizaciones. Para llevar a cabo estas acciones fueron creados los “comandos urbanos”.

Igualmente esta táctica incluye el impulso de nuevas organizaciones sociales entre las que se encuentran ocho grupos de mujeres: Coordinadora de Mujeres Salvadoreñas (CONAMUS), Unión Salvadoreña de Mujeres (USM), Instituto de Investigación, Capacitación y Desarrollo de la Mujer (IMU), Asociación de Mujeres Marginales (AMMA), Asociación de Mujeres Indígenas (AMIS), Movimiento Salvadoreño de Mujeres (MSM), Asociación Democrática de Mujeres Salvadoreñas (ADEMUSA), Asociación de Mujeres Salvadoreñas (AMS) y una Coordinadora de Organismos de Mujeres (COM).

Creadas para organizar el apoyo femenino al FMLN, estas organizaciones sirvieron también como instrumento fundamental para recabar recursos económicos para los frentes guerrilleros. Tras la Tercera Conferencia Mundial sobre la Mujer realizada en Nairobi en 1985, las agencias de cooperación y los movimientos de solidaridad de los países del Norte empezaban a dirigir abundantes recursos hacia las mujeres del Sur, lo que convertía al “gremio de mujeres” en un instrumento eficaz para captar financiamientos. Además, varias de estas organizaciones se coordinaron con otros grupos de mujeres de la región y formaron la Asamblea de Mujeres Centroamericanas por

la Paz, con el objetivo de presionar a sus respectivos gobiernos para la búsqueda de soluciones políticas a los conflictos armados.

El último elemento de esta etapa es la puesta en marcha del diálogo entre el FMLN y el gobierno. En octubre de 1984 en La Palma y en noviembre en Ayagüalo, las fuerzas contendientes llegan al acuerdo de dialogar, pero sin aludir aún a la necesidad de negociar una salida política al conflicto. En agosto de 1987 los mandatarios centroamericanos suscriben los acuerdos conocidos como Esquipulas II, reafirmando el compromiso de cesar la ayuda a las fuerzas insurreccionales del área en el marco del cese de hostilidades, la reconciliación nacional, la democratización política y la cooperación internacional para el desarrollo de la región. La tercera reunión entre el FMLN y el gobierno se realiza meses más tarde bajo el influjo de dichos acuerdos y tiene como sede la Nunciatura Apostólica en San Salvador. Un nuevo factor se hace presente: la presión internacional y de las organizaciones sociales para que establezcan acuerdos tendientes a una salida negociada del conflicto.

La renuencia del gobierno a establecer calendarios firmes de negociación lleva al FMLN a decidir el lanzamiento de una nueva ofensiva en los meses previos a las elecciones de marzo de 1989, decisión que pronto es revocada por no existir condiciones adecuadas y sustituida por la propuesta de participar en el sufragio, si este se atrasa y se garantiza su transparencia. El gobierno rechaza la oferta guerrillera y las elecciones se producen en las fechas señaladas, con la participación de varias fuerzas de oposición que habían pertenecido al FDR y ahora se agrupaban en la Convergencia Democrática. El FMLN lanza públicamente la línea de boicotear las elecciones e incluso realiza acciones armadas para impedir su realización en las zonas que controla, pero al mismo tiempo sugiere a sus simpatizantes que cuiden casillas electorales para impedir el fraude y que voten por la Convergencia.

La ofensiva “al tope”: el comienzo del fin de la vía armada (1989)

En 1989 ARENA asume por primera vez el ejecutivo. En su primer discurso Cristiani promete el diálogo con el FMLN y, efectivamente, unos meses más tarde se reinician las conversaciones. El objetivo del gobierno no era tanto el buscar una solución a la guerra cuanto el mantener satisfechos a los países que presionaban por una salida política del conflicto que ya se había prolongado por más de ocho años. Cristiani hablaba de diálogo pero no de negociación, mientras arreciaba la represión hacia el movimiento popular; el asesinato de varios dirigentes sindicales de FENASTRAS en octubre de ese año marcó el resurgimiento del accionar impune de los escuadrones de la muerte (que habían sido desmantelados después de 1981, debido al reflujo del movimiento popular y al traslado del escenario principal de la guerra) y originó la ruptura del diálogo por parte del FMLN.

La ofensiva de noviembre del 89 fue para mucha gente de San Salvador su única vivencia de la guerra. Acostumbrada a las noticias de enfrentamientos que se desarrollaban en otras partes del país, se alarmó cuando el FMLN trasladó el escenario bélico a los principales barrios capitalinos y a todas las ciudades del país. La ofensiva fue preparada durante muchos meses y tenía como objetivo explícito forzar al gobierno de Cristiani a que negociara una solución política al conflicto; algunos de sus protagonistas estaban convencidos también de que sería posible desencadenar un proceso insurreccional y derrotar militarmente al ejército gubernamental.

El FMLN diseñó una estrategia para cercar las principales ciudades tomando posiciones donde se fundirían los guerrilleros experimentados y los combatientes urbanos, de modo que, haciéndose fuertes en los barrios populares, avanzarían y atacarían las posiciones del ejército. Para ello era imprescindible contar con la colaboración de la población civil urbana incorporada a las filas revolucionarias en los primeros momentos de la ofensiva.

En los hechos, ciertamente los guerrilleros contaron en los primeros días con apoyo popular mientras la simultaneidad de los ataques desconcertaba a las fuerzas armadas. Sin embargo, el cuarto día de la ofensiva, el alto mando militar decidió bombardear las posiciones insurgentes sin permitir la evacuación de la población civil ni de los heridos. Este hecho hizo virar la correlación de fuerzas de la ofensiva. La población sufrió los bombardeos aéreos y decidió huir masivamente de los barrios atacados; el FMLN mantuvo columnas guerrilleras en algunas zonas a un costo humano muy alto, dando tiempo a que otras unidades emprendieran ataques en las zonas residenciales de San Salvador.

El quinto día de iniciada la ofensiva, en una demostración de hasta dónde estaba dispuesto a llegar el ejército para acallar a los insurgentes, fueron asesinados seis sacerdotes jesuitas y dos de sus empleadas en las instalaciones de la Universidad Católica. Ellos se habían destacado por sus acciones y elaboraciones teóricas a favor de los sectores populares. Pocos días después, el FMLN decidió salir de San Salvador.

La retirada de las unidades del FMLN hacia las zonas de retaguardia tuvo distintos costos humanos según la preparación y recursos de cada fuerza guerrillera; hubo retiradas ordenadas, pero también otras en las que los combatientes rurales quedaron perdidos al desaparecer los guías urbanos. Mas de mil muertos, entre guerrilleros y guerrilleras, soldados y población civil, y otras dos mil personas heridas, fueron necesarios para que el FMLN y el gobierno se convencieran de que era imposible romper el empate militar y que la única alternativa era buscar la negociación política. A pesar de la fuerte presión internacional desencadenada por el asesinato de los jesuitas, tardarían más de dos años en concretar los términos de la paz negociada.

El contexto internacional había cambiado drásticamente a inicios de los años 90. El bloque socialista estaba desapareciendo, Cuba entraba en su peor crisis económica, Panamá había sido invadida por las tropas norteamericanas, los sandinistas perdían las elecciones en una sociedad agotada por el esfuerzo militar. En la re-

gión centroamericana solamente el FMLN y la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG) persistían en la lucha armada.

En 1990, con la mediación de Naciones Unidas, el gobierno y el FMLN establecieron un calendario de reuniones en las que debían perfilarse los puntos de la negociación. Durante los dos años que duraron las negociaciones no cesaron las acciones militares; ambos bandos buscaban mejorar su posición en la mesa negociadora demostrándose mutuamente su poder de destrucción: mientras el FMNL priorizaba el ataque a la aviación enemiga, el ejército desarrollaba enormes operativos contra las posiciones guerrilleras.

Durante estos últimos dos años, la solución negociada de la guerra requería también de una preparación de la militancia del Frente para volver a la acción política abierta. Ya que los mejores cuadros de las organizaciones estaban involucrados en la acción militar, era necesario crear nuevos espacios civiles donde se pudieran reincorporar y legitimar estos liderazgos. Surge, entonces, una nueva serie de organizaciones femeninas y algunas de las ya existentes reorientan sus estrategias en una dirección más claramente feminista.

CONAMUS abre en 1990 la primera clínica de atención a mujeres víctimas de violencia; un curso sobre teoría de género auspiciado por UNICEF ofreció un espacio importante para que las dirigentes de varias organizaciones profundizaran el análisis de la opresión femenina y posibilitó, meses después, la formación del Centro de Estudios Feministas (CEF), primer colectivo dedicado a la difusión del feminismo en el país. A mediados de ese año surgen las Mujeres por la Dignidad y la Vida (Las Dignas), el Instituto Mujer Ciudadana, el Centro de Estudios de la Mujer (CEMUJER), la Iniciativa de Mujeres Cristianas (IMC), el Movimiento Social de Mujeres y el grupo de Mujeres Universitarias (MUES). Se crean también espacios para el trabajo con mujeres en ONG y organizaciones mixtas.

Las presiones de los gobiernos amigos y del secretario general de la ONU sobre las comisiones negociadoras del gobierno y del FMLN dieron como resultado que el 1 de enero de 1992 se callaron las armas en El Salvador. Quince días después se firmaban en Chapultepec (México) los Acuerdos de Paz que pondrían punto final a doce años de cruenta guerra civil.

Empezaba entonces el tránsito de las organizaciones político-militares a la vida civil y a la acción política legal. Nuevos organismos y multitud de ONG verían la luz, entre ellas organismos de mujeres como el Movimiento de Mujeres “Mélida Anaya Montes”. Todas las organizaciones surgidas durante la guerra y en los primeros meses de la posguerra traían consigo una herencia política marcada por la desconfianza y la verticalidad; sus integrantes eran mujeres de las zonas exconflictivas que se unieron a ellas no por convicción individual sino por mandato partidario y/o temor a las consecuencias de no estar organizadas, sus certezas sobre las causas de la subordinación femenina eran débiles todavía y nula su experiencia en un escenario que dejaba atrás la confrontación y ponía énfasis en la negociación. Con esas herencias de la guerra, las mujeres salvadoreñas tendrían que asumir el reto de iniciar la construcción de un nuevo movimiento social capaz de actuar en la época de paz.

LA POSGUERRA

Los Acuerdos de Paz

Los Acuerdos de Paz abrieron la puerta a la democratización del sistema político salvadoreño y desataron tres transiciones en el país: el tránsito de la guerra a la paz, la desmilitarización del régimen y el inicio de una nueva concepción y práctica del poder político. No pretendieron resolver todos los problemas de la sociedad y, por tanto, no crearon mecanismos para combatir la injusta distribución de la riqueza, el problema estructural de la pobreza, el deterioro ecológico y las desigualdades existentes entre hombres y mujeres, entre otros.

Los Acuerdos pueden resumirse así: alto al fuego y desmovilización del FMLN, junto con su legalización como partido político; reducción, reestructuración y depuración de las fuerzas armadas; desaparición de los cuerpos de seguridad y despliegue de la Policía Nacional Civil (PNC); reformas constitucionales, electorales y judiciales; creación de la Procuraduría de Defensa de los Derechos Humanos; investigación de las violaciones a los derechos humanos y de las responsabilidades militares en las matanzas y crímenes políticos; reinserción de los y las excombatientes del FMLN; transferencia de tierras a excombatientes y pobladores de zonas exconflictivas; instalación del Foro de Concertación Económico-social y de la Comisión para la Consolidación de la Paz (COPAZ).

A tres años y medio de la firma de los Acuerdos, el balance de su cumplimiento arroja luces pero también considerables sombras:

-Si bien se han dado pasos importantes en la desmilitarización del Estado y la sociedad, la subordinación del estamento militar al poder civil no es aún total. El militarismo está todavía latente en la sociedad salvadoreña, agravado por la no resolución efectiva del problema de la impunidad.

-El despliegue de la PNC sufrió enormes retrasos así como la liquidación de la Policía Nacional (PN), a pesar de haberse comprobado las conexiones de esta última con la delincuencia, la corrupción y el narcotráfico y de que constituyó, según la Misión de Observadores de las Naciones Unidas (ONUSAL), una importante fuente de violaciones a los derechos humanos en el país. Tampoco se respetó el acuerdo de impedir la entrada en la PNC de personal proveniente de los cuerpos de seguridad disueltos.

-La reforma judicial ha hecho notables avances con el nombramiento de la nueva Corte Suprema de Justicia, pero la corrupción y la impunidad siguen campeando en el sistema judicial.

-Las resoluciones de la Comisión Ad Hoc y de la Comisión de la Verdad encargadas, respectivamente, de depurar las Fuerzas Armadas e investigar a los autores de connotadas masacres y asesinatos políticos, no han sido cumplidas en

su mayor parte (y en el caso de la depuración de los jefes militares, tarde y mal). La amnistía decretada por la anterior Asamblea Legislativa constituye la mayor bofetada infringida durante la transición al espíritu de la verdad y la reconciliación.

- Los derechos humanos no están totalmente garantizados en el país. Los escuadrones de la muerte han asesinado a más de cien dirigentes de izquierda desde la firma de los Acuerdos y siguen sin ser investigados y desmontados.
- Aunque en términos generales COPAZ funcionó como instancia de concertación partidaria, fue mínimo su aporte a la supervisión del cumplimiento de los Acuerdos y al fomento de la participación de la sociedad civil en el proceso de concertación nacional. Mientras existió, se convirtió en escenario de las disputas partidarias y no supo resolver la dualidad de sus funciones con las de la Asamblea Legislativa.
- El Foro de Concertación Económico-social -novedoso mecanismo de diálogo entre gobierno, empresarios y trabajadores para consensuar políticas económicas y sociales- ha sido el mayor fracaso en la ejecución de los Acuerdos de Paz. El Foro no logró cumplir sus objetivos debido a la intransigente negativa empresarial a discutir reformas legales, ratificar convenios internacionales y debatir políticas económicas. Habiendo dejado de existir antes de las elecciones de 1994, fue sustituido por el Consejo Superior del Trabajo ante las protestas de los sectores sindicalizados que temían estar ante un organismo con competencias mucho más reducidas que las del Foro.
- La transferencia de tierras para excombatientes y pobladores de zonas exconflictivas se ha implementado en algo más del 50% de sus previsiones, dejando a más de 11 mil familias a la espera de los beneficios del programa. Su ejecución ha enfrentado la resistencia de la oligarquía agraria y del Estado, y se ha realizado de manera lenta, limitada y burocrática, al igual que el resto de los programas de reinserción.

La negociación y firma de los Acuerdos de Paz ocasionó frustración y desconcierto en buena parte de la militancia efemenista. Las mujeres obtuvieron un extra de frustración porque los Acuerdos fueron escritos totalmente en masculino (literal y simbólicamente hablando), a pesar de la presencia de más de una mujer en las comisiones negociadoras y firmantes de los mismos.

La población civil femenina que colaboró con el FMLN no fue específicamente tomada en cuenta en los Acuerdos, lo que implicó que la mayoría de estas mujeres quedaran tras la guerra sin ningún recurso para su supervivencia. Además, en la ejecución del Programa de Transferencia de Tierras muchas tenedoras no fueron reconocidas como tales y no tuvieron acceso individual a la tierra repartida: utilizando una definición arbitraria de tenedor que abarcaba únicamente al jefe de familia, las comisiones zonales del FMLN excluyeron de los listados de beneficiarios a gran cantidad de mujeres acompañadas o casadas que habían ocupado y trabajado parcelas durante el conflicto. Estas mujeres que pasaron años sembrando mil-

pas, moliendo y exponiendo su vida para dar de comer a la guerrilla, se quedaron sin tierra propia por el “delito” de estar casadas con un tenedor que sí recibió tierra. Las múltiples recalendarizaciones de este programa tampoco las han contemplado.

Por su parte, la mayoría de las mujeres que participaron en la guerrilla urbana no pudieron desmovilizarse. Las que lo hicieron como parte de las estructuras políticas o como excombatientes pudieron acceder a becas, capacitación en oficios tradicionales o créditos para formar microempresas en el sector informal.

Las 3.285 mujeres desmovilizadas y verificadas por ONUSAL como excombatientes del FMLN representaban el 78% del total de mujeres integradas al mismo; una buena parte de las integrantes de los comandos urbanos y de las estructuras partidarias, así como lixiadas de guerra, no fueron desmovilizadas y, por tanto, no pudieron acceder a los programas de reinserción. Los Acuerdos de Paz, por otra parte, no contemplaron ninguna forma específica para la reinserción de las desmovilizadas, siendo evidente que éstas se encontraban en distintas condiciones que los hombres: el 80% de las exguerrilleras tenían hijos menores de doce años a su cargo y el 29% eran jefas de hogar cuando la guerra finalizó.

En resumen, los persistentes retrasos, incumplimientos e intentos de cambiar el contenido de los Acuerdos por parte del gobierno han mantenido en vilo a la sociedad salvadoreña desde 1992 llegando, en varias ocasiones, a poner en peligro la irreversibilidad del proceso de pacificación. Las presiones del FMLN y de las instancias internacionales han arrancado al gobierno el cumplimiento (parcial) de sus compromisos, aunque ello se ha logrado mediante negociaciones entre el gobierno y el FMLN plagadas de concesiones y realizadas al margen de la sociedad civil y del resto de la oposición política.

El Programa de Ajuste Estructural

En los últimos quince años han ocurrido cambios significativos en la estructura económica del país incidiendo en la conformación de una nueva organización de las clases sociales y en la generación de más pobreza. El modelo exportador basado en el café, la caña de azúcar y el algodón se quebró con la guerra (en 1979 las exportaciones de café y algodón representaban el 61% del valor total de las exportaciones; en 1991 apenas equivalían al 31%) y desde entonces se observa un proceso de abandono de los sectores agropecuario e industrial acompañado de la concentración del capital comercial y financiero en sectores privados muy reducidos.

El resultado es la transformación lenta y silenciosa de una economía productiva en una improductiva basada en el comercio y los servicios financieros. El gobierno pretende articular la economía salvadoreña a la economía mundial a través del comercio y las zonas francas, donde se privilegia la contratación de mano de obra femenina en condiciones de trabajo propias del siglo XIX.

La asfixia económica en el campo ha aumentado las migraciones tanto internas como externas, especialmente a Estados Unidos, lo que ha provocado un enorme aumento del sector informal (más del 60% de la población económicamente activa en las ciudades se encuentra en la economía informal) y una dependencia cada vez mayor del flujo de dólares en forma de remesas familiares: en 1993 las remesas financiaron el 60% de las importaciones. La dependencia de los recursos externos imposibilita la reproducción de la actividad económica a largo plazo y constituye un factor de fragilidad de la economía nacional.

ARENA lleva media década implementando el Programa de Ajuste Estructural (PAE) orientado por las instituciones financieras internacionales. Sus efectos más evidentes hasta la fecha han sido la reducción del gasto público y la tendencia a privatizar y descentralizar los servicios públicos, promoviendo una disociación cada vez mayor entre la política económica y la política social, orientada esta última por una visión focalizada y asistencial.

El PAE ha traído consigo una mayor concentración de la riqueza. Su implementación ha logrado índices anuales de crecimiento positivos (5% en 1993 y 6% en 1994) y los niveles de inflación han sido aceptables, aunque han tenido como soporte las remesas familiares. Debido a la ausencia de políticas redistributivas, el crecimiento económico no se ha traducido de igual manera para todos los sectores sociales; por el contrario, la población situada en las franjas de pobreza básica y extrema pobreza se han incrementado de modo significativo durante la última década y representa actualmente dos tercios de la población nacional (en las áreas rurales el 86% de la población).

Como resultado de las políticas de estabilización el Estado ha disminuido los recursos reales destinados a la educación, salud, vivienda, seguridad social e infraestructura física y social. Si ya durante la década pasada el gobierno redujo considerablemente estas partidas presupuestarias para dedicar recursos a la guerra (entre 1979 y 1991, el gasto público en salud y educación disminuyó un 52% y un 55% respectivamente), las medidas asociadas al ajuste estructural no sólo no resuelven los déficits históricos de calidad de vida de las mayorías salvadoreñas, sino que contribuyen a agravarlos.

Las “elecciones del siglo”

En el diseño de la fundación democrática del régimen político, las elecciones de 1994 fueron pensadas como el acontecimiento llamado a consolidar el proceso de democratización. Sin embargo, las limitaciones de la reforma electoral, la falta de transparencia y eficacia de las instituciones rectoras del proceso, los problemas en la documentación de la ciudadanía y las deficiencias e irregularidades durante las votaciones dieron como resultado elevados índices de ausentismo: 51% en la primera vuelta presidencial y 56% en la segunda. El abstencionismo fue, por tanto, el gran ganador de las “elecciones del siglo”.

Los resultados electorales arrojaron un holgado triunfo para ARENA en la elección de diputados, alcaldes y concejos municipales, ratificado en la segunda vuelta para la elección del ejecutivo (68% de los votos válidos emitidos). La Coalición de Izquierdas integrada por el FMLN, la Convergencia Democrática y el MNR resultó ser la segunda fuerza nacional con el 21% de los votos para alcaldes y diputados, y el 32% en la segunda vuelta presidencial. El FMLN obtuvo 15 alcaldías (de un total de 262) y 21 diputaciones de un total de 84.

Hay que resaltar que la izquierda recibió el más alto porcentaje de votos en San Salvador, en las áreas urbanas y en la zona occidental del país (donde no hubo guerra), en tanto que obtuvo los porcentajes más bajos en la región oriental, en los municipios rurales y en aquellos lugares donde la gente vivió más directamente las consecuencias de la guerra. Los resultados electorales contradicen la tesis histórica de que la base del FMLN es fundamentalmente rural; también demuestran que la exguerrilla perdió la batalla electoral en el frente ideológico, dado que no pudo desarraigar los estereotipos inducidos en la conciencia colectiva por los largos años de bombardeo ideológico.

En síntesis, la constatación de un proceso electoral más cercano al fraude que a una demostración de democracia, y de unos resultados que echaban por tierra diversos mitos de la izquierda que mostraron estar bastantes alejados de la realidad, terminó de frustrar la esperanzas de quienes habían confiado en que el eslogan de la campaña del FMLN, “¡Ahora sí!”, fuera un hecho y convirtiera en victoria sus más de veinte años de lucha.

La participación femenina en las elecciones tuvo características particulares. Las mujeres rurales y urbano-marginales fueron las principales víctimas de los obstáculos para empadronarse, obtener el carnet electoral y emitir el voto, dado que sus responsabilidades domésticas, su pobreza y altos niveles de analfabetismo les dificultaban los desplazamientos y las gestiones burocráticas. Por otro lado, las campañas electorales de los partidos las hicieron invisibles: mientras la derecha las subsumía en la familia, la izquierda las diluía en el concepto pueblo; como resultado las mujeres fueron presentadas como carentes de intereses diferentes a los de su familia o su clase social. La reducida presencia de mujeres en las planillas electorales no permitía hacerse muchas ilusiones sobre el número de ellas que resultarían electas: 9 mujeres diputadas (representando el 10,7% del total de cargos de la Asamblea Legislativa) y 32 alcaldesas (12,2% del total de jefaturas municipales) componen el rostro femenino resultado de las “elecciones del siglo”.

Las mujeres votaron mayoritariamente por ARENA, en tanto la Coalición de Izquierdas quedaba en tercer lugar en sus preferencias. Llama la atención que la Coalición concitaba el voto de una de cada cuatro mujeres con nivel educativo universitario, pero apenas despertaba interés en el 5% de las mujeres con bajo o ningún nivel educativo; así mismo, la proporción de mujeres rurales inclinadas a votar por la izquierda era casi la mitad del promedio femenino nacional y un tercio de la adhesión a la izquierda entre las mujeres de estratos socioeconómicos altos.

Por último, el dato realmente alarmante es la ausencia femenina en las urnas: por unas u otras razones, entre las que se encuentran el abstencionismo forzado, seis de cada diez mujeres en edad de votar no lo hicieron. El desinterés hacia las elecciones (expresado en ideas como “de eso no se come”, “gane quien gane, lo mismo seguimos”, “todos prometen y después no cumplen”) y hacia la política, la desconfianza en la limpieza del proceso electoral, el miedo a las consecuencias de una posible victoria de la izquierda, son actitudes que las mujeres absentistas comparten con los hombres. Ahora bien, las mujeres encontraron también obstáculos particulares que tienen que ver con la domesticidad y el déficit de identidad ciudadana de la mayoría de la población femenina salvadoreña: cuando lo que cuenta es la adhesión a determinadas propuestas ideológicas y políticas, el conocimiento de las ofertas electorales y la conciencia de los derechos individuales y colectivos, la domesticidad desarma a las mujeres para el ejercicio de la ciudadanía dejándoles como únicos caminos la dependencia política respecto a los hombres de su familia o el abstencionismo.

El movimiento de mujeres protagonizó uno de los pocos fenómenos novedosos de dichas elecciones al conformar el espacio Mujeres-94 con la pretensión de “hacer oír la voz de las mujeres en el proceso electoral” y elaborar una plataforma que contuviera las demandas y reivindicaciones femeninas a ser incorporadas en el programa del futuro gobierno. Esta confluencia de más de cuarenta organizaciones de mujeres y feministas ha pasado a la historia del movimiento de mujeres salvadoreño como el primer intento serio de intervenir en la coyuntura nacional desde los intereses femeninos, de manera coordinada y propositiva. La Plataforma Nacional de las Mujeres se convirtió en referente indiscutible para la denuncia de la problemática femenina y, si bien Mujeres-94 no llegó a constituirse en espacio interlocutor de las fórmulas electorales, su trabajo de difusión y sus propuestas específicas contribuyeron a que la sociedad civil tuviera cierta presencia en la campaña electoral.

Los movimientos sociales en la transición

Los tres años y medio transcurridos desde la finalización del conflicto han puesto de relieve la permanencia de enclaves autoritarios heredados del régimen anterior, entre ellos: la militarización del Estado y la sociedad, una estructura del aparato estatal desfasada y burocratizada, la limitación de los espacios de representación y participación política, el control de los medios de comunicación por la derecha, el predominio de una cultura política autoritaria, la atomización de las acciones de la sociedad civil y, finalmente, la alta concentración de la riqueza.

La transición también ha visibilizado las diversas concepciones sobre la democracia deseable para el país. Mientras la derecha la concibe en términos de realización de elecciones que le otorguen autorización social para implementar el programa económico neoliberal, la izquierda opone una visión de la democracia que combina

la representación con la participación social, requiere construir una cultura que promueva la tolerancia y el diálogo, y se sustenta en un principio ético de democratización social. No obstante, su práctica dista bastante de este discurso: en no pocas ocasiones el FMLN ha aceptado que los partidos sean el único instrumento de representación política, ha desconsiderado el voto ciudadano como fuente de legitimidad de la representación y ha negociado con el partido de gobierno cuestiones de interés nacional sin la suficiente consulta a sus bases ni a la sociedad civil. Además, sigue considerando legítimo que los movimientos sociales subordinen sus acciones a las prioridades partidarias y mantiene estilos de gestión política (cupulares, verticales) poco coherentes con el credo democrático que dice profesar.

Los Acuerdos de Paz validaron el planteamiento de la izquierda en torno a que la guerra tuvo su origen en relaciones económicas injustas y que no fue producto de una conjura internacional; los mayores logros de los Acuerdos, sin embargo, no se ubican en la resolución de estas causas sino en el terreno político: creación de canales de expresión para la oposición y una nueva institucionalidad regida por reglas democráticas. Pero en el juego de la democracia formal, el protagonismo político le es reconocido exclusivamente a las organizaciones partidarias; en consecuencia, los movimientos sociales han sido los grandes ausentes de la transición política. Atomizados, débiles y sin autonomía, los organismos que forman el tejido social salvadoreño han demostrado poca capacidad de formular demandas organizadas, por lo que la democratización institucional ha respondido más a la presión de los partidos y a las instancias internacionales que a las demandas de la sociedad civil.

En este panorama desolador, las organizaciones femeninas sobrevivientes de la guerra y las que surgieron después de la ofensiva del 89 se convirtieron en los únicos referentes organizativos para amplios sectores femeninos y también para una parte de las mujeres que habían estado integradas a la lucha revolucionaria. Desaparecidas las urgencias de la guerra, estos organismos pudieron adentrarse en la reflexión sobre las desigualdades genéricas, sus causas y manifestaciones en la sociedad salvadoreña. La aproximación al feminismo desencadenó en algunos de ellos procesos de autonomía respecto a las estructuras partidarias que las crearon.

Las reflexiones sobre la autonomía se vieron acompañadas de un fuerte desencanto en relación a sus compañeros de lucha -quienes les habían llamado a apostar su vida por un cambio que nunca llegó- y provocaron rupturas y alejamientos entre varios organismos de mujeres y sus respectivos referentes partidarios. En consecuencia, durante 1992 y 1993 las organizaciones de mujeres perdieron la influencia que habían tenido en el FMLN y redujeron las posibilidades de negociar mejores condiciones para la reinserción femenina.

En resumen, si es cierto que los Acuerdos de Paz no fueron resultado de una concertación social ni de una negociación entre los actores políticos en su conjunto, sino de las partes político-militares enfrentadas en la guerra; si igualmente es cierto que durante el proceso de negociaciones la sociedad civil se limitó a imponer al gobierno y al FMLN el imperativo de la urgencia de la paz y de la

democracia, no es menos cierto que, a lo largo de estos años de transición democrática, en muy escasas ocasiones los movimientos sociales han mostrado disposición de apropiarse de tales acuerdos y capacidad para presionar a las partes para que respondan por los compromisos que elaboraron y suscribieron.

La pasividad -cercana a la resignación- del movimiento social ante los incumplimientos y atrasos en la ejecución de los Acuerdos de Paz; su tolerancia ante las negociaciones secretas del gobierno y del FMLN; sus débiles reacciones frente a la ley de amnistía para los violadores de derechos humanos; su abandono de la bandera de la verdad y la reconciliación, son elementos que también forman parte del paisaje de la transición democrática salvadoreña. La desarticulación de la sociedad civil, su falta de autonomía y de capacidad propositiva están obstaculizando de manera notable la democratización social.

DEL PROYECTO REVOL

UNA UTOPIA Y UN “HOMBRE NUEVO” PARA CONSTRUIRLA

La pobreza extrema de la mayoría de la población y la carencia de espacios para la expresión de la disidencia política -que encuentra como única respuesta la represión por parte de los sucesivos gobiernos militares- son los elementos centrales de la realidad salvadoreña en que se gesta el proyecto político de las cinco organizaciones que darían vida al FMLN. A pesar de los matices de cada una de ellas en cuanto a concepción ideológica y estrategia política, comparten los objetivos a largo plazo de su lucha, la composición de sus filas y las fuentes de donde se nutre su ideario revolucionario.

A pesar de las numerosas tendencias existentes en la izquierda latinoamericana -la salvadoreña incluida-, es posible diferenciar esta corriente de otras ideologías políticas porque pone el énfasis en el cambio por encima de la continuidad, en la justicia social sobre el desempeño económico, en la distribución del ingreso más que en el buen funcionamiento de los mercados, entre otros rasgos de identidad (Castañeda, 1993). Los revolucionarios y revolucionarias salvadoreñas, en sus cinco expresiones orgánicas más notorias, asumieron hasta sus últimas consecuencias el discurso del cambio.

En los años 70, la mayoría de quienes decidieron darle forma de militancia a su rebeldía buscaban un fin prioritario: la toma del poder político. No había ocasión para pensar en reformas o coexistencias, se vivía el tiempo de la revolución, de poner fin a la explotación, de buscar la justicia social, “de concentrar toda la acción del pueblo contra el enemigo fundamental: el imperialismo yanqui y sus crueles aliados: la burguesía criolla, el gobierno títere y las fuerzas armadas contrarrevolucionarias”, según lo declaraban las Fuerzas Populares de Liberación -FPL- en su Manifiesto al Pueblo (1977).

Las y los promotores de las primeras organizaciones político-militares eran, en su mayoría, jóvenes provenientes de una

LOS ELEMENTOS REVOLUCIONARIO SALVADOREÑO

clase media empobrecida o de familias humildes que con grandes sacrificios les costaba su educación, estudiantes con un escaso margen de movilidad social y sin grandes posibilidades de asegurar materialmente su futuro. En menor medida, también formaban parte de estos núcleos profesionales, maestros/as y obreros con una historia previa de militancia social.

Todos ellos tenían en la revolución cubana un referente que confirmaba y sostenía sus ilusiones, además de un punto de apoyo material y político para sus luchas; por otro lado, nutrieron sus convicciones de, por lo menos, tres fuentes teóricas: el marxismo, la Teología de la Liberación y el guevarismo.

Del marxismo retomaron la premisa de que el socialismo era el punto de llegada inevitable del desarrollo de la historia, que las condiciones objetivas para la revolución en el país estaban maduras y que solo hacía falta la consolidación del factor subjetivo -la vanguardia- para alcanzar las precondiciones necesarias para el triunfo revolucionario: la hegemonía del proletariado y la destrucción de los aparatos militares y administrativos del Estado burgués (Menéndez, 1981).

La Teología de la Liberación -corriente de pensamiento que reinterpreta los textos bíblicos y la doctrina de la Iglesia Católica a la luz de la opción por los pobres, que se gesta en el Concilio Vaticano II (1963-1965) y alcanza sus formulaciones político-eclesiales más consistentes en las Conferencias Episcopales Latinoamericanas de Medellín (1968) y Puebla (1979)- tiene una fuerte influencia en los núcleos de la izquierda ya que su vocación para construir el Reino de Dios en la tierra al lado de los pobres coincidía con la lucha a la que ellos apostaban sus vidas.

Aunque una primera generación de líderes de la izquierda salvadoreña se declaraba marxista y para Marx la religión es el opio del pueblo, el ateísmo esperable en estos grupos tuvo que inclinarse ante la fuerza ideológica que la Teología de la Liberación

tenía entre la población y, sobre todo, ante el compromiso y militancia de los sacerdotes y las monjas con la causa de los pobres. Tendieron puentes para conjuntar esfuerzos en torno a esta causa común y en esta alianza no dudaron en encontrar afinidades e incluso conjugar su discurso con el de la Iglesia para formar una sola doctrina.

Para Henríquez (1988) existe tal coincidencia entre las propuestas éticas del movimiento profético con las del movimiento revolucionario que es posible elaborar una simetría semántica de las categorías más significativas de ambos discursos: los revolucionarios quieren la liberación de los explotados, los cristianos la liberación de una estructura social de pecado; el explotado se convierte en el carente y el pueblo dominado en el pueblo oprimido de los cristianos; los ricos del discurso revolucionario se asimilan con los poderosos de los cristianos, amos y señores de la vida; la construcción del socialismo caracterizado por el establecimiento de relaciones de colaboración y ayuda mutua se equivale a la construcción del Reino de Dios de los cristianos: un mundo sin opresión donde abunda el amor y la justicia; la alianza obrero-campesina se transforma en solidaridad cristiana como principio de identificación con los más pobres: el salto de calidad en la conciencia que lleva a asumir como propio el proyecto de la revolución se convierte en el proceso de conversión cristiana, o sea, el aceptar una ética diferente y ser solidario con el prójimo por encima de todo.

A esta conjunción ética y doctrinaria del marxismo y la Teología de la Liberación se le suma una tercera fuente inspiradora: el Che Guevara. De él se retoma, además de elementos de su estrategia para la toma del poder político, la convicción de que el revolucionario es el esbozo del "hombre nuevo". La influencia del Che en los revolucionarios y revolucionarias salvadoreñas no se hace sentir a través de sus escritos (probablemente desconocidos para la mayoría) sino del mito que lo rodea: encarnando su consigna de que la labor de todo revolucionario es hacer la revolución, abandona sus cargos en la naciente revolución cubana para ir a combatir a África y posteriormente a Bolivia; agita, teoriza y vive su idea de que el revolucionario es la forma más elevada de ser humano en esta época (Taibo II, Escobar y Guerra, 1994).

El guevarismo alimenta a la juventud revolucionaria en su certeza de que para llevar adelante la revolución es necesario que, en un primer momento, se transformen en "patriotas dispuestos a luchar incansablemente, sacrificando su comodidad personal y sus intereses individuales por la causa de la Liberación popular, dispuestos incluso a perder la vida en esa lucha para cumplir con la misión histórica de ser los mejores hijos del pueblo, destacándose por su mística, su profundo amor al pueblo, el implacable odio contra los explotadores, una gran iniciativa revolucionaria, disciplina y alta conciencia política. Ese es el temple de quienes tienen la tarea de conducir al pueblo para abrirle paso a una vida nueva, fecunda y feliz" (FPL, Manifiesto al Pueblo, 1977).

Estas corrientes de pensamiento enfatizan exclusivamente los aspectos económicos de las vivencias y relaciones

humanas, dejando de lado el análisis de otros elementos -tanto individuales como sociales- que forman la identidad personal y, particularmente, la pertenencia de género. La aseveración marxista de que la conciencia es un mero reflejo de las condiciones materiales será el único recurso teórico dentro de la utopía revolucionaria para tratar de entender a las personas, sus motivaciones, necesidades y subjetividades. Esta premisa, sin embargo, lejos de ayudar a comprender la complejidad de los seres humanos, los concibe unidimensionales e ignora la manera como cada sujeto interioriza su ubicación en diferentes relaciones sociales y construye sus expectativas ante la vida, es decir, deja de lado todas las implicaciones de la opción por la revolución en la subjetividad.

Según Guinsberg (1993), esta falta de interés de los proyectos revolucionarios en la discusión sobre la subjetividad (o el sujeto psíquico como él le llama) es una reacción sobrecompensada al fenómeno del psicologismo, entendido como tendencia a dar una explicación psicológica a todo fenómeno social. Pero esta sobrecompensación crea el fenómeno del economicismo, entendido como tendencia a dar una explicación económica a todo fenómeno relacionado con la subjetividad.

Cualquier reduccionismo que intente entender a los seres humanos en una única dimensión tiene graves fallas. El psicologismo que hace caso omiso de las condiciones sociales e históricas en la formación de las personas es tan desacertado como el economicismo, que minimiza la importancia de la subjetividad y deja intactas las identidades subordinadas -la de las mujeres hacia los hombres, la de los menores a los mayores, por ejemplo- creadas en el mismo sistema que se pretende destruir.

El reduccionismo de la dimensión subjetiva de los y las militantes del FMLN los condujo a que su modelo de “hombre nuevo” tuviera como principio de actuación para sus militantes la entrega total a la causa y la supeditación de todos sus anhelos a la misma. La consigna era cumplir cualquier tarea en cualquier lugar (entrevista con David Rodríguez en Ueltzen, 1994) y, agregamos nosotras, sin importar el costo que esto ocasionara.

Otro elemento de la utopía revolucionaria es la pretensión de que la igualdad deseada para el futuro existía ya en el interior de los núcleos revolucionarios, en los cuales se decretaron eliminadas todo tipo de diferencias, por ejemplo, las existentes entre hombres y mujeres en función de una identidad construida socialmente de manera diferenciada y que ocasiona un desigual acceso al poder en todos los ámbitos de la vida. Uno de los dirigentes históricos del PCS así lo afirma: “Esta lucha alcanzó tal amplitud que redujo notablemente las diferencias que en razón del sexo predominaban en la sociedad salvadoreña; por eso ha llegado a constituirse en uno de los teatros sociales donde la mujer alcanzó, en condiciones de igualdad, los mismos o superiores niveles de participación y responsabilidad que el hombre” (Gutiérrez, 1993).

Con tal convicción, la dirigencia de los grupos guerrilleros desestimó la validez del análisis sobre la situación diferenciada de hombres y mujeres a su interior. Insertó al conjunto de la militancia femenina en los conceptos “revolucionario” y “hombre nuevo”; las

implicaciones de estos conceptos expresados en masculino no se limitan a lo lingüístico, se observan en las líneas y políticas creadas a partir de la ilusión de que las diferencias se pueden suprimir por el mecanismo de no reconocerlas.

Aunque en diversos aspectos de la estrategia y táctica política-militar las cinco organizaciones integrantes del Frente mostraron tal nivel de descuerdo que hicieron imposible su unidad orgánica en un solo partido, en torno a la subjetividad tuvieron tantas coincidencias que hacen posible referirse al FMLN como un todo en este aspecto.

Las diferencias, que sí existieron en la concreción de esta concepción, tienen su explicación en la personalidad de quien estuviera al frente del lugar concreto que se quiera analizar; la sensibilidad, procedencia, educación, experiencia y sentido común del o la responsable de un frente de guerra, campamento, zona, célula del partido, etc., son los factores determinantes para entenderlas. En ese sentido se puede hablar de diferencias entre las personas y no entre las organizaciones.

La utopía revolucionaria de la izquierda salvadoreña nutrida de las tres fuentes antes mencionadas -marxismo, Teología de la Liberación y guevarismo- no llega a integrar un cuerpo teórico coherente; la urgencia por transformarla en acción ocasiona que se traduzca en consignas agitativas más que en análisis y propuestas. La carencia de reflexión en torno a la subjetividad y las desigualdades entre hombres y mujeres (aspectos particulares que nos interesa destacar) tendrá serias implicaciones políticas durante la guerra.

La lucha armada: camino para llegar al socialismo, crisol donde se forja el guerrillero

Las organizaciones que formaran el FMLN asumieron la vía de la lucha armada para la conquista del poder político al considerar que estaban cerradas las posibilidades de cambio a través de la participación electoral. Su estrategia consistió en combinar la acción de los grupos guerrilleros, el fortalecimiento de las organizaciones de masas y la construcción de la vanguardia.

Las organizaciones político-militares se proponían lograr una adecuada combinación de la lucha política con la militar; sin embargo, la preponderancia de una sobre la otra era un tema de constante debate y diferencias. Salvador Cayetano Carpio-Comandante Marcial, fundador de las FPL (la primera organización de ese corte y la que llegaría a ser la más numerosa e influyente dentro del FMLN), en una entrevista con Marta Harnecker publicada en 1982 evidencia las contradicciones existentes sobre cuál debería ser el aspecto central en la lucha revolucionaria.

En una parte de la entrevista señala que "...la aplicación política de la línea tiene que complementarse con la armada, y ésta pasa a ser la fundamental... Incluso cuando la lucha armada está tiernita, cuando todavía no abarca todo el panorama nacional y no es

todavía la fundamental, es ella la que en determinado momento pasa a ser la que jala todo el proceso y, entonces, los otros medios de lucha tienen que combinarse con éste, que es el fundamental". Sin embargo, unos párrafos más abajo dice que "...desde el principio teníamos claro que lo político es lo fundamental, lo que tiene que dirigir la guerra, y que lo militar está supeditado a lo político y es parte de la expresión política de la lucha de clases" (Comandante Marcial, 1982: 43, 44).

La relación entre ambos elementos de la lucha sería fuente de algunos de los desacuerdos que dificultaron la unidad de los grupos del FMLN y también forma parte de los debates en torno a la relación que deberían establecer las organizaciones de masas con las estructuras armadas.

La preponderancia de lo militar sobre lo político genera una sobrevaloración del fusil sobre el diálogo político, del riesgo sobre la defensa de la vida, de la capacidad de destrucción sobre la posibilidad de proponer, de la audacia y arrojo sobre los cuidados; construye el ambiente donde surge la figura del guerrillero, admirado por su disciplina, heroicidad, firmeza en sus principios y absoluta dedicación de su vida a la lucha revolucionaria.

El guerrillero era un nuevo tipo de militar, incluso los militares de carrera podían convertirse en guerrilleros. El capitán Mena Sandoval, por ejemplo, se integró a las filas del ERP y, según su testimonio, logró adaptarse sin abandonar su vocación por las armas. Antes de incorporarse a la guerrilla y ante su decepción del papel de las fuerzas armadas en la vida política nacional, optó -cuenta- por seguir el consejo de Monseñor Romero de no dejar de ser militar sino cambiar de ejército (Mena Sandoval, sin fecha).

En el ideal del guerrillero se mezclaban cualidades de dos figuras: la del militar y la del sacerdote. En sus memorias, Juan José Medrano (comandante del ERP) señala que su padre siempre le había aconsejado que no se hiciera ni lo uno ni lo otro, pero que su opción política lo llevó a combinar un poco de ambas figuras. "Durante más de veinte años abandoné a mi familia, estudios, vida normal y legalidad dedicando mi vida a transformar el país en función del bien común, esa fue una especie de sacerdocio. Y aunque nunca fui buen jefe militar, si tuve que asumir también ese papel por varios años" (Medrano, 1994).

En el guerrillero se concretó el modelo del "hombre nuevo". La imagen de este soldado del pueblo -invencible en la batalla, audaz, que no mide riesgos en el enfrentamiento con el enemigo- sería el prototipo a alcanzar para quienes se involucraban en la guerrilla. El entusiasmo por poseer un arma y aprender a usarla es narrado en múltiples testimonios. El arma era un instrumento de defensa y además un símbolo de poder.

El guerrillero-militar era una imagen eminentemente masculina; sin embargo, la convicción de que la lucha armada era la única vía posible para el triunfo revolucionario hizo posible que las mujeres que se sumaban a las organizaciones del FMLN contemplaran en la figura militar y en la posesión de las armas, una alternativa válida también para ellas.

"Ese momento fue muy especial, dice Ana Guadalupe Martínez narrando su captura, pues sentí como nunca la impotencia de no

poder defenderme, la necesidad de mi arma, y entendí a plenitud que sólo con las armas en la mano se le puede hacer frente al enemigo” (Martínez, 1992).

Sin embargo, las mujeres iban a tener una desventaja en su incursión en el terreno militar. Menoscabadas sus aptitudes físicas de resistencia y fuerza -en parte por la falta de adiestramiento desde pequeñas y también por la propia creencia de que esas son cualidades propias de los hombres- tendrían que ganarse el respeto y valoración en ese campo a partir de un sobreesfuerzo.

La división de tareas en el interior del ejército guerrillero asignaría las de menos notoriedad a las mujeres (sanitarias, radistas, cocineras) y, pese a la propaganda realizada para resaltar la importancia de esas tareas, no llegaron a tener la misma consideración que la labor propiamente militar del combatiente.

Los sujetos revolucionarios: la relación entre las masas y la vanguardia

Además de una utopía y un camino para llegar a ella, las organizaciones político-militares de la década de los 70 concibieron también un sujeto revolucionario, o sea, quien tendría como misión llevar adelante las transformaciones necesarias en el país. Ese sujeto era el pueblo, las masas.

Pero ese pueblo, cuyo potencial revolucionario era imprescindible para vencer al enemigo, tenía que superar su visión de corto plazo y trascender sus reivindicaciones inmediatas que no le llevarían por sí mismas a cumplir su misión histórica. Para guiarlo por ese camino era necesario construir su vanguardia: el partido.

El partido se convierte en la garantía de continuidad de la lucha, es quien representa fielmente los intereses del pueblo con un alto grado de disciplina y conciencia. Es la cabeza del pueblo encargado de encauzar sus luchas en torno a sus necesidades fundamentales por el sendero de la revolución, a cambio de lo cual el pueblo le “delega” el poder de ejercer su hegemonía sobre el resto de la población.

Esa vanguardia (según el esquema de guerra popular de las organizaciones político-militares) actuaba fundamentalmente en dos espacios: en las fuerzas armadas populares (germen del nuevo ejército) y en los frentes de masas (que agrupan a quienes luchan por reivindicaciones inmediatas, además de construir sus propias estructuras).

En los análisis sobre el movimiento popular y los grupos armados se observa claramente una distribución jerárquica. Los hombres y mujeres que reclaman sus derechos inmediatos (mejoras salariales, derecho al empleo, control de precios, derecho a la tierra, por ejemplo) constituyen el primer nivel del sujeto revolucionario. Sus acciones son importantes pero no suficientes puesto que, según la doctrina marxista-leninista, se generan alrededor de demandas inmediatas. El interés histórico del proletariado es la toma del poder, pero si sus integrantes no son conscientes de este interés es obligación de quienes sí lo son incorporar esta misión en su conciencia.

El pueblo es teóricamente el destinatario de las mejoras que vendrán del triunfo de la revolución; sin embargo, el papel que se le asigna en el camino hacia la victoria final -según la alegoría corporal tan utilizada en la literatura revolucionaria- es el de ser los ojos y oídos de su vanguardia, sensores por los cuales se capta la realidad. El partido se reserva la identificación con los órganos vitales: el corazón, la cabeza. Sus integrantes se arrogan el derecho de actuar y pensar en nombre de todo el pueblo, como corazón y cabeza que se autodefinen.

La concepción marxista-leninista del partido le asigna a éste las dotes de conducción, mando y orientación; le otorga la cualidad de encarnar la concepción global del proyecto de transformación; es, además, un espacio del mundo público por excelencia. Es normal que quienes creen en esto, identifiquen al colectivo masculino de la sociedad -a quien se le adjudica el accionar en el espacio público- como el lógico protagonista de las estructuras partidarias y que, en la práctica, los hombres tengan una mayor participación en ellas y estén representados en un más alto porcentaje que las mujeres en las instancias de conducción de las mismas.

El pueblo organizado, sin embargo, era más heterogéneo en su composición. Organizaciones importantes como ANDES 21 de Junio, la organización de las y los maestros, estaban formadas mayoritariamente por mujeres; existían también organizaciones como las de las vendedoras de los mercados casi exclusivamente femeninas. Pero en la medida en que las organizaciones populares, por más fuertes que sean, no alcanzan a integrar los intereses históricos del proletariado, están condenadas a ir por detrás de su vanguardia.

En consecuencia, la imagen que consciente e inconscientemente se construye de la relación masas-vanguardia, además de una distribución jerarquizada, posee también diferencias genéricas: en las organizaciones de masas las mujeres son consideradas imprescindibles y van a tener un peso numérico importante; en tanto que en la vanguardia predomina la figura masculina, en cantidad y puestos de dirección.

Esta relación genérica en ambas instancias se fortalecería en el período entre las dos ofensivas militares (1981-1989), años en los que la vanguardia se militariza y las condiciones y requerimientos de este tipo de lucha van a dificultar aún más la incorporación femenina a sus filas.

Concepción, estrategia y práctica política se unen para gestar un proyecto revolucionario que reproduce en su interior una de las divisiones más sólidas del sistema que quiere destruir: la existente entre hombres y mujeres y la subordinación de éstas en intereses, tareas y acceso al poder, en nombre de los intereses históricos de un proletariado concebido exclusivamente en términos masculinos.

La moral construida en el proyecto revolucionario

Todo proyecto político pretende ganar la conciencia de las personas, captar la energía que las lleva a asumir compromisos y responsabilidades, a buscar su sentido de pertenencia en un grupo, a darle cauce a su necesidad de trascendencia. Incidir en las fibras emocionales y las pautas de conducta, no solo de sus adeptos más cercanos sino de un auditorio más numeroso -de preferencia, todo el pueblo-, es una intención que explícita o implícitamente forma parte de la utopía revolucionaria.

La moral, conjunto de normas y cualidades de la conducta construido a partir de la interiorización de las exigencias sociales y convertido en un esquema más o menos permanente de actuación (Heller, 1977), resulta ser entonces una dimensión de la vida humana en torno a la cual el proyecto revolucionario tendría algo que proponer. La moral, como construcción histórica que se alimenta de dimensiones psíquicas y sociales es, además, una unidad formada por un cuerpo teórico que organiza los principios y objetivos de un grupo -la doctrina- de la que se derivan una serie de conceptos y reglamentos para la actuación -los valores y normas- y que requiere de un conjunto de aparatos y mecanismos que vigilan el cumplimiento de la doctrina -las instituciones (Núñez, 1988).

Como señalamos anteriormente, la utopía de los revolucionarios salvadoreños se nutre del materialismo histórico, del guevarismo y de la Teología de la Liberación. En su precipitación por conquistar el poder político, los grupos político-militares no consideraron importante dedicar tiempo a reflexionar sobre temas que no tuvieran relación directa con la coyuntura y con las condiciones materiales de la sociedad; en consecuencia, el *cuerpo moral doctrinario* es una mezcla poco consistente de la cual analizaremos algunos elementos: sexualidad, maternidad, doble moral, intolerancia.

El cristianismo sí tiene una doctrina coherente y un conjunto de valores y normas -expresadas en rituales, tradiciones, mitos y prejuicios- que han ganado preponderancia en las sociedades occidentalizadas y que tienen mucha fuerza en las ciudades por la actuación de sus instituciones y agentes reproductores: las iglesias, los sacerdotes, las monjas. Era de esperar que la militancia efemenista, influida e identificada con la Teología de la Liberación en sus postulados políticos, recurriera a los principios doctrinarios del cristianismo cuando tenían que analizar o revisar su comportamiento moral.

La Teología de la Liberación, a pesar de la profunda revisión que hizo del compromiso social de la Iglesia, dejó intactos los postulados referentes a las relaciones entre hombres y mujeres y, sobre todo, la visión acerca de la sexualidad y la maternidad. La identificación de la sexualidad, fundamentalmente la femenina, con el pecado, así como su relegación al hecho conyugal entre una pareja heterosexual con fines reproductivos, son elementos centrales del cristianismo que ejercen una fuerte influencia en la ideología social y forman parte de la cultura de dominación masculina.

Los comportamientos sexuales juegan un papel importante en la valoración moral de las personas; a las mujeres, en mayor medida que a los hombres, se les exige control y represión de sus deseos sexuales, y se les aprecia por ello. La doble moral, permisiva para el género masculino y rígida para el femenino, es un elemento central de la doctrina cristiana, asumida sin mayor cuestionamiento por la izquierda.

La identificación mujer-madre y la realización femenina centrada en el ejercicio de la maternidad, la cual debe procurar acercarse lo más posible al mito de la Madre de Dios (absoluta renunciación de los deseos propios para consagrarse exclusivamente a los hijos), ha llevado a que la Iglesia sea la más férrea detractora de los derechos reproductivos de las mujeres, prohibiendo el uso de anticonceptivos no naturales, animando a concebir y parir los hijos “que Dios mande” y oponiéndose a la interrupción de los embarazos no deseados, incluso de aquéllos que son producto de violaciones o que ponen en riesgo la vida de la madre.

La incompatibilidad del cumplimiento del rol materno con las tareas revolucionarias llevó a que la izquierda rompiera en parte con esa identificación de las mujeres y la maternidad; sin embargo, para no entrar en un choque frontal en este punto con sus aliados políticos, justificó las prácticas que contradecían este principio como necesidades de un período especial (primero la clandestinidad y luego la guerra) o las llevó a cabo en el más absoluto silencio.

Otro elemento doctrinario importante en la construcción del código moral revolucionario y que es parte tanto de la tradición del cristianismo como del marxismo, es la exclusión de todo lo que se contraponga al dogma. El sectarismo y la intolerancia ante la heterogeneidad de ideas y prácticas es un sello distintivo de la izquierda salvadoreña; forma parte de su historia un acusado uso de la descalificación del contrincante político que llega hasta la utilización del asesinato como método para resolver los desacuerdos (Roque Dalton y Mélida Anaya Montes, Comandante Ana María, son los dos ejemplos más conocidos).

En el capítulo anterior se mencionaba, en una rápida reseña histórica, la cantidad de golpes de estado que se produjeron en menos de 50 años, la guerra contra Honduras, el genocidio del 32, la crueldad de que hicieron gala los aparatos militares y paramilitares para reprimir al movimiento popular, en fin, una violencia que deja huella en toda la población. Algo de esa violencia histórica parece haber sido heredada por las organizaciones de izquierda.

Sumado a esa herencia, la preponderancia de lo militar -con su consecuente fascinación por las armas como fuente de poder y la sobrevaloración de la figura del guerrillero- parece alimentar esa intolerancia y esa decisión de destruir al enemigo donde quiera que se presente... y puede presentarse también en el interior de las organizaciones revolucionarias.

La intolerancia ante las discrepancias se pone también de manifiesto ante cualquier análisis de la realidad que no ubicara en el centro la lucha de clases y la urgencia de la revolución. El feminismo, por ejemplo, como explicación teórica sobre las relaciones desiguales y jerárquicas entre los hombres y las mujeres, era descalificado

por las organizaciones político-militares como una idea proveniente del imperialismo, acusado y combatido por distraer la atención de los verdaderos intereses del pueblo. A las mujeres se las contemplaba únicamente en tanto pertenecientes a las clases explotadas, elemento que, en efecto, forma parte de la identidad de una gran mayoría de las salvadoreñas, pero que no las define en su totalidad.

Por último, la moral revolucionaria se guiaba, más que por una doctrina coherente, por un pragmatismo en donde el principio ético de “el fin justifica los medios” se convierte en el rector de su accionar. Las culpas y conflictos que se pudieran generar en los/las militantes por contravenir algunos mandatos de su educación cristiana -no matarás o no robarás, por ejemplo- encontraban en el objetivo final un paliativo; también estaban para compensarlos de estas rupturas los sacerdotes católicos que se habían sumado a las filas guerrilleras.

La escala de valores que se deriva de la amalgama doctrinaria revolucionaria se mueve en direcciones contradictorias. La rebeldía contra la injusticia está en la cúspide de esa escala, sin ella no podía abrazarse la causa de la liberación del pueblo, por lo que se espera una radicalidad sin límites en la lucha contra todo factor económico, político y social que vaya en contra de los intereses populares; sin embargo, en los aspectos de la vida privada (familia, sexualidad, maternidad, relaciones hombre-mujer, roles genéricos) se exige de la militancia una actitud puritana y conservadora, por lo menos en el discurso y el comportamiento manifiesto.

Otro valor de la doctrina cristiana va a estar presente en la ética de los y las revolucionarias. La mística del sacrificio (que ya era un fuerte componente de la disciplina de los grupos político-militares) se fortalece al identificarse con el valor religioso de la entrega a los otros, básico para quien quiere ganar el Reino de Dios. No es casual, señala Guinsberg (1991) que los santos católicos se parezcan bastante a los héroes guerrilleros.

El sacrificio implica olvidarse de las necesidades individuales, cualquier preocupación sobre la vida personal es calificada -mejor dicho, descalificada- como individualismo pequeñoburgués. Las preocupaciones por las necesidades cotidianas o aspiraciones personales eran incompatibles con los valores de quienes se adscribían a la lucha por la liberación del pueblo. Se espera de los militantes una actitud abnegada que, en sentido estricto, significa la negación de aquellos deseos y aspiraciones que no resulten funcionales con la causa revolucionaria.

No cabe duda de que para emprender la misión de terminar con un régimen político tan represivo como el salvadoreño, hacía falta una fuerza moral, individual y de grupo considerable. Un discurso delirante de la derecha salvadoreña que exigía muertos, sangre, destrucción, todo lo que fuera necesario para librar al país de la amenaza comunista y una práctica represiva brutal, cuya máxima expresión son los impunes escuadrones de la muerte, alimenta un discurso y práctica revolucionarios donde el sacrificio total es la única manera de enfrentarse a ese enemigo despiadado que está dispuesto a destruir sin piedad a quien se le oponga, y que tiene los recursos necesarios para hacerlo.

Los valores que regían el comportamiento de las y los integrantes del FMLN no se traducen en una normativa explícita. La carencia de elaboraciones al respecto nos lleva a deducir que en los primeros años el ejemplo y la transmisión oral eran lo que primaba en este aspecto. En 1985, sin embargo, aparecen algunos documentos de la Comandancia General que enlistan una serie de virtudes y comportamientos que se esperan de los combatientes revolucionarios, que es lo más parecido a un intento de reglamentación de esos valores. En el titulado “Los quince principios del combatiente guerrillero” (1985) y en la “Valoración estratégica de la situación del FMLN” (1985), se destaca que el combatiente revolucionario:

- Luchará por la revolución toda la vida; su moral y confianza en la victoria marcharán siempre indiferentes a las dificultades.
- Forjará siempre los valores revolucionarios de austeridad, sencillez, humildad y honestidad. Criticará a los engreídos y a los individualistas.
- Tendrá una disposición incondicional a pelear ineludiblemente la guerra larga.
- Tendrá la seguridad absoluta en la victoria de la revolución y la disposición a no escatimar sacrificios por ella.

Finalmente, la institución rectora de la moralidad revolucionaria será el partido. Ya que la vía armada coloca a quienes la asumen en la ilegalidad, al margen de la sociedad, las y los integrantes de estos grupos asumen que el partido al que pertenecen es la máxima autoridad para valorar su comportamiento; será la dirección de esa organización -que a su vez reúne a lo mejor de lo mejor- quien determine qué es lo correcto y lo incorrecto y quien dicte las sanciones necesarias para corregir los errores y/o desviaciones.

Conceder tal nivel de autoridad al partido implica una cierta renuncia a la individualidad y aceptar que “la persona se funde con la organización en un solo colectivo, la labor es colectiva, la creación es colectiva y los aportes individuales pasan a formar parte del patrimonio de la Organización” (la mayúscula es del texto original; Entrevista con Salvador Cayetano Carpio, en Méndez, 1981).

Esta inclusión del individuo en la organización funciona también como una forma de defensa para su militancia, constantemente expuesta a la represión y a la captura por parte de los cuerpos represivos del Estado, hecho que traía aparejada la utilización de la tortura para obligarlos a confesar los secretos de su organización. Una de las estrategias represivas es precisamente tratar de romper el vínculo entre lo individual y lo grupal (Beristáin y Riera, 1992). Cuanto más identificada estuviera la persona con la organización, más difícil era que eligiera salvar su vida denunciando a sus compañeros, ya que el grupo formaba parte de su propia individualidad.

El instrumento del partido para regular el comportamiento individual son las sesiones de crítica y autocrítica, que implicaban aceptar las opiniones de los demás -suponiendo siempre que éstas estaban regidas por los principios revolucionarios y buscaban lo mejor para la organización- y encontrar en el proceso de socialización burgués la explicación de las deformaciones de la conducta propia.

Estas sesiones son descritas como “nudos de fraternidad, son ojos que ven hacia afuera y hacia adentro, jueces de nuestros pasos y luces que alumbran la conciencia” (Mena Sandoval, sin fecha).

Estos elementos de la moral revolucionaria con los que el FMLN enfrentaría los retos que le plantearía la guerra, fueron forjados por la primera generación de militantes de la década del 70 y respondían a su nivel de conciencia y entrega. Una nueva generación de militantes de diferente extracción social y sin haber pasado por el crisol de la disciplina que da la clandestinidad, se integraría al ejército guerrillero durante los años 80. Los cuadros históricos tendrían que enfrentar nuevas situaciones armados de un referente doctrinario débil, una escala de valores contradictoria, una institución en la que tomaría más peso lo militar que lo político y un pragmatismo basado en el principio ético de “el fin justifica los medios”. La combinación de estos aspectos de la moral y la convicción de que la historia estaba de su parte y que la victoria llegaría tarde o temprano, darían como resultado un determinado abordaje de la subjetividad, que es precisamente el objeto de la presente investigación.

Las mujeres y las relaciones genéricas en el proyecto revolucionario

En El Salvador predominan las mujeres pobres, entendiendo la pobreza como lo hace el PNUD: una situación que impide a los individuos satisfacer una o más necesidades básicas y participar plenamente en la vida social. Esta situación de pobreza tiene un carácter crónico agudizado por la guerra y determina formas extremas de exclusión tanto en los procesos productivos como en los de integración social, participación política y acceso a las oportunidades.

La pobreza y la extrema pobreza en la que viven dos terceras partes de la población salvadoreña enmarcan la situación de las mujeres. Aunque las desigualdades entre hombres y mujeres no pueden explicarse únicamente en términos económicos, es necesario tener en cuenta el impacto de la extrema carencia material al analizar las formas que adopta la subordinación femenina en el país.

La marginación de las mujeres en la actividad política; la rígida segregación sexual que impera en el mercado de empleo; la desconsideración del aporte económico de su trabajo reproductivo; su escaso acceso a la salud, la educación y la recreación; la violencia que sufren; el limitado control sobre sus cuerpos y el desdén social hacia sus derechos sexuales y reproductivos; la cultura machista que impregna las relaciones genéricas y la subvaloración de la imagen femenina, entre otras manifestaciones del orden sexista, difícilmente pueden ser analizadas en sus reales dimensiones si se obvia el hecho de que tres de cada cuatro salvadoreñas carecen de los recursos básicos para sobrevivir.

Los prototipos masculinos y femeninos son reproducidos en imágenes, chistes y expresiones artísticas, contribuyendo a que la mayoría de la población considere natural la subordinación femenina. Aun quienes estuvieron dispuestos a jugarse la vida en una guerra que se

inició en condiciones desfavorables para ellos, no creyeron en la posibilidad de lograr cambios en la relación entre hombres y mujeres, o lo consideran una posibilidad tan remota que no están dispuestos a destinar su entusiasmo y energías a cuestionar esta situación material y simbólica que condena a la marginación a más de la mitad de la población.

Sin embargo, a pesar de que el FMLN no consideraba los aspectos del ámbito privado ni las desigualdades genéricas en su proyecto político, impulsó y condujo decenas de organismos de mujeres. En una primera época (años 70 y 80), éstos carecieron de análisis sobre la identidad y subjetividad femenina; las mujeres eran vistas como parte de la clase social explotada que se levantaba contra la injusticia y la represión y si se hacía alguna alusión a su situación particular, era para resaltar el prototipo de la femineidad tradicional, considerando el cuidado maternal como exclusiva competencia femenina o validando la represión de la sexualidad de las mujeres.

La salida de varias mujeres del FMLN a cumplir tareas internacionales les permitió entrar en contacto con los movimientos feministas de Costa Rica, México, Nicaragua, Estados Unidos y Canadá principalmente; cuando regresaron al país descubrieron que eran casi las únicas que habían escuchado, discutido o estudiado las propuestas feministas.

A las que nunca salieron de El Salvador, la década del 80 les deparó otros referentes políticos y teóricos. Durante los primeros años de la guerra desaparecieron casi todas las organizaciones de mujeres creadas en la década anterior; la coyuntura exigía dedicar todos los recursos humanos al combate y había poco tiempo para apoyar las organizaciones gremiales. Sin embargo, pasado el periodo de acumulación de fuerzas militares y ante la inevitable prolongación de la guerra, emergieron gran cantidad de organismos: doce organizaciones de mujeres y tres instancias de coordinación intergrupales vieron la luz entre 1982 y la ofensiva del FMLN en noviembre de 1989.

Las organizaciones de mujeres de la década del 80 componen un complejo mosaico que queda fuera del marco de esta investigación; no obstante, su existencia y accionar ejemplifica las lecciones aprendidas por el Frente durante la década del 70, cuando las mujeres de las organizaciones populares mixtas o exclusivamente femeninas constituyeron un nuevo "gremio" funcional a la lucha guerrillera. Ahora, además de su rentabilidad política, actuaban como imanes de los financiamientos de la cooperación internacional hacia "el trabajo con mujeres", aunque la afluencia de recursos del Norte también les obligara a tener en cuenta los "planteamientos de género" formulados por las agencias de desarrollo (Las Dignas, 1993).

Las fundadoras de varios de esos grupos reconocen actualmente que no sabían qué significaba "eso del género", que al crear dichos grupos se limitaban a cumplir una tarea partidaria e incluso que, en su momento, sintieron tal responsabilidad como una medida disciplinaria o una demostración de su incapacidad para trabajar en otros espacios considerados más importantes (Vázquez y Murguialday, 1992).

En El Salvador, al igual que en el resto de Centroamérica, el concepto "género" fue asimilado en sus inicios -y aún hoy lo es- al término "mujer" y todo lo relativo a la situación de las mujeres ha empezado a ser denominado "perspectiva o enfoque de género". En

general, se alude con este concepto a las demandas derivadas de las necesidades prácticas de género de las mujeres y, en particular, a aquéllas cuya solución camina en el mismo sentido que las reivindicaciones del movimiento popular. Pocos aspectos de la identidad y subjetividad femenina formaban parte en esa época de la versión salvadoreña de la “perspectiva de género”.

Escasos fueron los grupos que abordaron aspectos de la violencia sexista, la desigualdad jurídica o la socialización del trabajo doméstico y del cuidado de niños y niñas. Las organizaciones de madres, aunque lograron hacer de su dolor y reclamos individuales una demanda pública, no eran contempladas por los otros organismos como parte del movimiento de mujeres, y aunque tuvieron el valor de retomar las calles en los momentos en que ninguna otra organización se atrevía a hacerlo, su abnegación y esfuerzo no les implicó ganar incidencia política en el interior del FMLN.

Las mujeres que ostentaban cargos de dirección en las estructuras partidarias no plantearon durante la guerra ninguna reivindicación relativa a la discriminación que sufrían en dichas estructuras. Algunas se limitaban a orientar el trabajo de las respectivas organizaciones de mujeres y atendían los requerimientos de las agencias de cooperación y de la solidaridad feminista internacional, manteniendo una distancia considerable, cuando no un rechazo explícito, al feminismo.

Las mujeres que se integraron al ejército guerrillero poco tuvieron que ver con la dinámica que se desarrollaba en las organizaciones femeninas. Desempeñaban mayoritariamente tareas de apoyo (sanitarias, correos, radistas, brigadistas, cocineras) y, en menor escala, fueron combatientes, aunque al parecer nunca cuestionaron la división genérica de las tareas que se daba en las estructuras armadas. Su presencia no sobrepasó el 30% del total de personas desmovilizadas y verificadas por la misión de las Naciones Unidas.

La presencia femenina en el ejército guerrillero significaba la entrada de una compañera de lucha y de un cuerpo sexuado a la vez. Un cuerpo al cual era posible y deseable acceder y, de ser necesario, pelear por él, pero al que le era exigido un comportamiento recatado para no relajar la disciplina militar. En un ambiente donde el embarazo ponía en situación de vulnerabilidad a las mujeres, no había educación para la reproducción y mucho menos la responsabilidad paterna para con las criaturas nacidas de las efímeras relaciones en los campamentos.

Las guerrilleras tenían la misión de cuidar su cuerpo a la vez que peleaban contra el enemigo; debían hacerse cargo solas de sus hijas e hijos en nombre de una causa que, además, pregonaba haber eliminado las desigualdades entre hombres y mujeres solo porque ellas podían integrarse al ejército, institución vedada a la participación femenina, y porque unos y otras debían hacer los mismos sacrificios. Ellas tenían la obligación de combinar las cualidades tradicionales de lo masculino y lo femenino en un ambiente donde la división entre lo privado y lo público se hizo añicos. La casa, reducto de las mujeres, desapareció; en su lugar había una champa de lona desmontable ante el menor movimiento del enemigo, las tareas domésticas quedaban reducidas al mínimo: el lavado de ropa se convirtió en tarea personal y la elaboración de comida en una tarea ejercida por mujeres, pero para toda la colectividad.

Por otra parte, la población civil que habitaba las zonas controladas por el FMLN estaba integrada casi exclusivamente por mujeres, niños y niñas y personas mayores. En diversos análisis, las organizaciones político-militares destacaron la importancia de la población civil en tanto retaguardia de la guerrilla, en un país que no presenta condiciones geográficas idóneas para una guerrilla de corte guevarista. Ante el desafío estratégico de sobrevivir y desarrollarse en un territorio densamente poblado y sin montañas, las limitaciones geográficas fueron suplidas por la población civil; en lugar de apartarse de la población, los guerrilleros salvadoreños se sirvieron de ella para obtener alimentos, información y seguridad.

La montaña es el espacio nutriente, la precondition para que el ejército guerrillero pueda sobrevivir. Las mujeres y las cualidades femeninas tradicionales fueron “la montaña” de la guerrilla. La función cuidadora, firmemente arraigada en la identidad femenina, convirtió a las mujeres de la población civil en pilares fundamentales del sostén de la guerrilla; ellas serán convocadas a participar como madres.

En resumen, durante los años 70 y 80 las organizaciones político-militares salvadoreñas convocaron a las mujeres en tanto integrantes de las clases sociales explotadas y fue la vivencia de las injusticias sociales lo que mayormente motivó a éstas a militar en la causa revolucionaria. La subordinación femenina en todos los ámbitos de la vida permanecía invisible para la sociedad en general, y también para la gente más dispuesta a dar la vida por los cambios estructurales en el país.

Esta manera de abordar las desigualdades genéricas se mantuvo hasta la firma de los Acuerdos de Paz, cuando algunas organizaciones empiezan a estudiar más profundamente los planteamientos feministas y a formar agrupaciones que se definían como tales. No obstante, distinguimos cuatro períodos en los veinte años que van desde la formación de las primeras organizaciones revolucionarias hasta la firma de la paz, en donde las políticas del FMLN sobre la situación femenina y, en particular, sobre los aspectos de sexualidad y maternidad se modifican para responder a las distintas necesidades de estas etapas.

El primero de ellos cubre la década del 70, en la que se formaron los núcleos originales que posteriormente se unificarían en el FMLN; el segundo, abarca los primeros años de la guerra (1981-1984); el tercero se corresponde con la segunda mitad de los 80. Desde la ofensiva del 89 hasta la firma de los Acuerdos de Paz conforma el último periodo.

Durante los años 70 las cinco organizaciones político-militares que integrarían el Frente eran bastantes rígidas en el control del comportamiento personal de sus militantes. La convicción de la importancia histórica de su misión, los grandes principios que la regían y el ambiente de clandestinidad en que desarrollaban sus acciones, contribuían a mantener esa rigidez. Un primer problema en esos núcleos fue la militancia femenina. Mientras los hombres fueron casi exclusivamente sus integrantes no existía mayor presión social sobre su comportamiento sexual, pero la integración de mujeres implicaba la llegada de cuerpos sexuados que ponían las relaciones afectivas y eróticas en un primer plano. Hubo una inicial timidez y confusión para atraer mujeres a las filas de los partidos, lo que iba a dejar un sello, tomando en

cuenta que esa generación iba a convertirse en la dirección histórica del FMLN. Al mismo tiempo, sin suficientes mujeres jugando roles de dirección que pudieran plantear sus puntos de vistas y vivencias, iba a ser más difícil la discusión de temas relacionados con su situación y la relación entre los géneros.

Pero a pesar del silencio y el malestar expresado en críticas retrospectivas, nos parece evidente que la mayoría de la militancia de esa época estaba convencida de la necesidad de subordinar sus aspiraciones personales y controlar su conducta en el aspecto sexual, por lo menos procurar que las “travesuras” no fueran públicas para evitar la sanción o el reproche. Esta convicción les permitía un mayor autocontrol de sus comportamientos.

Hay que tener en cuenta que en esos años la heterogeneidad en los partidos todavía no era tan grande como lo sería en los años de la guerra y por tanto, era posible sentirse parte integrante de un proyecto histórico con una tarea trascendental, por eso en esa época, más que a una normativa o sanciones, se recurre a la conciencia y al control colectivo de sus integrantes. Se fomentan ciertos principios como la honestidad hacia la pareja, se toman decisiones individuales sobre la posposición de la maternidad y la paternidad debido al riesgo en que se ponían al abrazar la lucha armada.

Este primer período es el momento en el que se incuban los principios rectores del FMLN y hay que llamar la atención sobre el carácter marcadamente urbano, juvenil y masculino de una dirección cuya convicción sobre los objetivos y costos de su lucha era firme y se había convertido en una opción de vida.

Un segundo momento en esta historia del Frente transcurre en los primeros años de la guerra civil. La mayoría de los cuadros del FMLN se fueron de la ciudad al campo y se encontraron con que la mayoría de los combatientes de esa época provenían de las zonas rurales y que, además de traer consigo la misma ignorancia que ellos y ellas sobre sexualidad, tenían una manera distinta de abordarla y una forma de relación entre hombres y mujeres donde estaba ausente el discurso de la igualdad. El encuentro entre estas distintas formas culturales ocurría en un momento en que no había tiempo para impartir una formación política-ideológica como durante la época de la clandestinidad. Además, se daba en unas condiciones -las de los campamentos guerrilleros- que propiciaban una permanente convivencia de la que quedaban ausentes los adultos relacionados familiarmente con las y los jóvenes combatientes y que podían constituir una autoridad y/o freno en la conducta de éstos.

Durante los primeros años de la guerra, sin embargo, el FMLN todavía pudo controlar el crecimiento del ejército y la conducta de sus combatientes. La práctica del matrimonio por las armas, de la que hablaremos más adelante, fue una expresión del intento de trasladar las convicciones de los núcleos originales del Frente a esa nueva realidad que enfrentaban.

Sin embargo, la juventud de sus miembros, el menor número de mujeres y un cambio en los requerimientos de la militancia -que exigía menos convicción ideológica y más disposición al combate-, hicieron que los presupuestos de respeto y autocontrol de la primera oleada se fueran perdiendo.

La decisión del FMLN de cambiar de táctica para hacer frente a la guerra de baja intensidad marca el tercer periodo, que trae consigo una crítica al relajamiento de la moral revolucionaria, producto de haber enfatizado la formación militar de los combatientes descuidando los aspectos ideológico-políticos. La decisión de dislocar las grandes unidades guerrilleras y transformarlas en pequeños núcleos guerrilleros implicaba una relación más constante y cercana con la población civil; para lograr su colaboración había que ser lo más “normales” posible, es decir, no generar desconfianza por la manera de comportarse o por el aspecto. Esto significa que había que seguir las pautas tradicionales de relación entre hombres y mujeres y, por tanto, se pierde lo poco que se había podido ganar en reconocimiento de las mujeres para desarrollar tareas en la vida militar.

La normalidad significa que las mujeres de la guerrilla tienen que acercarse a las mujeres de la población y ganarse su confianza; para ello lo mejor era mostrarse como ellas, retomar sus costumbres, su lenguaje, no hacer nada que pudiera violentarlas y por consiguiente, no obtener su apoyo. Como las actitudes de subordinación femenina son las consideradas normales en el conjunto de la sociedad, no es difícil imaginar que en esta etapa se fomentaran esos comportamientos e incluso se les ideologizara como una forma de comportamiento revolucionario.

La cuarta y última etapa de esta historia se desarrolla luego de la ofensiva de 1989 y ya instalada la negociación, cuando el FMLN desiste de todo intento de ganar la guerra por la vía militar y dedica sus energías a la conquista de mejores términos de negociación para finalizar la guerra. Esta nueva orientación significa también abandonar la convicción de que se estaba a las puertas de la creación de una nueva sociedad y, por lo tanto, la esperanza de controlar el poder político e instaurar la dictadura del proletariado que marcaría el inicio de los cambios en otros aspectos de la vida, incluido el concerniente a las relaciones entre hombres y mujeres. Este sueño desaparece del marco de referencia ideológico de la militancia efemenista y en su lugar aparece la necesidad del “realismo político” que, para algunos y algunas, significaría abandonar la utopía tan largamente cultivada.

Para concluir, podemos afirmar que las mujeres sí estuvieron presentes en el proyecto revolucionario salvadoreño, pero fueron vistas exclusivamente en su condición de pobres, despreciando otros aspectos de su ubicación social y, sobre todo, desdeñando los análisis sobre la subordinación de género, bajo el pretexto del supuesto peligro de estos análisis para la unidad del proletariado. Además de ser leídas únicamente como pobres, las mujeres vieron cómo sus “cualidades femeninas”, asignadas e interiorizadas en el marco de su socialización genérica, fueron avaladas y fomentadas por el FMLN porque resultaron ser funcionales a las necesidades de la clandestinidad primero y de la guerra después. No dudamos en afirmar que, a pesar del desarrollo de concepciones feministas en algunas mujeres y grupos que en su origen respondieron a las líneas del FMLN y que posteriormente han roto orgánica o ideológicamente con él, la concepción descrita arriba y muchas de las prácticas derivadas de ella siguen imperando en las filas del Frente.

DE GÉNERO EN SITUAC

GÉNERO Y SEXUALIDAD

La identidad es un concepto central en la vida de todo ser humano, es parte del núcleo de la personalidad. La autoimagen, la idea del ser y cómo ser, las cualidades, el carácter, las capacidades, en fin, un sinnúmero de elementos conscientes e inconscientes la conforman. La identidad es un producto de la interacción del ser humano con su medio y sus semejantes; es un complejo entramado de factores individuales, elementos que hacen referencia a los distintos grupos a los que se pertenece -en función del sexo, nacionalidad, ubicación social- y cualidades comunes a todo ser humano. Esta interacción entre lo individual y lo social es un proceso dinámico enmarcado en un determinado contexto histórico; es un proceso permanente de identificación y diferenciación, fundamental para el equilibrio personal. Tener claro en todo momento el “quién soy” hace posible relacionarse con las otras y los otros.

Un elemento importante en la configuración de la identidad es la pertenencia a uno u otro sexo. Desde el momento del nacimiento -incluso antes, ya que ahora es posible conocer el sexo de un feto en el vientre materno- se le asigna al individuo una serie de características y cualidades de acuerdo a su sexo. Esta integración temprana del individuo a su medio convertirá una cualidad biológica, el sexo, en una cualidad social, el género. La cultura hace aparecer como “naturales” aspectos del comportamiento de hombres y mujeres que se han adquirido de manera inconsciente durante los primeros años de vida.

El feminismo contemporáneo ha develado esta interpretación cultural de la biología y ha encontrado en el concepto “género” un elemento sustantivo para explicar las diferencias sociales, no naturales, entre hombres y mujeres; ha argumentado que la socialización de los seres humanos pone especial interés en la adquisición de valores y características genéricas y que la subjetividad de hombres y mujeres se organiza, por tanto, diferenciadamente. La desigualdad genérica, sin embargo, no explica todas las dimensiones de la discriminación femenina en la medida en que “esta forma de la desigualdad social,

LOS MANDATOS ACIONES LÍMITES

de las distancias y jerarquías, si bien tiene una dinámica propia, está articulada con otras formas de la desigualdad, las distancias y las jerarquías sociales” (De Barbieri, 1992).

Los análisis feministas de los últimos años se han distinguido por poner el acento en la desigualdad genérica, incluso a riesgo de sobredimensionarla en relación a otros factores en la vida de las mujeres y la estructuración social, debido entre otras cosas a la minimización que de ésta se ha hecho tanto en las ciencias sociales como en los movimientos de liberación, excesivamente centrados en los aspectos económicos. También ha hecho hincapié en los aspectos derivados de la interiorización de las diferencias vivenciales entre ser hombre y ser mujer; dentro de estos aspectos, la manera de entender y manifestar la sexualidad ha sido un tema de particular interés.

El debate sobre la sexualidad femenina supera, sin embargo, las filas del feminismo. Sexólogos, psicoanalistas, antropólogos, médicos, filósofos y hombres en general, han dado su aporte al tema, bien para señalar aspectos importantes en esta desconocida rama del saber humano, bien para perpetuar prejuicios y esquemas repressivos al respecto. Sin embargo, la mayoría de las mujeres ajenas al movimiento feminista -e incluso muchas militantes de sus filas- todavía no se atreven a hablar y compartir sus experiencias sexuales de manera que se pueda construir una teoría sobre la sexualidad que no tenga como punto de referencia exclusivo la experiencia masculina.

Para el análisis de los comportamientos sexuales de las combatientes y colaboradoras del FMLN durante la guerra civil en El Salvador retomamos el planteamiento de Weeks (1993) sobre la sexualidad como una expresión histórica que tiene referencia con el cuerpo, pero en la que intervienen las fantasías, imágenes, así como lo que se dice o no sobre ella. Esta postura se contrapone a la corriente esencialista que considera la sexualidad como un impulso biológico o como un torrente de energía básica ajena a cualquier construcción cultural.

Coincidimos con el señalamiento de Gayle Rubin sobre el profundo arraigo del esencialismo sexual en la cultura popular de las sociedades occidentales. Es frecuente que los hombres y mujeres de nuestro alrededor afirmen con absoluta convicción que la sexualidad masculina es incontrolable por naturaleza en tanto la femenina es menos manifiesta por la misma causa. En la cultura salvadoreña, por ejemplo, existe la firme creencia de que las mujeres no necesitan tanto la actividad sexual como los hombres ya que tienen una descarga libidinal a través de la menstruación, lo que las hace más pasivas con respecto a la manifestación de su deseo sexual.

Sobre la base de los postulados esencialistas se han construido los prototipos imperantes en torno a los comportamientos sexuales masculinos y femeninos. El deseo sexual de los hombres aparece como una fuerza incontrolable que puede derivar en agresión, por lo que las mujeres deben actuar recatadamente para no desatar esa fuente de peligro para ellas. El prototipo sexual masculino incluye también la capacidad de tomar la iniciativa en la relación sexual y centra su placer en el coito desprovisto o poco involucrado con el afecto. Por oposición, el prototipo de la sexualidad femenina se concibe con un alto grado de sensibilidad, más ligada a los afectos que a la expresión genitalizada de su deseo, pasiva y a la espera de la iniciativa masculina. Las relaciones sexuales para las mujeres no se conciben fundamentalmente como una fuente de placer sino como una vía para la reproducción, es decir, son aceptadas en tanto mecanismo mediante el cual una mujer puede convertirse en madre.

Estos prototipos implican una buena dosis de determinación de la persona basada en sus comportamientos sexuales. Como señala Foucault (1989), las prácticas sexuales se transforman en rasgos a partir de los cuales se mide a las personas y se construyen categorías sociales. “La sodomía... era un tipo de actos prohibidos (en tanto que) el homosexual del siglo XIX ha llegado a ser un personaje: un pasado, una historia y una infancia, un carácter, una forma de vida. Nada de lo que él es escapa a su sexualidad. Está presente en todo su ser...”.

La psiquiatría, la medicina y la religión han sido activos agentes en la conversión de las prácticas sexuales en patologías, identidades contra natura y principios de clasificación. Las conductas sexuales que escapan a los prototipos antes descritos no se van a considerar expresiones de la plasticidad de la sexualidad humana, van a ser interpretadas y condenadas como violaciones de las pautas consideradas normales y válidas. En el caso de las mujeres, la expresión abierta de su deseo sexual las coloca en el bando de las malas, las putas, un sector que únicamente merece el rechazo, la agresión y el desprecio o, en el mejor de los casos, la compasión y el apoyo para su redención.

Esta transformación de las prácticas sexuales en identidades y estratificaciones sexuales surge en el marco de los procesos de industrialización y aparición de las ciudades en el siglo XIX (Rubin, 1989). La revolución sexual de los años 60 y las investigaciones de Máster y Johnson y Hite, entre otros, han cuestionado algunos elementos de los prototipos sexuales, fundamentalmente los femeninos. Sus trabajos han resaltado la potencia sexual de las mujeres y

han develado que muchos de los supuestos comportamientos naturales no son más que la expresión de una moralidad hipócrita y dual, que reprime y condena al silencio las expresiones eróticas de las mujeres.

En El Salvador, con un proceso de urbanización y modernización atrasado e incompleto, donde la mayoría de su población vive todavía en el área rural, conviven también diversas concepciones sobre la sexualidad. El estricto código de clasificación erótica al que hacen referencia Foucault, Weeks y Rubin es más visible en las ciudades y las mujeres que las habitan están mucho más permeadas de las valoraciones derivadas de él. Entre la población campesina, sin embargo, persisten otros valores poco conocidos todavía, en parte por el marcado silencio existente sobre este tema y en parte por el poco interés que el mismo suscita.

Algunos trabajos pioneros sobre la sexualidad en El Salvador durante el conflicto armado señalan que “una de las metas de la feminidad tradicional en el país es lograr una sexualidad más reprimida y menos visible que la de los hombres. La pareja heterosexual y monógama aparece como el ideal para la mayoría de mujeres y hombres. La virginidad es considerada un valor a conservar por las muchachas y a exigir por parte de los muchachos. Todo ello colabora a que las mujeres aparezcan, y en muchos casos ellas mismas así lo vivan, como seres poco sexuales y que la obtención de placer sexual sea buscada solamente cuando va unida a la posibilidad de establecer relaciones afectivas estables”.

Las mujeres salvadoreñas que se involucraron en las filas del FMLN llevan consigo una compleja concepción sobre su sexualidad. Crecieron en una sociedad sumamente conservadora que controla y condena toda ruptura abierta de los prototipos sexuales tradicionales; durante la guerra convivieron experiencias urbanas y campesinas con valoraciones diferenciadas -aunque nunca explicitadas- sobre las conductas sexuales; sus organizaciones de referencia o pertenencia carecían de una posición clara sobre el tema, pero estaban bajo una gran influencia religiosa que mantenía intocables los principios de la represión sexual en que fueron educadas. Finalmente, recibieron mensajes contradictorios surgidos de una situación límite que les exigía cumplir cabalmente los comportamientos de recato y control sexual a la vez que les alentaba a satisfacer las peticiones de sexo de sus compañeros -y muy probablemente las necesidades de ellas mismas- ante la proximidad de la muerte.

Involucradas en una circunstancia donde los controles de la cotidianidad se rompieron, era de esperar que su conducta sexual estuviera preñada de dudas y temores; así mismo, cualquier opción que tomaran -guardar el recato o complacer su deseo y el de otros- corría el riesgo de ser valorada negativamente.

Género y maternidad

La maternidad es uno de los temas más polémicos al que se han enfrentado los análisis feministas de las últimas décadas, ya que esta experiencia trasciende el hecho biológico de embarazarse y parir para constituirse en un pilar de la organización de la sociedad, de la división entre lo público y lo privado y de la división del trabajo, entre otras cosas (Lagarde, 1994). Es también uno de los temas más complejos en la experiencia vital de las mujeres.

Al igual que en el tema de sexualidad, la reproducción y el cuidado de las criaturas son terrenos donde el esencialismo considera el binomio mujer-madre como una ecuación intocable y sagrada. A pesar del avance que significaron los métodos anticonceptivos no naturales, la cultura patriarcal sigue considerando parte de una misma cadena la función biológica (posibilidad de embarazo) y la función social (ejercer de madre), aplicando a ambas el mismo calificativo de "natural".

La reflexión colectiva de miles de mujeres a las que el movimiento feminista abrió la posibilidad, por primera vez en su vida, de cuestionar su rol materno, hizo que los énfasis de los primeros momentos se pusieran en develar que el cuidado de los niños y niñas no siempre es una tarea satisfactoria, que a veces significa una carga emocional y material difícil de llevar; también permitió que mujeres que habían optado por la no maternidad pudieran validar su decisión y ser una referencia para otras que deseaban seguir ese camino. Como señala Lamas (1985), esta irrupción de la cara oculta de la vivencia maternal significó que se estigmatizara a las feministas calificándolas de malas madres y también generó posiciones que planteaban como precondition para la liberación de las mujeres la reproducción artificial.

Sin embargo, esta primera y necesaria rebeldía contra una de las instituciones más fuertes de la cultura actual pronto se enfrentó a una realidad insoslayable: podía ser un punto central de su subordinación pero, a pesar de eso, la mayoría de las mujeres -y muchas feministas- seguían deseando ser madres y llevando su deseo a la práctica. Sin dejar de lado la denuncia de la institución materna, los planteamientos feministas se diversificaron y aparecieron las propuestas del cuidado compartido de los hijos e hijas con los progenitores masculinos, así como una revisión de los planteamientos psicoanalíticos en torno al deseo femenino de concebir.

De entre las miles de páginas que se han escrito desde posiciones feministas para intentar entender el deseo de ser madre, nos parece importante rescatar la idea de que los hijos e hijas representan la realización de deseos conscientes e inconscientes de las mujeres, tesis planteada por Marie Langer desde 1951. En el plano consciente, para muchas la criatura nacida de su vientre representa la oportunidad de desarrollar capacidades o hacer cosas que ella no pudo hacer o quiso hacer; para otras, ese pequeño ser significa la confirmación de su femineidad o su aceptación dentro de sus círculos familiares y sociales; otras ven en el acto de engendrar la posibili-

dad de retener a un hombre a su lado. Las hay también que en la maternidad encuentran una manera de perpetuar un amor o revivir su propia infancia; el placer de encaminar a una persona por la vida y acompañarla en sus descubrimientos es también una motivación para el ejercicio de la maternidad. No podemos dejar de señalar que el deseo de no estar sola es también una razón que esgrimen las mujeres para embarzarse y parir.

Algunas de la motivaciones inconscientes para engendrar que han sido señaladas por diversas autoras se pueden resumir en los siguientes planteamiento: las mujeres se embarazan para identificarse con la madre, para comprobar su propia fertilidad, para conseguir el pene anhelado a partir de la posesión de un hijo varón, para llenar el vacío simbólico en que se deja a la madre, como una necesidad de recuperar lo perdido, de llenar la carencia, como forma de perdón ante su deseo sexual, para compensar el abandono del rol por el cumplimiento de otras tarea, para afirmarse como poderosas al crear una nueva vida (Langer, 1951; Dio Bleichmar, 1992; Coll, 1992; Bar Din, 1991; Ruíz Jerezano, 1994; Jiménez, 1994).

En cada mujer pueden estar presentes una o varias motivaciones conscientes e inconscientes, todas ellas fomentadas por una cultura que, apenas recientemente, permite la posibilidad de decidir cuántos y en qué momento se quieren tener los hijos e hijas, pero que prohíbe con determinación la interrupción voluntaria de un embarazo no deseado y que, aunque en el plano legal pueda reconocer algunos casos en que el aborto pueda realizarse, pone todas las trabas necesarias para impedir el cumplimiento de sus propias leyes. Una cultura que sanciona moralmente a las mujeres que no pueden o no quieren ser madres pero que, sin embargo, delega en todas las tareas del cuidado vital de otras personas.

Coincidimos con Marcela Lagarde (1994) cuando señala que la maternidad rebasa el marco de la reproducción para extenderse al campo de los cuidados. En ese sentido, dice, la sociedad ha maternalizado a todas las mujeres para no tener que cargar con el costo del cuidado de las personas que necesitan la atención de otras para sobrevivir (criaturas, personas enfermas o ancianas) y en una época en que el Estado adelgaza sus instituciones dedicadas a las políticas sociales, se les exige a las mujeres que cumplan -y lo hagan feliz y exitosamente- con el cuidado de todos y en todo momento.

El cuidado afectivo y emocional de los y las demás, especialmente de aquéllas personas con quienes se ha entablado una relación familiar o afectiva, es otro de los imperativos de la feminidad tradicional. Este imperativo, transmitido generalmente por las propias madres, suele ser uno de los elementos más profundamente interiorizados y que configuran parte del núcleo de la subjetividad femenina.

Esta ética de los cuidados se potencia exclusivamente en las personas de sexo femenino de manera que el núcleo más íntimo de la personalidad, el yo, es un yo-en-relación (Baker Miller, 1987); un yo que se autovalora y adquiere estima no tanto en función de los logros propios, sino sobre la base de las relaciones que es capaz de establecer y mantener. La autovaloración de las mujeres depende excesivamente de la imagen que los demás tengan de ellas y las

relaciones afectivas se convierten en el instrumento fundamental de su autoestima.

A lo largo de sus vidas, a las mujeres se les potencia de manera unilateral todas las cualidades necesarias para ejercer esta función y se reducen sus expectativas en torno a otro tipo de actividades. Se supone, por consiguiente, que las tareas que impliquen una cierta función maternal deben ser ejercidas por mujeres.

El prototipo de feminidad vigente en la sociedad salvadoreña sigue considerando que la maternidad es la meta fundamental para las mujeres, el eje en torno al cual se articula la identidad femenina. Se considera que las mujeres no alcanzan su madurez hasta que no se convierten en madres. Este imperativo está tan arraigado que no necesita decidirse abiertamente, todo el mundo sabe que es y debe ser así. Se supone que la maternidad es el destino de las mujeres, que tener la posibilidad de desarrollar una función biológica implica ineludiblemente el deseo de ejercerla.

Convencidas ellas mismas de que la maternidad es la cima de su realización y con un severo déficit de autoestima para realizar otro tipo de funciones sociales, la mayoría de las mujeres viven la función materna como el único terreno donde les es posible ejercer cierto poder. Restituida su valoración y sentido de vida a través de la maternidad, las madres consideran que todo lo que les ocurre a sus hijas e hijos es responsabilidad exclusiva de ellas y excluyen a los padres de todo compromiso afectivo e incluso material.

Los deseos conscientes e inconscientes de las salvadoreñas para engendrar un nuevo ser tienen sus consecuencias en el ejercicio de una maternidad compulsiva estrechamente relacionada con una paternidad irresponsable; a ello se añade la falta de respeto a los derechos y salud reproductiva de las mujeres por parte del Estado. Como corolario de esta situación se ejerce una constante violencia hacia los niños y niñas dentro de los hogares tanto de parte de las madres como de los padres. Estas son las condiciones en que se ejerce la sagrada función de ser madre en El Salvador.

La guerra como situación límite

En 1980, cinco organizaciones político-militares que habían actuado y acumulado fuerza en la década anterior se unen para dar vida al FMLN, organización que desde esa fecha dirigiría la lucha revolucionaria en los terrenos político y militar. La historia moderna de El Salvador tiene un punto de ruptura el 10 de enero de 1981, fecha de la fallida primera ofensiva final del FMLN para tomar el poder. A partir de ese momento se iniciaría el capítulo de la guerra civil. Los grupos urbanos se trasladarían al campo a tomar y defender posiciones, y los comandos clandestinos se transformarían en un ejército que combatiría hasta su desmovilización en 1992.

En un capítulo anterior hemos analizado la evolución de la extrema polarización social ante dos proyectos políticos antagónicos. La derecha, por boca del Mayor Roberto D' Aubuisson, uno de

sus más temibles ideólogos y militantes, llegó a afirmar que era necesario eliminar físicamente a 100 mil personas (comunistas y sus familias) para resolver el problema. El recuento de bajas de uno y otro bando sería durante más de una década el principal indicador del avance de cada proyecto político.

La población civil, desarmada, a merced de los bombardeos y de la presión de uno y otro bando para colaborar a su favor, fue a la vez víctima y protagonista del conflicto armado. Setenta y cinco mil personas muertas, medio millón de desplazados internos y un millón de refugiados, exiliados y migrantes por razones vinculadas a la guerra, son el saldo de la violación sistemática de los Derechos Humanos por parte del Estado y de la violación del Derecho Humanitario por parte de éste y del FMLN.

Las matanzas de El Mozote, El Junquillo, Las Hojas, El Calabozo y El Sumpul, investigadas por la Comisión de la Verdad al término de la guerra, son apenas una pálida muestra del ataque indiscriminado del ejército contra la población civil. La actuación impune de los escuadrones de la muerte, las ejecuciones sumarias, el cierre de todo espacio de expresión, la violación sistemática de los convenios internacionales que rigen los conflictos armados, en síntesis, la desaparición total del Estado de derecho tiñe la historia de estos años. La población en su totalidad vivió un ambiente de terror en donde los actos cotidianos adquirieron una significación distinta. Acciones comunes y corrientes en otro momento, tales como correr ante disparos o pedir aventones por falta de gasolina, son interpretadas como acciones subversivas y causan la muerte (ECA, 1989).

La guerra generó una escalada ascendente de violencia, polarización y mentira (Martín-Baró, 1984). El FMLN, que actuaba con la decisión de ganar la guerra, no podía obviar sus reglas, tenía que sumergir sus fuerzas en la lógica de destrucción que su opción armada implicaba. Un fin justo, el socialismo (o la justicia social como se divulgaría más tarde), se construía por un camino sembrado de escollos: la guerra.

En los discursos del FMLN durante el conflicto tiene un lugar importante la justificación del uso de la violencia, concebida como el único camino que le quedaba al pueblo para conquistar sus derechos. La violencia, como elemento básico de la "guerra justa", supone que la fuerza del contendiente emana de la capacidad que tenga para desplegar al máximo los ataques y golpes contra el enemigo con el fin de destruirlo. Esta capacidad se traduce en las victorias militares logradas. Las consecuencias en dolor humano y pérdidas materiales pasan a ser secundarias.

Desatada la guerra, parte de la estrategia del FMLN para convencer de su fuerza a sus adeptos -tanto en el interior como en el exterior del país- es poner de relieve su poderío militar. Las victorias durante los primeros años de la guerra (1981-83) van a ser un factor que exacerbe el militarismo en el FMLN. Causar tantos estragos en una fuerza oficial que estaba apoyada significativamente por Estados Unidos creó una conciencia de poder entre sus combatientes. El arma, valorada enormemente en la década del 70, pasa a ser parte integral de la identidad de los guerrilleros, a ocupar un lugar central en su propaganda -en la que se puede observar el uso de imágenes de mujeres, jóvenes y hasta niños armados- y en sus narraciones.

Un hombre o mujer armada era símbolo del “hombre nuevo” que luchaba por la liberación; si a esa figura se la contemplaba en escenas cotidianas, la sensación de estar ante un acontecimiento histórico crecía. “Por primera vez yo veía a un guerrillero, con la boina, con los arneses de pita y un FAL a la espalda, recibiendo la hostia. Era... era una maravilla aquello” (Lopez Vigil, 1991). Un efecto del sobredimensionamiento simbólico del arma es que, en la urgencia de tener brazos disponibles para la cantidad de armamento recuperado y obtenido, el FMLN captó para su ejército a personas para quienes la violencia ejercía una cierta atracción; disponer de un fusil y hacer uso de él en un clima de impunidad genera una sensación de poder en aquéllos que se han considerado impotentes.

La lógica de la guerra causó estragos en los mejores ideales del ejército guerrillero. La violencia genera una espiral ascendente difícil de romper. A mayor recrudecimiento de la violencia oficial correspondía mayor violencia de las fuerzas revolucionarias, ahondando la destrucción. El camino que en un principio se adoptó como medio inevitable, empieza a ser valorado como un fin en sí mismo.

La polarización producto del combate armado incuba la mentira como un elemento de sobrevivencia y como un arma estratégica en la guerra. La deformación de la realidad juega un importante papel en la guerra psicológica. Es la quinta columna con que se construye la estrategia para vencer al enemigo.

Según Lira (1990), la guerra psicológica tiene tres principios fundamentales: uno dirigido a garantizar la adhesión de los partidarios; el segundo tiende a reforzar y acelerar las acciones indirectas mediante agentes secretos (los rumores son el ejemplo más claro); el tercero pretende confundir a la opinión pública con olas de noticias verdaderas o falsas para desintegrar las estructuras sobrevivientes del tejido social.

El FMLN también se involucró en la guerra psicológica para sostener a sus militantes durante el largo período de la guerra. El incumplimiento de su promesa de lograr una victoria en el corto plazo les ocasionó la pérdida de adeptos y aunque era predecible que los cuadros históricos se sostuvieran, los nuevos combatientes tenían que ser controlados, incluso mediante la restricción y la deformación de la información.

La polarización no solo rompió el tejido social sino que también cimbró las relaciones personales. En las familias podía haber soldados y guerrilleros, la pareja podía ser un espacio de conflicto si una o uno era organizada/o y el otro o la otra no. Los niños y niñas sufrieron las consecuencias de la desestructuración de sus hogares. La confrontación invadía el ámbito privado y generaba una tensión en la convivencia.

Martín-Baró (1984) afirma que no se puede asumir que la guerra tenga un efecto uniforme en la población y señala tres coordenadas principales que influyen en la vivencia de este evento traumático: la clase social, el involucramiento en el conflicto y la temporalidad. Estando de acuerdo con su afirmación y con los tres elementos de sus análisis, hay uno más que pasa desapercibido para quien fuera el más brillante estudioso de la guerra en el país: el género. La vivencia de la guerra fue distinta para hombres y mujeres porque distinta era

su inserción, sus tareas, sus expectativas, su involucramiento político, y diferentes eran también sus identidades y los impactos que en ellas ocasionó el conflicto.

La guerra y su impacto en las subjetividades

El daño psíquico que una guerra de esta duración y magnitud ha ocasionado a la población ha sido muy poco investigado todavía. Martín-Baró, víctima él mismo de la violencia generada durante la guerra, hizo los aportes más importantes al respecto. Su asesinato a manos del ejército durante la ofensiva de 1989 dejó un profundo vacío en este terreno.

La población salvadoreña sufrió una ruptura brutal de su psiquis. El Instituto Latinoamericano de Derechos Humanos (ILAS) caracteriza esta ruptura como “traumatización extrema”. Con este concepto hace referencia a una vivencia traumática producto de la violencia institucionalizada y legitimada por parte del Estado, que no puede ser integrada porque desborda la estructura psíquica del sujeto (Beker y Díaz, sin fecha). El contenido de la experiencia traumática no parte de una vivencia personal sino de un contexto social que ocasiona la ruptura de las estructuras sociales y privadas cotidianas, y provoca la desintegración de las relaciones de convivencia durante una época de normalidad.

La vivencia traumática puede ser elaborada de distintas maneras según se haya participado en la guerra. La experiencia de la población civil es distinta a la de los y las integrantes del ejército guerrillero. La primera sufría las consecuencias del enfrentamiento militar sin posibilidad de defenderse, las políticas de exterminio iban dirigidas a ellas en tanto apoyo real o potencial de la guerrilla, sus opciones se reducían a huir continuamente y confiar su defensa al FMLN o refugiarse. El terror y la impotencia causada por su indefensión serán sentimientos propios de quien sufre las consecuencias del enfrentamiento sin participar directamente en un bando. Las y los integrantes del ejército guerrillero, por su parte, podían defenderse de otras maneras. Sus ideales eran más firmes, tenían una causa que abrazar y la muerte era un ingrediente de esa opción, psíquicamente estaban preparados para esa contingencia. Pero también formaban parte de una estructura armada con posibilidades de defenderse e incluso repeler los ataques del enemigo.

La guerra fomenta conductas y percepciones que permiten a las personas tolerar el efecto traumático de vivir en esas condiciones. Una de ellas es la existencia de un “ellos” y un “nosotros”; “ellos” son los malos y “nosotros”, los buenos (Martín-Baró, 1984). Desde esta óptica es imposible ver a las personas en concreto, se las prejuzga y cataloga en uno de los bandos y por tanto, se les adjudica un determinado comportamiento. Si una persona es de “ellos”, haga lo que haga estará mal, pero si es “nuestra”, entonces son buenas todas sus acciones.

Esta percepción dicotómica funciona para ambos bandos involucrados en la guerra. El ejército nacional perseguía, detenía

y daba muerte a todo aquel o aquella de la que tuviera la mínima sospecha de pertenecer a la guerrilla o tener simpatías hacia ella. El FMLN, aunque mucho mas respetuosos del Derecho Humanitario para con los prisioneros de guerra, no dudaba en ajusticiar a los “orejas” (sospechosos de filtrar información o delatarlos al enemigo), los traidores o débiles y también a quienes rompían la disciplina de combate.

Otro comportamiento detectado por Samayoa (1990) es una mayor rigidez ideológica. Ante la guerra psicológica y el caos exterior, los y las combatientes tienen que aferrarse a sus principios, al ideal que les permite justificarse y justificar la destrucción en que están inmersos. El objetivo final por el cual luchan se convierte en el asidero que alivia las culpas generadas por los medios utilizados para alcanzarlos. Los sentimientos de odio y venganza desencadenados y sostenidos a partir de las atrocidades del enemigo ayudan a soportar la vivencia y uso de la violencia.

La rigidez en los planteamientos y las posiciones absolutistas son mecanismos de defensa de una persona en constante riesgo. Es entendible que en un momento de extrema confrontación no haya lugar para matizaciones ni para quedarse al margen de los bandos confrontados. Pero esos mecanismos de defensa utilizados durante tanto tiempo producen también una defensividad paranoide en donde no queda espacio para confiar en nada ni en nadie que no sean las propias fuerzas o las personas más cercanas. “Todo” puede ser mentira y hay que desconfiar de “todos y todas” (Samayoa, 1991).

En medio de este clima de angustia y desestructuración, la guerra -como situación límite- puede crear también una especial sensibilidad para replantearse el sentido de la vida y sus valores. La solidaridad, la ayuda desinteresada y el apoyo incondicional en situaciones de peligro, son actitudes que surgen entre los seres humanos en momentos especialmente difíciles. Los testimonios de quienes estuvieron en los frentes de guerra ponen el énfasis, sobre todo, en estos últimos comportamientos. Enaltecen la capacidad de sacrificio, renuncia y olvido de las necesidades -que en ese contexto han quedado reducidas a su mínima expresión de sobrevivencia- y en nombre de esas cualidades dejan pasar otras conductas que podrían causarles rechazo, como si llamar la atención sobre ellas o criticarlas fuera símbolo de traición a los ideales o de falta de conciencia.

En consecuencia, aportan imágenes parcializadas de las identidades de los guerrilleros y guerrilleras. Se sobredimensiona su espíritu invencible e implacable en la batalla, su sacrificio y compromiso con sus compañeros y se les perdona cualquier actitud ofensiva y/o discriminatoria; si esa postura refuerza los estereotipos femeninos y masculinos o aspectos negativos de la relación hombre-mujer se le festeja o, en el mejor de los casos, se le deja pasar.

La posibilidad de cuestionar valores y comportamientos que abre una situación extrema como es la guerra, puede concretarse si hay disposición e intencionalidad para hacerlo, de lo contrario, los aspectos destructivos del fenómeno toman preponderancia sobre esta potencialidad. Para quienes se levantaron en armas soñando con la victoria y la construcción de una nueva sociedad en donde sería más propicio el cambio de valores, los Acuerdos de Paz dejaron un sabor

amargo. Los aceptaron porque estaban convencidos y convencidas de que no era posible prolongar la guerra, pero las conquistas de los Acuerdos sabían a poco. Si bien es cierto que se lograron reformas considerables, sin precedentes en la historia nacional, la apuesta se había hecho por el todo y no por una parte.

Las y los militantes del FMLN salieron de esos Acuerdos con una identidad difusa: no son los vencedores ni los vencidos del combate. Se sienten obligados a buscar los avances en la solución pactada, pero las dificultades para consolidarlos les hace preguntarse si el costo valió la pena. Sienten que es desproporcionada la inversión tan grande que hicieron, apostando su vida entera para lograr apenas un poco de tierra para algunos y la existencia legal de su partido.

La consigna del FMLN en las elecciones de 1994 demuestra su cambio de concepción sobre el camino para llegar al poder. “¡Ahora sí!” era la manera de expresar que, si por la vía armada no habían conquistado el poder político, lo harían por la vía electoral. Todavía había lugar para la esperanza. Sin embargo, los resultados electorales adversos al Frente contribuyeron a exacerbar la sensación de malestar entre sus militantes, sensación que se expresó -según el diagnóstico sobre el estado de salud mental de los y las excombatientes del FMLN realizado en 1994 por la Fundación 16 de Enero- en una valoración negativa de su participación y que resumía la experiencia de la guerra como un evento de violencia y muerte para sus seres queridos.

Los Acuerdos de Paz diseñaron canales, medidas y tiempos para la transición política; sin embargo, dejaron de lado toda referencia a la transición afectiva y emocional imprescindible después de un conflicto tan prolongado. Era previsible que la rigidez defensiva, la costumbre de mentir, la desconfianza y el resto de conductas incubadas como mecanismos de defensa durante la guerra, se convirtieran en obstáculos para la reconciliación nacional y la reestructuración del tejido social en la pos-guerra. Sin embargo, las víctimas de la guerra quedaron a merced de sus propias fuerzas para intentar recuperarse e integrar sus pérdidas y sufrimientos en la nueva etapa de su vida.

Resulta paradójico que quienes combatieron toda muestra de individualismo antes y durante la guerra se desentendieran del colectivo que combatió y colaboró con ellos, fomentando salidas individuales a la crisis que ocasionó el tránsito de combatiente a agricultor, de radista a vendedora, de sanitarista a ama de casa. En consecuencia, esta militancia registra una ambivalencia en su relación con el FMLN. Su vínculo partidario le hizo renunciar a sus aspiraciones personales y le generó un sentido de pertenencia difícil de romper afectivamente; cuando se diluye esa sensación de ser parte de un cuerpo cohesionado que resuelve todas sus necesidades, culpa al partido de su mala situación y de las secuelas personales que le dejó la guerra, pero aún conserva la esperanza de que sea la fuente que dé satisfacción a sus necesidades individuales y sociales (Fundación 16 de Enero: 29,30).

Al mismo tiempo, en su reinsertión en la vida civil no puede cumplir con la consigna que ha hegemonizado la posguerra: “reconciliación nacional olvidando el pasado”, pues no existen bases sólidas para ello. El pasado son las masacres y el presente es la amnistía

inmediata de sus responsables; las recomendaciones de la Comisión de la Verdad en torno a la reparación moral para las víctimas de la guerra (construir un monumento con los nombres de las víctimas, respetar su memoria, establecer un festivo nacional para recordarlas, crear un foro para que el pueblo conozca y analice el Informe, crear un fondo de indemnizaciones para los y las sobrevivientes) han sido olvidadas. Y aunque nadie quiere recordar, nadie puede olvidar.

Esta es la compleja realidad a la que hoy se enfrenta el FMLN. Los hombres y mujeres que en el pasado se adhirieron a sus filas, actualmente han optado por seguir diversos caminos: algunos le apuestan a participar en el nuevo juego democrático institucional respetando todas sus reglas, dejando de ser oposición para convertirse en una pieza de legitimación del gobierno; otros han decidido constituirse como una fuerza política que se sabe minoritaria pero que desde la oposición quiere aportar a la reconstrucción y democratización del país. Algunos más, entre estos un gran contingente de mujeres, llevan su cuestionamiento a lo más profundo de su concepción y desisten de continuar por las vías de la política tradicional, considerando más importantes la reconstrucción del tejido social y el logro de un papel protagónico en la vida nacional a partir de la construcción de nuevos sujetos sociales. Por otro lado, una buena parte de esa militancia se ha desencantado de la política negándose a participar en cualquier organización.

Todos y todas son herederos de una década de guerra, de sus secuelas en las identidades, en las formas de relacionarse con los demás y en la manera de hacer política, entre otras cosas. Todas y todos ellos son parte de una generación que creyó en la violencia revolucionaria como camino para conquistar la justicia social y la igualdad entre los seres humanos y que, siguiendo ese camino, se vio envuelta en la lógica de destrucción de la guerra, capaz de hacer añicos las más grandes ilusiones.

GUERRILLERAS Y COLABORADORAS

MOTIVACIONES DE LAS MUJERES PARA INCORPORARSE A LA LUCHA ARMADA O COLABORAR CON EL FMLN

Adherirse a los planteamientos de la lucha revolucionaria implicaba poner en juego la vida. La escasa tolerancia de los gobernantes y el ejército para con quienes se atrevían a disentir era un signo de la época y, sin embargo, miles de mujeres y hombres optaron por arriesgar su vida con tal de derrocar a ese gobierno y a ese ejército.

Las motivaciones que llevaron a las mujeres entrevistadas a decidir su participación y/o colaboración con el FMLN son diversas; sin embargo, este grupo de mujeres tiene como común denominador pertenecer a la generación que se incorpora una vez que la guerra civil ha comenzado: el 85% de ellas se involucraron entre 1981 y 1982, otro 10% lo hizo entre 1989 y 1990.

Esto significa que la mayoría de las entrevistadas no formaron parte de los grupos político-militares cuando estos concibieron la lucha armada como el único camino para hacer posible su utopía, y tampoco participaron en la elaboración de la estrategia ni en sus sucesivas modificaciones. No tuvieron ninguna posibilidad de incidir en la construcción del código moral que regiría al FMLN durante la guerra. Son una muestra de lo que fueron “las bases” y, en menor medida, las direcciones intermedias receptoras y ejecutoras de la línea que “ellos” (la alta dirigencia) elaboraban.

Clima de agitación social

Todas ellas coinciden en señalar como motivación principal para su incorporación el ambiente de agitación social de la época, la convicción de que algo determinante para el país estaba por ocurrir, la certeza de que era el momento de dejar todo para ser partícipes de ese cambio.

VIVENCIAS DE BORADORAS

Las y los dirigentes entrevistados destacaron también el clima de efervescencia social que imperaba a finales de la década del 70 y principios del 80, el mismo que les hizo pensar que la victoria de la revolución estaba cerca. El triunfo de los sandinistas en Nicaragua parecía darles la razón y favoreció una dinámica de incorporación masiva a la lucha armada.

“La idea era que el imperialismo estaba en crisis, que una tercera parte del mundo era ya socialista y que se estaba en el período de transición del capitalismo al socialismo. El llamado en ese momento era: ¿Quién se apunta a dar el último garrotazo al imperialismo? Y a muchos no les importaba abandonar su trabajo o sus estudios o su familia porque en definitiva era una cuestión relativamente corta y se suponía que después habría mejores condiciones para la vida personal”, comenta Facundo Guardado, dirigente de las FPL.

La atmósfera interna y el apoyo que recibían del exterior se combinaban, según cuentan tanto la dirigencia como las mujeres entrevistadas, para generar una sensación de poderío que se contagiaba, nadie ponía en duda la justeza histórica de la lucha revolucionaria y no se preveían los largos años de guerra que habrían de venir. No era tiempo de reflexionar sino de entregarse completamente. Las dudas, los cuestionamientos eran propios de quienes no se sumaban a la oleada y se convertían en símbolos de traición.

“No quedaba ningún chance de reflexionar, era la euforia, un contagio, un ir haciendo y haciendo acciones y no pensar, simplemente te dejas ir y vives ese instante con gran fuerza y te entregas a él sin medir consecuencias. Dejábamos a los hijos en cualquier lado, entrenábamos de noche, hacíamos cualquier cosa, no había límites ni condiciones en la entrega, queríamos hacer cuantas cosas se pudiera, no importaba qué ni cómo. La reflexión vino cuando ya está-

bamos bien zampados y no había camino de regreso”, dice Gloria Castañeda, ex dirigente de la RN.

La mitad de las entrevistadas eran jóvenes menores de 20 años cuando se incorporaron, la otra mitad tenía más de 25 años; entre las campesinas incorporadas, el promedio de edad era mayor: 33 años. Cuentan que en aquellos momentos no disponían de muchos elementos explicativos sobre las causas de las problemáticas nacionales, esas disertaciones teóricas eran tarea de las dirigencias, a ellas les bastaba saber que la situación que vivían o veían a su alrededor era injusta y que “el cambio” a lograr requería de su sacrificio individual y, sobre todo, que estaban dispuestas a aportarlo.

“A mí me reclutó una compañera muy buena y me entró con el discurso de que teníamos que sacar al imperialismo yanqui de El Salvador, me comenzó a generar conciencia antimperialista y clasista y me atrajo; también por mi conciencia religiosa yo era muy sensible al aspecto del sufrimiento humano”, así narra su incorporación Margarita Villafranco, dirigente del PRTC.

Religión y familia

A falta de otras herramientas teóricas, analizaban la coyuntura con argumentos religiosos ya que todas dijeron haber sido influenciadas por las actividades pastorales de la Iglesia Católica; las reflexiones en los grupos cristianos de base propiciaron su concienciación sobre la pobreza y la injusticia social existentes en el país. El asesinato de Monseñor Romero (1980) es recordado como el elemento detonante de su decisión de incorporarse a la lucha.

Cuando comenzaron a militar, algunas se encontraron cómodas al sentir que estaban haciendo algo que el Evangelio mandaba: ayudar a los más desvalidos. Sus convicciones políticas y religiosas no fueron vividas como contradictorias, al contrario, estas últimas les facilitaban la comprensión de los discursos políticos que no siempre entendían y los términos desconocidos que llenaban los panfletos de los cientos de organizaciones existentes.

“Yo desde muy jovencita estaba en grupos de la Iglesia y ahí estudiábamos, hacíamos muchos cursos de lo que llamábamos realidad del país y me acuerdo que Monseñor Romero nos explicaba cómo teníamos que vivir la Biblia en la vida real. Así aprendíamos, los pasajes de las Sagradas Escrituras los aplicábamos a la realidad y entonces era que entendíamos de política. Fue por medio de la Iglesia que yo decido meterme en la vida política y cuando me incorporo plenamente al partido, todas las reflexiones que habíamos hecho en ese grupo me ayudaban a entender lo que se decía. Era más bonito y la gente entendía más si le hablabas de la palabra de Dios y de cómo estábamos cumpliendo con la lucha sus mandatos” (Silvia, huérfana desde pequeña, vivía con su abuela y sus tíos; ingresó a la guerrilla a los 18 años y se separó totalmente de su familia).

Los sacerdotes y monjas progresistas legitimaban y animaban su deseo de participación; en muchos casos se convirtieron en sus principales apoyos para superar la indecisión. Ellos y ellas hablaban de la necesidad de “construir el Reino de Dios en la tierra” y eso significaba que la gente no tenía por qué sufrir resignadamente, que tenía derecho a defenderse y a pelear.

“Había unos seminaristas en la parroquia que nos hablaban de las injusticias y los problemas que había en la sociedad, de los niños que no asimilaban en la escuela porque estaban mal alimentados... Nos decían que en América Latina estaban ocurriendo grandes cambios, hablaban del Che Guevara y de la revolución cubana, decían que en El Salvador se podría dar una situación igual porque había mucha injusticia y desempleo, porque no había respeto a las personas. Me invitaron a participar en seminarios con el enfoque de la Iglesia y después de dijeron que en el país se iba a dar un cambio social, que era para construir una nueva sociedad y un nuevo hombre con un pensamiento diferente y me dijeron que era importante que yo participara en ese proceso...” (Milagros, se incorporó a los 24 años a partir de su participación en la parroquia).

Además de la Iglesia, la familia es otra estructura que interviene en su decisión de participar: el 76% de las entrevistadas forma parte de núcleos familiares que se incorporaron parcial o totalmente a la lucha revolucionaria. Los hermanos y hermanas y las madres son las personas que más influyeron en su percepción de la injusticia y aunque no las animaron directamente a la acción armada sí recuerdan que las motivaban a “hacer algo”.

“Mi mama, como muchas mujeres de esa época pese a que eran muy tradicionales, se metía en cuestiones políticas. De ella fue que escuché que teníamos que estudiar y prepararnos, pero no para ganar dinero solamente sino para ayudar a la gente que no tenía nada. Los ricos siempre pueden comprar salud o lo que quieran, nos decía, pero los pobres son los que necesitan y no tienen cómo” (Lorena, médica incorporada a los 27 años).

Algunas recuerdan que aunque sus familiares participaban, no querían que ellas lo hicieran, aduciendo como razones su sexo o su edad.

“Mis hermanos estaban incorporados, pero a mí me decían ‘quedáte en la casa, estás pequeña, estudiá’, pero cuando salía de estudiar siempre me iba a realizar las tareas que me encomendaban. Bastante tiempo estuve participando a escondidas de mi familia porque mis hermanos lo hacían, pero no querían que lo hiciera yo” (Liria, empezó a participar a los 13 años).

En el campo, la incorporación familiar fue mucho más acentuada debido a que la represión o las amenazas incluían a todas y todos los miembros de la familia. Las jóvenes campesinas que se incorporaron a la guerrilla fueron el sector que no tuvo oportunidad de

decidir si quería o no participar, lo hicieron porque crecieron en zonas de conflicto, porque acompañaron a sus madres a los campamentos o porque quedaron solas e hicieron de la guerrilla su nueva familia. Ellas son las que a más corta edad empiezan sus trabajos en los campamentos, a los 14 años ya estaban desempeñando las tareas que les encomendaban.

“Nos incorporamos porque mis papas se metieron en eso, como ellos se metieron también nosotros. Yo tenía 9 años. Mi mama daba catequesis y decían que ella era guerrillera, que la iban a matar y entonces ya no vivíamos tranquilos porque ella estaba con ese miedo. Primero murió mi papa, después en un operativo mataron a mi mama. Yo vine a San Salvador porque me mandaron a reunirme con mis hermanas y para que diera testimonio de lo que habían hecho en ese operativo, pero ese no era mi lugar. Al fin en el 86 dije que me volvía a la zona y me fui” (Alejandra, a los 14 años queda huérfana y se incorpora en tareas de tipo político, a los 21 se integra a un frente guerrillero como combatiente).

Elección consciente y represión gubernamental

Durante los primeros años de la guerra la represión fue la causa que más pesó en la decisión de incorporarse al FMLN o colaborar con él. Para las campesinas esa fue su principal motivación: defenderse del ejército que hostigaba a la población de las zonas rurales con el argumento de que eran “amigos de los guerrilleros”, lo que equivalía, en muchos casos, a una sentencia de muerte. En los primeros años de la guerra era común que los militares llegaran a los caseríos a preguntar por los hombres de las casas y si los encontraban los detenían o los mataban.

“Cuando comenzó esto la gente tenía confianza en que la autoridad lo iba a respetar a uno, pero ellos entraban a las casas y si había algún hombre o algún niño de doce años lo sacaban y se le paraban en el estómago y uno viendo aquello sin poder hacer nada porque lo encañonaban. Incendaban las casas, mataban los animales y uno les fue cobrando miedo y se fue a los montes donde ya los muchachos se nos iban acercando” (Concha, tenía 53 años cuando inició la guerra y fue colaboradora del Frente durante 7 años).

La brutalidad del ejército, las masacres indiscriminadas de población campesina, el duro aprendizaje de que no podían quedarse al margen de la guerra y que para salvar sus vidas tenían que colaborar con el ejército o con los guerrilleros, motivaron a poblaciones enteras a levantarse en armas.

“Nuestro papa vivía en Santa Marta y murió a temprana edad, lo mató el ejército; mis hermanos trabajaban en Sensuntepeque como comandos urbanos. Lo que reven-

tó más en el pueblo fue cuando mataron a un profesor que decían que era guerrillero, lo llegaron a sacar de su casa y mataron a toda su familia; me recuerdo que toda la gente de Sensunte fue al entierro, con mantas y todo, y hubo una gran matanza, murieron como cinco personas, pero allí se descubrió que había otro montón de gente que estaba organizada. Entonces se hizo más grande la organización en el pueblo y allí fue cuando me incorporé” (Alejandra).

Era frecuente que cuando el asedio de la fuerza armada se hacía intolerable, las familias decidían dividirse: la gente joven y los hombres se iban a los campamentos guerrilleros, las personas mayores se desplazaban hacia las zonas donde no había llegado la guerra (más adelante sus destinos serían los refugios) y las mujeres con sus criaturas pequeñas se quedaban en las comunidades tratando de cuidar sus tierras y sus escasas pertenencias.

Por otro lado, una de cada cuatro entrevistadas de origen urbano señala la Universidad Nacional como el espacio que motivó su participación. Varias veces ocupada por el ejército y funcionando sus facultades en casas particulares, fue el lugar privilegiado para la formación política de la juventud. Las mujeres que se incorporaron al FMLN en la Universidad tenían un promedio de edad de 18 años, es decir, estaban en los primeros años de sus estudios universitarios.

“Yo ingresé a la Universidad cuando estaba en el exilio, yo no entendía nada de política ni todos esos términos que usaban los muchachos, pero veía las acciones militares y eso me fue despertando. Comencé uniéndome a las brigadas de limpieza porque estábamos fuera del campus, en el exilio como te decía. Ya cuando regresamos al campus me fui educando mas en lo político, en los actos culturales y al ver como destruían la Universidad me incorporé más de lleno” (Susana, se incorporó al movimiento estudiantil a los 18 años, posteriormente fue comando urbana).

Las mujeres entrevistadas de extracción urbana manifiestan que entre ellas y las campesinas había diferencias en las motivaciones para participar. Tanto las comandos como las guerrilleras declaran enfáticamente que se involucraron voluntaria y conscientemente, en cambio señalan que las mujeres del campo, sobre todo las jóvenes, lo hacían obligadas por las circunstancias y no tanto porque estuvieran convencidas de las bondades de la causa.

“Lo que pasa es que la vida de ellas giraba alrededor de la guerrilla y la guerra y vivían una situación tremenda porque la gente no hallaba ni siquiera cómo mantener a sus hijos, entonces las muchachas, niñas de 10 o 12 años, en vez de estar aguantando hambre en su casa, o tal vez ya ni casa tenían, se iban a los campamentos donde por lo menos tenían la comida asegurada y los zapatos y su vestido y ahí estaban seguras aunque les tocara trabajar un poquito” (Elvira, se incorpora a un frente guerrillero después de la ofensiva del 89, tenía 18 años).

Esa percepción de las combatientes de origen urbano les lleva a sentirse superiores a las campesinas y a desvalorizar las motivaciones de éstas, aunque casi inmediatamente buscan explicaciones a esa situación y se muestran comprensivas y tolerantes: al fin y al cabo, esas muchachas eran la imagen del pueblo por el que todas luchaban.

“Cuando me incorporé a la lucha ya había pasado por un proceso de cambios en mi manera de pensar y veía las diferencias entre los ricos y los pobres, entre los trabajadores y los que no trabajan; luego, la repelladita que me dieron en la Iglesia me ayudó bastante. Me incorporé de manera consciente y creo que si no lo hubiera hecho no me lo hubiera perdonado en toda la vida. Era distinto el caso de otras que se incorporaron porque sus papas o sus hermanos ya lo habían hecho o porque vivían en el frente o en el refugio y ahí las reclutaron, quizás con 12 o 15 años. Ellas se comportaban distinto a quienes habíamos entrado por conciencia... nos dolía mucho cuando malgastaban las cosas que les mandábamos desde aquí, pero uno pensaba qué se les puede pedir a esas cipotas que en realidad su vida ha sido la guerra...” (Rosario, se incorpora al movimiento estudiantil en 1985, posteriormente forma parte de los comandos urbanos).

Las campesinas entrevistadas confirman de alguna manera esta apreciación. La mayoría de ellas no tenían una clara conciencia social al momento de incorporarse, les mueve sobre todo su convicción religiosa de ayudar al prójimo, aunque en el curso de la guerra adquirieron elementos para explicar la injusticia que vivían en términos de relaciones sociales.

A muchas de ellas les motivaban las promesas de los guerrilleros de un futuro mejor en el que tendrían tierras, casas, trabajo y ya no habría más represión. Además, la seguridad que les daban de que la lucha iba a ser corta y que no podían estar en peores condiciones de las que vivían, fue lo que les decidió a participar.

“¿Por qué me animé a participar? Bueno, ellos nos daban bastante charlas, nos decían que esto iba a cambiar, que ya no íbamos a estar sumergidos por los yanquis, a nosotros nos hacían ver eso y dijimos, ‘vamos a morir o a vivir mejor’, porque esa era la consigna, además nos decían que eso iba a durar un día o lo más una semana y que después podíamos regresar a seguir estudiando y que la educación iba a ser mejor, gratis. Bueno, nos presentaban un montón de oportunidades y yo me la creí, mi familia también” (Elizabeth, tenía 18 años al empezar la guerra y estuvo ocho años en un campamento, nunca fue a la escuela pero aprendió a leer y escribir en la guerrilla).

La presencia de muchachas y muchachos jóvenes venidos de la ciudad, que llegaban a los pueblos, cantones y caseríos dando una explicación del porqué de su lucha y arengando a la población para incorporarse, era un espectáculo frecuente durante toda la guerra. Ellos explicaban con palabras sencillas lo que la población vivía

y eso les atraía la simpatía popular. Las asambleas de información y agitación tenían como objetivo ganar combatientes y captar el apoyo de las mujeres. El hecho de que alguien les prestara atención por primera vez en su vida y les prometiera mejorar sus condiciones les animó a colaborar, creyendo realmente que cuanto más caso hicieran a lo que les decían y mejor cumplieran con las tareas, más cerca estarían de la vida mejor prometida.

Conforme pasaba la guerra y la guerrilla no lograba triunfar, las promesas tendían a reducirse a una escala local, es decir, había que cambiar algunas cosas en las comunidades y para eso se organizaban las directivas comunales, quienes tenían que vigilar que algunas de las demandas más sentidas de las mujeres -mayoría de la población en estas zonas- fueran atendidas para no perder su apoyo.

“A mí, lo que hacía que siguiera participando es que nos decían que ya no iba a existir el guaro (licor), que lo iban a tratar de erradicar un poco, porque en mi comunidad a cada paso se encontraban las ventas de guaro y no se podía vivir con los hombres bolos (borrachos). Yo por eso trabajé con muchas ganas, éramos cinco los que ellos pusieron de directivas, pero solo las dos mujeres nos mantuvimos” (Esther, empieza a colaborar cuando descubre que su esposo la engaña, tenía 27 años).

El miedo a los propios guerrilleros también está presente en un sector de las colaboradoras campesinas. Aunque los muchachos decían tener buenas intenciones, su presencia y sus actuaciones armadas les ocasionaban tanto miedo como la fuerza armada. Algunas narran las amenazas (veladas o explícitas) que les hacían los guerrilleros si se negaban a apoyarlos.

“Los señores guerrilleros llegaban y mandaban a traer a los cipotes (niños pequeños) para que se incorporaran. Yo no estaba de acuerdo con eso porque uno quiere a sus hijos pero yo no tenía palabras para decirles y por eso no les hablaba. Nosotros les teníamos miedo porque nos decían que si no colaborábamos nos iban a mandar a donde estaba el ejército. A una familia mía la expulsaron enterita de la comunidad para que se supiera que la vida costaba si uno no quería hacer nada” (Carla colaboró con el Frente durante 10 años haciendo comida).

Los hijos e hijas

Las motivaciones presentadas hasta acá no eran muy diferentes a las que podían tener los hombres; más bien se perciben diferencias en función de la procedencia (urbana o rural) de las mujeres y una sensación en las entrevistadas de origen urbano de que sus motivaciones tenían más valor que las de las campesinas, porque ellas se integraban sin esperar nada a cambio, por la conciencia de cumplir un deber histórico. Sin embargo, hay un último argumento

sobre las motivaciones para participar que puede estar más ligado a su condición genérica: los hijos e hijas.

Algunas mujeres de la ciudad dicen que se animaron a incorporarse porque querían que sus hijas e hijos vivieran en mejores condiciones y, aunque cabía la posibilidad de que ellas no las vieran, estaban dispuestas a morir con tal de legar un mundo mejor a sus descendientes. Esa fue una de las motivaciones de María Elena: *“Así te lo hacían ver: ‘mira compa, esto te va a costar la vida, pero vale la pena, no lo vas a vivir vos pero lo van a vivir tus hijos’, te decían y vos hacías todo por tus hijos...”*.

Sin embargo, la incorporación en tanto madres era un fenómeno más visible en las mujeres campesinas. Ellas se animaban a colaborar porque sus hijos e hijas se habían incorporado ya al ejército guerrillero y, aunque no estuvieran en los mismos campamentos a donde ellas llegaban a cocinar o que les quedaban más cercanos, la idea de que así como ellas cuidaban a los muchachos de ese campamento había otras mujeres que cuidaban a los suyos, era motivo suficiente para seguir adelante.

“Usted sabe que uno por los hijos da la vida así que cuando ellos me dijeron ‘mama, nosotros no queremos morir con los brazos cruzados ni masacrados, nosotros nos vamos a la lucha y al lado de usted se queda el pueblo’, yo me di a la tarea de ir a los campamentos a moler. Como mis hijos estaban en diferentes organizaciones, yo me iba un mes donde el campamento del ERP y al otro al de las FPL y luego al de la RN. Mi corazón de madre no entendía de divisiones” (Ana, colaboradora del Frente durante 14 años, seis de sus hijos murieron durante la guerra).

Independientemente de las motivaciones que tuvieron estas mujeres para participar y colaborar con el FMLN, lo que es común en todas ellas es que una vez metidas en la pelea la abrazaron con gran fervor y hasta el final. En promedio, las sesenta entrevistadas pasaron más de ocho años cumpliendo cuanto tarea se les asignó. Este promedio se eleva entre las mujeres campesinas y los comandos urbanos (10 años) y disminuye en el caso de las mujeres urbanas que se integraron a los frentes guerrilleros.

Tanta disposición y entrega, sin embargo, no les sirvió para obtener puestos de poder a nivel político ni militar. Al parecer, la detentación del poder dentro del FMLN tuvo poca relación con la entrega durante la guerra; toda la convicción política, idealismo, romanticismo, deseos de mejorar su situación y apoyar a sus hijos e hijas, que motivaron a estas mujeres a poner en juego su vida, no se tradujo en protagonismo político ni militar. Retrospectivamente, ellas explican su actitud con expresiones como *“si era necesario morir por la causa, pues en buena hora”, “así como se veía la situación, de todas formas se podía morir y qué mejor morir que luchando”, “si no lo hacemos nos pueden matar de un rato para otro y si lo hacemos y nos matan, pues nos matan porque hemos hecho algo”, “lo hacíamos porque no nos importaba el riesgo que corríamos”, “no era que no nos importara nuestra vida sino que estábamos dispuestas a darla por la causa”*, argumentos que llaman la atención porque reflejan fielmente

los mandatos de la feminidad tradicional en donde la abnegación y el sacrificio por los otros tienen un lugar preponderante.

No obstante, iniciada la guerra, ellas hicieron de la participación el objetivo de su vida y asumieron que en medio de tanta violencia y con un alto riesgo de morir en cualquier momento, era mejor hacerlo por algo que consideraban justo.

LO FEMENINO AL SERVICIO DE LA GUERRA

Durante la guerra hubo por lo menos siete escenarios políticos en los que estuvieron presentes las mujeres: el ejército guerrillero, las poblaciones de las zonas controladas por el FMLN, los comandos de la guerrilla urbana, los poderes populares creados en las zonas bajo control guerrillero, los refugios, las organizaciones sociales que actuaban sobre todo en San Salvador y el trabajo internacional. Esta investigación se ubica en los primeros tres escenarios.

Cada uno de estos tres escenarios presentaba características diferentes, tenía distinta ubicación en la estrategia revolucionaria y, por ende, una valoración distinta, que teñiría también las relaciones entre unas y otras mujeres. Las características de cada uno de estos tres espacios, las relaciones que se daban entre mujeres y hombres en cada uno de ellos, las tareas que desarrollaban las mujeres y las dificultades que tenían para cumplirlas, forman el cuerpo de este capítulo. Nos permitirán entender, además, cómo fueron aprovechadas las cualidades tradicionalmente asignadas a las mujeres en provecho de la causa revolucionaria y tener un contexto donde ubicar las vivencias de la sexualidad y la maternidad durante la guerra.

Los campamentos guerrilleros

En los primeros años de la guerra fue posible instalar campamentos de 200 a 500 personas en algunas zonas, por ejemplo en los departamentos de Morazán (al oriente del país) y Chalatenango (al norte). La táctica del FMLN en la primera etapa del conflicto armado requería campamentos en donde se pudieran albergar grandes contingentes de combatientes. Tal concentración de personas requería un sistema de funcionamiento bastante complejo y una infraestructura considerable capaz de solventar el mantenimiento de toda la gente. Tenía que garantizarse comida, seguridad y atención médica a los y las combatientes, justo en las épocas en que ocurrían los enfrentamientos más cruentos entre el ejército nacional y la guerrilla.

La proporción entre hombres y mujeres era desequilibrada: según los dirigentes entrevistados, éstas nunca superaron el 30% de la población acampada. Estas concentraciones tenían una relativa estabilidad, podían estar en un mismo sitio hasta 15 días tras los cuales se trasladaban a otra zona por cuestiones de seguridad. Para poder cubrir sus necesidades logísticas se instalaban cerca de algu-

nas poblaciones y, en algunos casos, los habitantes de éstas iban y venían de los campamentos, desarrollándose una constante relación entre guerrilleros y población civil.

Algunas de las entrevistadas que estuvieron en esas grandes concentraciones cuentan que al principio se sentían un poco desorientadas, no había mucho tiempo para introducirlas en la vida del campamento y cada una tenía que ir superando por cuenta propia los desajustes en su vida para acomodarse a la nueva situación. Recuerdan también que el ambiente era hostil (“*entre tanta gente, dicen, no se podía crear un ambiente muy cohesionado*”) y que al llegar sentían cierto desdén de parte de las mujeres ya instaladas, quienes a menudo no las apoyaban en su integración.

“Las mujeres pasaban muy ocupadas y no tenían tiempo para recibir a las que llegábamos de nuevas; los hombres, en cambio, se podían zafar más fácilmente de su tarea del momento y fueron ellos los que me recibieron y mandaron que me trajeran comida” (Silvia, vivió toda la guerra en un campamento guerrillero).

Para enfrentar la guerra de baja intensidad y ampliar sus zonas de influencia, el ejército revolucionario se desarticuló en pequeños grupos. Los campamentos se transformaron en unidades móviles de 20 a 30 personas que se podían trasladar varias veces en un solo día. La división de tareas era menos estricta que en los campamentos grandes; la cocina, los patrullajes y la vigilancia los hacían entre todo el grupo. Las guerrilleras entrevistadas que vivieron en este segundo tipo de campamento señalan que al haber menos gente había más cohesión y sentían un ambiente “*bien bonito*”.

Al margen del tipo de campamento al que llegaron, se dieron algunas diferencias entre las guerrilleras de origen urbano y campesino en la manera de adaptarse a la vida en ellos. Para las que venían de la ciudad, la llegada al campamento marcó la línea divisoria entre sus fantasías y la realidad; muchas ya se imaginaban que la vida allí iba a ser dura, pero la realidad superó sus presiones. Son las jóvenes provenientes de la ciudad quienes al parecer tuvieron mayores dificultades para adaptarse; la mayoría tuvo sentimientos de angustia y soledad al llegar al campamento.

“Las condiciones eran totalmente diferentes a las que yo había estado acostumbrada, el terreno era todo quebrado, estaba acostumbrada a la electricidad y allá nos alumbrábamos solo con un candil o con nada. En la ciudad vivíamos con algunas comodidades, no con gran bonanza ni riquezas, pero sí con algunas condiciones y bueno, llegar allá fue un poco difícil, recuerdo que me era difícil comer, no había platos, el arroz nos lo daban en la tortilla y así había que comerlo, solo teníamos dos mudas de ropa, había que dormir en el suelo... Fue un cambio muy brusco y yo me sentía aislada, sola, nadie me decía cómo acomodarme, cómo hacer mi tendido para dormir. La primera noche sentí que se me venían encima un montón de cosas, pensé que no iba a tener la suficiente capacidad física para mantenerme ahí,

me puse a llorar, toda la noche la pasé llorando” (Marlene, se incorporó junto con su esposo a un campamento semanas antes de la ofensiva del 89 y permaneció en él hasta la firma de los Acuerdos de Paz).

Las muchachas resentían no solamente los cambios en las pautas de alimentación o vestuario, las formas que adquirían las relaciones en los campamentos también les causaban un impacto considerable: no había vida privada ni condiciones para la intimidad, toda la gente sabía lo que hacía cada cual en todo momento... Se sentían observadas, criticadas y desvalorizadas particularmente por las guerrilleras de origen campesino, con las que tenían dificultades para entablar relaciones y de las cuales aún hoy se expresan bastante despectivamente diciendo que *“eran ignorantes, lo que podías hablar con ellas era de chambres o de comida pero no podías ponerte a hablar de cosas interesantes”*. A pesar de ello, recuerdan que cuando lograron acostumbrarse a esas condiciones tuvieron esas mismas actitudes para con las nuevas, se reían de su inexperiencia y les ponían obstáculos para hacer más difícil su integración a la vida cotidiana del lugar.

Las guerrilleras de origen rural, en cambio, no tenían tantas fantasías sobre la vida de los campamentos y se adaptaron fácilmente a las condiciones de vida en ellos, los sentían, como dijeron algunas, *“extensiones de su propia casa”*.

“Empecé a participar por medio de mis papas a los 12 años; nosotros ya estábamos familiarizados, siempre ocupaban nuestra casa para hacer reuniones, mi mamá era cocinera, nos incorporamos cuatro hermanos...la mayoría de la gente era conocida, de los alrededores de donde vivíamos y al principio el campamento estaba tan cerca de mi casa que mi papá iba a vernos seguido y nosotros podíamos bajar a la casa hasta tres veces al día” (Lucía, estuvo diez años en un campamento trabajando como radista).

Las muchachas campesinas cuentan que sentían más apoyo de los hombres que de las mujeres: ellos les enseñaban a leer y escribir y procuraban que se desarrollaran para pasar a otras tareas. En cambio, sus relaciones con las guerrilleras de procedencia urbana, particularmente con las jóvenes, eran tensas: no les facilitaban su integración y a menudo les hacían sentir que eran superiores en el conocimiento del terreno, que estaban más en su ambiente.

La evidente correspondencia entre las sensaciones expresadas por las guerrilleras jóvenes de origen urbano y las de origen rural puede ser reflejo de una lucha sorda entre ambos grupos, conflicto que se manifestaba, sobre todo, en la cotidianidad de las relaciones cuando cada muchacha campesina le hacía sentir a “la niña de la ciudad” que era superior a ella en el manejo del terreno o en el conocimiento de las costumbres de la gente de la zona; por su parte, las jóvenes urbanas las ignoraban o menospreciaban. Según cuentan unas y otras, los roces no llegaban a más, aunque esporádicamente se daban casos extremos.

“Yo acababa de llegar al campamento y salimos a hacer una tarea. Yo caminaba lento, las otras compas iban ligerito y yo me iba quedando atrás, les decía que me esperaran porque para mí todo el monte era igual, no distinguía un palo de otro, pero no me hacían caso. En una vueltecita las perdí, así de pronto ya no supe por dónde se habían ido ¡Me dejaron sola! Tenía miedo, escuché pasos y pensé que era el enemigo, pero era un grupo de otro campamento. Esos cheros me acompañaron y cuando yo llegué con tanta cólera, más me dio cuando vi que ellas ni me voltearon a ver” (Amalia, se incorporó a los 16 años después de la ofensiva del 89).

Ya instaladas en la vida del campamento, además de esa tensa relación con las muchachas de las zonas rurales, la percepción de las guerrilleras procedentes de la ciudad es que había una clara división de tareas entre hombres y mujeres; los hombres estaban fundamentalmente en las estructuras militares y las mujeres en las tareas de apoyo. La dirigencia también observaba este fenómeno y lo explicaba aludiendo a las mejores condiciones físicas de los hombres para el combate, así como a la resistencia de los combatientes a pelear al lado de una mujer. Mena Sandoval, responsable de una escuela militar, señala que los prejuicios de los dirigentes del área política eran también un obstáculo para que las mujeres se convirtieran en combatientes.

“Sacamos una promoción de puras mujeres y yo tenía como práctica que el primer enfrentamiento fuera siempre exitoso para elevar la moral de mi gente. Pero la primera vez que saqué al combate a esas muchachas el enemigo estaba fuerte y me hicieron muchas bajas, me mataron a tres y hubo siete heridas. Yo era militar, sabía que eso había pasado porque el enemigo estaba mejor ubicado, pero los otros dijeron que la causa era que habían peleado solo mujeres. No los pude convencer de lo contrario, decidieron, contra mi voluntad, que no formábamos más mujeres en el área militar.”

De las 29 guerrilleras entrevistadas solamente 4 fueron combatientes por algún tiempo, 15 se desempeñaron como radistas, 6 estuvieron en tareas de salud (médicas y sanitarias); el resto realizó tareas vinculadas a la “expansión” (captación de apoyos entre la población civil), las finanzas y la radio.

En todas ellas estaba presente la idea de que el mejor revolucionario era quien dejaba las comodidades y se iba a los frentes de guerra, el que más se aproximaba a la figura del combatiente armado cuyos actos heroicos eran contados por los radios rebeldes y resaltados en afiches y libros. Mayra, una guerrilla de origen urbano, relata: “*Mi deseo era aportar todo lo que pudiera y se decía que el revolucionario era el que aportaba todo al pueblo; también se decía que el revolucionario lo es menos si no participa en la guerra con las armas en la mano*”.

No es de extrañar por tanto que, aun cuando las mujeres tenían más dificultades que los hombres para ser combatientes y de

hecho la mayoría no lo fueron, el referente imaginario del guerrillero heroico diera lugar a diversas jerarquías en su escala de valoraciones: así, mientras ser radista era menos valorado que ser combatiente, las radistas se sentían más importantes que las sanitarias y las brigadistas, y éstas más que las cocineras. Este sistema jerarquizado de valoraciones sobre las diversas tareas en los frentes guerrilleros operaría en muchas ocasiones dificultando la construcción de lazos de solidaridad femenina.

La no incorporación a las actividades militares fue una situación impuesta que no todas aceptaron sin resistencia. Algunas se habían integrado al FMLN porque querían ser combatientes, pero tuvieron que resignarse a cumplir las tareas que el mando consideró más adecuadas para ellas.

“Yo quise especializarme en el manejo de armas y aprender el arte militar, ese era mi objetivo, pero no me dejaron, me pusieron en comunicaciones. Yo estaba convencida de que podía ser una buena combatiente, de que podía llegar a ser jefa de un pelotón, pero me cuentearon sobre la importancia estratégica de las comunicaciones y no me quedó más remedio que pasar 10 años en eso” (Alma, activa militante durante catorce años, incursionó un tiempo en el área militar, pero a la muerte de su compañero fue destinada a las comunicaciones).”

Su percepción sobre el accionar militar era contradictoria. La mayoría dice que les llamaba la atención porque “*ser combatiente era la mejor prueba de qué tan revolucionaria eras*”, pero al mismo tiempo se sentían incómodas porque los obstáculos que les ponían para desempeñar esa tarea les hacían dudar de su capacidad y tenerle miedo.

“Cada vez que decían que venía el ejército me emocionaba, pero para mi compa era una aflicción, él decía que yo era muy aventada (audaz)... yo me emocionaba cada vez que veía venir a los soldados y él se afligía, siempre andaba junto conmigo porque le daba miedo. Me sentía algo frustrada, así no me podía desarrollar. (Sonia, combatiente durante dos años, posteriormente fue sanitaria).

A pesar de que solo una minoría de las entrevistadas fueron combatientes, todas tenían que andar armadas. La relación con el fusil tuvo connotaciones diversas para ellas, para algunas era “su mejor amigo” y no se sentían a gusto sin él.

“Uno llegaba al frente y sabía que su compañero tenía que ser el fusil. Ya cuando salía a la ciudad, a veces estaba sentada y hacia el mate (gesto) de agarrar el fusil. Pasé todavía como un año así; incluso cuando tuve que dejarlo por un tiempo sufría, ya uno siente que es el mejor aliado que tiene porque lo va a defender” (Delmi, fue combatiente y responsable del área de expansión).

Otras, sin embargo, sentían que aunque lo necesitaban no iban a poder usarlo cuando se presentara una necesidad.

“Pensaba ‘si me encuentro con el enemigo, qué voy a hacer, voy a matarlo?’ Uno se cuestiona ese tipo de cosas

pero dice al mismo tiempo 'si no lo hago me matan a mí', entonces hay como un conflicto, uno no sabe qué hacer... (Isabel, se incorporó a los 16 años y fue radista durante dos).

Para otras, en cambio, el fusil era una molestia, lo rechazaban y descuidaban. Se sentían incómodas cuando andaban armadas por más que fueran conscientes que era necesario hacerlo. Esa fue la experiencia de Amanda, joven guerrillera de origen urbano que permaneció acampada durante un año.

"Nunca usé mi fusil, una vez creíamos que andaban los soldados y yo no le pude quitar el seguro porque estaba totalmente trabado de tanto óxido, nunca hubiera disparado en ese momento porque estaba sucio, no se podía usar. Para mí el fusil era algo estorboso que molestaba. Si por cualquier motivo me hubiesen dicho que me iban a quitar el fusil por una semana, hubiera gritado de alegría".

A juzgar por los testimonios, la relación que las mujeres establecían con su arma no era en general de rechazo, algunas se sentían orgullosas y poderosas al andar armadas, aunque también eran conscientes de la responsabilidad que les implicaba tenerla. Quizás las que mejor relación tuvieron con el fusil fueron las mujeres que desde pequeñas habían visto operar a los guerrilleros, aprendieron a desarmar y a armar un fusil y crecieron con la idea de que tarde o temprano ellas también serían combatientes. El arma se integró a su vida naturalmente, no se imaginaban que durante la guerra tuvieran que prescindir de ella y llegaron a ser diestras en su manejo.

Todas coincidieron, sin embargo, en que no llegaban a los extremos de los combatientes, quienes le daban una atención al fusil a su juicio exagerada. Así cuenta Elvira la relación de sus compañeros de campamento con sus armas:

"Los hombres las limpiaban todos los días, les metían unos trapitos en las puntas para que no se les abollaran, trataban el arma hasta con amor podría decirse. Te encontrabas que, si estaban así platicando o haciendo cualquier cosa, estaban con un trapito así, o sea lo limpiaban y lustraban todo el tiempo. Siento que para ellos el fusil era como su fuerza, que a un hombre le quitaran el fusil era el peor insulto que le podían hacer, era parte de su orgullo".

Esta diferencia que las entrevistadas perciben entre hombres y mujeres en la relación con el arma también se expresa en otra tarea: la cocina, y en un rito: el baño. La mayoría de las entrevistadas tuvo que desempeñar tareas en la cocina al llegar al campamento, salvo las que llegaban para alguna labor predeterminada. Según la percepción de las entrevistadas que procedían de la ciudad, ese paso por la cocina estaba también diseñado como una forma de combatir sus posibles desviaciones pequeñoburguesas.

"La primera tarea que me dieron fue la cocina, me dijeron que tenía que hacerlo porque una mujer que llegaba de la ciudad no podía pasar directamente a otra estructura de trabajo porque entonces quedaba en desigualdad; todas las que llegaban pasaban por la cocina fueran de donde fueran y me dijeron que conmigo no podían hacer una excep-

ción porque había críticas y que la cocina era de ley para todas las mujeres. Pasé tres meses y ya después estuve en comunicaciones (Silvia).

En cambio, dicen, ningún hombre tenía obligación de hacer tareas en la cocina, algunos ayudaban porque querían y cuando a un combatiente se le castigaba, una sanción era mandarlo a la cocina a hacer tortillas o ayudarles a las cocineras.

En torno al baño, señalaban que había diferentes costumbres higiénicas entre hombres y mujeres. Ellas procuraban asearse lo más posible en tanto que los hombres no prestaban mayor atención a esa tarea.

“A veces caminábamos y caminábamos y cuando llegábamos la mayoría de los hombres a descansar, pero las mujeres, estuviera haciendo frío o calor, a bañarse, antes de comenzar a trabajar todas nos íbamos a bañar. Los hombres no se preocupaban por eso. Y es que, además, ellos como que se mantenían más tiempo limpios, como que sabían caminar por los lugares, en cambio yo me enlodaba toda... A los que venían de la ciudad también les pasaba esto, pero se bañaban a las ‘quinimil’ (muy de vez en cuando)”. (Margarita, permaneció acampada seis meses desempeñándose como radista).

El momento del baño cumplía, además, una función de intercambio. Por seguridad, las guerrilleras, iban en grupos a bañarse y a lavar sus ropas y mientras lo hacían platicaban, se hacían confidencias, se contaban secretos. La hora del baño era un momento para dar rienda suelta a las habladurías sobre la vida en el campamento.

El baño también representaba un momento de vulnerabilidad para las guerrilleras. Sentían que su cuerpo era objeto de deseo y que sus compañeros aprovechaban ese momento para espiarlas y hacerlas sentir mal, por eso procuraban bañarse casi totalmente vestidas. Esta práctica era habitual entre las mujeres rurales, pero poco común entre las de origen urbano; sin embargo, estas últimas prefirieron la incomodidad de bañarse con ropa a los riesgos potenciales de hacerlo desnudas. Las jóvenes guerrilleras de procedencia urbana relatan en la entrevista colectiva que pronto se dieron cuenta de que bañarse desnudas era como pregonar que eran poco recatadas y provocar asedios e incluso agresiones.

“Había una muchacha que se bañaba con fustán (enagua), con calzón y con brasier. Una vez se le voló el fustán y se bañó con ropa, no quiso quitarse los pantalones ni la camisa, casi lloró, se puso tan atemorizada, tan avergonzada, porque los muchachos le iban a ver las piernas”, dice Margarita.

“Yo creo que en parte tenían razón, señala Delmi, porque cuando uno se bañaba solo en bloomer (calzón) había muchos compañeros que eran bien morbosos y comenzaban a ver y comentar. Yo creo que en parte era eso lo que molestaba, a las de la ciudad les valió un poco (no les importó) pero las campesinas eran más reservadas con su cuerpo”.

“Pero era una cosa curiosa, apunta Elvira, porque la mayoría se bañaba con fustán y sin brasier, pero yo prefería

taparme los pechos que taparme las piernas”.

Y concluye Amanda: “Eso sí, desnudas totalmente solo las gringas... Ninguna de nosotras se quitaba el calzón, yo sentía que sin el calzón estaba totalmente indefensa, era mi arma, era como el fusil para los hombres”.

La división de tareas que les asignaba las de menor rango en la escala de valoración guerrillera, el ambiente no siempre coherente con sus fantasías y deseos, las dificultades para cumplir las tareas, el temor que les inspiraban sus compañeros, las incomodidades en los campamentos, las habladurías, todo quedaba a un lado cuando había que hacer frente al enemigo. Las entrevistadas coinciden en que la solidaridad y el actuar como un solo cuerpo en los momentos difíciles, fue una de sus vivencias más gratificantes durante la guerra, que hasta la fecha les provoca nostalgia.

“Cada vez que había incursiones u operativos la solidaridad era tan bonita, o sea cuando había peligro todos nos uníamos, todos nos hablábamos, comíamos una cucharada de leche de la única bolsa de leche que alguien tenía, nos comíamos una sopa maggi con una raíz que encontrábamos entre todos, era bonito. Venía la tranquilidad y empezaba el ambiente de chambres y todas esas tonterías” (Elvira).

Las zonas bajo control guerrillero

A medida que avanzaba la guerra, un factor central en la estrategia del FMLN fue la consolidación de su control sobre sectores poblacionales y zonas territoriales. Según el análisis de la Comandancia General, en 1983 el 23% de los municipios del país estaban dentro de las áreas controladas por la guerrilla. Departamentos como Morazán y Chalatenango y extensas zonas de La Unión y San Miguel eran zonas en las que ejército nacional no se atrevía a incursionar si no era a través de grandes operativos apoyados por la aviación y las tropas especiales. En una quinta parte del país, decían, tenían el poder político y militar (¿Por qué lucha el FMLN? 1983).

Estas “zonas liberadas” se concebían como retaguardia estratégica donde el ejército guerrillero podía abastecerse y descansar; para ello era necesario contrarrestar las políticas gubernamentales que pretendían aislar los núcleos guerrilleros de la población civil, y animar a los y las pobladoras de estas zonas a “aferrarse a la tierra en que han nacido y crecido, liberándola a costa de todo sacrificio y conservándola para las futuras generaciones”.

Las autoridades oficiales eran desterradas de las zonas de control y en su lugar se constituían los Poderes Populares Locales (PPL), organismos político-administrativos que representaban una “forma superior de la organización del pueblo” y embriones del gobierno democrático revolucionario que el FMLN proponía como alternativa para todo el país.

Los PPL tenían como forma organizativa la asamblea de base (instancia más alta de decisión) y la directiva (organismo ejecutor de las líneas del gobierno local), esta última compuesta por un presidente y diferentes secretariados (de producción, asuntos jurídicos, asuntos sociales, seguridad y autodefensa, propaganda y agitación). La relación entre el FMLN y la población civil estaba mediatizada en gran medida por quienes integraban estas instancias, lo que hacía que la relación directa del personal colaborador con los jefes que acampaban cerca de la comunidad fuera más esporádica, según cuenta Esther, quien formó parte de una directiva durante casi toda la guerra.

“Atención política de los muchachos había, pero más que todo para la directiva. Siempre se hacían reuniones donde se discutía la cuestión política y las cuestiones de la comunidad. Durante mucho tiempo solamente yo iba de mi comunidad a esas reuniones, yo era la que llevaba el mensaje a los demás directivos”.

Las colaboradoras que habitaban en esas zonas no alcanzaban a distinguir, ni parece que le daban demasiada importancia, a qué organización del FMLN pertenecían los guerrilleros que actuaban en su zona. La colaboración de estas mujeres con un determinado grupo no tenía como base la inclinación política hacia una u otra fuerza del FMLN sino una relación de residencia, es decir, participaban en las instancias creadas por los muchachos “que les tocaron”, por aquéllos que por diversas razones se asentaron cerca de sus hogares.

Las zonas controladas estaban mayoritariamente pobladas por mujeres, niños y niñas menores de 12 años y personas ancianas, debido a que los hombres y jóvenes se incorporaban al ejército guerrillero. Las mujeres, por tanto, eran las que cargaban con el peso de sostener la vida comunitaria además de cumplir las tareas encomendadas para el sostenimiento de “los muchachos”; ellas tenían que organizarse para hacer la comida, producir, educar a los niños y niñas de la comunidad, garantizar servicios de salud mínimos. Aunque las directivas estaban formadas en su mayoría por hombres, a juicio de todas las entrevistadas eran las mujeres que estaban integradas en ellas, y también las que no lo estaban, quienes garantizaron la vida de la comunidad durante la guerra.

Entre la población de las zonas controladas el nivel de colaboración era distinto. Las mujeres entrevistadas que vivieron en esas zonas fueron muy activas en sus comunidades y cuentan los problemas que tenían con otras personas que se quejaban, a espaldas de los guerrilleros, de la presión que sentían para apoyar su lucha. La gente descontenta no expresaba abiertamente sus malestares, pero manifestaba actitudes hostiles hacia las colaboradoras más cercanas a guerrilleros.

“A mí la gente de la masa poco me ha querido porque yo siempre estuve cerca de los muchachos, siempre andaban diciendo que mientras a nosotros nos faltaba todo, ellos se reservaban lo mejor y yo me daba cuenta de que no era cierto, ellos también pasaban sus necesidades. Cuando yo le comentaba eso a algún mando me decía que no les

hiciera caso, que la gente es así, que ni colaboran ni dejan colaborar, pero siempre había disconformidad por lo mucho que sufríamos” (Ana, se desempeñó como cocinera, mensajera y activista de una organización de madres).

Las colaboradoras dedicaban la mayor parte de su tiempo a las tareas que les encomendaban y, aunque mantenían sus casas y conservaban un cierto espacio privado, reducían al mínimo la atención a las labores del hogar. Quince de ellas tenían más de 25 años al iniciar su colaboración, edad a la cual muchas campesinas se consideraban a sí mismas “viejas”. El resto, aunque eran menores de 25 años, ya se consideraban adultas pues tenían por lo menos una criatura. Esto significaba que su disposición a integrarse a la lucha portando un arma estaba limitada tanto por la condición física -desnutrición sumada a múltiples embarazos y partos- como por la responsabilidad para con sus hijos e hijas.

Ninguna de las colaboradoras entrevistadas sintió deseos de cambiar las tareas que realizaba; ellas se ubican como “masas” y para algunas esa denominación pasa a ser parte de su identidad “*yo fui masa, como dicen*”. No obstante, percibían que si bien las masas eran importantes, el ejército guerrillero lo era más porque en la guerra lo que más se valoraba era “*andar un arma*”; por tanto, estaban firmemente convencidas de que sus necesidades eran secundarias frente a las de “los muchachos” y eran capaces de sacrificar sus escasas pertenencias para que las y los guerrilleros mejoraran un poco su situación.

“En el ejército había mucha mujer, muchas muchachas que consumían todo lo que podrían darnos a nosotros, zapatos, mochila, ropa, ellos necesitaban más para combatir. Yo cuando iba a San Salvador y me regalaban cosas se las traía a ellos, fuera comida o ropa” (Ana).

Señalan que sin la protección de “los muchachos” se hubieran muerto pues quedaban expuestas a la otra fuerza armada. “*La masa apoyaba al ejército y el ejército protegía a la masa*” dice Concha, y con esa frase sintetiza la relación de estas mujeres con la guerrilla. Sienten que están vivas por haber obedecido sus instrucciones y para ellas todo lo demás que hicieron se justifica por la protección que les brindaron. Berta expresa esa sensación diciendo que “*en aquella época Dios se manifestaba a través de los muchachos, después de él, sólo ellos podían salvarnos*”.

Todas ellas colaboraron haciendo comida, comprando y transportando ropa, medicina y alimentos, sembrando maíz y hortalizas para su subsistencia y la de los guerrilleros; también servían como correo entre su zona y San Salvador, destacándose en esa labor las que tenían más de 45 años ya que la edad era una ventaja para desarrollar esa tarea sin despertar sospechas. Solo una de ellas fue combatiente durante 2 años y una más fue destacada por su dedicación e interés para formar parte de la directiva de una comunidad siendo responsable de la logística y la alfabetización de los niños y niñas.

Como cocineras tenían dos modalidades de participación: ir a cocinar a los campamentos guerrilleros o quedarse en su casa ha-

ciendo la comida. Lo que determinaba la forma de participación era la edad de sus hijas e hijos: si éstos eran pequeños y no encontraban a nadie para cuidarlos, ellas se quedaban en su casa; en cambio, si ya eran mayores, ellas podían subir a los campamentos y quedarse allí por temporadas largas.

“Como yo no tenía niños pequeños andaba de campamento en campamento moliendo para el ejército, pero si una señora tenía tres o cuatro niños, entonces solo se le exigía que cocinara un día a la semana” (Rosa, fue colaboradora durante doce años y se desempeñó como organizadora de las cocineras de su comunidad).

Las que no se iban a los campamentos formaban parte de grupos de cocineras organizadas, con una responsable encargada de asignarles los días de trabajo, entregarles las provisiones (cuando había) y organizar el traslado de los alimentos al campamento. El número de días que tenían que cocinar dependía de su situación económica y del número de hijos. Si no tenían criaturas pequeñas y les quedaban algunos recursos para sobrevivir (gallinas o animales para vender), lo hacían todos los días. Si, por el contrario, tenían niñas o niños menores de 12 años (edad en que ya se les incorporaba a la guerrilla) cocinaban dos o tres veces por semana.

De las 20 entrevistadas, 16 se desempeñaron como cocineras en sus poblaciones y las restantes estuvieron acampadas (durante tres, seis, nueve y doce años). Todas señalan que ser cocinera en un campamento era la tarea más “yuca” (difícil), por eso, aunque sus hijos e hijas crecieran o la represión arreciara, preferían quedarse en sus casas y subir a moler o hacer comida solamente en ocasiones excepcionales.

“Me tocaba trabajar bien pesado, me tocaba cocinar hasta para cien compañeros, hasta para más de cien, nos tocaba cocinar de noche, a veces todo el día, a veces debajo del agua, a veces enfermas porque no había quién lo hiciera. Hubo un tiempo en que me tocaba estar sola porque no se podía encontrar cocineras. A los tres años ya me sentía aburrida de andar en la cocina, sentía que me estaba quitando la vida, les dije a los compas que me sentía bien cansada y que mejor quería ser combatiente porque era duro, pero se descansaba mas”.

Salvo Roxana (que fue combatiente dos años) y Esther (que fue de la directiva comunal), las demás entrevistadas permanecieron durante toda la guerra haciendo las mismas tareas porque se consideraban incapaces de dar otro tipo de aporte debido a que eran “*poco sabidas y de cabeza dura*”. Daban a la causa de la liberación del pueblo lo que habían aprendido en su educación como mujeres.

A pesar de la importancia estratégica de su tarea, que algunas de ellas reconocían y señalan que los mandos se lo hacían ver, hay una insistente auto desvalorización de su quehacer. “*Yo no hacía nada, dice Aracely al ser entrevistada, solo les hacíamos de comer cuando ellos nos decían*”. La explicación que dan es muy categórica y común a todas: ellas no podían hacer más “*por ser mujeres y ser pobres*”.

Las colaboradoras son muy expresivas sobre lo bonitas que eran sus relaciones con la guerrilla. Salvo tres mujeres que destacaron las actitudes de abuso hacia ellas, sus familias y sus pertenencias, el resto señala que el trato hacia la población era de mucho respeto. Llama la atención la importancia que le dan a la actitud de los guerrilleros de compartir la comida. Ese hecho era el que más les impactaba -todas lo recuerdan y lo cuentan- y el que sin duda granjeó más respeto y credibilidad a los muchachos. El reparto equitativo de la poca comida que había era la conducta que las animaba a seguir, a pesar de las injusticias o malos tratos que también sentían.

“A veces uno veía a esos jóvenes, que tal vez habían dejado sus comodidades, vivir en aquella pobreza, ver aquella conformidad de ellos comiendo con una tortillita en la mano, y uno agarraba aquello de participar sin que le dijeran, recordar aquella humildad me llenaba de fuerza para ver con qué llenaba mis canastos y costales y agarrar camino toda la noche para llevarles de comer. Uno no podía sentir desconfianza de ellos porque si ellos tenían, teníamos nosotros y si ellos comían, comíamos nosotros, si nada tenían nada comíamos nosotros. (Ana)

La comida se convierte en el vínculo más fuerte de identificación entre la guerrilla y las mujeres de la población civil. Ellas se preocupan siempre por tener algo de comer “*por si aparecían los muchachos*” y si alguien no cumplía esa norma de compartir corría el riesgo de perder la confianza y, sobre todo, el apoyo de estas mujeres. Uno de los mayores aciertos de la guerrilla en su relación con la población civil parece ser esa actitud de compartir y pedir humildemente la comida, puesto que las entrevistadas señalaban, en contraposición, la actitud del ejército de llevarse la comida de sus casas sin su permiso o de comer delante de ellas como forma de humillación.

Además de la relación a través de la comida, la mayoría expresa sentimientos de admiración hacia los guerrilleros. Para ellas los muchachos en abstracto eran los más buenos y justos, sin embargo “su muchacho” particular -su compañero de vida- era brusco, desatento y a veces hasta violento. Algunas lo explican diciendo que todos eran buenos “*menos el que a mí me tocó que no entendía razones*”. Dado que no es una sola mujer la que expresa los defectos de “su muchacho” sino que son varias las que lo describen como cualquier hombre sin la aureola que rodeaba a los guerrilleros, cabe presumir que ellos eran capaces de desarrollar conductas sumamente solidarias en lo público, y mantener comportamientos autoritarios y hasta violentos en lo privado.

A muchas de ellas les ocasionó sentimientos contradictorios el que su hombre se acampara. Por una parte, se sentían liberadas -tenían menos trabajo, se libraban del maltrato y de las relaciones sexuales-, pero al mismo tiempo se sentían incapaces de salir adelante con toda la responsabilidad de asegurar la subsistencia de sus criaturas y otros familiares dependientes. Esa incertidumbre les angustiaba, se sentían acongojadas. María, madre de diez hijos e hijas, declara que cuando su marido se fue al campamento pasó semanas

sin comer ni dormir “solo de pensar cómo iba a hacer con mis hijos a la falta de él”.

Las relaciones con sus hombres, y en general con los miembros del género masculino, estaban marcadas por la comida, los permisos que ellos tenían para visitarlas o las “bajadas” colectivas del campamento (para celebrar alguna victoria o realizar reuniones). La necesidad de tener un hombre que las respaldase seguía siendo, sin embargo, una de sus mayores preocupaciones; a pesar de que la mayoría siempre trabajó para garantizar su supervivencia y la de su prole. A pesar de que en varios casos los maridos, aunque estaban presentes no aportaban para el mantenimiento del hogar y que en otras ocasiones se aparecían esporádicamente para hacer un nuevo hijo y desaparecer, tenían un gran temor de quedarse definitivamente sin hombre.

La figura masculina es para ellas un símbolo de protección más que un apoyo real. Ante el desencadenamiento de la guerra, la desintegración de los núcleos familiares y afectivos y tanto hombre armado de una y otra fuerza militar, las mujeres se sentían vulnerables y a merced de poderes masculinos incontrolables. Todas las que quedaron viudas al inicio de la guerra volvieron a acompañarse y aunque el nuevo compañero no viviera con ellas por estar acampado o incluso por tener otra pareja, saberse respaldadas por un hombre les quitaba un poco de aflicción.

La guerrilla en la ciudad

Durante la guerra el FMLN implementó una estrategia de acciones armadas en las ciudades, particularmente en San Salvador, con varios objetivos: suministrar apoyo logístico a los frentes guerrilleros, golpear los intereses económicos y militares del Estado, disminuir la presión del ejército en las zonas rurales y crear terror entre las clases dominantes, así como impulsar, apoyar y defender las acciones masivas de las organizaciones populares.

Para llevar a cabo estas acciones fueron creadas estructuras particulares: los “comandos urbanos”. A diferencia de la guerrilla rural y de la población civil colaboradora del FMLN, los comandos actuaban “en pleno corazón del enemigo”, es decir, en las ciudades, donde el ejército tenía el control militar y donde la represión era constante. En esas condiciones uno de los requisitos básicos para la sobrevivencia era la clandestinidad absoluta, no entablar relaciones de confianza con desconocidos, mantenerse lo más posible al margen de la sociedad.

“Ellos me dijeron que mi actividad era ver, oír y callar y no hacer amistad con nadie más allá de darle los buenos días a los vecinos, o sea, yo vivía en la ciudad, pero jamás estuve involucrada en la sociedad, no tenía de qué hablar con la gente, las medidas de seguridad eran de lo más estrictas”, cuenta Milagros, integrante de los comandos urbanos durante más de diez años.

En los primeros tiempos de la guerra había pocas mujeres en los comandos urbanos, pero poco a poco la dirigencia fue valorando la importancia militar de incorporarlas. Según un dirigente de estas estructuras, *“se necesitaban mujeres que hicieran de pantalla, cada comando tenía su casa y en esa casa no podían vivir solo hombres, la necesidad de que hubieran mujeres, niños, parejas, abuelitas, era grande... y no solo para que hicieran pantalla sino también para otras tareas porque las mujeres resultaban mucho menos sospechosas para el enemigo.”*

La tercera parte de las comandos entrevistadas reconocen que se sintieron atraídas en diversos momentos por las actividades guerrilleras rurales aunque nunca pudieron concretar sus deseos. Dos de ellas renunciaron a hacerlo porque no querían separarse de su familia que vivía en la ciudad, una no tuvo autorización del partido para su traslado a la montaña y la cuarta no pudo desplazarse por problemas logísticos y de seguridad.

El resto, dos de cada tres guerrilleras urbanas, expresan que nunca desearon irse a la montaña. Se sentían más seguras en la ciudad, porque la conocían desde niñas y se desenvolvían bien en la clandestinidad urbana; además, no querían separarse de sus familias por tiempo indefinido.

No obstante, varias reconocen haberse sentido muy presionadas por el partido para que se incorporaran a la guerrilla rural. Generalmente la organización determinaba quién pasaba al trabajo de la montaña y las propuestas eran siempre planteadas como órdenes difíciles de rebatir. Discutir las órdenes o negarse a ir a la montaña fue interpretado en no pocos casos como falta de firmeza ideológica o de disposición al sacrificio, lo que les acarreó desconfianzas y marginaciones por parte de la organización.

“La mayoría pasamos por esa situación en que se nos decía ‘mire compañera, usted se tiene que ir para el frente’; no te preguntaban si tenías condiciones para dejar a tus hijos, si querías o no irte, simplemente te vas y te vas. Conocí a varias que decidieron no irse y se les cuestionó que se quedaran cuidando sus hijos y aportando lo que pudieran en la ciudad... El partido rompía con esta gente que se le rebelaba” (Imelda piensa que su negativa a pasar a la guerrilla rural le costó no tener ninguna responsabilidad de dirección a pesar de sus seis años de participación y su dedicación a la causa).

Las guerrilleras urbanas que estaban dedicadas a tiempo completo a las actividades armadas se veían obligadas a mantener una estricta clandestinidad; otras combinaban sus tareas en los comandos con actuaciones públicas en la Universidad o en sindicatos. En cualquier caso, siempre debían arreglárselas para mantener una doble vida (clandestinidad/vida normal; comando armada/dirigenta social) lo que, en opinión de las entrevistadas, constituía la parte más difícil de su trabajo.

Las reuniones partidarias eran escasas y se dedicaban casi exclusivamente a planear y evaluar las tareas. En épocas donde se acentuaba la represión, las relaciones colectivas eran reducidas al

mínimo y el trabajo era persona a persona; la comunicación directa con el o la responsable era casi su único vínculo con la organización. No tenían muchos espacios para compartir con sus compañeros y compañeras de partido, los canales para plantear sus inquietudes eran lentos y restringidos, sentían sobre sí el peso de una estructura muy jerarquizada ante la que se sentían en clara desventaja con respecto a los hombres.

“Había una estructura a la cual había que sujetarse y por encima de todo estaban los intereses de la organización. Hasta después nos dimos cuenta de que muchas veces esos intereses de partido eran más bien personales. Yo digo que no tuve oportunidades de tomar decisiones sobre mi bienestar porque siempre estaba bajo la presión de esa estructura cerrada donde definitivamente había preferencias, había un espacio más amplio para el hombre y más limitado para nosotras” (Leonor, su sueño de juventud era ser guerrillera).

Las comandos urbanas tenían bien interiorizado el “principio de las 3D”: disciplina, desconfianza, discreción. Esta era la regla básica para desenvolverse en el trabajo clandestino; consecuentemente, la mayoría reconoce que fueron disciplinadas y obedientes en la ejecución de las tareas y que llegaron a mantener una actitud permanente de desconfianza, compartimentación y secreto en su trabajo y sus relaciones familiares y sociales. El peso de este condicionamiento lo sienten aún hoy día al establecer relaciones sociales y políticas.

“Desde que te reclutaban te decían que tenías que aprenderte las 3D, era el primer documento que te daban a leer y el primer colador para llegar a ser militante: tenías que moverte en esos tres principios: la disciplina militar, la desconfianza de todo el mundo, no tenías que hablar con nadie de lo que estabas haciendo y la discreción, la secretividad”, cuenta Claudia, comando urbana durante seis años, y añade: “¡malditas 3D que hasta ahora no se me quitan!”.

A pesar de que casi todas señalan que en los equipos abundaba el compañerismo y la solidaridad –se repartían las tareas atendiendo a criterios de especialización y eficacia, y si bien existían roles preestablecidos para hombres y mujeres, también había flexibilidad y relativa equidad en la asignación de algunas tareas armadas no especializadas-, varias recuerdan que sus compañeros comandos se mostraban a menudo poco respetuosos hacia ellas y poco sensibles hacia las limitaciones que las mujeres tenían como consecuencia de las responsabilidades domésticas y familiares que cargaban.

“Teníamos que andar planteando a menudo que no se criticara mal a las compañeras, que tuvieran en cuenta que estábamos en desventaja en relación a los hombres, que debían reconocer el esfuerzo que hacíamos. Por muchas razones, las mujeres teníamos más limitaciones para actuar y por eso merecíamos más respeto. Un día le dije a un compañero que siempre andaba hablando mal de las mujeres: ‘por favor, respétanos, debes analizar por qué luchas

y si violentas a tus mismas compañeras no mereces estar aquí” (Imelda).

Estas mujeres preferían tener a mujeres como responsables porque les resultaban más accesibles y humanas que los hombres. Mientras éstos llevaban al extremo los requerimientos de eficacia y compartimentación, y a menudo tenían actitudes prepotentes hacia ellas, las responsables se mostraban solidarias, comprensivas hacia las limitaciones de las mujeres e inclusive, dice Rosario, *“en ciertos momentos hasta se descompartimentaban y hablaban de su vida personal y familiar, por eso me gustaba más trabajar con mujeres, los hombres eran más precavidos y preocupados por hacer la acción y ya, más endurecidos; en cambio las mujeres eran más sentimentales y comprendían mejor las obligaciones de la maternidad o la vida familiar”*.

La composición genérica de las estructuras armadas urbanas era claramente asimétrica: las mujeres abundaban en el nivel más básico de los comandos urbanos en tanto los hombres eran abrumadora mayoría en los niveles más militarizados y especializados, así como en la línea de mandos. La proporción de hombres y mujeres en los comandos, según dicen las entrevistadas, era de una mujer por cada cuatro hombres. En base a esta realidad, es atinado afirmar que también en las estructuras guerrilleras urbanas del FMLN las mujeres realizaban el trabajo menos cualificado –en términos militares– y con menores cuotas de poder, en tanto los hombres se reservaban las actividades más especializadas y las tareas de dirección.

Las actividades de apoyo logístico (dar seguridad y cobertura a viviendas y locales, hacer de coreos, guardar y trasladar armas y medicinas a los frentes de guerra, atender hospitales clandestinos) y las acciones armadas de menor complejidad (reconocimiento de objetivos militares, seguimiento, colocación de explosivos en postes de luz, puentes, calles y comercios) fueron realizadas mayoritariamente por las mujeres comandos. La mayoría de las entrevistadas las hicieron y, según sus testimonios, este tipo de actividades eran asignadas más frecuentemente a las mujeres que a los hombres.

Una vez dentro de las estructuras clandestinas urbanas, en muy pocos casos estas mujeres tuvieron oportunidad de elegir sus tareas. Las decisiones sobre quién hacía qué eran potestad de los mandos, quienes las planteaban siempre como órdenes militares y nunca como propuestas a discutir colectivamente. Varias reflexionan retrospectivamente sobre esas situaciones y se dan cuenta ahora de que no tuvieron ninguna participación en las decisiones sobre el accionar colectivo e incluso sobre aspectos importantes de su participación personal.

“Cuando comencé se me delegaron tareas meramente domésticas como hacer banderas. Al principio me sentía bien de ver que estaba aportando al proceso, pero hasta después me di cuenta: ¡púchica!, yo era una universitaria con la voluntad de hacer cosas más importantes, pero eso es lo que se me delegó, pasar día y noche haciendo banderas en un sótano de la Universidad” (Imelda).

Para una comando urbana la preocupación por el riesgo personal que suponía cada acción no era nada comparado con el miedo cotidiano a ser descubierta y a que la represión cayera sobre sus familias. Sandra, incorporada a los 19 años, vivió esa situación y decidió dejar a su familia para evitarles correr riesgos.

“A mí no me preocupaba el riesgo personal, lo que sí me afligía era de la casa para adentro, o sea, como tenía en la casa a mis hermanas pequeñas, mi mamá y mi papá, y si las agarraban me daba pánico la violación y la tortura; por eso yo prefería estar fuera de casa todo lo que podía y al llegar sí guardaba todas mis medidas de seguridad. Eso era lo que me daba hasta pesadilla, que llegaran a la casa y nos agarraran... yo pensaba que si me agarran a mí cualquier cosa se aguanta y si se muere uno pues se muere, pero lo que me preocupaba era que otra persona pagara por lo que yo estaba haciendo”.

Las actividades les producían tanto temor, incluso pánico, en las fechas previas y durante su ejecución, como felicidad cuando resultaban exitosas. La satisfacción de *“hacer algo para contrarrestar toda la injusticia que ellos (el gobierno y el ejército) estaban cometiendo”* apenas dejaba espacio a la duda sobre la utilidad de lo hecho. Solo una de las entrevistas reconoce que tenía serias dudas sobre el futuro del accionar armado o urbano.

“Cuando uno lo está haciendo solo piensa en que debe hacerlo y cómo debe actuar, lo que sí es que en la noche yo me acostaba cansada y como con ganas de llorar siempre, yo no pensaba que era el peso y el agotamiento mental que uno tiene al andar inventándose y haciendo cosas sino que sentía demasiado lejos el proceso, o sea, tantas cosas que se hacían y no avanzaba y seguíamos lo mismo tanto tiempo, eso me daba como algo de frustración o de tristeza” (Miriam, fue comando urbana durante tres años).

Un problema serio entre las comandos urbanas lo representaba la participación en aniquilamientos y el uso de explosivos. Cuando sus convicciones religiosas -no matarás, no robarás- entraban en contradicción con los requerimientos de la vía elegida para defenderse de la represión y con los métodos de la lucha armada, las teorizaciones de la Teología de la Liberación llegaban en su auxilio; también el convencimiento de que “el enemigo” les obligaba a recurrir a estas acciones al haberles cerrado otros canales de acción política. Su disposición al sacrificio total por el logro de un fin bueno les ayudaba a redimir culpas y a solventar problemas de conciencia.

“Lo más difícil para mí era saber que andaba armada; sinceramente te digo que siempre que había una actividad yo le pedía a Dios que saliéramos bien, que no muriera nadie. Lo peor era sentir ese poder de quitarle la vida a otra persona, la ley de Dios dice que no le podés quitar la vida a otro ser humano, eso para mí fue terrible”. (Claudia).

Algunas comandos urbanas no lograban resolver el conflicto entre sus convicciones religiosas y los métodos de lucha. En esos

casos, no les quedaba otro camino que negarse a realizar determinadas acciones o ampararse en el anonimato de las mismas para tratar de olvidar su participación en ellas.

“Por mi educación en el catolicismo no me gustaba actuar contra objetivos militares, siempre dije que no me gustaba hacerlo, aunque sabía que era necesario. Para mí no era lo mismo un soldado, un carro patrulla o gente así, que los que mandan; sentía que podían resultar golpeados quienes menos culpa tenían, gente con familia y todo eso. Eso no me gustaba, ahí sí me sentía más peor pero como esas acciones no las sacaban en el periódico ni les hacían publicidad, hacías la actividad y te podías olvidar de ella, dejabas enterrado en tu conciencia lo que sucedió” (Yanira, activa militante del FMLN desde 1980).

A la vista de estos conflictos, no extraña que la mayoría de las comandos expresen que sentían el trabajo urbano más difícil que estar en los frentes guerrilleros en la montaña. Tener que llevar una doble vida y estarse siempre cuidando de “quienes te pueden poner el dedo”, carecer de fusil para defenderse, actuar a pocos metros de los cuarteles o la policía, sentirse impotente ante los allanamientos imprevistos... eran circunstancias que convertían la militancia urbana en un continuo susto y una vida estresante. Sin embargo, varias de estas mujeres sintieron que quienes estaban en la montaña menospreciaban su trabajo y lo consideraban más cómodo y menos sacrificado porque les permitía estar con su familia y llevar una vida relativamente normal.

“Sí había una diferencia en cuanto a las mujeres que estaban en la montaña y las compas urbanas: ellas menospreciaban el trabajo que nosotras estábamos haciendo, el que se estaba desarrollando en general en lo urbano. Si vos llegabas allá te trataban de lo peor, ibas a una escuela y se reían de vos, te trataban como ‘los estudiantitos’. Al contrario, cuando venía un compa de allá tenía atención médica, había que darle alojamiento, proporcionarle medicinas porque sabíamos que allá estaban en malas condiciones” (Imelda).

Las cualidades y habilidades femeninas puestas al servicio de la guerra

Las descripciones anteriores sobre el trabajo de las mujeres en los distintos escenarios de la guerra nos permiten afirmar que el prototipo de feminidad fue tomado en cuenta para designarles sus tareas y además fue magnificado a fin de hacerlo lo más funcional posible a las necesidades de la guerra.

Era ampliamente reconocido que las mujeres resultaban imprescindibles para una serie de tareas (correo, camuflaje y seguridad, reclutamiento); es más, estaba teorizado y asumido que las mujeres

eran mejores para esas tareas porque el enemigo no desconfiaba tanto de ellas como de los hombres.

Cuando el FMLN constató que las mujeres podían realizar eficientemente las tareas sacando ventaja de ciertas formas femeninas de actuación y de la ideología social que las subestimaba, se empezó a explotar mucho más la participación femenina en general y, en particular, la de las mujeres de la población civil.

Las habilidades y destrezas adquiridas en un proceso de socialización donde a las mujeres se les inculca la minuciosidad y la paciencia para realizar tareas repetitivas, poco creativas y se les ejercita en los cuidados y atención de las personas, fueron utilizadas en la división de tareas durante la guerra. En particular, las mujeres en los campamentos fueron destinadas a realizar los trabajos donde podían sacar mayor provecho a ese aprendizaje.

Dado que las radistas realizaban una tarea que requería concentración, memoria, capacidad de trabajar bajo presión, minuciosidad y paciencia, no era casual que fuera femenino la mayor parte del personal realizando esta labor. Las radistas fueron las “secretarias” de los frentes de guerra, encargadas de guardar los secretos de las comunicaciones y de repetir una y otra vez los mensajes cifrados entre los diferentes frentes o al interior de uno de ellos.

“Para mí las comunicaciones eran una tarea muy doméstica, era cierto que eran la columna vertebral de un frente, pero también sometían a la pobre que estaba copiando números a una situación bien monótona y te digo monótona porque pasabas todo el día copiando, recibiendo, pasando números. Me sentía mal porque a las radistas siempre trataban de cuidarlas mucho, que anduvieran con seguridad, te controlaban, era demasiado “ (Alma).

Las enfermeras de los frentes de guerra (sanitarias) eran, por lo general, muchachas jóvenes que recibían entrenamiento para aplicar curaciones de emergencia, podían llegar hasta practicar cirugías menores y, si continuaba su preparación, era posible que fueran capaces de realizar amputaciones en una urgencia. La escasez de personal médico profesional en un medio donde su presencia era tan necesaria ponía a las sanitarias en constante tensión puesto que tenían que enfrentar continuas demandas con recursos insuficientes.

“Yo era sanitaria de un pelotón, pero yo no quería ser sanitaria, no quería andar esa responsabilidad, una de combatiente anda solamente una muda de ropa en la mochila, con poca carga, pero la sanitaria tenía la responsabilidad de andar el botiquín que pesaba y no se podía dejar. Además, había que ganarse la confianza de los combatientes porque si uno dejaba morir a alguien, decían ‘no, a esa miedo le tenemos’. Yo decía que a una sanitaria no se le tiene que morir un herido, que se muera en el hospital, pero no en mis manos. Una vez uno se me desmayó en el camino, mucha sangre brotaba, yo dije ‘este se me murió’, pero lo revivimos y llegó al hospital” (Esperanza, joven guerrillera de origen rural acampada durante cinco años, fue combatiente, radista y sanitaria).

Para la población civil la llegada de mujeres que se acercaban a sus casas, dejaban su fusil a un lado y se ponían a preparar tortillas al lado de la dueña de la casa, llegó a ser una escena familiar; esas muchachas eran las brigadistas, encargadas de la tarea de expansión. Tenían que hacer el contacto con la población, detectar las casas donde la guerrilla pudiera recibir algún tipo de cobertura o ayuda, convencer a otras personas de que se sumaran a la causa. De un buen trabajo de expansión dependía que el campamento tuviera acceso a víveres y otros insumos, así como que supiera de los movimientos del ejército nacional.

Según cuentan las brigadistas entrevistadas, tenían orientación de buscar primero las casas donde hubiera mujeres y la manera más común de iniciar el contacto era compartir alguna tarea doméstica, de ahí se pasaba a compartir las contingencias de la guerra, los temores y esperanzas, las mujeres visitadas les pedían consejos acerca de medicinas para los niños. La capacidad de las mujeres para entrar en un rápido contacto afectivo fue lo que determinó la existencia de un amplio contingente de brigadistas. Mujeres acercándose a otras mujeres, mujeres que saben cómo pedir, cómo ganar confianza, diálogos entre mujeres sobre un tema común: los niños. Esa importante labor política se pudo realizar gracias a una cualidad netamente femenina: la empatía.

Hacer la comida era otra misión de las mujeres, tanto en los campamentos como en las poblaciones. Las cocineras entrevistadas destacan lo arduo de su tarea, sobre todo cuando estaban acampadas; sin embargo, eran quienes estaban al final de la jerarquía del ejército guerrillero. Ningún hombre llegó a ocupar por mucho tiempo un lugar en la cocina, estaban presentes en ella cuando se les castigaba o cuando querían “ayudar”. A pesar de la ruptura del espacio privado durante la guerra, quedó en pie un bastión doméstico: la cocina, ocupada siempre por mujeres. Además de las habilidades y destrezas femeninas, también fue aprovechada la condición maternal de las mujeres, mucho más evidentemente en el caso de las comandos urbanas y las colaboradoras. Las primeras cuentan que usaban a sus hijos e hijas chiquitas para pasar desapercibidas, que escondían municiones o propaganda entre sus pañales. Las colaboradoras utilizaban también la identificación con la madre cuando eran detenidas.

“Un soldado me quiso pegar. Mire, le dije, ¿usted tiene madre?, sí, me dijo, pues acuérdesse que su mama estará de esta edad mía, haga de caso que a su madre le va a pegar. Entonces se detuvo el soldado y no me hizo nada” (Magdalena, detenida en varias ocasiones y encarcelada una vez).

A las madres, sobre todo a las de más edad, se les asignó la tarea de encabezar la presión política por la presentación de los desaparecidos y la liberación de los presos. La mayoría de las entrevistadas estuvieron organizadas en grupos de madres cristianas que iban a San Salvador y se movilizaban a las embajadas, las cárceles y las oficinas de derechos humanos.

“Entonces nos llegó la instrucción de que creáramos un comité de madres, que fuéramos solo mujeres y ancianitas también, para que fuéramos a los Derechos Humanos, a la Cruz Roja, con las monjitas, donde fuera para conseguir cosas. Yo me incorporé al Comité de Madres Monseñor Romero porque ahí yo sentía que podía desahogarme. Íbamos a tomas, a casa presidencial y lográbamos hacer cosas, por ejemplo, por aquí había una muchacha que nombramos Talina y que estaba presa, nos juntamos todas las mujeres y agarramos camino para San Salvador, nos tomamos la cárcel de mujeres y la sacamos. Cómo no íbamos a poder si estábamos las mujeres juntas” (Ana).

Otra forma de agrupar toda esa disposición femenina para la lucha fueron las organizaciones de mujeres que proliferaron en esos años y que captaron fondos para desarrollar una serie de iniciativas, sobre todo de carácter productivo. Los colectivos de mujeres en las zonas rurales servirían para organizar la producción, el abastecimiento y la elaboración de comida; también se crearon multitud de pequeñas tiendas atendidas por mujeres en las cuales se podía almacenar provisiones con cierta legalidad.

La utilización para la guerra de las cualidades genéricas femeninas tuvo gran impacto entre las propias mujeres. Aunque tenían limitaciones objetivas y subjetivas para empuñar las armas, nadie tenía que enseñarles cómo usar su ingenio, cómo aparentar ser sumisas, cómo mentir y engañar para conseguir lo que querían o evitar represalias. Cambiar de apariencia, fingir que se es una persona distinta, alterar sus patrones de conducta, todo estuvieron dispuestas a hacer las mujeres para cumplir eficientemente sus tareas. Las comandos urbanas se vestían como burguesas, convivían con un extraño para dar apariencia de pareja, aparentaban promiscuidad en las relaciones con el otro género, instalaban negocios para dar cobertura a la entrada y salida de gente. Las colaboradoras se hacían aparentes adeptas de religiones para conseguir apoyo, hacían creer al ejército que la comida que elaboraban para los muchachos era para dársela a ellos.

“¿Y este poco de comida tapada aquí? ¿Y este poco de tortillas? me preguntó el soldado cuando entró a la casa. Mire, dispéñeme, yo vendo tortillas y comidas porque la gente siempre busca y otra cosa es que los del batallón DM4 me han dicho que cuando ustedes vengan yo tenga comida, por eso donde yo miro movimiento de aviones digo a preparar comida. Así los convencía y se quedaban a comer en mi casa, en cuanto se daban la vuelta les avisaba a los muchachos que podían bajar” (Rosa).

A medida que obtenían buenos resultados explotando estas cualidades se volvieron más audaces y las fortalecieron, eso les sirvió para salvar su vida y cumplir con las tareas encomendadas y están orgullosas de ello. Esto es más patente en las colaboradoras. Cada una de ellas tiene una anécdota donde su astucia ante los soldados se pone de manifiesto, todas quieren contar que el enemigo no era invulnerable y que sí las aterrizzaba con sus bombardeos

ellas lo burlaban con su comportamiento aparente de campesinas inofensivas.

Durante ese tiempo de gran actividad ni ellas ni nadie tuvo tiempo para analizar las consecuencias de utilizar su condición de género subordinada como arma para lograr el cumplimiento de la tarea. Las mujeres, socializadas no para ejercer la asertividad sino para conseguir lo que quieren a partir de subterfugios, engaños y chantajes emocionales, hicieron uso de ese bagaje y lo desarrollaron conscientes de que eso les daba ventaja sobre el enemigo; pero al mismo tiempo esa utilización exalta, confirma y da validez a ese tipo de conducta y, al cabo de doce años de ejercerla estas mujeres están mucho más cercanas que antes al prototipo femenino tradicional, lo defienden porque les ha sido útil para sobrevivir y no sienten la necesidad de cuestionarlo.

Tampoco cuestionan que el peso de la disciplina militar fuera ahogando la rebeldía que les llevó a sumarse a la lucha revolucionaria. Todas las mujeres entrevistadas tienen conciencia de que la obediencia era la actitud más conveniente para estar bien con los mandos, para poder mantenerse dentro de los campamentos o comandos, para lograr algún beneficio en el caso de las colaboradoras e incluso ascensos en el caso de las guerrilleras. La obediencia total, la resignación ante la asignación de una determinada tarea, aunque no fuera de su agrado, fueron actitudes femeninas que no respondían solamente a la disciplina militar; eran también cualidades propias del género femenino que resultaron útiles en tiempos de guerra. Son excepcionales los casos de las entrevistadas que se atrevieron a negarse a cumplir una misión.

La rebeldía que las había llevado a participar y/o colaborar tenía que limitarse. Hacer preguntas, rebatir instrucciones, desobedecer órdenes tenía como consecuencia regaños, sanciones, desconfianzas y hasta marginación.

“El día que íbamos entrando al frente encontramos en el camino a un señor que iba amarrado a un caballo y pregunté quién era porque me impresionó mucho, tenía el aspecto de un campesino pobre, me dijeron que lo habían capturado para pedir dinero. Yo hice otras preguntas, pero me dijeron que hasta allí, que el que entraba se olvidaba de hacer preguntas, solo tenía que obedecer” (Silvia).

Solo una de las comandos planteó que se rebeló en varias ocasiones frente a órdenes que a su parecer no estaban fundamentadas; incluso se negó a realizar determinadas acciones cuando no estaba convencida de la eficacia y éxito de las mismas. En su opinión, esta actitud rebelde le costó no ser nunca ascendida a cargos de responsabilidad.

“Solo un mes fui responsable y al siguiente pusieron a un compañero que yo había reclutado, que tenía incorporado cinco años menos que yo pero que era hombre. Yo me preguntaba por qué me hicieron eso y hasta después caí en la cuenta de que fue un castigo que ni siquiera se me planteó como tal” (Imelda).

La utilización a fondo de destrezas, habilidades y cualidades genéricas llevó a las mujeres a cumplir tareas claves para mantener la guerra, pero no les significó adentrarse en las estructuras del poder guerrillero. Esas estructuras seguían reservadas para los cuadros históricos, los de mayor capacidad política, los que se destacaban en lo militar, casualmente la mayoría de ellos del sexo masculino. Sin embargo, más de la mitad de las entrevistadas no cuestionan que las mujeres hayan tenido menos cargos de dirección y más dificultades para llegar a ellos, dan por descontado que los hombres estaban mejor preparados para desempeñarse al frente de la guerra. Otro grupo, las que al fin de la guerra han entrado en contacto con el feminismo, revisa el pasado y concluye que hubo discriminación hacia ellas, pero reconoce que, en aquellos tiempos, les parecía de lo más normal la división de tareas y la poca presencia de mujeres en las dirigencias.

Algunas de ellas valoraban que la obediencia, en el caso de las mujeres, era más valorada que la capacidad para ocupar puestos de mando. Solo dos de las entrevistadas llegaron a tener cargos de dirección política de alto nivel y una de ellas cree que su carácter influyó en su promoción.

“Yo siento que nunca tuve problemas, no sé si es porque siempre fui dócil, pensaba que los hombres tenían más derechos y posibilidades para ser jefes y nunca peleé por estar ahí, y así fue como me ascendieron” (Dinorah, guerrillera de origen urbano que llegó a tener el mando político-militar de un campamento).

Otras cuatro tuvieron cargos de dirección militar con responsabilidades menores y una de ellas cuenta que fue ascendida ya al final de la guerra para que pudiera estar mejor ubicada en los programas de reinserción. Trece más ocuparon puestos en tareas de tipo político: expansión, directiva comunal, finanzas. En total, un 30% de las entrevistadas llegó a puestos de poder; el 65% de ellas era de origen urbano.

Algunos dirigentes explican esta situación por la falta de formación ideológica de los integrantes que se incorporaron después de la primera ofensiva, es decir, una vez iniciada la guerra; otros señalan que en el plano militar a los combatientes no les gustaba recibir órdenes de las mujeres y que tenían que ser cuidadosos para mantener la unidad necesaria en el combate porque “una medida que violentara a los hombres podía tener repercusiones en su desempeño militar”, señalan.

Al estar ausente del ideario revolucionario todo análisis en torno a la desigualdad de género se les exigía a las mujeres comportamientos iguales a los de los hombres en una situación de desigualdad real, lo que ocasionaba mayores desventajas para ellas. Las mujeres, al no contar con elementos conceptuales que les permitieran entender esta situación, podían elegir alguno de los siguientes caminos: adaptarse a las normas masculinas y ascender cumpliéndolas a toda costa; abandonar la militancia ante la imposibilidad de cumplir con esos niveles de exigencia; aceptarlos, pero adoptando una actitud crítica al respecto. Quienes siguieron este último camino fueron una minoría.

Las mujeres entrevistadas tienen la impresión de que durante la guerra no pararon nunca, que trabajaron intensamente, que hicieron enormes cantidades de comida, esquivaron la represión, formaron grupos de mujeres, destruyendo objetivos militares, combatieron, mandaron y recibieron miles de mensajes, cuidaron heridos, todo lo que hiciera falta para asegurar el triunfo final de la revolución. Algunas con más conciencia de esa enorme energía femenina invertida señalan que “no sólo de armas se hizo la guerra”, realizando el papel de todas aquellas que desempeñaron tareas que no eran propiamente las de combatientes.

Sin embargo, les pasa desapercibido el hecho de que todas estas tareas hayan reforzado tanto su identidad subordinada como la división genérica del trabajo durante la guerra. Terminado el conflicto se espera que se comporten como sujetos afirmados capaces de reclamar sus derechos y de expresarse clara y abiertamente, misión bastante difícil después de doce años de haber utilizado con fines políticos la victimización y sumisión aparentes, prácticas que, de alguna manera, han quedado registradas como parte de la experiencia vital de estas mujeres y motivo de su valoración.

VIVENCIAS SEXUALES EN TIEMPOS DE GUERRA

Las niñas que fueron: la construcción del prototipo de la feminidad tradicional

Las sesenta mujeres entrevistadas tienen en común haber carecido en su infancia de toda información sobre el cuerpo y la sexualidad. El sexo era tema tabú, tanto para las niñas del campo como para las de la ciudad. Todas ellas crecieron en hogares muy conservadores y fueron educadas en los patrones tradicionales de la feminidad: ser esposas fieles y madres responsables. Ninguna recibió educación sexual en su familia y lo más cercano que oyeron sobre este tema eran las cuestiones de anatomía y procreación que escuchaban en la escuela, las que tuvieron el privilegio de asistir a ella.

Las diferencias de conocimientos sobre reproducción durante la infancia y adolescencia están determinadas por su nivel educativo. La mayoría de las mujeres que fueron comandos urbanas y las guerrilleras que procedían de la ciudad (tanto jóvenes como adultas) tenían un nivel académico más alto que las provenientes del campo: 46% eran universitarias, 33% bachilleres y 29% concluyeron el noveno grado.

Algunas jóvenes guerrilleras de procedencia urbana habían vivido en Nicaragua, en las escuelas de ese país habían escuchado algo más sobre el tema y tenían acceso a materiales que leían, escondidas por supuesto, para disipar su curiosidad al respecto.

“En Nicaragua era bien abierto, me acuerdo cuando estaba en séptimo, octavo y noveno grado, daban charlas

de educación sexual una vez a la semana. También recibíamos clases de sexualidad con otra compañera, ella nos daba clases a los jóvenes del partido” (Elvira).

Las mujeres provenientes del campo (tanto guerrilleras como colaboradoras) tienen un nivel educativo más bajo: seis de cada diez mujeres no terminaron el sexto año, 35% no aprendieron nunca -ni durante su infancia ni en el tiempo de la guerra- a leer y escribir. La única que logró estudiar hasta el bachillerato lo hizo apoyada por la abuela que no quería ver repetida su historia de sufrimiento en la nieta y que veía en el estudio la opción para una vida diferente. Su madre, sin embargo, se oponía a sus estudios y eso fue motivo de una relación tirante entre ellas. En su familia de origen no se acostumbraba a enviar a las niñas a la escuela. Dado que provenían de familias grandes y pobres tenían que trabajar desde pequeñas ayudando en las tareas agrícolas y domésticas; cuando sobraba un poco de dinero y había una escuela cerca, los niños tenían prioridad para asistir a clases.

“A mí me matriculaban en la escuela, pero iba una vez a la semana o una vez por mes porque mi mamá decía que lo que más me interesaba era aprender hacer el oficio de la casa. Mi idea era estudiar porque me gustaba mucho, pero en mi casa no querían, me decían que solo quería aprender a escribir para mandarles cartas a los novios y que eso era preparar el altar para que otros celebren misa. Entonces yo me quedé con ese gran deseo”, comenta Esther todavía con tristeza.

Sin embargo, su forma de vida las ponía más en contacto con la práctica sexual de sus familiares. La mayoría de ellas vivían en casas de una o dos habitaciones, en donde convivían y dormían personas adultas, jóvenes, niños y niñas; por tanto, las probabilidades de intuir o escuchar la relación sexual de los padres o de los hermanos mayores era bastante alta. El contacto con el sexo fue algo cotidiano en su infancia, aunque no se hablara ni se tuviera información sobre él.

Las madres de las entrevistadas -según sus relatos- fueron las principales transmisoras de la ideología dominante con respecto al papel subordinado que deben jugar las mujeres en la familia y la sociedad, y las más firmes vigilantes de que sus hijas cumplieran los roles establecidos en esta subordinación. La relación madre-hija fue bastante conflictiva para la mayoría de ellas; la imagen materna es a la vez símbolo de represión y abnegación. Recuerdan con rencor los malos tratos y culpan a sus madres por no haberlas preparado mejor para enfrentar la vida, pero al mismo tiempo valoran y agradecen su preocupación para que siguieran por “el buen camino” y, retrospectivamente, lamentan no haber seguido sus consejos.

“Mi mamá siempre me insultaba y me decía que yo iba a salir embarazada y tener una mala vida. Como era bien enojada y me castigaba mucho tomé la decisión de casarme joven, a los diecisiete años. En realidad, yo ahora le digo a ella que no tenía el deseo de casarme y me fui a meter con

una persona que no me convenía, que ni me respetaba ni me comprendía” (Esther).

La figura materna que evocan las jóvenes guerrilleras es un poco distinta. La mitad de las entrevistadas de este grupo recuerdan a una madre que ya no era la tradicional ama de casa puesto que estaba incorporada a la lucha guerrillera; eso las enorgullece y anima a seguir su ejemplo, pero al mismo tiempo resienten el haber sido abandonadas y/o descuidadas en su infancia. Las personas con las que crecieron (abuelos, tías o amigos de sus padres) las educaron y cuidaron con cariño, según recuerdan, pero eso no impidió que se sintieran desamparadas, sobre todo en la adolescencia, al carecer de las orientaciones y consejos de sus progenitoras.

“Cuando éramos pequeñas nuestra casa era como una oficina clandestina, todo mundo llegaba y a nosotros nos ponían a hacer limpieza y aunque mi papa nunca estaba allí, mi mama sí llegaba de vez en cuando y teníamos una relación bonita, nos contábamos cosas. Cuando se fue al monte nos quedamos con mis abuelos, ¡Qué diferencia! Para ellos todo era pecado, todo estaba prohibido. Cuando me vino la regla fue algo horrible, jamás se lo dije a nadie, me moría de vergüenza; en cambio cuando a mi hermana menor le llegó, mi mama estaba con nosotras y se lo contó a todo mundo, fue diferente, más libre” (Amanda).

La sexualidad juega un papel de particular importancia en esa relación con la madre, sobre todo en la infancia. Ser “niña” en la tradición salvadoreña es ser ignorante de todo lo relacionado con la sexualidad. Las “pícaras” son las menores a las que se les descubre o supone alguna información al respecto. Las madres tienen la tarea de conservar “niñas” a sus hijas y lo hacen negándoles información y reprimiendo, desde muy temprana edad, la curiosidad infantil sobre el cuerpo. La mayoría de ellas llegó a la pubertad sin ninguna noción sobre la menstruación.

“Yo no hallaba cómo taparme y me fui a bañar, andaba bien afligida. Dios mío, decía, qué me habrá pasado si yo no he hecho nada malo. Cuando se lo conté a mi mama me dijo: no te asustes, esa es la regla, ¿Por qué no me había dicho nada?, le pregunté. No, me dijo, a las niñas no se les cuenta nada” (Carla).

Con la llegada de su primera menstruación, su cuerpo se convirtió en una angustia, era un cuerpo que ellas no conocían y no comprendían. Era un cuerpo que tenían que empezar a cuidar porque ese mensaje les había sido transmitido insistentemente por parte de todas las mujeres que las rodeaban. Aunque no sabían exactamente cómo y por qué, eran conscientes de que “ese cuerpo suyo las iba a comprometer”.

La inquietud ante su cuerpo aparece matizada según la extracción y la edad de las entrevistadas. En el campo, la preocupación por esa posible traición de su cuerpo se resuelve apresurando la relación con un hombre para salvarse de la deshonra, lo que equivalía a tener relaciones sexuales fuera de una pareja más o menos es-

tablecida. Las campesinas adultas entrevistadas fueron quienes se emparejaron más jóvenes, a los 13 o 14 años ya habían optado por dejar de ser “niñas”. La aparición de la primera menstruación es la señal de un inevitable contagio de malicia, así que las mujeres que las rodeaban las animaban a saldar esa expresión de sexualidad en su cuerpo por la única opción aceptable: la reproducción. Ser madres suaviza el “*torcimiento de ser hembra*”, es decir, la erupción del deseo sexual.

Las mujeres de la ciudad también veían las relaciones sexuales ligadas al peligro del embarazo, pero a diferencia de las campesinas, no tenían como única opción el acompañamiento, ellas querían seguir estudiando o incorporarse a la lucha revolucionaria. Algunas decidieron evitar las relaciones sexuales tempranas y otras, sobre todo las más jóvenes, optaron por tomar precauciones para no quedar embarazadas.

Un elemento importante en la construcción de la identidad de estas mujeres es la educación religiosa que recibieron. Todas se declaran católicas y más o menos practicantes (más marcada esa práctica en las adultas que en las jóvenes). La religión las previene contra su propio cuerpo y las provee de una serie de reglas para controlar su sexualidad. En las mujeres de procedencia urbana es más notoria una influencia doctrinaria de la religión expresada en una más clara elaboración de sus ideas y traducida en una cantidad de prejuicios hacia toda conducta sexual diferente al modelo heterosexual, monogámico y santificado por el matrimonio con fines reproductivos. Una de sus mayores preocupaciones es que no las vayan a confundir con las “malas mujeres” (las prostitutas o las que a su juicio se comportan como tales) y por eso se deslindan constantemente de ellas.

En las mujeres de procedencia rural esa influencia religiosa es palpable, más que en una elaboración doctrinaria clara en una cierta resignación hacia el estado de cosas que viven. “*Así lo quiso Dios*” es la respuesta con que resuelven los interrogantes sobre su condición como mujeres y, aunque algunas muestran algún tipo de malestar al respecto, están firmemente convencidas de que la manera de ser de hombres y mujeres está determinada por los designios divinos y por tanto es inmutable.

Educadas en un ambiente de fuerte represión sexual, ignorantes del funcionamiento de su cuerpo, considerando pecado la más mínima expresión de su deseo y con un amplio bagaje alrededor de los peligros de su sexualidad, estas mujeres se incorporan a la lucha del FMLN donde van a encontrarse con prácticas que en más de una ocasión contravienen sus más profundas convicciones.

La mayoría de las guerrilleras jóvenes de extracción campesina se enteró de las mínimas nociones sobre la menstruación y sexualidad estando ya acampadas, por medio de alguna compañera o de las médicas. La mayor parte de las que participaron en los comandos urbanos y las guerrilleras jóvenes provenientes de la ciudad no tenían experiencia de pareja cuando se incorporaron y mantenían el deseo de llegar vírgenes al matrimonio.

Las guerrilleras adultas que ya tenían experiencia sexual serían punto de referencia y orientación para las jóvenes, en algunos casos. Las adultas de origen campesino les transmiten los estereoti-

pos sexuales más rígidos: la sexualidad masculina es incontrolable y a ellas les toca ponerle freno guardando un comportamiento “decente”, no provocando el deseo de los hombres y, si no pueden resistirse, guardando silencio al respecto y apresurándose a tener un hijo.

La línea del FMLN sobre sexualidad y su adecuación a las distintas fases de la guerra

La revolución sexual del 68 y el movimiento hippie alcanzaron a un grupo de jóvenes salvadoreños y salvadoreñas, sobre todo de la clase media urbana, pero no llegaron a tener un impacto fuerte en el conjunto de la juventud, que se sintió más convocada por la acción armada que por el camino del amor y la paz. Muchos jóvenes que sí fueron atraídos por estas ideas se sumaron posteriormente a las filas del FMLN, pero manteniendo en silencio su pasado, ya que en general no era bien visto hacer alarde de comportamientos que se consideraban más pequeñoburgueses que revolucionarios.

“Un día estábamos concentradas gente de todas las organizaciones en Guazapa, para un operativo grande. Cuando acabó nos fuimos a bañar a un río, fue un momento de relajamiento, todos en calzones, lavando la ropa y tomando fotos de los comanches; empezamos a platicar y resulta que había varios que habían sido hippies, bolos y mariguaneros. Todo mundo empezó a destapar y allí nos dimos cuenta de que muchos se ocultaban. Yo me reía y decía ‘quién iba a creer’, yo pensé que éramos los únicos locos y resulta que no, que el hippismo fue una fase de toma de conciencia para mucha gente, pero se lo habían reprimido porque eso se veía muy mal en la mayoría de las organizaciones” (Gloria Castañeda).

Las ideas cuestionadoras de la moral sexual tradicional y las críticas hacia la pareja y el matrimonio, por ejemplo, estaban presentes en la juventud universitaria. Algunas de las entrevistadas provenientes de ese medio narran la censura de que eran objeto por “guardar” su virginidad, actitud que ellas calificaban de oportunista por parte de los hombres, ya que al mismo tiempo que les requerían sexo buscaban una mujer respetable como esposa.

El principio rector del FMLN de que las energías militantes debían estar dedicadas exclusivamente al cumplimiento de las tareas revolucionarias impidió que estas ideas, consideradas distractoras de ese fin, pudieran discutirse y contribuir a superar los prejuicios y el conservadurismo del Frente en torno a los aspectos de la vida privada.

El pragmatismo del Frente en estos aspectos se revela en las soluciones y respuestas que se ve obligado a dar según los distintos momentos de su lucha que hemos analizado anteriormente. En la primera etapa, durante la formación de los grupos originarios del FMLN, las relaciones de pareja y los embarazos fueron temas difíciles en torno a los cuales las dirigencias intentaron traducir en

un comportamiento moral sus principios revolucionarios. Al parecer, en un primer momento costó trabajo adecuarse a la compañía femenina, en unos partidos más que en otros, según cuenta el dirigente entrevistado.

“En las células del partido se utilizaba aquello de la crítica y autocrítica en donde una travesura despedazaba a cualquiera, eso jugó un papel muy importante en ese aspecto, pero fue creando una actitud conservadora hacia adentro, es decir, el vínculo entre hombres y mujeres en el partido se fue volviendo complicado. Si tenías relaciones amistosas con una mujer, ¿cómo iba a ser visto por el resto del partido? Eso nos cohibió la búsqueda de militantes mujeres para el partido porque se corría el riesgo de que se entendiera mal” (Héctor Acevedo, dirigente del Partido Comunista).

Ante situaciones consideradas difíciles, por ejemplo, embarazos de muchachas solteras, las y los dirigentes se veían obligados a actuar y a dar algún tipo de salida que no comprometiera la credibilidad de sus propuestas ante la población. Facundo Guardado, dirigente del FMLN de origen campesino, narra el siguiente caso en donde se observa el tipo de salidas elegidas.

“Una joven bien activa quedó embarazada y eso le costó su participación. Cuando yo lo supe hablé con ella, con el compañero porque sabía que la gente no lo iba a entender, que los padres no iban a querer dejar a sus hijas ir a las actividades. Ella prácticamente tuvo que dejar su trabajo, vinieron los conflictos, había que responder ante la sociedad que el niño tenía padre, pero él estaba acompañado... Entonces ella se acompañó con otro compañero que asumió la responsabilidad del niño”.

En lugar de enfrentar las consecuencias de los cambios en las formas de las relaciones sexuales que se empezaban a dar, la opción de guardar las apariencias y no propiciar escándalos es la que, al parecer, se acomodó más a las convicciones y necesidades del momento. A nuestro juicio, esto incidió en la conformación de esa ética de combate en donde se hace caso omiso de las personas y sus aspiraciones personales y se encuentran justificaciones a ello en la justeza de la causa. Dice al respecto Manuel Melgar, dirigente del PRTC:

“En esa época no había aspiraciones personales. Yo creo que los revolucionarios en ese momento teníamos una visión distinta sobre la familia, la pareja y la vida misma. Por ejemplo, la familia no era lo primero, lo primero era cumplir el deber revolucionario. Yo creo que eso era necesario, que los revolucionarios no nos podemos arrepentir de haber desarrollado esa mística porque si no hubiera sido así, difícilmente se habría forjado un grupo de revolucionarios que estuvieran dispuestos a morir”.

Estos hombres y mujeres, convencidos de la necesidad de subordinar lo privado a lo público, tenían que aceptar por tanto que el partido rigiera o diera orientaciones sobre su vida personal. Algunos dirigentes entrevistados señalan esto como un exceso, una cierta

muestra de dogmatismo de los partidos, otros señalan que no había otra manera de construir la mística revolucionaria. Todos y todas coinciden en que no existieron canales de discusión ni mucho interés en discutir esos aspectos en el interior de sus organizaciones.

“El partido tenía que decidir sobre las relaciones de pareja, con quién se acompañaba alguien, incluso si se casaba o no se casaba, si tenía hijos o no tenía hijos... Había una mezcla de dogmatismo originario de un partido comunista de formación religiosa, de querer regir la vida de las parejas. Era una especie de código moral no escrito pero que era exigencia para la militancia. Hay cosas que de alguna manera se fueron institucionalizando aun cuando nadie las hubiera aprobado o promovido” (Facundo Guardado).

El silencio en torno a este tema parecer ser un principio aceptado, e incluso llegó a convertirse en una ley no escrita. En un testimonio sobre los aspectos de la vida cotidiana, su autora (que utiliza el seudónimo de Esperanza de la Paz) hace referencia a la “ley del silencio”: no se sabe, no se discute, no se puede preguntar, solo se sufren las consecuencias prácticas de una política o de las decisiones de la dirigencia sobre la vida personal.

En el segundo periodo, iniciada la guerra y con una población predominantemente campesina y joven en los frentes guerrilleros, esta férrea disciplina entra en crisis. Las formas de control se flexibilizan y ante una situación que amenaza desbordar a sus dirigentes, el FMLN empieza a tomar medidas que no se quedan solamente en el llamado a la conciencia. Una de ellas es la distribución masiva de anticonceptivos a las mujeres –ya que no se podía controlar el intercambio sexual por lo menos se esperaba evitar sus consecuencias; el castigo a la violación (que podía llegar hasta la pena de muerte, especialmente cuando las víctimas eran de la población civil) y a la promiscuidad (sobre todo de las mujeres) fueron también mecanismos usados para controlar los intercambios sexuales cuando éstos amenazaban la disciplina del ejército.

A este respecto las y los dirigentes entrevistados fueron muy enfáticos y estuvieron totalmente de acuerdo: la intervención de las jefaturas se daba cuando las conductas atentaban contra la disciplina. Cuando, a su juicio, no había que temer al respecto “*francamente yo dejaba pasar las cosas*”, dijo Ernesto Zamora, de la RN; sin embargo, “*cuando un problema venía a afectar el trabajo de un colectivo, ahí sí nos metíamos, eso sí no lo permitíamos, lo atacábamos rápido y lo atacábamos hablando con la gente esgrimiendo los grandes argumentos de la revolución*”.

Además del factor de la disciplina resaltan otro elemento: la separación que en los frentes de guerra se hacía entre los aspectos públicos y privados. Los primeros eran los importantes, los que se discutían ampliamente, los que se realizaban de manera colectiva y a los que se reservaban las mejores energías y el día. La sexualidad y los afectos ligados a ella entraban en los aspectos considerados privados, se reservaban para la noche, en la intimidad y con el menor ruido posible. Algunas combatientes cuentan que ser ruidosas al hacer el amor era considerado una falta de disciplina.

La vida en los campamentos implicaba esconder los temas y prácticas consideradas del mundo privado a un silencio público. A su vez, este ambiente refuerza unas prácticas sexuales más acordes con el prototipo de sexualidad masculina: escasez en la demostración de afecto, rapidez en el contacto sexual, sexualidad centrada en lo coital, según la impresión de las guerrilleras entrevistadas. Quienes más resienten este ambiente son las mujeres provenientes de la ciudad, sobre todo añoran las muestras públicas de afectividad por parte de su pareja. Marlene ingresó a un campamento en 1980 y cuenta cómo cambió su relación de pareja en ese marco.

“Yo recuerdo que un compañero nos dijo: ‘este es un campamento y no es hogar de nadie, aquí no hay lugar para parejas, aquí solo hay lugar para compañeros’. Yo no podía abrazar a mi marido delante de nadie, se impuso mucho la cultura del campesino. En el campo la vida de la pareja es una vida escondida, la mujer y el hombre no quieren dar a conocer sus sentimientos, jamás vi parejas de campesinos que se besaran o que se tomaran de la mano. Eran relaciones de noche, eran totalmente diferentes a las relaciones de la ciudad donde encuentras una pareja de jóvenes que están abrazados, besándose”.

El choque entre las maneras de demostrar afecto y los prototipos de comportamiento sexual que hay entre la gente del campo y la ciudad se expresa en un malestar creciente por parte de las mujeres urbanas, que vieron como una forma de relación distinta a la suya fue ganando espacio, y una complacencia de las mujeres rurales ante el silencio del FMLN en torno a la sexualidad y las formas reservadas de afectividad. Les parece bien que no se hablara de esos temas porque había otras cosas más urgentes que hacer y “eso” no era algo importante.

Una experiencia particular digna de resaltarse es la del partido Comunista. Ante la desazón de no saber cómo enfrentar la situación de ese momento, decidió la formación en diciembre de 1981 del pelotón Silvia, integrado exclusivamente por mujeres. Esta segregación tenía como objetivo regular más efectivamente las relaciones entre hombres y mujeres.

“Para no tener que andar haciendo casamientos y esas cosas, para que no se lesionara la disciplina y mantener de alguna manera el espíritu de pareja se formó ese pelotón. No era lo mejor, pero para esos momentos en que la alegría revolucionaria y toda esa jodaría podía complicar las cosas y llevar a una gran indisciplina, se tomó esa medida. Entre semana y cuando la situación estaba calmada, se les daba un tiempo para que las visitaran sus parejas, a eso le llamaban ‘la noche libre’ autorizada por el propio mando y protegidas las parejas para que no fueran sorprendidas” (Héctor Acevedo).

Al parecer la separación tampoco fue una solución de largo plazo y el pelotón Silvia solo vivió dos años; sería recordado al final más por su valor y la novedad de enfrentar al enemigo con un pelotón

formado exclusivamente por mujeres, que por su intención original de buscar disciplinar la sexualidad de las jóvenes guerrilleras.

La tercera es una etapa de autocritica hacia los abusos cometidos contra la población civil en campo (saqueos, ajusticiamientos indiscriminados, violaciones), en la que aparece una normativa de comportamiento del guerrillero que ordena observar buena conducta y buenos modales como aprender a saludar y despedirse, pedir siempre permiso y con educación las cosas, tratar respetuosamente a las mujeres, no usar malas palabras, y sanciona con pena de muerte los delitos de violación que cometan los combatientes.

Estos lineamientos obedecían a la preocupación del Frente por la pérdida de simpatía popular debido a los abusos cometidos por sus integrantes y coinciden con el cambio de estrategia del FMLN para enfrentar la guerra de baja intensidad, donde el apoyo de la población civil era imprescindible para asegurar la sobrevivencia de sus pequeñas unidades guerrilleras diseminadas por el país. No obstante, parece ser que estos lineamientos, seguidos al pie de la letra en un primer momento, también perdieron vigencia con el correr del tiempo.

“Había salido un normativo sobre el comportamiento de los combatientes que se generó allá en Morazán, en una reunión que hubo de toda la Comandancia. A los greñudos los mandaron a quitarse el pelo y la barba, hubo una campaña de normas y modales al interior del campamento, pero eso duro poco, fue como una euforia que entró y luego como que se bajó otra vez la guardia” (Ernesto Zamora).

El cansancio y la circulación constante de nuevos combatientes hacían difícil la aplicación de estas medidas y su control estricto. Las relaciones afectivas ya no eran objeto de ceremonias y la práctica de fomentar la estabilidad de la pareja cedía paso al establecimiento de relaciones cada vez más efímeras y que tenían como base fundamental y casi exclusiva, el contacto sexual.

“A medida que fue avanzando la guerra la idea de formar una relación estable se fue perdiendo, ya se trataba simplemente de tener una compañía, el desahogo sexual, la aventura. Los muchachos decían mañana me muero y no he probado ese bolado. Ahí por el 85, 86 no se veía cuando iba a terminar la guerra, no dejaba de haber cierta resignación al hecho de que podía durar años y la incertidumbre sobre la vida era muy grande” (Gloria Castañeda).

Aquel relativo control de la sexualidad que se había podido mantener en los campamentos durante los primeros años, cuando todavía permanecía la convicción de que la victoria final estaba cerca, se iba debilitando a medida que esta se alargaba en el tiempo; la apuesta de los primeros años de posponer las vivencias placenteras para un futuro mejor se transformó en la urgencia de vivir el momento antes de que fuera demasiado tarde. Esta conciencia de la cercanía de la muerte, en una guerra a la que no se le veía final, marcó nuevos comportamientos e hizo que se rompieran los límites existentes ante ciertas conductas.

El esfuerzo final de esta etapa fue la ofensiva del 89, en donde se puso en juego toda la fuerza política y militar del FMLN haciendo sentir por primera vez a la población de la capital la guerra en toda su magnitud. Aunque la ofensiva no logró que la población civil se insurreccionara, sí marcó el inicio del fin de la guerra civil.

La cuarta y última etapa de esta historia se desarrolla luego de esta ofensiva y ya instalada la negociación, cuando el FMLN desistió de todo intento de poner orden en la sexualidad entre las y los combatientes acampados. El testimonio de Elvira (quien se integra a un campamento a principios de 1990) da una idea del ambiente que existía en los frentes guerrilleros en aquellos momentos.

“Yo llegué en un momento en que la gente había huido en desbandada después de la ofensiva. En los campamentos había la mitad de la gente que antes porque entre los que se murieron, los heridos y los desmoralizados se fueron una buena parte. Fue una época en que las repoblaciones se llenaron de mujeres embarazadas de topecitos, porque como la ofensiva era ‘Al tope’ pues los niños de esa época eran ‘topecitos’. En esa época estar en el campamento era como pasar unas vacaciones porque después de un esfuerzo tan grande estábamos como quien va a acampar, recomponiéndonos. Yo que llegaba con una idea de que iba a estar rodeada de hombres barbudos peleando y ¡Dios me libre!, aquello era un desorden espantoso”.

En esos momentos la apuesta ya no era a la victoria militar sino a la negociación política. El ejército guerrillero era sobre todo un instrumento de presión para lograr que los Acuerdos recogieran los planteamientos del FMLN. El quehacer del personal combatiente se redujo, tenía mucho más tiempo libre y el riesgo de muerte había disminuido. Así fue relajándose la disciplina hasta que llegó a su punto más bajo en las concentraciones, donde residieron durante los nueve meses que transcurrieron entre la firma del cese del fuego y la desmovilización del último contingente de combatientes.

La situación en las concentraciones fue bastante caótica, según la percepción de algunas entrevistadas que llegaron en esa etapa y una dirigente del FMLN responsable de una de ellas. El antiguo e invencible ejército guerrillero era ahora un grupo de excombatientes sin quehacer, obligados a permanecer concentrados y, si bien tenían la subsistencia material inmediata asegurada, llenos de incertidumbre por cómo se reinsertarían en la vida civil; tenían, además, una gran cantidad de tiempo libre.

Para Elvira el ambiente en las concentraciones se volvió tan insoportable que optó por desertar. Ana Cisneros, responsable del Frente en una concentración, apoya esta versión de una situación incontrolable en el plano sexual.

“Las compañeras fueron tan acosadas que tuvieron que acceder a las peticiones de la mayoría de los hombres y así fue como se empezaron a involucrar en una sexualidad bastante irresponsable. No hubo un plan de contracepción, recuerdo que al inicio del cese de fuego te-

níamos tres mujeres embarazadas y cuando finalizó habían nacido muchos niños y se desmovilizaron quince mujeres embarazadas.”

La descripción anterior sobre las variaciones ocurridas en las actitudes del FMLN ante la sexualidad está referida sobre todo a los campamentos guerrilleros. En la ciudad las políticas del Frente no tuvieron tantos cambios. Las mujeres que pertenecieron a los comandos urbanos registran una línea rígida de no interferencia en su vida privada que no tiene grandes variaciones a lo largo de toda la guerra. La mayoría de ellas no se enteraron de las normativas que regían en los campamentos e ignoraban incluso la medida de pena de muerte para los violadores. Todas coinciden en que de esos temas de la sexualidad no se hablaba en los equipos. La compartimentación, los contactos centrados en la tarea, hacían pasar a muy último plano estos aspectos en la preocupación de los responsables.

Así mismo, tampoco las colaboradoras resentían esas políticas. Para ellas, como ya dijimos, el silencio sobre la materia era necesario y no se preocupaban porque el FMLN no hablara de este tema en sus relaciones con la población civil; por el contrario, estaban de acuerdo con esa actitud. Una de las dirigentes entrevistadas que formaba parte de los PPL señala que, si bien los aspectos considerados de la vida privada no tenían prioridad ni en la discusión ni en las acciones, se veían obligados a tomar medidas en torno a algunos problemas de tipo personal. Los PPL contaban con una secretaria de asuntos jurídicos que, según esta dirigente, servía sobre todo “*para castigar a los bolos y a los hombres que golpeaban a las mujeres*”, por lo que las mujeres veían en ellos una instancia que podía regular ciertos comportamientos del ámbito privado. Como ejemplo de las soluciones novedosas que se daban en las zonas de control a los problemas de pareja que se veían obligados a tratar, relata las siguientes situaciones:

“Las mujeres de quejaban en las asambleas de la infidelidad de sus hombres, en una ocasión una muchacha denunció a su pareja, que se llamaba Pablo. El muchacho pasó al frente de la asamblea y nos dice a todos que él acepta esa infidelidad pero que está arrepentido y se va a cambiar el seudónimo, en adelante se iba a llamar Jerónimo y dejaba atrás a Pablo, por traidor y mentiroso. Jerónimo era un hombre nuevo y la muchacha se fue muy contenta con su Jerónimo. A otro hombre infiel se le condenó a recibir 100 leñazos, el aceptó el castigo, pero pidió que se le rebajaran a 60”.

Los poderes populares, a pesar de carecer de una reflexión al respecto, sí actuaron como espacios de regulación moral e impartición de justicia; sus dirigentes suplían esa carencia con imaginación, sensibilidad, sentido común, apoyo a lo que deseaban las mujeres o ... leñazos.

El placer de las mujeres

La guerra incide en toda la vida y la obtención del placer a través de la relación sexual no tendría por qué quedar exenta de esta influencia. Con los antecedentes de nula educación sobre la sexualidad y la exigencia de concentrar las mejores energías en la tarea guerrillera, era de esperar que la mayoría de las mujeres declararan que sus relaciones en esa época fueron poco satisfactorias.

Ubican el placer en el marco de la relación heterosexual; identifican la masturbación con algún tipo de perversión y les escandalizaba la idea de que eso se hiciera en un ambiente donde sobaban los hombres; varias muchachas campesinas se refirieron a muchachos conocidos que se masturbaban y que *“enfermaron porque se les debilitó el cerebro”*, por eso no concebían que ellas pudieran hacer eso. Solamente Elvira, joven guerrillera de extracción urbana, aceptó la legitimidad de autoproporcionarse placer, pero negó que se hubiera masturbado durante todo el tiempo que estuvo acampada porque *“era imposible, no había las condiciones de intimidad ni la tranquilidad necesaria para hacerlo”*. Además, contó el escándalo que armó entre las jóvenes campesinas cuando hizo una demostración pública de contacto con su cuerpo.

“Yo usaba tampax y ponérselos era cosa seria, había que andar buscando un rincón. Un día estaba bañándome con tres chavas de la cocina y estábamos hablando de eso: ‘¿vos usas tampax?’ me preguntaron, yo me sentí en confianza y les empecé a explicar, les dije que era bien cómodo y ellas querían que les explicara todo, ¿cómo te lo metés? ¿no se siente? Yo, muy didáctica, me puse uno enfrente de ellas porque me parecía normal. Bueno, no quiero contarte, se hizo un chambre, dijeron que yo me metía el dedo, hablaron cosas terribles de mí. Yo me di cuenta de que para ellas tocarse era algo espantoso, provocativo y aprendí que ni entre mujeres podía haber confianza.”

Por otra parte, en torno a las relaciones sexuales, solo once de las veintinueve guerrilleras entrevistadas dijeron que fueron satisfactorias. Todas ellas, sin embargo, señalaron que lograr esa satisfacción les llevó tiempo por la dificultad inicial que les ocasionaban las condiciones del medio (falta de intimidad, intranquilidad, peligro), pero que lograron superar. Las dieciocho restantes negaron rotundamente que sus relaciones sexuales fueran placenteras o no se manifestaron muy claramente al respecto. Las jóvenes de procedencia urbana son las que valoran más negativamente sus experiencias sexuales. Aquéllas que comenzaron su vida sexual en los campamentos (la mitad de las entrevistadas) consideran que la iniciación en las condiciones de los campamentos les dejó muy mal recuerdo, sobre todo por la presión que sintieron para establecer inmediatamente después de su llegada una relación de pareja que incluía la relación sexual. Ocho de ellas señalaban que les importaban mucho más las expresiones de ternura, el afecto, el apoyo que el compañero les

podía brindar para valorar como satisfactoria o no una relación, y no tanto si tenían o no placer en las relaciones sexuales.

Las respuestas de las guerrilleras jóvenes de origen campesino son diferentes. La mayoría de ellas se iniciaron sexualmente en los campamentos, puesto que ingresaron siendo muy pequeñas, pero no muestran ninguna disconformidad al respecto, es probable que de no haberse incorporado a la guerrilla también hubieran empezado su vida sexual a la misma edad. A diferencia de las muchachas de la ciudad, no se sintieron acosadas para iniciarse sexualmente y no dan tanto valor a las expresiones afectivas de sus compañeros.

“De mí decían que era una muchacha muy seria y bonita, dice Mary (cuya piel clara, pelo rubio y ojos verdes la hacían sobresalir entre el resto de sus compañeras). Me hablaban bastante muchachos... ¡uh, no sé cuántos! pero me causaban problemas porque yo estaba en un campamento de la comandancia donde se supone que nadie podía subir y los de seguridad por cualquier cosita me llegaban a ver ahí. Yo eso lo veía como algo normal, yo les decía ‘no quiero’ cuando me hablaban de noviazgo y seguían siendo amigos míos, cuando necesitaba ayuda los buscaba.”

La mayoría de las jóvenes guerrilleras no tenían experiencias previas con las cuales comparar su sexualidad en el campamento, y es muy probable que comparen esta con sus vivencias actuales. Esto nos lleva a suponer que cuando declaran que sus relaciones no eran satisfactorias pueden estar tomando como referencia sus nuevas experiencias, y que en aquel momento consideraran que sí lo eran. La expresión de las adultas (que sí tenían experiencia sexual previa a su incorporación a los campamentos) está dividida, la mitad declara haber tenido buenas relaciones durante su estancia en ellos y la otra mitad, no.

Todo hace pensar que la valoración de las guerrilleras respecto del placer está teñida por el afecto en el caso de las jóvenes urbanas, en el caso de las adultas por las condiciones del medio, mientras que las jóvenes rurales son mucho menos expresivas que el resto sobre este tema y algunas llegan a considerar que la sexualidad es una parte poco deseada en la relación de pareja.

Estas últimas opiniones se corresponden con la actitud de las campesinas de las zonas de control. Al ser interrogadas acerca de su sexualidad reían o decían que esas son “jayanadas” (groserías) de los hombres. Hablan poco y de manera muy parca sobre el tema, aunque hay aspectos en los que sí expresan firmemente sus convicciones, por ejemplo, en que las mujeres están obligadas a resguardar su virginidad ya que, para muchas de ellas, perderla significó ser expulsadas de la familia. También ven como algo inevitable que tarde o temprano las mujeres se embaracen.

Para todas está vigente el imperativo social de la sexualidad como un tema totalmente privado. Sus escasas referencias al tema se centran en los hombres, en los cuales depositan su sexualidad y la posibilidad de obtención de placer; pero aun hablando de ellos, relatan sobre todo los malos ratos que les hacen pasar por lo que consideran “su mal comportamiento”.

“De mi sexualidad yo recuerdo un día especial, porque ese día fue el que me decidió a participar y tuvo que ver con eso. Yo iba para el pozo y una tía me preguntó si me iba a traer por fin unos zapatos y yo le dije que sí y me regresé a traer el dinero. Cuando llegué encontré a mi esposo con otra persona, me enojé mucho y decidí que desde ese momento él ya no iba a tener autoridad sobre mi persona”.

La narración de Esther es más el testimonio de un engaño que una vivencia sexual; sin embargo, ese es el recuerdo con el que ella asocia la sexualidad.

La identificación sexualidad-hombres-parejas-reproducción es total. Como parte de la población civil integrada en su mayoría por mujeres, personas mayores y criaturas, ellas tenían muy poca oportunidad de ver a sus hombres (las que tenían pareja). Por los comentarios al respecto en la entrevista colectiva hemos de suponer que se veían a sí mismas viejas (a los 30 o 40 años) y sin mucho derecho a hacer demostración de sus necesidades sexuales: “las muchachas jóvenes tenían que gozar, nosotros que ya estábamos viejas, pues ni modo... (risas del resto)”.

Este grupo de mujeres se desexualiza o por lo menos se resiste a hablar de su sexualidad y del placer, por considerar que ya están viejas y “esas cosas” ya no les cuadran, pero manifiestan sus ideas a través de las hijas. Y es en lo que quieren de ellas y lo que las animan a hacer donde se puede analizar su concepción al respecto, donde se observan los estereotipos sexuales firmemente arraigados y transmitidos tanto a hombres como a mujeres.

Para ellas la sexualidad masculina no tiene límites y a las mujeres solo les quedan dos caminos: o se resisten y se cuidan -para no perder la honra y pasar a engrosar las filas de las mujeres “con el destino torcido”- o ceden ante el embate porque no les queda más remedio y procuran formar pronto una familia. Durante la guerra esta urgencia era mayor ya que no se tenía garantía de que la vida se conservara al día siguiente.

Las vivencias sexuales de las mujeres integradas a los comandos urbanos distaron mucho de ser satisfactorias. Con pareja estable, esporádica o sin ella, casi todas coinciden en que los “tiempos de guerra” no favorecían precisamente el disfrute de la sexualidad.

“Yo no recuerdo haber disfrutado un orgasmo en tiempos de guerra. Hubo un montón de aspectos que incidieron, inclusive el hecho de que dos compas abusaron de mí. Pero sobre todo era la dinámica en que estaba inmersa, había un gran trajín, vos no dormías cómodamente por la tensión, por la psicosis de persecución... En este ambiente no me podía interesar buscar mi propia satisfacción” (Claudia).

Si a la inestabilidad y los sobresaltos generados por la vida clandestina se suma el temor de salir embarazadas, el resultado es que, como plantean varias de las comandos, lo habitual era no tener relaciones sexuales durante largas temporadas.

Una parte importante de estas mujeres optaron por la abstinencia sexual durante la guerra. Sus razones van desde el rechazo

consciente al ambiente de promiscuidad y acoso sexual que, según cuentan, se daba en las filas del FMLN hasta la necesidad de dedicar toda su energía al trabajo, pasando por el temor de embarazarse y por la negativa a formar pareja para no tener ataduras ni preocupaciones extras.

Solo Vilma una de las comandos urbanas entrevistadas, se refiere a las acciones militares como estimulantes del deseo y la actividad sexual con el compañero:

“Cuando íbamos a hacer alguna acción estábamos unos días los dos solos sin la niña, en un apartamento. Éramos bien unidos y en esas circunstancias tratábamos de estar muy cerca, la tensión, esa cercanía o quizás que pensábamos que no nos volveríamos a ver, estimulaba lo sexual. Era como un estímulo y cuando las actividades salían perfectas también lo hacíamos, como una celebración. Cuando la actividad nos salía mal también nos afectaba en lo emocional y casi no nos acercábamos, planificábamos más el tiempo para otra cosa, no teníamos contacto sexual.”

A juzgar por los testimonios y las apreciaciones de las entrevistadas (tomando en cuenta las mediaciones que introduce el hecho de estar hablando del tema tres años después de terminada la guerra), el placer es un elemento esporádico en sus relaciones sexuales. Los intercambios eróticos frecuentes entre hombres y mujeres eran propios de los campamentos guerrilleros; en cambio, las ciudades y los pueblos, debido a la falta de hombres, al miedo y la inseguridad de las tareas propias de la guerrilla urbana, no eran los mejores escenarios para un ejercicio activo de la sexualidad.

Sin desconsiderar el hecho de que muchas de las mujeres entrevistadas hayan vivido con poco placer su sexualidad durante la guerra, nos parecen dignos de tener en cuenta otros factores que pueden influir en su percepción actual sobre el ejercicio de su sexualidad durante la guerra. El tiempo que ha pasado desde entonces les ha permitido evaluar su comportamiento durante esos años y es probable que, sin marcos de referencia distintos para valorar sus prácticas sexuales pasadas y en el ambiente conservador de la sociedad actual, nieguen –a ellas mismas y a otras personas- o distorsionen sus vivencias sexuales del pasado para adecuarlas a los cánones que rodean su vida en el presente. Hacemos notar que algunas de las entrevistadas que afirman y validan sus conductas sexuales durante la guerra, han tenido un cierto contacto con el feminismo y se sienten menos culpabilizadas por haber roto con el prototipo tradicional femenino en materia de sexualidad.

La resistencia a hablar más profundamente del tema, las escasas menciones existentes en los testimonios y reflexiones sobre la guerra elaborados por mujeres –a diferencia de los escritos por hombres-, nos parecen claros indicadores de que los cambios vividos en las relaciones sexuales no han sido integrados positivamente en la historia de la mayoría de las entrevistadas. No se sienten capaces de reivindicar las relaciones y el placer que les dieron; al contrario, dibujan un panorama en el que el malestar es lo que predomina.

El ideal de pareja y las dificultades para concretarlo

El concepto tradicional de pareja quedó muy golpeado en los campamentos guerrilleros. El modelo de pareja heterosexual monogámica en la cual el hombre cumple el rol proveedor y la mujer el papel de cuidadora emocional de su compañero, hijos e hijas, además de responsable del cuidado de la casa, no tenía bases para sostenerse.

La heterosexualidad era el único pilar que se mantenía; había serias dificultades para cumplir con una conducta monógama; el hombre no tenía nada que proveer puesto que el ejército guerrillero era su labor, por la cual no percibía ninguna paga; la llegada de los hijos se trataba de retrasar o evitar; el hogar no existía, las mínimas tareas de sobrevivencia, lavado de ropa y elaboración de comida, era cumplidas de manera colectiva o personal.

La pareja estaba sostenida fundamentalmente por el vínculo sexual y por la necesidad de sentirse protegida y acompañada. Según la percepción de las entrevistadas, los hombres ponían énfasis en el vínculo sexual y ellas en la parte afectiva de la relación. Sin embargo, como decíamos anteriormente, el campamento no era el mejor lugar para las manifestaciones de afecto y eso era mucho más añorado por las jóvenes guerrilleras de procedencia urbana. En la entrevista colectiva todas coinciden en que extrañaron el noviazgo, el tiempo de cortejo previo, sentían que pasar directamente a establecer una relación sexual quitaba encanto a sus sueños de pareja.

“Ahí era bien raro ver una pareja dándose un besito, nunca un cariño o decirse amorcito. Había la oportunidad, estábamos a veces en los bailes y el chero (hombre) aquí y la chera (mujer) por allá. Les preguntaba si no iban a bailar y él decía que no sabía bailar. Y la chera no podía bailar porque el chero no quería”, dice Margarita.

“Quizá las personas de la ciudad eran más demostrativas de afecto corporal, entonces si en la pareja él era de la ciudad y ella del campo, él podía enseñarle algo a ella, algunas manifestaciones, pero si él era del campo y ella de la ciudad, ganaba más la cultura de él”, señala Isabel.

“Las relaciones allá son bien duras, de un total irrespeto. A las mujeres solo las agarran, se acuestan con ellas, las dejan sin la menor delicadeza... acostarte, tirarte al suelo, subirte encima y ya estuvo, eso es todo. Así, sin cariño, sin nada, feo”, finaliza Amanda.

Las guerrilleras de origen campesino no manifestaron añoranza por la etapa del noviazgo que no vivieron, tal vez la noción del amor romántico -donde el “flechazo” se canta, se exalta y a partir del cual se inicia la relación- es más ajeno a ellas; para algunas el afecto aparece más ligado a la convivencia, al trato, y por eso quizás la forma de pareja de los campamentos fuera más parecida a la que ellas podían esperar en una situación normal. Tampoco expresan malestar ante la falta de expresiones de afecto, lo ven como algo natural, que

así debe ser y no les parece que en ese sentido la guerra haya cambiado sus costumbres.

Sobre la pareja, más que sobre la relación sexual, fue cambiando el Frente sus líneas de orientación. En un principio impulsó los matrimonios guerrilleros.

“Les llamábamos ‘matrimonios por las armas’. Yo casé a varios. El trallazo (descarga de tiros) era con una canana de ametralladora M-60 con la que hasta se agachaban los dos pobres. Había una presentación de armas de la unidad del combatiente para la muchacha y luego les daba un discurso. El punto central del discurso era que la unión no debía significar una pérdida de uno o ambos cónyuges para la revolución porque el chamaco, una vez casado, quería tener a su chamaca en casita” (Ernesto Zamora).

Las mujeres que vivieron esa primera época guardan un buen recuerdo de esos ceremoniales. Sonia cuenta cómo fue su proceso de noviazgo y matrimonio en la montaña:

“Conocí a un compañero y entonces hicimos un gran proceso para poder conocernos y después para que nos autorizaran a casarnos o acompañarnos. Lo que hicimos primero fue una carta al organismo superior para que nos autorizara a conocernos, no para ser novios. Después a los meses hicimos otra carta donde solicitamos el permiso para salir juntos y así pasamos casi un año. Al año nosotros planteamos que nos queríamos casar. En ese tiempo casaban a la mara (grupo), juntaban varias parejas y allí nos casaban con el fusil, y entonces nos dijeron que sí.”

Esos matrimonios cumplían varios objetivos: fomentaban valores como la fidelidad, el compromiso de la pareja entre sí y con la revolución, permitían que la pareja se sintiera parte de un grupo social -dado que se habían colocado al margen de la legalidad social- y reforzaban la imagen del FMLN como un gobierno alternativo, capaz incluso de cumplir funciones civiles, ya que estas ceremonias no se limitaban a los campamentos sino que también se hacían en las poblaciones de las zonas controladas.

Dagoberto Gutiérrez, líder del PCS, señala otros objetivos que, según él, se alcanzaron con esta práctica: combatir la promiscuidad, apoyar las relaciones estables y duraderas *-tal como debe ocurrir en toda la sociedad-* y que las relaciones personales contribuyeran a la estabilidad emocional del combatiente. Sin embargo, la estabilidad resaltada por Gutiérrez entra en contradicción con testimonios de dirigentes de otros partidos para quienes la duración del vínculo era menos estricta, es decir, el imperativo de estar juntos “hasta que la muerte los separe” en un ambiente donde la muerte era una presencia cercana y real, no funcionaba y no se promovía.

“Nosotros no establecíamos que una relación de pareja debía mantenerse de por vida, tampoco estábamos de acuerdo en que las relaciones en las que ya no hubiera amor se mantuvieran por el simple hecho de las apariencias” (Manuel Melgar).

Al parecer, aunque los matrimonios guerrilleros eran una práctica común a todos los partidos del FMLN, había diferentes percepciones sobre la utilidad y objetivos a lograr con los mismos. Algunos dirigentes ponen más énfasis en la importancia de la ceremonia para afirmar el sentido de pertenencia de la militancia y colaboradores a un grupo social alternativo. Todos y todas están convencidos de que promovían el modelo del “matrimonio proletario por amor”, ya que los integrantes de la pareja no tenían bienes materiales que heredar, ni siquiera que compartir en ese momento; también asegura que esa práctica les permitía a las mujeres estar en una condición de mayor igualdad con respecto a los hombres.

La visión de la dirigencia era que las mujeres se sentían respaldadas por la comunidad y la organización al destacar el aspecto de la igualdad de compromiso y derechos de ambos miembros de la pareja. Esto es percibido de la misma manera por las parejas puesto que todas las entrevistadas coinciden en que la violencia en la pareja (golpes, insultos) no era un problema muy grave. Las colaboradoras señalan que tenían a las directivas de los poderes populares como recurso para denunciar situaciones de este tipo. Las guerrilleras se sentían protegidas, más que por la intervención de los mandos, por el hecho de tener un arma. Las comandos urbanas son las que no registran esta situación ya que en la ciudad no se realizaban estos matrimonios y su vida de pareja tenía que desarrollarse por los caminos normales debido a las condiciones de clandestinidad en que desarrollaban su trabajo.

Las y los dirigentes también recalcan que en estas nuevas formas de pareja las mujeres tenían más poder puesto que, habiendo menos mujeres que hombres en los campamentos, ellas tenían el poder de decidir con quién se relacionaban.

“Las unidades estaban aisladas de la población y la proporción era cinco mujeres por veinticinco hombres. Por supuesto que había una disputa desde el jefe hasta el último combatiente para ver quién estaba con la compañera y ella sabía que tenía un arma: el poder decidir” (Facundo Guardado).

Las mujeres, sin embargo, no cuentan con la misma convicción esta historia de que ellas eran las poderosas en una relación. Si bien es cierto que al ser una considerable minoría en relación con los hombres tenían más oportunidad de elegir, lo que no podían era optar por no tener pareja. Esa era una situación inimaginable, tanto para los hombres como para ellas mismas; las jóvenes guerrilleras, tanto urbanas como campesinas, cuentan que los muchachos les proponían iniciar una relación desde el primer día de su llegada al campamento.

Algunas comentan que no tenían deseos de formar pareja, que habían llegado al campamento para trabajar y entregarse a la causa y no entraba en sus planes un compañero; sin embargo, señalan que se sentían presionadas para emparejarse y ninguna pudo evitar ese hecho. Acabaron cediendo porque en ese ambiente se sentían más seguras cuando finalmente elegían a un hombre o aceptaban al que las había elegido.

Esta vivencia es distinta entre las guerrilleras adultas, que cuentan que sintieron esa presión pero varias sí pudieron resistirla y se

mantuvieron algunos años sin pareja. Tal vez la diferencia de edades (la mayoría de los combatientes eran jóvenes) o la posición jerárquica de algunas de ellas era lo que funcionaba como freno. Ellas sí se sentían más fuertes que las jóvenes para decidir cuándo acompañarse, no solamente con quién, aunque cuando se trataba de un hombre con cierta jerarquía, rechazarlo podía tener consecuencias en su trabajo.

“Comparada con las cipotas de 12, 13 y 14 años que teníamos en el campamento, yo era una mujer vieja y tengo un carácter bastante fuerte, así que yo no sufrí todo lo que veía que les tocaba pasar a las muchachas. Pero tuve una insinuación de un jefe, quería tener relaciones sexuales conmigo y me negué, a partir de ese momento me empezó a tratar de una manera... me exigía que lo saludara militarmente cada mañana y cuando me relacioné con otra persona me acusaron de indisciplina sexual y me trasladaron de zona. Creo que en parte él tuvo que ver con eso” (Mariana, médica internista que ingresó a un campamento a los 29 años).

Con la masificación de los campamentos y la prolongación de la guerra, el FMLN no pudo mantener su política de fomentar la estabilidad de las parejas. Aunque formalmente decidió dejar que cada quién organizara su vida como quisiera, siempre y cuando no resultara de ello un riesgo para el desarrollo del trabajo, las mujeres perciben una intención de no fomentar la pareja por temor a que promoviera la desertión o una disminución de la combatividad.

“Por ahí del 84 hubo un dictamen, por lo menos a nosotros así se nos comunicó, de que el partido ya no iba a meter su mano en las relaciones afectivas, se nos comunicó que cada pareja hacía lo que quería y como quería. Entonces de un extremo se fueron al otro” (Beatriz, joven guerrillera de origen urbano).

Según las observaciones de Lorena (que fue médica en un hospital de campaña y procuraba atender las necesidades de información sexual de sus compañeras de campamento), en la época en que era una norma separar a las parejas como forma de evitar acomodos y desviaciones, las más afectadas fueron las mujeres. La desestabilización afectiva, el sentir que perdían una y otra vez a la persona en quien habían depositado su cariño y de la que esperaban protección, fue más perjudicial que el acomodo que pudo haber surgido de parejas consolidadas. Algunas mujeres confirman esta observación al expresar su necesidad de tener a alguien de quien recibir apoyo emocional. Ya que se habían separado de sus familias y vivían un desarraigo sentimental, la pareja era el único soporte emocional para sobrellevar la guerra.

Cuenta Beatriz que la política de separar a las parejas era tan clara para todas y todos en los campamentos que había un chiste al respecto: *“si te acompañas, a vos te mandan a la subzona uno y al otro a la cinco. ¿Y si no existe la cinco? Pues la fundan”*.

Mientras eso pasaba en el campo, la mayoría de las entrevistadas (seis de once) que pertenecieron a los comandos urbanos confiesan que tuvieron malas experiencias de pareja durante la guerra. Cuatro expresan que a pesar de las dificultades para verse, lograron

mantener sus parejas y consolidarlas. Una decidió conscientemente no formar pareja durante la guerra.

La opinión general es que había injerencia del partido en las relaciones de pareja, si bien las intervenciones partidarias adoptaban diversas modalidades. Cuando a juicio de los mandos, determinada relación de pareja ponía en peligro el trabajo o la seguridad de las acciones -fuera por el excesivo apego afectivo que la mujer mostraba hacia su pareja o porque su compañero pertenecía a otra organización-, el partido intervenía tomando medidas que iban desde la insistencia en guardar la compartimentación hasta la orden de romper la pareja.

“Al principio sí sentí la injerencia del partido y eso me afectó bastante para no tener tantos novios. A mí me gustaban varios muchachos, pero no tuve nada con ellos porque el partido no daba permiso para verse. Cuando comencé con mi compañero actual ya no hice caso de las cuestiones del partido, les hice ver que había una parte de mí que era personal y nadie se podía meter” (Mirian).

Otras comentan que el partido solo intervenía en los conflictos de pareja para ayudar a recomponer las relaciones (Sandra describe a los responsables en esos casos como “papás buenos”). Quienes así vivieron la intervención partidaria señalan que, en su opinión, la única línea que la organización tenía en este tema era la recomendación de que los miembros de la pareja se respetaran mutuamente.

Una situación común a la mayoría de las guerrilleras (tanto rurales como urbanas) era la dificultad para mantener una pareja mixta, es decir, con hombres que pertenecieran a otra organización política diferente a la suya. Esto era válido también para las y los dirigentes, aunque se suponía que ellos iban a saber manejar mejor la situación. El argumento central de la dirigencia para oponerse a ese tipo de relaciones era el peligro de romper la compartimentación.

“En los momentos de intimidación podía haber flujo de información y eso podía poner en peligro a la organización, entonces en eso sí se era bien estricto y si ella era una colaboradora y él jefe, se trataba de boicotear la relación” (Ernesto Zamora).

En las mujeres de los comandos urbanos esta exigencia era mayor porque la relación con un hombre de otro partido era considerada una fuente de peligro. Las mujeres que vivieron esas situaciones recuerdan haberse sentido presionadas por el partido para que terminaran la relación o al menos aseguraran el secreto de sus actividades. Relatan que cuando se defendieron de las presiones o rechazaron la orden de terminar la relación, la organización comenzó a desconfiar de su compromiso y su lealtad e incluso las marginó de determinadas actividades y discusiones.

Para las mujeres de la población civil la situación con sus parejas era diferente. Cuando se inició la guerra la mayoría de estas mujeres tenían una vida sexual activa con roles y comportamientos sexuales claramente establecidos y diferenciados de los masculinos. Aunque se emparejaron sin tener nociones claras de lo que implicaba

una relación sexual -una de ellas cuenta que concebía el matrimonio como el acto de lavarle la ropa y prepararle la comida a un hombre pero “*para lo que tenía que pasar en la noche yo no estaba preparada*”-, rápidamente aprendieron que su tarea principal era hacer todo lo posible para que esa relación se mantuviera; si se rompía o fallaba la responsabilidad era toda suya.

De las veinte colaboradoras entrevistadas, trece tuvieron un solo compañero sexual, siete quedaron viudas y todas se volvieron a acompañar. Tres tuvieron más de dos compañeros sexuales y coincidentemente, son las que estuvieron acampadas quienes se muestran un poco más abiertas a hablar de sus relaciones de pareja.

Ellas consideran que los hombres son como niños y para más de una el hecho de que sus compañeros de vida se fueran a la montaña significó una cierta liberación, por lo menos ya no tenían que cumplir el débito conyugal tan continuamente. Su miedo a no sobrevivir por falta de pareja fue superado con el paso del tiempo y, aunque llegaron a sentirse bien estando solas, les seguía pesando la idea de que sin un hombre al lado no estaban completas. Esa es la explicación que dan las viudas que volvieron a acompañarse. Poco énfasis le dan al afecto y menos a la relación sexual; la necesidad de sentirse mujeres normales, con una pareja, las impulsa a mantener relaciones en las que, según sus relatos, no reciben ningún apoyo material ni hay un vínculo afectivo fuerte.

Un aspecto común en la vivencia de todas las entrevistadas (guerrilleras, comandos urbanas o población civil) era la expectativa de que su pareja les iba a ser fiel; sin embargo, tenían un nivel de tolerancia hacia la infidelidad de sus hombres bastante alto en relación a su fantasía, era común que culparan a las otras mujeres de provocar una situación de ese tipo y que perdonaran a sus parejas.

Las mujeres utilizan el concepto de infidelidad para definir diversas situaciones: algunas llaman infidelidad a mantener relaciones sexuales con varias personas a la vez; otras a sustituir rápidamente una pareja por otra, aunque medie información previa; otras llaman de esa manera a los engaños de que son objeto por parte de sus parejas.

Las guerrilleras jóvenes y adultas de procedencia urbana fantaseaban con la posibilidad de formar una pareja revolucionaria donde el engaño y la infidelidad no cabían. Muchas de ellas se toparon con que su fantasía no se correspondía con la de sus parejas y vivieron con mucho dolor la infidelidad aunque no siempre les llevó a romper la relación, salvo cuando ellos así lo determinaban.

Para las guerrilleras era muy difícil romper una pareja porque, según Marlen, “*era una persona única con la que podías llorar, a la que le podías decir lo que pensabas, la tristeza, las angustias, las preocupaciones, el problema de moral, porque quien te diga que no ha pasado problemas de moral, de flaqueza con ganas de salir corriendo es mentira. Si tenías una pareja por lo menos tenías alguien que te escuchaba*”. Por eso, en ocasiones toleraban que sus hombres mantuvieran varias relaciones a la vez, siempre y cuando no fuera una mujer del mismo campamento; cuando así ocurría la ruptura era casi inevitable. Pero si bien había una cierta resignación ante las relaciones múltiples de sus parejas, a las mujeres les era mucho

más difícil aceptar el engaño, entendido como la no explicitación de la existencia de otras relaciones:

“Me acompañé con un jefe de pelotón, bien buena onda y no entendía por qué la gente me decía que lo dejara. Fue una experiencia bien yuca, porque después de haber estado juntos me mandó un papelito con otra persona donde me decía que ya no podíamos seguir. Entonces me dijeron que tenía compañera con hijos. Ese no era el problema sino que no me lo dijera. Si lo hubiera sabido yo hubiera decidido lo que quería hacer. Eso me golpeó muchísimo, estuve mal un tiempo” (Sonia).

Una experiencia que todas las guerrilleras entrevistadas (sin diferencia de edad ni de extracción) cuentan como la más difícil de aceptar racionalmente y la que les ocasionaba más dolor, era el abandono y nuevo acompañamiento de su pareja cuando ella bajaba del campamento a parir un hijo de él. Consideran esta evidencia como la peor traición y, en muchos casos, pasados los años, todavía no perdonan al hombre que las dejó en esa situación.

“Cuando yo salí a tener el niño él se acompañó con otra. Eso sucedía con frecuencia en el campamento porque los hombres eran irresponsables, no había protección para las mujeres que salíamos a tener hijos, no se nos hacía respetar. Todo el mundo sabía que eso iba a pasar y nadie decía nada, por eso las muchachas se salían hasta que ya no podían más, con panzas de ocho meses y se querían regresar ligerito (rápido), pero de todos modos, al nomás irse ella, al día siguiente él ya estaba acompañado... a saber si no le había hablado desde antes y solo esperaba que la otra se fuera” (Dora, combatiente, aprendió a leer y a escribir en el campamento, tuvo tres parejas y cuatro hijos).

Las mujeres de extracción rural (tanto guerrilleras como población civil) estuvieron más dispuestas a aceptar las múltiples relaciones de sus compañeros. Para ellas es normal que un hombre las deje por una mujer más joven porque están convencidas de que ellos tienen más necesidades sexuales que ellas y aceptan mantener un vínculo de otro tipo.

“Yo me acompañé durante la guerra, pero ya ahora él tiene otra señora, usted sabe que el varón nunca es estable con una sola mujer, pero yo todavía no le hago de menos, porque si él me dice ‘deme comida’ yo se la doy, no le puedo negar la comida a pesar de que tiene la otra señora. Esta niña que vive conmigo no es mi hija, es de él y de la primera señora que se le murió y solo esta niñita le quedó, también tiene un muchachón que lo pegó antes, cuando era jovencito. Así estamos ahora” (Nicolasa, 65 años, tuvo dos parejas y seis hijos).

Después de las diversas experiencias de parejas que vivieron las mujeres durante la guerra, todas (con mucho más énfasis las de extracción urbana) tienen claro que en la época de paz ya no están dispuestas a ser tan tolerantes con la infidelidad de sus parejas o con la inestabilidad en sus relaciones. Consideran que las vicisitudes que tuvieron que pasar en esos terrenos fueron producto

de la guerra, pero una vez que esta terminó quieren volver a la pareja tradicional. *“Los cambios, dicen, fueron producto de la guerra, pero ahora los hombres tienen que entender que eso se acabó”*.

Libertad sexual o promiscuidad y prostitución: diferentes valoraciones para un mismo fenómeno

Dirigentes y mujeres de todas las edades y extracciones coinciden en señalar que en los campamentos había un ambiente de promiscuidad. Solamente uno de los dirigentes entrevistados niega esta afirmación y señala que era un argumento del enemigo para desprestigiar la lucha revolucionaria.

Sin embargo, tal nivel de coincidencia entre opiniones de mujeres y hombres nos hace creer que existió un relacionamiento sexual con muchos menos controles que en una época normal, fenómeno más marcado en los campamentos donde las muchachas y muchachos se encontraban solos, sin la presencia de las familias, aislados, sin saber a ciencia cierta cuándo podían salir y enfrentados a valores que la mayoría de las veces contradecían su educación.

Las vivencias y definiciones de las mujeres sobre la promiscuidad están sesgadas según su extracción social. La referencia a la promiscuidad la escuchamos en todas las entrevistas a las mujeres de extracción urbana (guerrilleras jóvenes y adultas, y comandos urbanas). La mayoría definen así el hecho de tener una pareja detrás de otra y una minoría alude con ello a tener varias relaciones a la vez. Todas señalan que tal fenómeno se daba sobre todo entre las jóvenes de origen campesino y remarcan que, en algunos casos, esa conducta rayaba en la prostitución.

Sin embargo, ninguna de las jóvenes guerrilleras de extracción campesina se consideró a sí misma promiscua. No negaron que hubiera más libertad en las formas de establecer relaciones sexuales y que estas eran más efímeras, pero no se escandalizaban tanto ante esa situación como las mujeres de procedencia urbana.

El número de parejas que las entrevistadas dijeron tener durante la guerra no es tan alto como para calificar de promiscua su conducta sexual. El 60% de las guerrilleras que llegaron de la ciudad declararon que tuvieron una o dos parejas, el resto reconoció un máximo de cuatro. El 30% de las guerrilleras de origen rural tuvieron una o dos parejas, las demás manifestaron que se acompañaron tres o cuatro veces, con un promedio de ocho años de permanencia en los campamentos y donde la mayoría enviudó por lo menos una vez.

Consideramos la posibilidad de que no quisieran manifestar en las entrevistas el hecho de haber tenido varias parejas sexuales simultáneamente; sin embargo, creemos que hay otros elementos, además de la reserva, que las llevan a abordar de esta manera el fenómeno de la sexualidad en los campamentos guerrilleros.

Algunas jóvenes de origen urbano reconocen haber tenido varias relaciones breves a las que no consideraban parejas y lo veían como una situación normal durante la guerra; ninguna de ellas se consideraba promiscua, todas justificaban su conducta aduciendo el

miedo que pasaban y la necesidad de compañía. Pero es ese mismo sector de mujeres el que califica de promiscuas a las campesinas jóvenes que se comportan como ellas.

Las guerrilleras de extracción urbana (jóvenes y adultas) rechazan, en otras mujeres que no sean ellas, cualquier conducta sexual que se salga de la pirámide sexual socialmente aceptada, en cuya cúspide está la pareja heterosexual monogámica. La valoración que ellas hacen sobre la promiscuidad de las otras es extremadamente negativa, hablaban de que esa conducta “les daba asco”, “sentían repugnancia” y, sobre todo, no querían que se las confundiera con las mujeres que tenían esas conductas.

“Yo sentía repugnancia pero internamente; una vez sentí repugnancia por una compañera que era mi responsable y la pobre andaba de boca en boca porque se acostaba con medio mundo. Escuchaba los comentarios de los compañeros sobre las aventuras que habían vivido con ella y un día me indignaron tanto que fui a hablarlo con la responsable de ella, pero la respuesta que recibí fue ‘ahí dejá que eso no es el problema ahorita, no te compliques la vida por eso’. Después de eso me establecí la meta de no andar con nadie porque sabía que los mismos comentarios se repetirían en torno a mí” (Rosario).

Imaginamos la dificultad de las mujeres promiscuas para construirse una autoimagen positiva y, por tanto, la imposibilidad de reconocer y reivindicar su igualdad de derechos sexuales frente a los hombres. Aunque hubieran tenido esa práctica, dado el rechazo tan grande que sentían (explícita e implícitamente) es difícil que ahora reivindicquen esa conducta y prefieren mantenerla oculta. Ese silencio y confusión en torno a la promiscuidad femenina es una de las muestras más evidentes, a nuestro juicio, de la confusión conceptual de la dirigencia del FMLN que se trasmite al conjunto de la militancia.

Tanto las mujeres entrevistadas como el personal dirigente se muestran más intolerantes con lo que consideran conducta promiscua en las mujeres que en los hombres. En ellos la consideran una conducta más o menos normal que, aunque agravada por la guerra, no es extraña. En esta diferenciada consideración sobre la promiscuidad femenina y masculina subyace la idea de que los hombres tienen más necesidades que las mujeres y que es deber de estas conservar una buena imagen, no perder las “virtudes de la feminidad”, es decir, una conducta recatada en materia sexual.

Gutiérrez señala, por ejemplo, que “para nosotros siempre fue muy importante que las mujeres incorporadas a nuestra fuerza guerrillera siguieran siendo mujeres (la cursiva es nuestra), de tal manera que se distinguieran por sus méritos en el desempeño de sus difíciles tareas, pero también por los atributos propios de una mujer”

Aunque no explicita cuáles son los atributos propios de una mujer, podemos suponer que se refiere a sus conductas sexuales. Inferimos esto por los testimonios de las mujeres que hacen énfasis en la rigidez con que se calificaban -y ellas siguen calificando de la misma manera tres años después- cualquier conducta sexual que se saliera del recato y la pasividad, cualidades supuestamente femeni-

nas. Las mujeres que se atrevían a cuestionar en la práctica estos comportamientos eran calificadas con los adjetivos que se consideraban más reprobables: promiscuas o prostitutas, símbolos de lo que socialmente se considera una mujer mala, y a los adjetivos se sumaba una amenaza: la expulsión del frente a las mujeres que eran consideradas promiscuas.

“Había una chamaca a la que le pusieron La Pipisa, que quiere decir la pizpireta, la maliciosa. A ella le gustaba bastante acostarse con los compañeros. Cuenta la leyenda que una vez estaba lavando en el río y venía una escuadra de hacer un patrullaje, entonces el jefe de la escuadra le dice ‘¿quihubole Pipisa ¿nos podemos echar un polvito?’. ‘¿Y cuántos son?’ le dijo ella. ‘La escuadra’ respondió el jefe. ‘No, le dijo ella, es más lo que me voy a tardar en bajarme los calzones... si fuera el pelotón, sí’. De ella hablaban con mucho desprecio, decir Pipisa era decir puta. Era una excelente combatiente y era disputada por su capacidad y valor; sin embargo, esas cualidades no contaron y la sacaron del frente por su facilidad para relacionarse con los hombres” (Ernesto Zamora).

Aunque no era una práctica generalizada, las sanciones a la promiscuidad femenina podían llegar al extremo de la muerte. Varias de las entrevistadas dijeron que había rumores sobre el ajusticiamiento de algunas muchachas que ya no podían ser controladas. Todas conocían los rumores aunque ninguna sabía con seguridad el hecho, lo que muestra que, a diferencia del ajusticiamiento de violadores que aparecía explícitamente mencionado en un documento de la Comandancia General, el de las mujeres promiscuas causaba algún tipo de mala conciencia.

“Yo recuerdo un caso que ajusticiaron a una chamaca por esa cuestión, porque la consideraban casi como prostituta, porque llegó a considerarse como un delito ese tipo de cosas”, cuenta Margarita Villafranco. “Yo supe que a una chamaca la ajusticiaron porque dijeron que ella había enfermado a un cachimbo de hombres, traía una enfermedad venérea”, dice Lorena.

De acuerdo con estos testimonios la responsabilidad sobre la promiscuidad y las enfermedades de transmisión sexual se adjudicaba exclusivamente a las mujeres y era hacia ellas que estaban dirigidas las drásticas medidas de control.

Las mujeres de procedencia urbana entrevistadas criticaban un poco más que la dirigencia, y mucho más que las de origen campesino, la promiscuidad masculina y cuando era conducta de los jefes la reprobaban aún más, sobre todo porque destruían la imagen de revolucionario que tenían de ellos.

“No me cabía en la cabeza la cambiadera de mujeres que hacían algunos jefes... No porque no supiera que muchos hombres lo hacen, pero no un hombre revolucionario que se entiende que es un jefe, se entiende que tiene un pensamiento avanzado y hace este tipo de cosas” (Susana).

Para otras, esas formas de relacionarse chocaron frontalmente con su educación religiosa y sus ideas conservadoras, y se negaron a validar la promiscuidad masculina. Varias tomaron la decisión de no propiciar ni aceptar ese tipo de relaciones, llegando al extremo de auto reprimirse toda expresión de deseo sexual durante la guerra.

“Me fui dando cuenta que en el frente el plano de las relaciones era un relajo, ahora con esta, mañana con la otra. A mí eso me dio miedo y estuve muy a la defensiva... me decepcionaba el gran irrespeto y el acoso, casi hacían competencias sobre `quién se la echa primero` y cosas así. Por eso nunca quise andar con nadie, llegó un momento en que todo mundo se olvidó de que podía lograr algo conmigo y nunca tuve compañero en esos momentos de la guerra” (Imelda).

A pesar de los rumores que corrían en torno a la promiscuidad nunca fue objeto de discusión seria; por el contrario, hubo una política de restarle importancia, de considerar que no valía la pena discutirla y en algunos casos, de negar el fenómeno.

Al igual que las guerrilleras de procedencia urbana y rural valoraban distinto la promiscuidad también la dirigencia de origen campesino y la de origen urbano hacían una diferente valoración al respecto. Los primeros eran más tolerantes, incluso aconsejaban a las muchachas para que se acompañaran con quien quisieran y las veces que quisieran, pero siempre buscando que fuera por amor. Los dirigentes urbanos son los que muestran más desagrado ante la promiscuidad femenina y reconocen su mayor tolerancia con la conducta promiscua de los hombres.

Las voces de las colaboradoras de la población civil completan este cuadro de valoraciones diferenciadas de la promiscuidad. Ellas, que se miran a sí mismas como mujeres poco sexuadas, expresan preocupación por las jóvenes (sus hijas y el resto). Algunas optaron por no enterarse de lo que hacían sus hijas y el resto de las muchachas en los campamentos, sabiendo la escasa presencia femenina y siendo conscientes de la necesidad de los hombres de “eso”. Se resignaban a recibir a las criaturas cuando nacían y callaban cualquier referencia a la sexualidad porque “eso es cosa de cada quién y nadie tiene que meterse”.

Otras, por el contrario, se preocupaban porque sus hijas no fueran a los campamentos dado que estos tenían muy mala fama en lo referente a las relaciones sexuales entre la población civil. Algunas resaltan que eran los jefes los que sin más “se ponían a vivir con las muchachas” y eso no les parecía correcto.

“No, allí no me parecía mucho porque fíjese que eso no me gustaba a mí, no a las mías, ellas no trabajaron en eso, no, nunca quise yo... En la familia había varoncitos y ellos hablaron con sus jefes, pero que las hembras fuera allá no... Ellos me dijeron ‘claro, mama, que las hembras no vayan allá porque se pierden, para eso estamos nosotros’”.

Nicolasa era una entusiasta colaboradora que expuso más de una vez su vida por los muchachos y cuya única condición para su colaboración era que no intentaran llevarse a sus hijas para los campa-

mentos. A ella le preocupada lo que pudiera pasarles pues veía bajar constantemente las muchachas que, embarazadas, iban a parir a las poblaciones o a los refugios.

En contraposición con Nicolasa, Ana anima a su hija a irse a un campamento, aunque sabía el tipo de relaciones que se establecían entre hombres y mujeres porque ella pasaba algún tiempo moliendo y cocinando en ellos. Ella reflexiona así al respecto:

“...Y me vino a pedir a mi hija y yo le dije que no, que como solo la tenía a ella la quería mandar al cerro porque allá los compas tenían necesidad de jovencitas porque esa es su única alegría. Los de aquí tienen todo, le dije, sus buenas comidas y paseos ¿y ellos? a ellos solo les quedan las muchachas por eso voy a mandar a la mía y si más hijas tuviera a todas las mandaré al cerro.”

Aunque son pocas las que lo expresan tan claramente como Ana, en algunas está la conciencia de que, ya que ellas no podían colaborar más que haciendo comida, su otro aporte podían ser sus hijas. Dan por buenas las relaciones sexuales promiscuas de los hombres por el constante riesgo de muerte. También dan por sentado que la sexualidad masculina es incontrolable (sobre todo la de los jóvenes) y que las mujeres tenían que pagar su tributo por la vida que ellos estaban exponiendo. Algunas otras, sin estar de acuerdo con este argumento, también animaban a sus hijas a ir al campamento para defenderlas de las violaciones que podían sufrir por parte del ejército.

“Mi hija a los 16 años se fue, yo no lo vi bien, estaba cipota, pero de que llegaran los soldados y le hicieran el montón de cosas que le hacían, mejor que estuviera allá, tal vez encontraba algún buen muchacho, por lo menos no se oía que allá las maltrataran mucho” (Concha).

Por último, el uso de este tema como parte de la guerra psicológica y en las campañas de desprestigio de la guerrilla ante la población, fue percibido de distintas maneras por las mujeres. Las que estaban acampadas, conocedoras del fenómeno, no se sentían afectadas por tales campañas, en parte porque no les llegaba la propaganda escrita que tiraban los helicópteros a los campamentos -una buena cantidad de mujeres no sabían leer- y también porque, como ya vimos, no hay un rechazo absoluto por su parte a estas formas de relación sexual en los campamentos.

En cambio, las más afectadas por esas campañas eran las mujeres de los comandos urbanos. Ellas sufrían el bombardeo ideológico de los medios de comunicación, no sabían a ciencia cierta cómo se desarrollaban estas prácticas en los campamentos y tenían más presión para no apartarse de las costumbres imperantes en la ciudad. Son ellas, por tanto, las más duras a la hora de juzgar el fenómeno.

Eran ampliamente comentados por mujeres y hombres de los comandos urbanos los “chambres” que llegaban sobre la sexualidad en la guerrilla rural: que allá abundaba la promiscuidad y el irrespeto hacia las mujeres, que la solidaridad entre combatientes implicaba que las compañeras debían estar dispuestas a atender los requerimientos sexuales masculinos, que muchas cambiaban a menudo de pareja o andaban con varios hombres a la vez...

La mitad de las comandos entrevistadas aseguran que siempre creyeron que así funcionaban las relaciones en los campamentos, en tanto la otra mitad prefiere no opinar sobre ello por carecer de información confiable.

“A mí me sigue encachimbando cómo nos degeneraban la imagen de las mujeres de la montaña cuando nos decían ‘mirá, si allá las mujeres se acuestan con quien quieren, son libres, y ustedes ¿por qué no?’. Nosotras estábamos más encerradas en otros esquemas y los compas de dirección venían y te decían esas cosas. Con esa imagen que se generalizó en la zona urbana no te quedaban ganas de pensar en irte, si yo le decía a mi marido que me quería ir a la montaña me iba a decir ‘te vas a hacer prostituta’...” (Rosario).

En lo que respecta a la promiscuidad de los integrantes de los equipos urbanos, varias aseguran que no era tan notoria como lo que oían relatar respecto a la vida en los campamentos. No obstante, parecía haber un ambiente favorable a las relaciones esporádicas y promiscuas.

“Yo era la excepción en ese ambiente e incluso llegué a sentirme mal por ello. Las conversaciones siempre eran en torno a las orgías y las relaciones de unas con otros, y yo no tenía mucho que decir. En realidad, yo los tenía a todos descalificados; desde el momento en que se te declaraban no te decían ‘¿quierés ser mi novia?’ sino ‘¿quierés ser mi compañera?’ y yo sabía que si decía que sí debía acostarme con ellos sin que hubiera un proceso de acercamiento, entendimiento o algo así... Era demasiado práctico y rápido, y realmente eso no iba con lo que yo había aprendido como normal” (Imelda).

Sus valoraciones sobre los comportamientos promiscuos diferían bastante. Algunas los veían como inevitables y los justificaban aludiendo a los costos del compromiso adquirido y a la circunstancia de la guerra. El fin deseado, el ideal de cambio, les obligaba a aceptar esas situaciones. Muy pocas son las que hacían una lectura de estas situaciones en clave de género o de derechos sexuales. Aunque su balance retrospectivo incluye consideraciones críticas sobre la *“mayor intolerancia de la dirección hacia la promiscuidad femenina que a la masculina”*, la *“tendencia a culpabilizar a las mujeres por los comportamientos promiscuos de los hombres”* y la *“doble moral que imperaba en el partido en el tratamiento de estas cuestiones”*, reconocen que en aquellos momentos carecían de elementos para analizar sin prejuicios tales relaciones.

“La promiscuidad estaba aceptada y las infidelidades también, una compañera que andaba con varios hombres justificó la infidelidad con el pretexto de que su esposo no se quería incorporar y que sentía el gran vacío. Lo que a muchas nos afectaba era saber que la compañera era casada porque sentíamos que nosotras, como mujeres, teníamos que salvar la reputación nuestra y que los hombres vieran como reivindicaban la suya” (Laura, incorporada al FMLN a los 18 años).

En el mejor de los casos, intentaban mostrar respeto hacia comportamientos que creían libremente decididos por las propias mujeres, en un ambiente de “sexualidad libre” como el que supuestamente se daba en la montaña.

Así como en torno a otros temas el FMLN daba a sus militantes elementos para defenderse ideológicamente de la propaganda de la derecha, en este guardaba silencio. Por ejemplo, todas las mujeres de los comandos urbanos tenían varios argumentos en contra de la calificación que se hacía de ellas como terroristas y reconocían que no les hacía mella el calificativo, reconocen que había discusión al respecto y que ellas estaban de acuerdo con la necesidad de las acciones de sabotaje. La campaña en contra de las acciones en la ciudad también era bastante fuerte y ahí ellas se sentían bien preparadas para defenderse.

En cambio, en este tema eran presas de los argumentos de la derecha porque la línea oficial era lo bastante moralista como para no aprovechar los cambios en las conductas sexuales para cuestionar los papeles sexuales tradicionales de hombres y mujeres. Lejos de eso seguían, en su mayoría, depositando la feminidad en el campo de la sexualidad. Así como flexibilizaron su opinión en torno a la división de tareas en función del género y consideraron un avance el hecho de que las mujeres se incorporaran al ejército, su silencio en torno a la sexualidad reforzó los prototipos clásicos y desfavorecedores de los derechos sexuales de las mujeres y dejó abierta una brecha por donde se filtraban y tenían eco las opiniones de los sectores más conservadores.

En cuanto a la prostitución, los testimonios de las mujeres y dirigentes entrevistados nos permiten constatar que esa práctica (el intercambio de un servicio sexual previamente pactado entre la trabajadora sexual y el cliente) no existió en los campamentos.

Aunque hay referencias a la prostitución, lo cierto es que el adjetivo “prostituta” se utiliza para valorar determinadas conductas sexuales de las mujeres, según las distintas escalas de valores y costumbres existentes entre la militancia del FMLN. Los campamentos son el escenario donde conviven cotidianamente diferentes formas de entender las relaciones amorosas entre hombres y mujeres. Mientras que las guerrilleras provenientes de la ciudad consideran que el afecto y el deseo sexual son los componentes esenciales de una relación, las de origen campesino ponen énfasis en la convivencia y el intercambio de servicios mutuos en ella.

Como ya señalábamos anteriormente, en el ambiente de los campamentos imperaban tanto las formas de relacionamiento propias del campo como las escalas de valoración urbana. Eso puede explicar por qué las guerrilleras campesinas consideran natural el intercambio de pequeños favores o regalos (subrayamos lo de pequeños porque lavarle el uniforme al compañero o darle frutas, alimentos requisados o accesorios para el uniforme a la compañera era lo más común en las condiciones de vida de los campamentos) al establecer una relación con un hombre, mientras que las que provenían de la ciudad calificaban eso como prostitución.

El que fueran las mujeres las que estaban en situación de intercambiar sexo por “favores” también se explica porque los hom-

bres, en su mayoría combatientes, eran los que tenían oportunidad de estar cerca de las requisas (al final de un combate o al asaltar una ciudad), y por la idea generalizada de que ellos tienen mayores necesidades sexuales.

“En un ejército a nadie le gusta andar con andrajos, por eso las chamacas con tal de conseguirse las cosas que recuperaban los combatientes, una cacerina, una mochila, se iban con ellos y con eso se especulaba, ellos decían yo tengo tantos pantalones, tantas camisas. Jamás pudimos lograr que entregaran lo recuperado, jamás, todo, salvo los fusiles, lo escondían”, narra Ernesto Zamora.

Ese manejo de prebendas y privilegios era mayor en el caso de los mandos, por esa razón tanto mujeres dirigentes como guerrilleras entrevistadas reconocen el privilegio de los jefes, en tanto la mayoría de ellos mantienen un prudente silencio al respecto.

“Eso se daba por sentado, si alguna se metía con un jefe de alguna unidad o con un comandante se sabía que iba a tratar de tenerla cerca de él y que esto significaba tenerla en un lugar menos maltratado y otros privilegios que como jefe, quíerese o no, se tenían “(Marlene).

Las dirigentes mujeres, de cualquier extracción, suelen ser más tolerantes con esas conductas de las mujeres y responsabilizan más a los jefes de aprovechar su situación para presionarlas. Cuenta una dirigente de origen campesino su reacción cuando le encomendaron una muchacha acusada de ser prostituta.

“Una vez me mandaron una compa, una cipota, con una notita de que era prostituta. ¡Ay! yo me les enojé bastante y les mandé una respuesta. ‘En primer lugar, les escribí, esta subzona no es una correccional de menores. En segundo lugar, me gustaría que a la par de ella me mandaran a todos los que la prostituyeron’. El que me la mandó se puso bravo y fue con otra comandante a enseñarle mi mensaje, y ella le dijo, ‘lástima que no está aquí quien lo escribió para felicitarla’”.

En resumen, aunque constatamos que hubo un ambiente de mayor libertad para el establecimiento de relaciones sexuales, la falta de referentes coherentes y de una valoración positiva de estos cambios, crea un ambiente de rechazo explícito cuando las conductas sobrepasan un cierto límite. Límite impuesto, por cierto, por las mujeres, jefes y jefas de procedencia urbana. El personal con jefatura es el que condena más duramente el fenómeno y las mujeres sobre todo intentan deslindarse del mismo depositando la culpa en las muchachas campesinas.

El acoso sexual y la violación

bres. Es difícil determinar donde finaliza un acercamiento amoroso o sexual e inicia una agresión, puesto que la tolerancia individual de las mujeres puede variar. Es cada mujer la que vivencia este tipo de conductas como acoso cuando ha puesto claramente los límites, ha expresado su rechazo y sin embargo el requerimiento del hombre no cesa. Sin embargo, la asertividad femenina es muy poco consistente, las mujeres no han sido educadas para rechazar firme y decididamente un acercamiento que les disgusta, de allí el desencuentro entre ellas y los hombres.

Constatamos además que el tiempo transcurrido entre la experiencia y la entrevista ha podido modificar sus percepciones y que lo que antes consideraron acoso hoy puedan percibirlo de otra manera y viceversa.

Al ser interrogados sobre el acoso sexual hacia las mujeres los dirigentes se mostraron precavidos, pensaban que el fusil les daba a las mujeres seguridad para rechazar esas molestias; los dirigentes, en cambio, manifestaron rotundamente que el acoso sexual existía y que era un problema del que no se hablaba porque los jefes estaban involucrados en él y todos los hombres se encubrían entre ellos.

Entre las mujeres entrevistadas hay distintas impresiones sobre el acoso sexual. Las guerrilleras de procedencia urbana, sobre todo, las jóvenes, señalan que se sentían acosadas al llegar al campamento ya que todos los hombres las requerían para emparejarse. Este asedio, en algunos casos, llegó a utilizar la fuerza física para doblegar la resistencia de las muchachas.

“Yo sentía muchísima presión y me sentía desesperada, entonces fue cuando el que fue mi compañero se aprovechó de mí, me dijo que tenía que acompañarme, que si no lo hacía corría el peligro de que abusaran de mí. Como él era el jefe del campamento, decía que si me acompañaba con él me iban a respetar más y un día entró en mi chamba y me forzó. Me dijo que si me quedaba sola después de que había dormido con él, todo mundo iba a querer abusar de mí porque iban a saber que yo dormía con cualquiera que llegara a mi chamba. Yo pensaba que él me iba a proteger y me acompañó” (Silvia).

El asedio cesaba automáticamente cuando elegían al acompañante y varias de ellas expresaron que su decisión estuvo influida en gran medida por el deseo de no sentirse ya tan requeridas.

Las jóvenes guerrilleras de origen campesino también manifestaron que se sintieron acosadas (“*mucho molestaban los chamacos*”, dicen) pero le dan una menor relevancia al hecho y cuentan que cuando ellas les decían que no, ellos se calmaban. Al parece, la forma de galanteo que predominaba en los campamentos les era más familiar y no estaban tan molestas. Ninguna de ellas, por ejemplo, dice haberse sentido acosada a la hora del baño y cuando detectaban que un hombre estaba cotidianamente cerca de ellas, tenían su forma de arreglárselas.

Las guerrilleras adultas se manejaban mucho mejor con el acoso, también dicen que el hecho de tener un arma les hacía sentirse más

seguras y algunas cuentan que tuvieron que hacer uso de ella cuando alguno no quiso entender su negativa.

Ninguna de las mujeres de la población civil dijo haber sentido acoso por parte de los hombres, aunque ellas están más acosadas a un insistente galanteo al que llaman “molestar” o “fregar”. *“Ellos, dicen, sí molestaban, pero se quedaban quietos cuando nos resistíamos”.*

En cambio, las percepciones de las comandos urbanas sobre el acoso es distinta. Seis de las once entrevistadas afirman que en las filas del FMLN el acoso sexual era una conducta frecuente por parte de los responsables varones. Cuatro de ellas la sufrieron personalmente y las demás supieron de otras mujeres que la habían sufrido.

“Parte de mi rebeldía tenía que ver con el acoso sexual que sufríamos las mujeres. Yo era más víctima aún, hasta nombre me pusieron -la látigo- porque no me acosté con nadie. Después fui víctima de los rumores de las propias mujeres que decían ‘esta está guardando la virginidad, está retrasada’...” (Imelda).

Solo Laura se atrevió a denunciar el acoso sexual ante los mandos de la organización. Su insistencia nunca tuvo frutos, el acosador quedó impune y ella fue considerada desde entonces demasiado conflictiva y rebelde. No era salvadoreña.

“Una vez estuve en una misión de más de un mes con un hombre de la dirección con el que aparentábamos ser pareja, resultó horrible, fue el peor mes de mi vida. Tenía que estar cuidándome día y noche de él. Me indignaba que alguien de dirección fuera tan inconsecuente consigo mismo y tan irrespetuoso conmigo. Después llegó otro compañero y le conté lo que sucedió, hice un informe y dos años después me enteré de que este compañero -que era el mayor responsable de mi área- nunca lo pasó. Volví a informar a la dirección, pero a nadie le importaba, era como normal que ocurrieran esas cosas o era comprensible, no sé. Realmente te deja muy jodida ver que se suponía que estabas pensando en el hombre nuevo, en una organización nueva, en cambiar las cosas y que una se tropiece con situaciones tan jodidas.”

La opinión general es que la clandestinidad de los contactos, la necesidad de construirse fachadas de normalidad (pareja en actitud amorosa o conviviendo; citas en moteles) para camuflar sus acciones y la regla de la discreción, propiciaban situaciones de acoso sexual por parte de los mandos y facilitaban que los agresores quedaran impunes.

La prueba de que hombres y mujeres veían estos fenómenos como componentes inevitables de la vida militante es que ninguna recuerda haber planteado el tema en las reuniones de los comandos urbanos, nunca se reflexionó colectivamente sobre ello ni se tomaron por tanto medidas para evitarlo.

Si el acoso sexual era desestimado, la violación ya era considerada de manera más seria, sobre todo si se trataba de mujeres de la población civil. Esta conducta es considerada desviada y es reconocida su existencia por todas y todos los dirigentes entrevistados.

“No dejaba de ver actitudes desviadas de algunos compañeros respecto a las compañeras y en eso nosotros sí éramos bien severos, es decir, los mandos tenían orden de sanciones que incluso podían ir hasta el ajusticiamiento de hombres que violaran a las compañeras”, dice Manuel Melgar.

La determinación de castigar la violación con el ajusticiamiento parece, sin embargo, una reacción ante una realidad que en un momento dado ya no pudo soslayarse. Una de las dirigentes entrevistadas enfatizó la presencia de violencia en los campamentos por haberla sufrido ella misma. Ella era la que ostentaba un rango menor de dirección, lo que hace pensar que a mayor nivel de jefatura menor era la posibilidad de que las mujeres fueran violentadas.

En los campamentos hubo casos de intento de violación que fueron denunciados, fundamentalmente por las combatientes de extracción urbana.

“Él me trató de violar, veníamos de una tarea, yo estaba bien cansada... no sé cómo se las arregló el hombre, pero ya me había bajado el pantalón... yo me desperté y entonces armé allí un relajo, casi lo mato. Fui y se lo dije a otro compañero y él lo vio como una cosa bien natural: ‘sí, esas cosas aquí pasan, a él le vamos a decir’. Fui a poner queja a mi responsable y no dijo nada, dicen que lo llamaron y que le llamaron la atención. La doctora que estaba allí y que era extranjera sí me apoyó a mí, en ella me refugié” (Margarita).

Las muchachas campesinas reaccionaban de manera diferente ante las agresiones, tenían mucho temor de denunciar porque sabían que eso podía ocasionarles la muerte a quienes lo habían intentado. Las diferencias de percepción sobre la importancia de la denuncia se reflejan en el testimonio de Silvia, guerrillera de origen urbano, ante el intento de violación a dos guerrilleras campesinas del que fue testigo.

“Yo me quedaba a dormir cerca de unas compañeras que también dormían solas. Los compañeros forzaron la champa y se quisieron meter donde ellas estaban. Yo escuché la bulla, el pleito y les pregunté qué pasaba, ‘no nos pasa nada -dijeron- es que nos picó el vampiro’. Al día siguiente una de ellas me dijo que era que las querían agarrar a la fuerza, entonces yo pregunté por qué sucedía eso allí y me dijeron que ‘aquí el que agarra a la fuerza a una compañera lo castigan o lo van a justiciar... por eso nosotras no decimos nada, para que no lo maten, para que no le den esos castigos bien fuertes’”.

Varias de las guerrilleras campesinas refirieron intentos de violación que decidieron callar porque consideraban la pena de muerte como un castigo demasiado fuerte y no querían ser las responsables de la muerte de una persona con la que habían convivido y compartido momentos de peligro.

También las mujeres de la población civil se muestran mo-

leestas con esa medida, ellas querían que se castigaran esas conductas pero no con tanta dureza, ponían en duda que los muchachos -que eran tan considerados con ellas- pudieran abusar de una mujer.

“Yo nunca oí que un compañero abusara de una compañera y si abusaba tal vez ella tenía voluntad”, cuenta Berta. “Yo sí supe, aporta Carla, yo vi cuando ajusticiaron a los muchachos de una columna que habían robado y violado a una muchacha, pero no a todos, uno se les escapó y después me contaron que se incorporó a los soldados y después andaba de asaltador. Tal vez mataron inocentes y al que era malo lo dejaron vivo.”

En torno al tema de violación y ajusticiamiento encontramos una situación diferenciada y paradójica entre las mujeres. Las de origen urbano eran las más decididas a denunciar y, sin embargo, eran a las que menos atención se ponía a su denuncia. De hecho, la disposición general del FMLN de ajusticiar a los violadores nunca fue conocida por las mujeres de los comandos urbanos. Las de origen campesino tenían más temor a denunciar, aunque en buena medida el ajusticiamiento se tomó como medida de protección hacia ellas y tenían más posibilidad de que se tomara en cuenta su palabra.

La unidad de las mujeres, necesaria para exigir una política coherente en el tema de la violación, es difícil de construir cuando la procedencia toma tanta relevancia en la valoración del castigo frente al delito. Tal vez si la pena de muerte no hubiera sido la única medida y el castigo a los agresores fuera independiente de quien fuera la agredida, la unidad entre ellas en torno al tema pudiera haberse construido. Al no hacerlo, lo que queda en unas y otras mujeres es un profundo resentimiento hacia el Frente, las unas porque no fueron escuchadas en sus quejas -las guerrilleras de la ciudad debieron soportar la violencia sexual sin poder hablarlo con nadie a causa del mandato sagrado de la discreción- y las otras, las campesinas, porque callaron sus denuncias para no causar la muerte a sus compañeros de lucha.

Es necesario hacer una mención al tema de la violación como arma de guerra utilizada por el ejército nacional. Al revisar la bibliografía referente a la violación de los derechos humanos se encontraron sobre todo escritos que analizaban las consecuencias del terror sexual en las mujeres, pero no fue posible localizar información precisa sobre la dimensión del problema durante la guerra civil; el tema tampoco aparecía en los testimonios más conocidos de algunas mujeres, incluso el informe de la Comisión de la Verdad tiene un subregistro en este punto y en las descripciones que hace de algunas matanzas -por ejemplo, la de El Mozote- no señala la violación de las muchachas jóvenes previa a su ejecución, lo que sí es denunciado por otros testimonios.

Preguntadas dos mujeres dirigentes sobre este aspecto coinciden en señalar que era conocida por toda la militancia femenina la práctica sistemática de violación por parte de los integrantes del ejército, así mismo se sabía que las mujeres que eran detenidas y encarceladas eran violadas por sus captores:

“Una de las recomendaciones que dábamos a las mujeres era que en caso de ser detenidas tenían que decir que estaban embarazadas, de esa manera algunas podían evitar la violación... A saber qué les funcionaba a los policías, si un cierto respeto o temor a que hubiera embarazo y con eso se pudiera comprobar lo que les hacían a las mujeres. Cuando a mí me detuvieron yo dije que tenía seis semanas de embarazo confirmado y no me tocaron; pero supe de otras a las que no les funcionó ese argumento.”

¿Por qué las mujeres no denunciaban sus violaciones y dejaban en la impunidad ese delito? Una respuesta a este interrogante puede ser que las víctimas sentían demasiada vergüenza como para narrar lo sucedido. Pero también creemos, y las dos dirigentes coinciden con nuestros puntos de vista, que el patrón seguido por el ejército era violar y posteriormente matar, con lo cual se denunciaba solamente el asesinato al ser considerado el hecho de más gravedad. Pensamos que la crueldad de las matanzas, en las que se asesinaba a criaturas y mujeres indefensas de la población civil, del bombardeo sobre las zonas de actuación de la guerrilla y los operativos de los escuadrones de la muerte, ampliamente denunciados, hicieron aparecer la violación de las mujeres como un crimen menor.

“Yo creo que el hecho de que el ejército matara tan despiadadamente y los escuadrones actuaran con tanta impunidad fue lo que hizo que hasta el propio Frente se desentendiera de denunciar las violaciones que sabíamos que ocurrían. Nunca lo dijimos, por lo menos yo, pero ahora que reflexiono sobre ello creo que nos funcionaba el pensamiento de que si ya las habían matado no valía la pena decir que además las habían violado” (Ana Cisneros).

A diferencia de otras guerras, la dimensión de esta forma de terror institucionalizado dirigido específicamente contra las mujeres pasó desapercibida y fue poco denunciada, incluso por el mismo FMLN. No dudamos de que haya miles de mujeres que sufrieron esta forma de tortura, pero el peso de la ideología que considera la violación como un delito del ámbito privado pesa mucho, aun en la reconstrucción de la historia de la guerra.

Un “problema inexistente”: la presencia de lesbianas y homosexuales ¿o su invisibilización?

Hasta el momento nos hemos ocupado de las preocupaciones que ocasionaban las relaciones heterosexuales, sus consecuencias en la disciplina y la aplicación de la normativa moral del FMLN; pareciera que este no tuvo entre sus filas militantes cuya opción sexual se saliera de la norma heterosexual. Al ser interrogados al respecto, el personal dirigente coincidía en señalar que nunca tuvo noticia de la existencia de lesbianas y homosexuales, pero también reconocía que era poco probable que se manifestaran, dado que esos comportamientos sexuales no cabían dentro de sus códigos morales.

“El tratamiento a este tema era muy esquemático, decíamos que los homosexuales eran una plaga, algo que no debe existir, que no es lógico, que no es correcto, que no puede ser” (Héctor Acevedo).

Esta homofobia explícita era condición suficiente para que los homosexuales y lesbianas reprimieran sus manifestaciones sexoafectivas y, si estaban convencidas y convencidos de las bondades de la causa revolucionaria, se adscribieran a ella sin importar que reprimiera su opción. Probablemente muchos de ellos se consideraban a sí mismos extraños y desviados, y no se atrevieron a dar la pelea por el respeto a su preferencia pues el futuro más seguro que les esperaba era la segregación. “*Conocí casos de homosexuales que fueron expulsados de las filas guerrilleras al ser descubiertos*”, comenta Laura.

Sin embargo, y coherentes con el principio fundamental de la entrega a la lucha revolucionaria, si el homosexual guerrillero demostraba valor y compromiso suficientes y reprimía sus comportamientos en público, podía encontrar cabida en el FMLN, por lo menos eso es lo que cuentan los miembros de la dirigencia entrevistados.

“Conocí el caso de un homosexual, un brigadista de línea de aquellos que se sudaban el pellejo en medio de un combate y era un tipo a toda prueba. Había también un sanitario que nos tenía preocupados, pero era muy responsable y sus relaciones las sabía tener, no era un tipo escandaloso, entonces él sabía dónde estaba y cómo comportarse y a nosotros nos bastaba con eso, suficiente pago” (Ernesto Zamora).

Las lesbianas eran aún menos visibles, tanto porque esta expresión es todavía menos aceptada como porque, en un ambiente tan masculinizado, a nadie le cabía en la cabeza que una mujer quisiera relacionarse con otra habiendo exceso de hombres.

Las mujeres entrevistadas comparten esa invisibilización de lesbianas y homosexuales. Muy pocas de ellas recuerdan haber visto algo de “eso” y manifiestan sus prejuicios al responder que “*gracias a Dios eso no se daba*”. Algunas narran los “chambres” que se hacían cuando en un campamento había dos mujeres que andaban demasiado juntas y no se querían acompañar, pero no pasaba de ser parte del entretenimiento de hablar sobre la vida de los demás.

Entre risas, algunas jóvenes guerrilleras provenientes de la ciudad, comentaban en la entrevista colectiva los rumores sobre la homosexualidad de algunos jefes y comentaban el cuidado que tenían —ellos mismo y sus compañeros de dirigencia— en construirse una pareja heterosexual como fachada. Otras recuerdan casos excepcionales de homosexuales aceptados por su nivel de responsabilidad.

“El único caso del que yo me enteré fue de un compañero que era militar y eran respetuosos con él. El único problema que daba es que le gustaba andar con muchachos más jóvenes que él, entonces, a lo más que llegarón fue a decirle que no anduviera con menores de edad” (Amanda).

La tendencia general de negar o minimizar la existencia de lesbianas y homosexuales en las filas del Frente se transformaba en una tolerancia ante esas conductas en las y los extranjeros del Primer Mundo, sobre todo si eran parte de los comités de solidaridad con El Salvador.

“Hubo compañeras norteamericanas lesbianas, incluso militantes del movimiento lésbico, con las que fueron muy respetuosos, pero porque colaboraban bastante y además porque no se quedaban, venían a hacer cosas concretas y después se iban” (Elvira).

La discriminación a causa de las preferencias sexuales es algo que el FMLN no ha superado. Fue posible que algunas organizaciones con convicciones religiosas bastante débiles e incluso asumidas no creyentes, superaran su prejuicio contra la religión y aceptaran la militancia de sacerdotes y monjas y la presencia de catequistas en los campamentos (que por otro lado les abría una mayor posibilidad de captación a sus filas en una sociedad eminentemente católica).

Fue posible que, a pesar de la cultura machista y los prejuicios contra las mujeres, cuando éstas demostraban tener las cualidades masculinas necesarias y mantener su feminidad, escalaran puestos de poder en los mandos políticos y militares y fueran ampliamente respetadas y admiradas, incluso promovidas como el prototipo de la guerrillera heroica. El prejuicio homo y lesbofóbico, sin embargo, no fue alterado. Las preferencias sexuales distintas a la heterosexualidad eran toleradas siempre y cuando no perturbaran la entrega a la causa y se mantuvieran en silencio.

VIVENCIAS MATERNALES EN TIEMPOS DE GUERRA

Aprendiendo a ser madres

El prototipo de feminidad vigente en El Salvador sigue considerando la maternidad como la meta fundamental para las mujeres, en torno a la cual se articula la identidad femenina. Este imperativo está plenamente arraigado en las entrevistadas desde su edad más temprana: ocho de cada diez entrevistadas se veían a sí mismas como madres desde pequeñas.

Las que dicen no haber contemplado la maternidad como eje central en su vida son las mujeres de procedencia urbana con más alto nivel educativo, quienes, a pesar de haber recibido una educación tradicional que las encaminaba hacia el ejercicio de la maternidad, no se imaginaban a sí mismas en esa función ni pensaban que iba a ser lo prioritario en sus vidas.

Varias recuerdan que sus aspiraciones iban más en la línea de estudiar, ser profesionales, monjas, trabajadoras sociales e incluso... guerrilleras. Otras aluden al deseo de no repetir la historia de sus madres, llenas de hijos e hijas, abandonadas por el hombre y pobres.

Las mujeres de origen campesino son, en cambio, las que con más firmeza mantienen el prototipo. De hecho, su resistencia a hablar sobre sexualidad se ve compensada ampliamente al ser interrogadas sobre su maternidad. Cuentan con lujo de detalles cómo fueron sus múltiples embarazos y los sacrificios que tuvieron que pasar para mantener a sus hijos.

Cuando a algunas de ellas se les pasaba por la cabeza la idea de no ser madre, la respuesta que recibía de las mujeres que la rodeaban no apoyaba en nada esa reflexión. Esther cuenta la preocupación que tenía, cuando era pequeña, al ver a los niños de su comunidad destruidos y al darse cuenta de que la pobreza en que vivía la iba a condenar por no poder atender las necesidades de los hijos que ella tendría en el futuro.

“Entonces le dije a Toña: ‘cuando yo sea grande me quiero casar, pero no quiero tener niños’. ‘¿Y cómo te ponés a creer que no vas a tener, si la mujer desde que se casa es que va a tener niños?’, me decía ella, ‘¿Y cómo se hace para no tener hijos?’ le pregunté. ‘No te cases’ me respondió”.

El mandato genérico de que las mujeres lo son en tanto son madres tiene un sin número de defensoras en la vida de estas mujeres: las madres, las abuelas, las amigas, las maestras, todas ellas se preocupan de que aprendan que la maternidad no es una opción sino un destino del cual no pueden escapar.

Concepción y actitudes del FMLN en torno en torno a la maternidad

Cambiar la sociedad, luchar por un mundo más justo, reivindicar los derechos del pueblo fueron los ideales por los que luchó el FMLN. Tener descendientes que pudieran disfrutar de los bienes logrados con su esfuerzo daba un sentido más personal al compromiso revolucionario.

En ese contexto, el mandato de la maternidad nunca fue cuestionado por el FMLN ni antes ni durante la guerra, aunque sí hubo una presión hacia su militancia -sobre todo hacia la femenina- para que no se embarazara porque ello implicaba una distracción en su dedicación a la causa. Esta presión, reconoce toda la dirigencia entrevistada, funcionó con mucha fuerza durante la década de los 70.

“El embarazo se asociaba con falta de disposición, con falta de entrega al trabajo, era como perder a alguien porque está pensando más en su familia, en sus hijos. No se llegó a prohibir que las parejas tuvieran hijos, pero tampoco era bien visto, no se aplaudía que una pareja en la clandestinidad tuviera hijos” (Facundo Guardado).

Algunas personas entrevistadas afirmaron que, incluso en una de las organizaciones, el ERP, esta presión tomó el carácter de prohibición. Mena Sandoval, dirigente de esta organización durante la guerra, señaló que, en efecto, la coerción que se hacía a las diri-

gentes para que no se embarazaran y, en caso de hacerlo, para que abortaran, era bastante fuerte.

“Se suponía que ellas, por conciencia, no debían hacerlo, pero yo te voy a decir que a mí me tocó ir a decirle a una compañera por tres veces que tenía que abortar. Hablé bastante con ella haciéndole ver la importancia de su tarea y accedió a abortar, después se arrepintió, volvió a platicar con ella y volvió a convencerse, pero otra vez no se decidió a hacerlo. Fui por tercera vez y creo que ya no le quedó más remedio que hacerlo. Yo debo decir que no entendía por qué esa resistencia, a mí me parecía lo más obvio, pero ella entró en una crisis tremenda y al final acabamos perdiéndola de todas formas”.

Durante los años de guerra, la discusión en el interior del Frente giraba en torno a cómo evitar los embarazos y posteriormente, obligado por las circunstancias, tuvo que reflexionar sobre cómo enfrentar el cuidado de las criaturas.

“Lo de la paternidad y maternidad nunca fue tema de discusión, sí se discutía en cambio que eso iba a significar una baja, la de ella y luego la posibilidad de que él se desertara para ir a verla” (Ernesto Zamora).

La posposición o negación de la maternidad era planteada como requisito inevitable de la guerra, pero nunca se cuestionó que fuera algo obligatorio, sobre todo para las mujeres. Por el contrario, según cuenta Dagoberto Gutiérrez, en los campamentos siempre se celebraba el día de la madre y se obsequiaba a las combatientes que eran madres, y afirma que llegaron a entender la *“intima vinculación de las necesidades y conveniencias operativas con las realidades humanas”*, entre las que se encontraba el afán natural de perpetuar la especie y proyectarse en un nuevo ser.

Durante la guerra la presión para no embarazarse fue desigual. Por un lado, a las guerrilleras (tanto rurales como urbanas) se les hizo saber que un embarazo era una baja y se les animó a posponerlos o abstenerse de ese deseo. Al parecer la línea partidaria era clara: no debían embarazarse bajo ninguna circunstancia y si lo hacían, debían abortar o tener el hijo y dejarlo a cargo de alguien o... desertar.

Aunque no se hablaba de este tema en las reuniones de los equipos (*“siempre había otros problemas más importantes que la vida de las mujeres”*, dice Laura), los mandos se las arreglaban para dejar establecido, con más firmeza en el caso de las comandos urbanas, que las mujeres no podían compatibilizar sus tareas con quedar embarazadas. Como resultado de conversaciones generalmente privadas y “discretas” con sus responsables, las candidatas a futuras guerrilleras terminaban aceptando que salir embarazada implicaba dejar de actuar, aun cuando en algunos casos aquéllos les dijeron que la decisión de embarazarse era, en última instancia, personal.

“Pedimos permiso para casarnos y nos lo dieron. Nos dijeron que por la estructura militar en que yo estaba no podía salir embarazada pero que en última instancia era

una decisión personal nuestra; entendí que no podía andar en actividades militares y embarazada porque era un riesgo, y ellos lo hacían ver perfectamente bien” (Sonia).

A las mujeres de la población civil, en cambio, se les animaba a tener muchos hijos, según cuentan ellas. *“Ellos nos decían siempre: ‘tengan muchos niños porque vamos a necesitar más brazos para agarrar los fusiles’”*. Sin necesidad de esa indicación, ellas ya tenían un índice de fecundidad bastante alto: entre las veinte mujeres entrevistadas de este grupo parieron 107 hijos e hijas, además de un gran número de abortos espontáneos y criaturas muertas en los primeros meses de vida.

La idea de que el cuidado de las criaturas es una tarea exclusiva de mujeres está tan firmemente arraigada en la dirigencia del Frente que a aquellas mujeres que les brindan apoyo logístico en las zonas bajo control y extienden hasta los y las combatientes su cuidado maternal, las llaman “madres” y se relacionan con ellas como tales.

“Ellos nos decían ‘madres’ cuando nosotras llegábamos a moler, se alegraban cuando llegábamos, madrecita por aquí, madre por allá, daba gusto llegar y ver cómo nos querían” (Ana, todas sus hijas e hijos se integraron en la guerrilla).

Las colaboradoras de la población civil iban a ser las más fieles representantes del ideal materno, eran madres que se sacrificaban por los guerrilleros y guerrilleras, abnegadas mujeres que consagraban y ponían en riesgo su vida por ellos y ellas. Este vínculo madre-hijo se refleja, por ejemplo, en el lenguaje: los guerrilleros las llaman “madres” y ellas les dicen “los muchachos”.

En esta denominación, además de la referencia a la juventud de los combatientes, hay una carga afectiva. Llamarles “muchachos” era una forma de mostrar simpatía camuflada con un cierto toque materno, ya que esa expresión aludía a los hijos e hijas jóvenes que se habían enmontañado y hacia los cuales no podían desplegar su cuidado maternal.

Es interesante observar que cuando algunas entrevistadas hacían referencia a una anécdota o situación de molestia con los guerrilleros, no los llamaban “muchachos” sino que les decían “los señores guerrilleros”, estableciendo con ese apelativo una clara distancia afectiva.

Parece evidente que la exaltación de las virtudes maternas, lejos de cuestionar el imperativo de la maternidad para ellas, busca atraerlas a la lucha. Nuevamente las necesidades urgentes determinan comportamientos que van a contribuir a reforzar la identidad y roles femeninos tradicionales. Importa más que ese sector de la población sea maternal que combatiente, al fin y al cabo, como dijo Facundo Guardado, *“la guerra es cosa de hombres y las mujeres por más que se esfuerzen nunca van a jugar el mismo papel”*.

Con esta clara división de tareas, lo que les tocaba a las mujeres era sustituir el ejercicio de una maternidad individual por una colectiva. Esta separación entre la maternidad biológica y la social -que podría haber dado lugar a una reconsideración de la supuesta naturalidad del papel de las mujeres como cuidadoras de la prole-

no es, a nuestro juicio, consecuencia de una reflexión sobre el tema sino una práctica funcional a las necesidades de la guerra. Al FMLN le importaba tanto que las madres no se opusieran a que sus hijos se incorporaran a sus filas, como que ellas mismas colaboraran; animándoles a asumir formas colectivas del ejercicio del maternazgo, algo así como una “maternidad social”, se aseguraban alcanzar ambos objetivos.

Y para lograrlo no solo hicieron discursos. En narraciones, cuentos y versos se habla de la necesidad de que las madres se olviden del hijo individual y se dediquen al esfuerzo colectivo de apoyar a todos los muchachos. El siguiente es el fragmento de un diálogo de la “Canción de Cuna en el Guazapa” (editado en una colección de cuentos y relatos llamada “Los guerrilleros de Chinchontepec y el Guazapa”), en el que se describe un diálogo imaginario entre una madre que acaba de descubrir que su hijo pequeño se incorporó a la guerrilla y un militante del FMLN:

“Mira cómo trabajan las camaradas madres, con alegría, con una moral elevada, con audacia, sabiendo que la mayoría de ellas tienen incorporados en el destacamento rojo, tres, cuatro o cinco cipotes rojos. Y no es que sea menos sensible que vos. Sufren la separación, pero esa es la única condición para sobrevivir y vencer, luchar...”

-Sí, todo esto lo entiendo, camarada, sí, tal vez en mí vive la concepción burguesa del amor materno. Eso, eso debe ser...

-Existen resabios de la vieja sociedad en cada uno de nosotros y hay que pugnar por superarlos. Todos los camaradas cuidan de él. Y a pesar de todo no te niegan...

-Sí, camarada, así lo entiendo. Seré más fuerte. Esperaré el nuevo día y soñaré en esta noche fría con mi lindo cipote...”

Las actitudes e ideas del FMLN sobre la maternidad no cambiaron durante la guerra ni generaron cambios en las mujeres. La sobrevaloración de la función materna como responsabilidad exclusiva de las mujeres trajo como consecuencia que estas reafirmaran la idea tradicional de que la obligación primordial de la feminidad es la maternidad.

El deseo de ser madres y su realización

A pesar de la línea desalentadora del FMLN con relación a los embarazos, la mayoría de las mujeres entrevistadas que no tenían prole al empezar la guerra, quedaron preñadas y llevaron a término su embarazo durante esta época.

Veintiocho de las entrevistadas ya eran madres al iniciar la guerra, dieciséis de ellas volvieron a parir en esos años. De las treinta y dos mujeres que no eran madres al incorporarse al Frente, veintiuna se embarazaron estando acampadas, en la población civil o participando en los comandos urbanos. El hecho de que seis de cada diez guerrilleras y/o colaboradoras entrevistadas se embarazaran durante los años del conflicto muestra que pesaba más en ellas el mandato de la feminidad tradicional que las políticas del FMLN.

Aunque todas reconocen que lo más duro de su experiencia participativa tuvo que ver con su relación con hijos e hijas, varios elementos influyeron para que no quisieran o pudieran posponer sus embarazos. Por un lado, la prole representaba un motivo para seguir en la lucha, el riesgo de morir les hacía desear que al menos “algo de ellas” quedara vivo. Este sentimiento era reforzado por sus compañeros y sus madres. Por otro, también contribuyó el que no siempre ni todas contaran con anticonceptivos y supieran hacer uso de ellos correctamente; además, el aborto era una alternativa poco deseable para la mayoría.

Llama la atención que casi todas dijeron haber recibido presión por parte de sus compañeros para quedarse embarazadas. Frases como “*yo no tengo a nadie*”, “*quiero que me quede un hijo por lo menos*”, “*si me muero qué queda de mí*”, son recordadas por las mujeres como peticiones que los hombres les hacían para que se embarazaran, sus madres -y las de ellos- también les decían “*si te vas a morir quiero tener un recuerdo tuyo*”.

“Cualquier muchacho guerrillero quería que su compa tuviera un hijo porque ‘si me van a matar cualquier día, hoy, mañana, dentro de una hora, decían, que quede un hijo’. También tiene su connotación machista, porque ante todo pensaban que lo importante era que su sangre quedara. Las mujeres estábamos siempre con esa presión” (Esperanza).

Algunas contaron que estando embarazadas y sin desear tener al niño, la muerte de su compañero las decidió a no interrumpir el embarazo pues sentían que estaban traicionando a quien había dado la vida en la lucha y que su deber era “tenerle el hijo” para que no quedara en el olvido.

“Me dejó una carta; en ella me decía que me quería y que me dejaba unas vitaminas para que el niño creciera fuerte, también me dejaba dos pistolas: una para mí y otra para que se la diera a su hijo si es que él caía. No lo volví a ver y a los pocos días me enteré de que había muerto. Eso me hizo decidir continuar con el embarazo” (Soledad).

Llama la atención el profundo convencimiento de las y los militantes del FMLN sobre lo que sería el porvenir de sus descendientes: solo los imaginan siguiendo sus pasos, tomando el fusil y sumándose a su lucha. Parece como si sus convicciones políticas pudieran ser transmitidas por vía genética, cual título nobiliario, y no pasa por su cabeza la posibilidad de que las criaturas por nacer tomen en el futuro sus propias decisiones de manera autónoma.

Sin embargo, hay una diferencia en el deseo de hombres y mujeres. Según cuentan las entrevistadas (no podemos confirmarlo con los testimonios de los hombres), ellos eran conscientes de que tenían una alta posibilidad de morir y precisamente por eso pedían un hijo, pero les bastaba con dejar embarazada a la mujer y después poco o nada se ocupaban de la criatura.

En cambio, para las mujeres este deseo de embarazarse se veía mediado por la preocupación de garantizar el cuidado posterior de las criaturas. Si ese cuidado no lo tenían garantizado tenían varias

opciones; una era no tener descendencia, por esta opción se inclinaron sobre todo las mujeres urbanas, tanto jóvenes como adultas. Consideraban que era demasiado el riesgo que corrían como para exponer a una criatura; también sabían que esa maternidad iba a limitar su participación. A medida que crecía el riesgo que corrían, disminuía su deseo maternal; así, por ejemplo, la mitad de los comandos urbanas entrevistadas se negaron conscientemente a tener hijos durante la guerra.

“Yo no pensaba tener hijos porque quería exponerme yo, pero no exponer a otra gente. Yo tenía un compañero, pero pensaba que si no estaba casada y me mataban él podía seguir su vida. Tampoco quería dejar hijos si me pasaba algo... además, él tampoco quería hijos porque la vida que compartíamos era mínima, una vida de vecinos donde las relaciones sexuales eran al mes o a los dos meses. Mi vida estaba dedicada a la organización, no a la familia” (Yanira).

Cinco de las once entrevistadas se embarazaron y tuvieron hijos e hijas mientras eran comandos. Solo una de ellas relata que la experiencia de su embarazo -ocurrido en los meses cercanos a la ofensiva de 1989- fue tranquilo y agradable; las otras cuatro mujeres hablan de ellos con una fuerte carga de resentimiento hacia el partido, a causa de las presiones sufridas para que abortaran y la marginación de la que fueron objeto cuando desoyeron la orientación. Todas ellas se sintieron abandonadas por la organización y la mitad dejaron la militancia partidaria por esta razón.

“En cuanto me embaracé mi responsable dejó de verme; le mandaba notitas, le hablaba, hacía de todo para conectarme con él y simplemente fui abandonada sin mediar palabra. También me fue quitado mi estipendio de sobrevivencia desde el momento en que supieron que estaba embarazada. A los tres meses tuve amenaza de aborto y tuve que estar en cama y comprar medicamentos, y ahí fue aún peor porque ni se asomaron. Mi compañero vio esa actitud como algo natural, en cambio yo sentí que eran muy utilitaristas y eso me llevó a replantearme todo lo que yo había hecho con ellos, a sentir que me habían utilizado toda una vida entera... Lo peor fue que el responsable apareció cuando el niño tenía seis meses a ofrecerme trabajo, lo mandé al diablo, así de sencillo, le dije que no era un objeto, que me habían utilizado y botado, y bueno... ellos tienen explicaciones para todo” (Laura).

Las que no quisieron o no pudieron posponer ese deseo (sobre todo las mujeres de origen campesino) se aseguraron de que familiares o amigas cuidaran a las criaturas mientras ellas regresaban al frente u optaron por desertar asumiendo el costo y el riesgo que eso les implicaba.

Al principio de la guerra las combatientes pudieron alumbrar y mantenerse con sus hijos en los campamentos. Pero con el incremento de los ataques aéreos y los bombardeos, más las penurias que pasaban para conseguir alimentos, debieron desprenderse de los hi-

jos, y esto las colocó ante la necesidad de buscar dónde dejarlos. Para algunas fue posible llevarlos con sus familias, otras optaron por entregárselos a gente amiga; más adelante el FMLN impulsó la creación de guarderías donde se cuidaban los hijos de las combatientes, sobre todo de aquellas que no tenían la alternativa de recurrir a la familia, por ejemplo, las extranjeras, o habían roto sus relaciones familiares por su decisión de ingresar al Frente.

“Yo no sabía qué hacer con mi hijo, no tenía dónde dejarlo y empezó un terrible calvario para él y para mí, aunque creo que fue peor para el niño. No tenía leche para darle y se puso desnutrido, entonces lo sacamos a Honduras donde un colaborador que cayó preso a los quince días; lo llevamos a otra casa con una mujer bellísima, pero a la que el marido le pegaba por andar cuidando al hijo de una guerrillera. El niño estaba muy mal y lo llevábamos de un lado a otro. Lo dejé con unos compañeros del partido y fue peor: le daban lo mínimo, lo tenían en un apartamento donde solo había hombres... Todo eso es algo que a mí me queda como resquemor, es una crítica que le tengo al Frente” (Mariana).

La conciencia de que tenían que cargar solas con la responsabilidad de sus criaturas a muchas les producía gran coraje, pero no tenían argumentos ni fuerza para oponerse a esa situación y comprendían que era parte de la guerra.

La maternidad también fue un recurso para salir de la zona de guerra. En la segunda mitad de la década del 80, cuando ya no se podía imponer las mismas condiciones de disciplina de años atrás, las combatientes buscaban embarazarse para tener un descanso.

“Yo salí embarazada allá en el frente, estábamos planificando pero dejé de planificar. Tenían en la mente que hiciera eso, que abortara, pero ya tenía muchos meses de embarazo porque yo esperé todos esos meses para informar. Es que uno se aburría tanto de estar ahí, no salía para ninguna parte, no veía la luz del día, no salía de la montaña, tal vez por eso lo hice, para salir” (Lucía).

Anticoncepción y aborto

La anticoncepción fue una medida totalmente asumida por el FMLN, planteada incluso de manera coercitiva en ciertos casos. En algunas unidades, y dependiendo de la situación militar, se daban charlas de educación sexual y se enseñaba el uso de los anticonceptivos. La regla general era la colocación del dispositivo intrauterino o la entrega de pastillas como parte de las provisiones generales (de cigarros y azúcar, por ejemplo), dejando al libre albedrío de las muchachas el tomarlos.

“Las sanitarias les decían: ‘mirá, te voy a dar estas pastillas’ y ellas se reían y decían: ‘yo esto no me tomo’. Sabíamos que sí se las iban a tomar, pero querían públicamente

dejar sentado que ellas no hacían eso porque era pecado, porque era matar” (Gloria Castañeda).

La presión por la anticoncepción iba dirigida sobre todo a las mujeres. No se intentó seriamente que los hombres controlaran su capacidad fecundadora, con lo que el embarazo y la responsabilidad de evitarlo siguieron siendo temas y preocupaciones de las mujeres.

“Nunca se hicieron esfuerzos serios por meter condones a los campamentos, a veces sí llegaban y allí se dejaban, pero sí se hacía todo lo necesario por meter cajas de pastillas anticonceptivas” (Ernesto Zamora).

En el impulso de esta política de anticoncepción, el elemento determinante es más la necesidad de no ocasionar bajas al ejército guerrillero que el cambiar patrones de conducta o hacer efectivo el derecho de las mujeres a decidir sobre su cuerpo y su capacidad reproductiva.

En la práctica se reforzó la idea de que la concepción era un asunto de ellas y no de la pareja -por otro lado, inestable- y los hombres siguieron siendo libres para el ejercicio de una sexualidad irresponsable. Ellos no se iban a ir del frente en caso de embarazo, por tanto, no tenían que tomar medidas para evitarlo. La excepcionalidad de los guerrilleros que optaron por hacerse la vasectomía reafirma esta idea.

“Solo se conocieron tres casos de cheros (hombres) que se hicieron la vasectomía, para el resto eso significaba una vergüenza, todos eran muy afectos a querer dejar su semillita sembrada, entonces todos querían ser papas” (Ernesto Zamora).

Los esfuerzos de los mandos por promover la anticoncepción femenina eran recibidos de distinta manera por las mujeres, según su procedencia. Las que provenían de la ciudad los aceptaban en general, ya que entendían que el embarazo era incompatible con sus tareas y antes que recurrir al aborto preferían tomar anticonceptivos.

“En los primeros años, si una mujer salía embarazada se decía que tenía problemas de moral y que había utilizado eso como una excusa para poder salir de la guerra, entonces algunas aguantamos esa situación. Para las que tuvimos responsabilidades más serias, era un problema de moral tener hijos. Yo tuve el DIU puesto todo ese tiempo. Había pastillas, inyecciones y preservativos, todo a la mano” (Marlene, se embarazó en 1990, cuando las negociaciones de paz ya estaban bastante avanzadas).

Las mujeres comandos urbanas eran conscientes de que el único camino para evitar el embarazo era “cuidarse” (tomar anticonceptivos) en las relaciones sexuales o, si no, abstenerse de tenerlas. Pero, a diferencia de las combatientes, ellas no tuvieron ningún apoyo partidario para adquirir métodos anticonceptivos, se daba por hecho que al estar en la ciudad podían acceder fácilmente a ellos.

Pero no siempre ocurrió así y cuando los anticonceptivos no estaban a su alcance -lo que les ocurrió a varias durante largos pe-

riedos- la decisión de no embarazarse implicaba largos periodos de abstinencia sexual o un rechazo aún mayor a emparejarse, siquiera temporalmente.

En cambio, las mujeres campesinas se sentían violentadas con la presión para que usaran anticonceptivos y, aunque varias los emplearon, el recuerdo que tienen es que fue una imposición y que se sintieron mal por eso. En la entrevista colectiva con las jóvenes guerrilleras de origen campesino todas comparten este sentimiento:

“La obligaban a planificar a uno, y no solo anticonceptivo sino pastillas, inyecciones, el aparatito y todas esas cosas”, comenta Mary.

“Es verdad, pero teníamos que hacerlo porque si una salía embarazada los niños sufrían, entonces por eso yo hacía caso de lo que me decían, para no ver los niños sufrir, pero en el fondo pensaba que no estaba bien”, señala Lidia.

“Yo nunca planifiqué, dice Elizabeth, porque me caía mal, me agarraba dolor de cabeza, de cuerpo, me regañaron cuando salí embarazada. Me dijeron que me lo iban a sacar y yo les dije que no, yo no quise.”

A este rechazo de las jóvenes hacía la anticoncepción se suma el de las colaboradoras de la población civil, para quienes los métodos anticonceptivos eran un mal necesario de la guerra, pero hacían todo lo posible por evitarlos -las que estaban en edad reproductiva- y porque sus hijas los eludieran todo lo que pudieran. La política del FMLN de impulsar la natalidad entre las mujeres de la población civil contribuía también a que rechazaran la anticoncepción.

“A nosotras nunca nos explicaron ni nos dieron anticonceptivos, eso era para las que estaban en los campamentos. A las combatientes les ponían pastillas, inyecciones, a saber dónde conseguían las medicinas pero se las ponían; a nosotras nos decían de tener muchos hijos porque se necesitaban manos para agarrar los fusiles” (Carla).

Al hablar sobre anticoncepción en la entrevista colectiva, las colaboradoras se mostraban comprensivas con las muchachas jóvenes que controlaban su fecundidad, pero su actitud era firme con respecto a ellas mismas y a sus hijas. Una tras otra fueron arrebatándose la palabra para afirmar con cierto orgullo que, a pesar de las adversidades y pobreza, nunca habían recurrido al uso de anticonceptivos.

“Yo nunca he planificado y mi esposo nunca quiso tampoco que planificara”, dice Magdalena.”

“Yo tampoco ni mi hija, se apresura a señalar Teresa, tengo diez hijos y tres que se me cayeron (por abortos espontáneos) pero de esterilización nada.”

“Yo tuve 17 hijos -dice Dolores con orgullo y las demás lanzan exclamaciones de admiración-, hasta la vez tengo seis vivos y once muertos, pero como antes no había nada de eso... esos son los hijos que Dios me dio.”

Si ya era grande el rechazo a los anticonceptivos entre las mujeres del campo, mucho mayor lo era a la interrupción del embarazo. Las mujeres no la veían como opción válida, ni siquiera cuando se lo sugerían sus compañeros, preferían dejarlos antes que abortar.

Las colaboradoras de la población civil se mostraron reacias a hablar sobre la práctica del aborto en los frentes guerrilleros. Señalaban que ellas solo sabían de rumores, que se decían de algunas mujeres que se lo hacían pero que ellas nunca vieron ni supieron nada, ya que de haberlo sabido hubieran estado totalmente en contra. La misma posición expresan las jóvenes campesinas que estaban acampadas. Cuando alguna de ellas salía embarazada prefería arriesgar su vida y morir junto con la criatura que estaba en su vientre antes que abortar.

“Nunca pensé en abortar pero tomé una decisión bien negativa porque cuando salgo embarazada y veo que ya no quería y no me sentía preparada pedí ir a combate, pero no era como una convicción sino que era algo como querer deshacerme de él, quería que me mataran pero no lo hicieron y tuve el niño” (Elizabeth).

Este rechazo de las mujeres del campo al aborto hizo que la práctica del mismo fuera clandestina y selectiva. A diferencia de las políticas de anticoncepción, que se hacían públicas, la dirigencia y las propias mujeres que interrumpían su embarazo procuraban que no se supiera. Como dijo Margarita Villafranco: “la mujer que se lo hacía se lo guardaba para ella”.

Estaba claro que cuando mayor era la responsabilidad política de la mujer más imperativa era la obligación de abortar. Ellas sabían que, si se embarazaban y tenían la criatura, el partido las sancionaría y su desarrollo político quedaría frenado.

“El mío era un embarazo de alto riesgo, cuenta Lorena, y era la única oportunidad que tenía de ser madre así que decidí tenerlo. Algunos compañeros me apoyaron, otros no. Había tomado la decisión de tenerlo independientemente de cuáles eran los costos políticos que podía pagar y sí que los pagué, porque en el momento de salir embarazada yo pertenecía a la conducción política del frente y era una de las pocas médicas que andábamos allí; era una baja en la conducción política y una baja también en la conducción técnica, y por esa decisión fui relegada políticamente.”

Dos de las guerrilleras entrevistadas eran médicas y narraron la presión que recibían de los mandos para practicar abortos, aún en contra de la voluntad de las mujeres embarazadas. Ellas no siempre tenían la posibilidad de actuar según sus convicciones, aunque en ocasiones se atrevían a desatender las indicaciones recibidas.

“Yo era de la idea de que había que educar a la mujer para tener sexo responsable, es decir, que buscara un método anticonceptivo, cualquiera que fuera, y hablarle a la pareja para que ella no saliera embarazada constantemente y estarle haciendo los legrados, porque sí era una orden la de interrumpir los embarazos. Pero yo en lo personal, si la mujer no estaba convencida no se lo hacía, aunque me estuvieran obligando los mandos porque al respecto sí había una línea definida” (Lorena).

Las mujeres de procedencia urbana eran un poco más tolerantes con la idea del aborto y hubo quien lo hizo voluntariamente. Tres de las once mujeres de los comandos urbanos abortaron voluntariamente durante la guerra. Tal parece que su convicción sobre la incompatibilidad de la maternidad con el trabajo clandestino fue lo bastante sólida como para animarse a interrumpir sus embarazos, a pesar de las difíciles circunstancias de clandestinidad y represión en que vivían, y de sus creencias religiosas.

“Hasta ahora lo voy a decir por primera vez, ni mi familia lo sabe, pero yo me embaracé en el 89 y me tuve que practicar un aborto; fue difícil por la cuestión moral y espiritual pero sola me lo trabajé y lo hice” (Rosario).

En los frentes guerrilleros los abortos siguieron la misma lógica que en el resto de la sociedad: secretividad, culpabilización para las mujeres que se lo practicaban, silencio, riesgo de vida en las mujeres; en resumen, asuntos de mujeres que no merecían mayor atención.

El cuidado de los hijos e hijas

Si el embarazo era una causa de constantes conflictos, no lo era menos el cuidado de las criaturas. La idea generalizada de que los hijos son de las madres y su cuidado es asunto exclusivo de ellas, nunca fue cuestionada por el FMLN. Hubo una separación de la función procreadora (biológica) y la función maternal (cultural) como necesidad de la guerra, pero fue desaprovechada la oportunidad de cuestionar este *continuum* en la vida de las mujeres.

Una consecuencia de esta separación es la total desconsideración que se tiene para con los sentimientos de las madres biológicas desde el momento mismo del embarazo. Esta desconsideración es vivenciada por las mujeres como la peor experiencia durante la guerra, la que más resentimientos les ha creado, desde donde hacen el peor balance y se juran a sí mismas no repetir; en no pocos casos es lo que les llevó a dejar la militancia en el FMLN.

“Salí embarazada en los días de la ofensiva y me tuve que ir para el frente, fue difícil andar en las guindas con la panza bastante grande y correteando de allá para acá; cuando las cosas se calmaron pedí volver a la ciudad y ahí empezó la descoordinación con los compañeros, me convocaban a reuniones y no llegaban. Hubo un compañero que me dijo ‘ahorita no podés ayudar en nada, anda a tener tu hijo y cuando ya podás trabajar te insertas’. Eso fue un golpe duro para mí, sentía que la organización me había abandonado, no tenía para comida ni para pasaje, tuvo que ser mi familia quien asumiera todo. Cuando nació mi bebé estaba muy resentida, mi compañero me encontró cambiada, yo le dije ‘no me volvés a hablar ni de organización ni de nada’” (Claudia).

En torno a esta vivencia no se presentan diferencias ni por edad ni por extracción social. Todas, jóvenes y adultas, urbanas y campesinas, sienten que el tener que dejar a un hijo recién nacido o muy pequeño es una marca para toda su vida y no encuentran ningún paliativo para sus culpas.

“No sabían lo que dolía dejar un hijo, ellos no sentían, una sí sentía. Cuando tuve a mi niña, a los 3 meses llegaron a pegar el primer toque, les dije que no, que yo a mi niña no la dejaba. Cuando tuvo los 14 meses ya fue una orden bien estricta, si no me regresaba tenía que irme de allí donde vivía. Yo dejé a mi niña, pero con sentimiento. Ellos solo decían ‘venite’, pero no sabían si la niña se vestía o tomaba pacha (biberón)” (Lidia).

Algunas mujeres, sobre todo las de procedencia urbana, aunque se sentían culpables por seguir la instrucción de dejar a sus hijos e hijas recién nacidas, tratan de reconciliarse en la actualidad consigo mismas argumentando que no tenían otra opción y abonando a su favor el hecho de que buscaron las mejores condiciones que estaban a su alcance para dejar a sus criaturas. Una experiencia común entre ellas es que antes del nacimiento del bebé, la convicción de que tenían que dejarlo parecía muy firme, pero disminuía cuando tenían que concretar la separación. Aunque en aquellos momentos no vivieron ese hecho como un abandono de su responsabilidad materna sino como la única opción que les dejaba su compromiso político, con el paso del tiempo se sienten culpables y reniegan de sus convicciones de entonces.

“En mi vida lo que más me ha costado es separarme de mi hija. Cuando yo decidí que iba a entrar al Frente, personalmente lo quería hacer, pero tenía una contradicción, pues por un lado quería hacerlo y por otro no quería dejar a mi hija. Yo calculé que iba a ser más fácil, no imaginé lo difícil que me iba a resultar, yo creo que no había tomado realmente conciencia de lo que significaría la separación. Ir al frente es como ponerte a prueba de lo que vos podés dar y para mí fue muy difícil. No digo que lo que hice no fue importante ni que no fuera positivo, pero hay momentos en la vida en que definir las prioridades es algo terriblemente doloroso” (María Elena).

La separación de la función biológica de parir y la función social de cuidar, ocasiona una sobrevaloración de esta última, pero más como un hecho que como una concepción. La prueba de ello es que, una vez terminada la guerra, el FMLN se ha inhibido totalmente de cualquier planteamiento en torno a la maternidad y de atender los desgarros del reencuentro entre madres e hijos.

Algunas mujeres pensaban que el FMLN, por ser una organización de izquierda y por ver como sobrevaloraba la función social de las mujeres como cuidadoras, tenía aseguradas una serie de medidas para cuidar a su prole. Para una de las entrevistadas eso fue lo que la animó a embarazarse, pensar que estaban dadas las condiciones para una crianza colectiva de los niños y niñas.

“Yo decidí embarazarme ya teniendo planificado entrar al frente, pero fui un poquito ingenua. Pensé que el FMLN había resuelto lo de la crianza colectiva, siempre me había parecido muy interesante y no reflexioné demasiado, pensé ‘estos deben tener algo resuelto’, me imaginaba que había estructuras colectivas, entonces cuando salgo embarazada estaba a punto de entrar, pero no dije nada porque me imaginaba que si lo sabían no me iban a dejar entrar y ya llevaba meses esperando, sencillamente no dije nada. Ya estando en el frente vi que no había nada colectivo para la crianza ni para nada, cada quien resolvía como podía” (Mariana).

A partir de un determinado momento, sobre todo cuando ya fue imposible mantener a las criaturas en los campamentos por los aterrizajes helitransportados, el FMLN se vio obligado a crear guarderías para los hijos de sus combatientes. Llama la atención que a pesar de los problemas económicos que tenía, el Frente dedica recursos humanos y materiales al cuidado colectivo de niñas y niños; pero esta práctica para nada cuestiona la función materna y, por supuesto, las guarderías están a cargo exclusivamente de mujeres. Se refuerza con ello la tradicional división de roles entre mujeres y hombres.

“Se dio la política de las guarderías, entonces lo que se hacía era que la chamaca que paría se iba a dejar su hijo a la guardería de San Salvador, se le daban los contactos, pero ella estaba obligada a regresar. En esas guarderías se les daba todito, se sabía que esos eran los hijos de los combatientes, muchos niños se criaron ahí” (Héctor Acevedo).

Esta salida, aunque importante para esos momentos, creó -en la ya de por sí débil conciencia masculina sobre la responsabilidad paterna- una nueva excusa para no poner límites a su capacidad de engendrar hijos con los que después no tenían una mayor relación afectiva ni de otro tipo.

“El papa era el partido, el combatiente no recibía ningún salario en el frente de guerra y a lo más que se podía llegar era que el tipo reconociera que ese era su hijo, pero responsabilidades económicas y familiares no podía tener; eso sí, se le exigía que cumpliera sus responsabilidades afectivas” (Manuel Melgar).

Las guarderías tenían una capacidad restringida. Para las mujeres del campo la manera más frecuente de resolver el cuidado y la sobrevivencia material de las criaturas era recurrir a la familia de la mujer, “encargársela” a la abuela materna; sin embargo, en muchos casos esta no existía -fuera porque había fallecido en alguna masacre o bombardeo o por encontrarse incorporada la guerrilla- por lo que había que recurrir a la familia del padre o a otros familiares o conocidos. Aunque esto pudo significar un grave recargo para las mujeres que asumían esa tarea, parece ser que ese tema, inicialmente, no causó demasiada preocupación.

En caso de no poder resolver el cuidado de las criaturas de manera individual, quedaba el recurso comunitario, es decir, que

las poblaciones civiles de la zona bajo control guerrillero se hicieran cargo de ellas.

“Los recursos del frente siempre fueron bastante limitados, anduvimos casi ‘coyol quebrado-coyol comido’, no ajustábamos, por mucho que se hubiera querido hacer no ajustaba, entonces lo que se hacía era buscar a través del poder popular, o sea, el movimiento de masas, que los comisarios políticos se preocuparan un poquito por la mujer embarazada y por los niños” (Gloria Castañeda).

Se hicieron algunos intentos de que los poderes populares distribuyeran parte de la producción entre esas mujeres y otros sectores desprotegidos de la población: personas ancianas o enfermas, mujeres viudas; sin embargo, la buena voluntad del FMLN se veía limitada por la prioridad del combate, lo que significaba que los recursos tenían que cubrir en primer lugar las necesidades de alimentación del ejército guerrillero.

Según la dirigencia entrevistada, algunos muchachos sentían el compromiso de cumplir con su rol proveedor, sin embargo, no encontraban apoyo en la organización pues esta consideraba que su deber principal no era con su familia individual sino con la causa común.

“Muchos compañeros, en momentos de estabilidad, se desertaban y se iban a las poblaciones a sembrar en carrera un pedacito de milpa para dejarle a la chamaca y a la mamá y se subían de regreso al campamento. Algunos asumían su responsabilidad de proveer algo, aunque les costara sanciones, porque iban a por ellos y los regresaban amarrados” (Gloria Castañeda).

Los deseos que hubieran tenido algunos hombres de hacerse cargo de su prole o de apoyar a las madres se veían coartados por estas sanciones y por un discurso ideológico según el cual, distraerse de la tarea por preocupaciones familiares era casi una traición. Esto funcionaba para todos los hombres, también para los hijos a los que sus madres les reclamaban algún apoyo. Las obligaciones familiares de los combatientes no eran prioritarias y los jóvenes así lo aprendían; a las madres eso les dolía, pero tenían que aprender a resignarse.

“Yo le puse el ejemplo de una señora que vivía frente a mí y que su hijo estaba acampado, pero a los días yo lo veía en su casa, ‘yo quisiera que así hiciera usted como fulano que viene con su mamá a ayudarle’. ‘Así no voy a poder mama, me dijo, esos son parásitos y cuando estén escogiendo a los jóvenes, como cuando eligen el maíz, van a separar el choco del bueno, así va a pasar con ellos, usted haga de cuenta que ya nos morimos y váyase para San Salvador’” (Araceli, sus siete hijos se incorporaron a la guerrilla).

Como resultado de estas prácticas, los hombres tenían en la organización un sustituto de su función proveedora; además, ante una figura materna tan valorada y resaltada, la figura paterna se difuminaba. Dado que los hombres no se pueden hacer responsables

de los hijos que engendran porque no tienen con qué cumplir su función proveedora, las mujeres tiene que ocupar también ese lugar. Los hombres tenían que pelear por la patria y no podían distraerse con otro tipo de responsabilidades. La madre se presenta como una figura más omnipotente que nunca.

Aquellas mujeres que, a pesar de la adversidad de la guerra y las políticas del FMLN, intentaron compatibilizar su compromiso político y la maternidad, tuvieron también serios problemas. Algunas de ellas optaron por ejercer la función biológica de embarazarse y parir, pero desistiendo de ejercer el cuidado de sus criaturas y cediendo su cuidado a familiares o amistades cercanas.

“Yo me preparé psicológicamente durante todo mi embarazo: tenía que dejar lo que tuviera y regresar al frente. Dejé a mi hijo de ocho meses, ya había arreglado con mi familia y pedí que de nuevo me mandaran al frente. La preparación que tuve durante el embarazo fue de auto reforzamiento, mi mayor ejemplo habían sido las mujeres que habían tenido sus hijos y regresado al frente. En el momento de dejarlo sí fue muy doloroso, pero quizás me sentí como reconfortada porque quedaba en manos de mi madre y hermano, nunca pensé que iba a salir viva de todo ese trance, a tal grado que dejé a mi hermano y esposa como padres de mi hijo, hasta la vez ellos siguen siendo los padres legalmente” (Lorena).

Otras optaron por ejercer su maternazgo peleando permisos y poniendo a prueba la tolerancia de los mandos hacia ellas. Quienes mejor libradas salieron de esa batalla fueron aquéllas que poseían un nivel técnico (por ejemplo, las médicas) que las hacía difícilmente sustituibles, lo que llevaba a la dirigencia de su frente a hacerles ciertas concesiones. Sin embargo, estos fueron los casos menos frecuentes.

Las que menos problemas tuvieron fueron las campesinas de las poblaciones civiles puesto que ellas no tuvieron que separarse de sus criaturas. Sin embargo, en ellas surge otro problema: el reclutamiento forzoso o aunque no fuera forzoso, la convicción de que llegados a una cierta edad, sus hijos e hijas iban a querer irse a los campamentos porque habían crecido en medio de la guerra y lo veían como su única opción.

Así como se sienten convocadas por la guerrilla y acceden a colaborar cuando se les trata de madres, igualmente sienten rabia contra los muchachos cuando estos se llevan a sus hijos de 12 o 14 años. Este reclutamiento de adolescentes y niños sería el factor que más puntos le restaría a la guerrilla ante estas *mujeres-montaña* que la protegía y alimentaba, pero no querían que les arrebatara a sus hijos.

“Me llevaron al cipote grande, me lo arrebataron para llevarlo a la escuela de menores y a nosotros no nos andaban platicando nada, se lo llevaron y después decían que si uno no daba al cipote es porque estaba contra los mandos. Así fue como yo perdí a mis hijos porque no me tuvieron lástima, yo les decía que ese era el último que me quedaba porque ya se había muerto mi marido y aun así me lo quitaron” (Ángela).

Tanto rencor generaban las fuerzas armadas que masacraban y reclutaban a los hijos como los guerrilleros que se los llevaban desde pequeños para entrenarlos, con la diferencia de que las mujeres recibían argumentos que alimentaban su rencor contra las fuerzas armadas, pero recibían regañones por resistirse a dar a sus hijos a la revolución; su conciencia tenía que aprender a distinguir quién y para qué se los llevaba, aunque el vacío que sentían fuera el mismo.

El llamado que el FMLN les hizo, en tanto madres, tuvo un éxito total. No hubieran logrado el mismo nivel de participación si las convocaban en tanto ciudadanas o en tanto mujeres con necesidades propias; en cambio lograron su adhesión e involucramiento en cuanto aludieron al mandato genérico de ser cuidadoras emocionales de otras personas.

Los riesgos que corren sus hijos e hijas en la guerra son la mayor de sus preocupaciones. Ellas, como mujeres educadas para aguantar, piensan que pueden resistir todo lo que sea necesario, pero quisieran ahorrar todo dolor y sufrimiento a su prole. Con el transcurso de la guerra y la necesidad de brazos para el combate, entre hombres y mujeres de las poblaciones civiles se desata una sorda pelea por los hijos: ellos quieren llevárselos, ellas quieren retenerlos.

“Cuando el cipote ya estaba grande él le dijo ‘ahora te vas conmigo’. ‘No, le dijo el niño, porque yo a usted no le he costado nada, a quien le cueste es a mi mamá y si ella me pega que me pegue, pero yo con usted no me voy’. Los de Honor y Justicia le decían que tenía que ver por el niño, si no se quería incorporar y se iba a escapar de la escuela de menores” (Carla).

Hubo otros padres, minoría entre las parejas de las entrevistadas, que intentaron evadir la obligación de llevar a sus hijos a los frentes.

“Él quería que nos fuéramos para el refugio, ‘andate con los niños, me decía, andate ahora que están cipotes’. Pero no me tocaba, el mismo día que me iba a ir llegó el ejército y ya no pude salir” (Alicia).

Para las colaboradoras entrevistadas sus hijos eran su mayor tesoro, sobre todo si son varones, y una manera de defenderlos era dar su apoyo al frente, pero como hacer comida o servir de correo no les parece que tiene el mismo riesgo que andar con el fusil, temen la llegada del momento en que ellos tengan que partir. Algunas señalan que el buen trato que recibían por parte de la guerrilla tenía que ver con “ganarles la moral” para que no se resistieran al reclutamiento de sus hijos.

En el caso de las mujeres que fueron comandos urbanas, solamente dos de ellas ya tenían hijos al momento de incorporarse. La salida que le dieron a su maternidad fue incorporar a sus hijos e hijas de una u otra manera a las actividades clandestinas. Los cargaban como parte de su camuflaje en las acciones de seguimiento, les asignaban tareas de vigilancia en el barrio y, cuando no había más remedio, los dejaban solos en la casa mientras ellas salían a operar.

“Estuve de cerca en la actividad militar, cuando iba a haber una acción nosotros entregábamos las armas y las recibíamos después de la actividad. Mis hijos quedaban en la casa solos y ahí es donde yo siento que fue una irresponsabilidad por mi parte, tendría que haber garantizado que, si me sucedía algo, ellos podrían recurrir a alguien, pero no conocíamos a la gente de los equipos, ni sus nombres ni dónde vivían...” (Milagros, tenía a sus tres hijos bajo su cuidado exclusivo porque su marido cumplía tareas políticas en el exterior).

En algunas ocasiones pudieron contar con el apoyo solidario de amigas o vecinas para cuidarlos, pero en general ellas fueron “madre y padre” de las criaturas. Varias analizan retrospectivamente sus actuaciones y sienten culpa por haberlos sometido a excesivos riesgos, al anteponer las tareas al mandato materno de cuidarlos. Esa culpa es mediatizada por la ideologización y el alto grado de conciencia que tenían quienes asumían las tareas de mayor riesgo en la ciudad.

“En el año 89 pasé una experiencia bien dura. Mi casa la ocupábamos de bodega de armas, varios dormitorios desde el piso hasta el cielo lleno de armas de guerra y un día cerraron la colonia, traté de salir, pero los soldados no me dejaron, regresé a la casa y les dije a los niños que entraran a jugar al dormitorio y allí se quedarán... En la casa estaba un muchacho que había llegado del frente, sabíamos que de allí no escapábamos y dijimos ‘preparémonos’. Minamos la casa completamente y agarramos nuestras armas; lo único que pensaba era que teníamos que defender el proceso a como diera lugar. Pensamos que cuando ellos tocaran les íbamos a decir que entraran y al abrir iba a explotar todo, calculábamos que con todo lo que habíamos puesto se iba casi media cuadra... Vimos la tanqueta cuando pasó delante de la casa y escuchamos la voz de los soldados, desde ese momento dejé de pensar en la vida, ya no pensaba en nada... En eso escuché una voz que decía ‘qué pasa’ y los soldados que contestaban ‘mi teniente, nada más es una cuestión de rutina’ y la voz que le decía ‘aquí no queremos cateo’... La tanqueta empezó a caminar y se retiró... No sucedió nada gracias a que un militar vivía enfrente... Luego procedimos a desactivar todo... pero ahora sí pienso que fue una gran irresponsabilidad de mi parte, no me hubiera gustado que mis hijos murieran de esa forma” (Milagros).

El fin de la guerra significó también para las entrevistadas el término de las postergaciones y sacrificios referidos a la maternidad, consideraron que había llegado el momento de las madres: las que no tuvieron hijos se embarazaron lo más rápidamente posible y las que habían tenido que dejarlos, se apresuraron a recuperarlos. Estas últimas olvidaron que el vínculo madre-hijo/a se había roto, que se habían creado fuertes lazos afectivos entre sus criaturas y las mujeres que por largos años habían cuidado de ellas y que, por tanto, esa recuperación no iba a ser nada fácil.

Madres biológicas, madres sustitutas y menores han protagonizado situaciones dramáticas en el intento de las primeras por forzar el restablecimiento de relaciones tradicionales con sus hijas e hijos. Se resisten a entender y aceptar los sentimientos de las otras personas involucradas en estas situaciones y no tienen referentes ideológicos para tolerarlos. El FMLN ha guardado absoluto silencio al respecto y ha dejado que cada mujer resuelva como pueda los conflictos relacionados con su maternidad.

La dirigencia entrevistada comenta muy poco sobre este tema. Algunos señalan que ya no pueden hacer nada porque “*ya no es el momento de paternalismos y de estar resolviéndole todo a la gente*”; otros aceptan que es una realidad difícil que cada mujer debe tratar de solucionar lo mejor posible. Con alusiones abstractas y cierta incomodidad, algunas refieren sus propios casos como testimonio de que la problemática del reencuentro con hijos e hijas afecta a la militancia efemenista en todos los rangos. Otros, que no tienen testimonios propios que ofrecer, analizan el problema como parte de las dificultades de la posguerra, pero aceptan que nada de ello fue contemplado cuando se estaba en las negociaciones de paz.

Las mujeres entrevistadas que pasaron por este tipo de circunstancias afirman categóricamente que estarían dispuestas a repetir todo lo que hicieron durante la guerra, excepto dejar a sus hijas e hijos; consideran esa decisión la más dolorosa de todas las que tomaron y la única de la que se arrepienten.

“Que te pongan enfrente dos niños y no podás reconocer a tu hijo y que él no sepa quién eres, que no se te quiera acercar y que le diga mama a otra mujer y a tí cuando más tía, es algo por lo que yo no desearía pasar nunca. Lo di todo, me quedé sin ellos, creo que a ninguna mujer se le puede pedir más que eso” (Alma).

VIVENCIAS EN LA POSGUERRA

Acuerdos de Paz, desmovilización y reinserción

Eran las 12 de la noche del 31 de diciembre de 1991: la guerra llegaba a su fin. El año 92 se iniciaría sin bombardeos, sin disparos, sin más muertos. Llegaba la paz tan ansiada y tan reclamada por los sectores sociales no involucrados directamente en la confrontación.

¿Para qué sirvieron 12 años de guerra, setenta mil víctimas, millones de colonos en infraestructura destruida? ¿Qué obtuvimos de esta guerra? ¿Mereció la pena tanta muerte y destrucción? Estas y otras preguntas flotaban en el ambiente cuando llegó al país la noticia de que el 16 de enero de 1992, en Chapultepec (México) se firmarían, por fin, los Acuerdos de Paz.

Esa noche del 31 de diciembre las mentes y los corazones de buena parte de la sociedad salvadoreña eran un auténtico revoltijo: desconcierto, alivio, esperanza, desconfianza... Para buena parte de los guerrilleros y guerrilleras la paz negociada no era la meta por la que habían combatido durante tantos años. En la fantasía de la mayoría de integrantes del FMLN, el triunfo llegaría como en Nicaragua, entrando victoriosos en la Plaza Libertad de San Salvador, tomando el control total sobre el poder político estatal.

Sin embargo, la demostrada incapacidad de ambos ejércitos para destruirse mutuamente, el fuerte reclamo social a favor de la paz y las presiones internacionales (una vez concluidos los tiempos de la Guerra Fría) habían impuesto la negociación como única salida. Ésta se realizó durante dos años, con grandes esfuerzos, avances y retrocesos, conquistas y concesiones por ambas partes en litigio. En esos meses no había habido "ofensivas generales" ni aterrizajes aerotransportados, pero sí operativos con los que cada ejército trataba de hacer sentir al otro su poder destructivo, con el fin de sacar ventaja en la mesa de negociación.

"*Los acuerdos fueron la mejor salida, aunque no era la deseada*", expresa María Elena, reflejando bastante certeramente el sentir colectivo de la gente que había demostrado estar dispuesta a morir por la revolución prometida por el FMLN.

La llegada de la paz generó sentimientos contradictorios en muchas de las mujeres entrevistadas. Si bien todas dicen que sintieron alegría por la firma de los acuerdos, muchas no pudieron evitar que esta emoción fuera acompañada de dudas sobre el alcance de lo logrado y temor de que la paz no fuera sostenible. Tenían claro su cansancio y el de la población, no querían más guerra pero, para las más conscientes, el futuro no aparecía claramente dibujado. ¿Los Acuerdos de Paz harían posible los cambios por los que tanto se habían sacrificado?, era una pregunta sin respuestas ciertas en aquellos días.

Las mujeres campesinas que colaboraron con la guerrilla coinciden en señalar que la noticia de la firma de los Acuerdos de Paz fue la mayor alegría de sus vidas. Sintieron que se les abría una nueva vida, que iban a poder reunirse con sus hijos e hijas, que al fin iban a ver cumplidas las promesas que les hicieron los muchachos cuando comenzaron a colaborar. Ana es la más expresiva al recordar esos momentos.

"Es que yo no le puedo decir... Tanta fue la alegría que yo sentí que hasta me enfermé, era una cosa que hubiera querido andar volando, sentía que empezaba a revivir, iba a abrazar a aquellos muchachos que tenía años de no verlos, iba a poder venir a mi lugar, sentía que hasta quería enloquecer, lloraba de alegría y hubiera querido transformarme y de tanto que quería decir no pude hablar... Cuando se presentaron todas las columnas y dijeron que pasaran todos los que habían apoyado yo no podía caminar, sentía que me desmayaba, me tuvieron que detener para que no me pegara... Estuve toda la noche en pie, pero hablar no podía, hasta hoy (tres años después) siento ánimo de contar lo que sentí ese día".

Las mujeres que se incorporaron a la actividad armada convencidas de que solo mediante esa vía se lograrían los necesarios cambios, son las que más confusas se sintieron ante los acuerdos. Las guerrilleras de procedencia urbana combinaban la alegría de poder rehacer sus vidas, la esperanza de poder actuar en la legalidad y el escepticismo respecto al futuro inmediato. Buena parte de ellas expresan haberse sentido decepcionadas porque el alcance real de lo pactado estaba muy por debajo de lo que fueron sus ideales de cambio; confundidas al percatarse de que los beneficios de tanta lucha iban a recaer únicamente en unos grupos privilegiados; preocupadas por el futuro de la gente combatiente, a la vista de los magros programas de reinserción y entrega de tierras; desconfiadas de la voluntad del gobierno de cumplir lo pactado... Al igual que ellas, Esther, una campesina colaboradora del FMLN y miembro de una directiva comunal, señala que tuvo muchas dudas porque *“se estaban haciendo demasiadas concesiones en los acuerdos, sobre todo en relación a la población civil”*.

Varias de estas mujeres afirman que no supieron valorar en aquellos momentos el significado de los acuerdos y que se sintieron marginadas de toda discusión sobre los mismos porque fueron hechos y firmados *“a nivel de élite”*; igualmente señalan que la paz derivada de ellos ha sido *“manejada por cúpulas”* y que *“nadie fuimos consultados sobre en qué condiciones dejar las armas”*. Al hacer balance retrospectivo sobre los costos pagados y los logros alcanzados, una minoría opina que los acuerdos fueron en realidad una derrota del FMLN y que *“por la vía de las armas hubiéramos conseguido más”*. Otras, que entonces pensaron que con ellos se había logrado lo que se deseaba, hoy ya no están tan convencidas a la vista de que el proceso de paz con justicia y democracia no se logra consolidar.

La dirigencia entrevistada, en cambio, se muestra unánimemente convencida de la necesidad de la paz negociada. Es evidente que estar más cerca de los entretelones de la negociación disminuye su frustración por las limitaciones de los acuerdos. Sin embargo, después de más de tres años de pelear continuamente por su cumplimiento y a la luz de los conflictos internos en el FMLN después de las elecciones, se sienten con menos energía para defenderlos ante sus bases y, en ocasiones, se hacen eco de las inquietudes de las y los excombatientes. En algunos casos, el descontento con la manera de presionar para que se cumplan los acuerdos y las nuevas prioridades políticas del Frente les ha llevado a abandonar sus filas y a acrecentar sus críticas hacia las concesiones aceptadas en la firma de la paz.

En los primeros meses de 1992 se fueron conociendo los reales alcances de lo pactado y los mecanismos para su aplicación. A medida que el tiempo transcurría y no veían realizadas sus ilusiones de cambio, incluso en las mujeres más esperanzadas surgieron las dudas; empezaron a sentirse desconcertadas, a no saber exactamente qué era lo que se esperaba de ellas y, en muchos casos, a no poder adaptarse a la normalidad de la posguerra. Se preguntaban qué podían hacer, qué sabían hacer, qué les depararía finalmente la paz.

Para las campesinas colaboradoras del FMLN, las sorpresas desagradables comenzaron cuando las comisiones zonales del Fren-

te procedieron a enlistar a los potenciales beneficiarios del Programa de Transferencia de Tierras; aquéllas cuyos esposos o compañeros de vida estuvieran incluidos en las listas tenían vetado su propio acceso a la propiedad de tierras, por más que hubieran sostenido solas la producción de la parcela ocupada y hubieran alimentado con la misma a las columnas guerrilleras durante años. Por otro lado, el retorno de esposos, hijos e hijas a la casa les hizo aterrizar en una normalidad por largo tiempo olvidada: en los primeros momentos, la reunificación familiar fue un acontecimiento emocionante y motivo de alegría; pasados unos meses, pudieron constatar que, si bien ellas habían cambiado mucho, habían aprendido a organizarse y a ser valoradas por sus esfuerzos, en la cotidianidad reinstalada en el hogar nadie apreciaba su trabajo doméstico ni el cuidado emocional que prodigaba a sus seres queridos.

Para las guerrilleras de los frentes rurales, en cambio, el primer año de posguerra fue época de sueños e impaciencias. Mientras se mantuvieron en las concentraciones esperando la gradual desmovilización no sintieron los efectos de la nueva etapa que los acuerdos inauguraron: de todos modos, seguían viviendo en un campamento guerrillero, solo que ahora sin combatir. Los problemas que enfrentaron durante esos meses tenían relación con la inactividad forzosa y la inseguridad que les producía el reintegrarse a la vida civil, pues la mayoría no se sentía preparada para hacerle frente a una nueva forma de vida. Al mismo tiempo estaban ansiosas por reunirse definitivamente con sus hijos y sus familias. Muchas empezaron a hacer planes para regresar al estudio, concluir carreras que habían abandonado, buscar trabajo remunerado y, por sobre todas las cosas, recuperar a sus hijos. Pero debieron esperar a que la desmovilización total del FMLN a finales de 1992 les permitiera empezar a concretar sus aspiraciones.

Algunas de las guerrilleras de origen urbano pensaron que en el futuro inmediato debían quedarse en los lugares donde habían vivido y combatido los últimos años. Allí estaban sus recuerdos más felices, las amistades más profundas, la gente con la que habían compartido las mayores angustias y ahora, las mismas esperanzas. Además, el FMLN les había destinado a esas zonas y lo más lógico era seguir en ellas, realizando ahora otro tipo de actividades vinculadas a la promoción organizativa, la capacitación o el impulso de alternativas de sobrevivencia.

Para las campesinas jóvenes que habían pasado buena parte de su vida en refugios y campamentos, el fin de la guerra significaba la posibilidad de desplazarse sin temor a la represión, conocer la ciudad, vivir como una joven normal. La paz era vivida como algo mágico que les abría las puertas del mundo. Esperanza expresa así este anhelo: *“Estaba alegre porque ya iba a tener libertad, iba a conocer los pueblos porque no los conocía, no sabía andar en bus ni nada...”*

Los acuerdos establecieron diciembre de 1992 como la fecha tope en que los y las combatientes del FMLN debieran entregar sus armas y desmovilizarse totalmente. Esos meses fueron de gran tensión y expectativa para la mayoría de las guerrilleras entrevistadas, puesto que cerraban una etapa importante de sus vidas y les abrían las puertas a su reintegración a la vida civil.

No todas las mujeres que combatieron en las filas del FMLN se desmovilizaron. De las cuarenta guerrilleras y comandos entrevistadas en esta investigación, el 47.5 % nunca fueron verificadas por ONUSAL y por tanto no tuvieron acceso a ninguno de los beneficios de la reinserción (45% de las integradas a los frentes guerrilleros y 55% de las mujeres incorporadas a los comandos urbanos estaban en esta situación). Las que abandonaron los frentes de guerra antes de la firma de los acuerdos, argumentan que nadie les informó del proceso de desmovilización; otras no supieron con precisión las fechas o lugares en que tenían que presentarse; algunas más, cuando lo hicieron, no se encontraron en las listas. Dos no se desmovilizaron por ser extranjeras.

A las comandos urbanas el no haberse desmovilizado les creó durante mucho tiempo -algunas hasta el día de hoy- conflictos de identidad: no pueden reconocerse y valorarse a sí mismas como exguerrilleras porque nunca se hizo pública su participación en la lucha armada ni recibieron reconocimientos de ningún tipo por lo que hicieron. El FMLN ha negado sistemáticamente la existencia y actuaciones de los comandos urbanos y aún en julio de 1995 se niega a dar cuentas públicamente sobre cómo fueron esas estructuras, hasta cuándo existieron y qué fue de sus integrantes.

Una parte de las que se desmovilizaron lo hicieron como excombatientes y otras, entre ellas más de la tercera parte de las comandos urbanas, fueron verificadas como parte de las estructuras políticas. Los beneficios en ambos casos eran diferentes. Las primeras tuvieron acceso al Programa de Transferencia de Tierras, becas de estudio, créditos para vivienda y proyectos productivos, capacitaciones vocacionales y algunos insumos domésticos (comedor, cama, cocina, piedra de moler maíz). Si bien las capacitaciones propuestas para ellas eran relacionadas con oficios tradicionalmente femeninos, finalmente pudieron a acceder también a capacitaciones agrícolas. Las desmovilizadas como políticas no pudieron acceder a las tierras ni recibieron insumos domésticos.

Del total de guerrilleras y comandos entrevistadas, el 52.5% habían sido desmovilizadas: de ellas, diez recibieron tierra, capacitaciones agrícolas y créditos para construir su vivienda; ocho accedieron a becas para estudiar; una recibió un curso en gerencia empresarial y otra fue incluida en el "plan 600", un programa especial de créditos para vivienda y proyectos productivos al que únicamente accedieron los 600 máximos dirigentes del FMLN.

Las excombatientes jóvenes, tanto las de procedencia urbana como las campesinas, optaron mayoritariamente a becas de estudio para realizar desde la nivelación escolar -lo que les permitía obtener la titulación de noveno grado y el bachillerato mediante cursos intensivos- hasta carreras universitarias; sin embargo, en ningún momento se consideraron los particulares obstáculos que las mujeres rurales encontrarían para llevar adelante tales programas de estudio.

A la vista de esta realidad, no extraña que unas y otras valoren de forma bastante negativa el alcance de los Acuerdos de Paz en los aspectos referidos al mejoramiento de sus condiciones de vida.

“Para mí no se logró mucho con los Acuerdos de Paz. Fueron acuerdos que quedaron en el aire, porque la mayoría de la base del FMLN no eran intelectuales, éramos pocas las personas con una profesión o universitarias... la gente quedó botada desde el punto de vista político y económico, y eso ha generado mucho conflicto en los compañeros” (Carolina, guerrillera de origen urbano).

“A nosotros nos está yendo mal porque sin trabajo no tenemos de dónde, y de la misma guerra quedaron enfermedades, mi esposo quedó con una úlcera y todo el dinero que va haciendo en el trabajo se va en su enfermedad. El salió beneficiado en el asunto de la tierra, pero andamos vuelta y vuelta, gastando el dinero para sacar papeles y no nos queda ni para comer” (Celina, colaboradora).

“No hay trabajo, no se consigue, quizás estamos peor ahorita con el asunto de la economía, tan elevadas que están las cosas ahorita y más con niños” (Leonor, comando urbana).

“Si ya hubo un gran cambio de la vida en la guerra, ahora en la vida civil más porque ahora cada quién anda rebuscándose para ver qué come, nadie anda dándonos la comida. Allí tenemos la tierra y la vivienda, tenemos que pagarlas al doble. Yo siento que para nosotros no ha habido reinserción buena, porque salir de una guerra a trabajar sin nada, para mantenerse y pagar unas grandes jaranas, se nos está haciendo bien difícil” (Dora, guerrillera de origen campesino).

No son pocas las mujeres que aseguran que en la implementación de los planes de reinserción hubo favoritismo y marginaciones. Una comando urbana desmovilizada no pudo acceder a los programas de reinserción por tener fama de “tener pisto” (contar con recursos económicos), en tanto que dos jóvenes urbanas de apellido famoso que estuvieron apenas un año integradas a la guerrilla después de la ofensiva del 89, fueron incorporadas a los planes de reinserción sin haberse desmovilizado.

“Nunca imaginé que alguna de nosotras tuera a salir ganando algo porque estuvimos poco tiempo, no sé por qué aparecimos en las listas. Yo creo que es injusto porque hay gente que se merecía más que yo la beca, claro que a mí no me cae nada mal. Yo creo que no nos sacaron de las listas por mis papás, pero eso de las listas fue una injusticia total, una arbitrariedad, habían metido gente que nunca estuvo en la guerra y a los desmovilizados los habían sacado, hubo que ponerse las pilas para ir a las reuniones y un montón de gente furiosa llegó a decirles que eran un atajo de sinvergüenzas, solo así los pusieron en las listas” (Amanda).

Por si fuera poco, para acceder a determinados programas de la reinserción fueron tenidos en cuenta los rangos militares adquiridos y, dado que las mujeres no accedieron a los puestos de mando militar o político-militar en la misma proporción que los hombres, las condiciones en que las exguerrilleras se han reinsertado en la vida

civil han sido notoriamente peores que las de los hombres. Las que tuvieron acceso a créditos para adquirir tierras y viviendas no tienen ingresos suficientes para pagar los intereses y viven con el temor de cuál será la reacción de los organismos financieros ante la mora o el impago. No se han creado nuevas fuentes de trabajo para tantas mujeres que quedaron desempleadas y las capacitaciones recibidas les han abierto pocas oportunidades distintas a las de ser obreras en la maquila o sub ocupadas en el sector informal.

Por su parte, diecisiete de las veinte colaboradoras entrevistadas fueron olvidadas por los programas de reinserción. Una tuvo acceso individual al Programa de Transferencia de Tierras y dos más han accedido a tierras como esposas que son de dos colaboradores que fueron beneficiados por dicho programa. Esther, la única beneficiada directa, se siente culpable por haber recibido algo mientras sus compañeras fueron olvidadas. Todas se muestran profundamente resentidas hacia el FMLN, por esto y porque los muchachos a los que tanto alimentaron se habían alejado de ellas, pero a la vez se sienten culpables de tener esos sentimientos pues siempre creyeron que hacían ese sacrificio por conciencia, no porque esperaran recompensa.

“A mí nunca me dieron nada y unos compas me dicen que se sienten mal. ‘Madre, me dicen, usted tanto que ha trabajado y no tiene ni una casa donde vivir’. Es que yo nunca tuve lugar de ir a ver dónde iban a dar eso. Mi hija quedó lisiada y yo fui al comité de madres, pero me dicen que hubiera ido antes, hoy ya no es tiempo. Ellos le dijeron a uno de los muchachos que anduvo combatiendo que yo vivía debajo de un árbol y que me quedaba en el suelo, él dijo que iba a hablar por mí a ver si me daban unas láminas, pero ‘eso sí, me dijo, usted va a tener que pagar el transporte’. Cabal, él habló y me dieron ocho láminas, están rotitas pero me sirvieron para hacerme una champa”, cuenta Ana, la entusiasta colaboradora que conocimos en las páginas anteriores.

Es evidente que las campesinas colaboradoras del FMLN fueron ignoradas por los Acuerdos de Paz: ellas constituyen “la base social que se olvidó” en la mesa de las negociaciones. Se sienten traicionadas, no están conformes con su situación, pero no han sabido moverse en la burocracia de la reinserción. Aunque pudieron desenvolverse con gran capacidad durante la guerra para conseguir cosas para otros y otras, ahora que se trata de conseguir algo para ellas se sienten incapaces de ir y hablar, les paraliza el pensar que lo que consigan será en su propio beneficio y optan por la inactividad y el resentimiento. También fantasean con la idea de que aquéllos que un día les llamaron “madres” regresen y les recompensen; sienten que degradarían su condición maternal si se atrevieran a reclamarles por su ingratitud y prefieren callarse. Les da fuerza pensar que, si supieron sobrevivir en los duros tiempos de la guerra, también lo pueden hacer ahora.

Al no poder dirigir su rabia y resentimiento contra “los muchachos” que las olvidaron, reaccionan de una forma más femenina y suscitan la compasión de los organismos de mujeres. Piensan que

tal vez ellas, que saben lo que es ser madres, puedan apoyarlas. Así, aunque los organismos de mujeres que funcionan en sus zonas ya no son los de antes ni las convocan para lo mismo que durante el tiempo de guerra, intentan acercárseles para ver si pueden lograr algo. Ninguna entiende muy bien lo que los grupos plantean y a pocas les interesa; los miran como el último clavo del que pueden agarrarse para no perderse en la depresión de la posguerra.

El balance general es que los Acuerdos de Paz no han beneficiado a las mujeres que, de una u otra manera, contribuyeron a hacer y sostener la guerra, particularmente a quiénes realizaron funciones maternas respecto a las columnas guerrilleras. Más aún, de los testimonios de estas sesenta mujeres entrevistadas puede deducirse que, aún las que llegaron a los tiempos de paz con su mejor dotación de esperanza y optimismo, han tenido tres años y medio de abundantes razones para aumentar día a día su descreimiento y desinterés hacia la organización político-militar que las motivó a “*dar sus vidas por un ideal*”.

Los costos emocionales de la guerra

A la situación anteriormente descrita se agrega que muchas de estas mujeres han sido víctimas de traumatización extrema y sufren actualmente las secuelas de los duelos no elaborados por las pérdidas de sus familiares, por las violaciones sufridas y por la desesperación de haber vivido tanto sufrimiento.

Lo que para la mayoría de ellas comenzó siendo un compromiso personal para lograr cambios, fue transformándose en una realidad de muerte y destrucción que dolía y llenaba de horror. Muchas de las entrevistadas dijeron que nunca se hubieran imaginado capaces de hacer lo que hicieron. La necesidad de sobrevivir las llevó a soportar situaciones espantosas que se manifiestan ahora en forma de dolores en el cuerpo (taquicardias, úlceras, desvanecimientos), en angustias y depresiones constantes (ante el ruido de un helicóptero, en un aniversario, al pasar por el escenario de una batalla o una “guinda”) y en una seria dificultad para establecer relaciones afectivas.

Aunque todas tienen vivencias dolorosas, cada grupo pone el énfasis en el tipo de situaciones que más impacto le ocasionaron y que todavía no logra superar. Para las guerrilleras, el recuerdo de los bombardeos y aterrizajes helitransportados del ejército gubernamental figuran entre las peores experiencias, sentirse responsables de la vida de la población civil cuando esta era evacuada y constatar que no pudieron evitar la muerte de quienes las habían apoyado y alimentado, les deja la sensación de haber fallado en su compromiso con el pueblo.

encontraba el enemigo. Una vez le pusieron un chupón de trapos a un niño y se nos ahogó y como el enemigo estaba cerca lo tuvimos que dejar por ahí. Se murió, lo dejamos en un palo porque ya nada podíamos hacer por él” (Lidia).

Las médicas y sanitarias recuerdan su impotencia ante la magnitud de las heridas que tenían que atender con escasos recursos.

“A mí en el pelotón me salieron bastantes heridos en los combates y me salían unos graves. Un compa se paró en una mina y le voló todo, esto de aquí (señala la pantorrilla) le había quedado colgando, los ojos y todo el cuerpo, era horrible y como era la primera vez que yo tenía que curar no hallaba qué hacer” (Carmen).

Los recuerdos más dolorosos de las colaboradoras están relacionados con la persecución de que fueron objeto por parte del ejército, lo que las obligó a “guindear” de un lado para otro con la consecuente pérdida de sus hogares, sus bienes y, sobre todo, la destrucción de sus comunidades. Dentro de esa experiencia, el sufrimiento de las niñas y niños es lo que les parece más injusto. Carla, una mujer que tuvo que guindear durante dos semanas a los tres días de haber parido, expresa la angustia que a todas les ocasionaba esa experiencia:

“A los tres días de haber tenido al niño vinieron los aviones tirando bombas y yo me tuve que meter en un hoyo con él y con la niña de tres años. Esa noche nos fueron a sacar porque el ejército estaba cañoneando, nos llevaron a una quebrada y estando allí se vino una gran tormenta y no me quedo ni una cobija ni un triste pañal seco para cubrir a mi niño. Quince días estuvimos huyendo sin tomar nada y en una de esas vueltas mi niño iba llorando, me dijeron que me lo iban a ahorcar si no le metía trapos en la boca, pero yo decía ‘si nos van a matar que nos maten a todos, pero yo a mi niño no le hago nada’...”

Todas esas mujeres recuerdan las persecuciones del ejército y sus consecuencias en términos de sufrimiento, muerte y pérdidas materiales. Durante las “guindas”, desarmadas y a merced de los batallones elite del ejército nacional, se sentían totalmente indefensas, su única protección eran los guerrilleros. Siempre supieron que a ellos les debían el estar vivas y esa deuda la pagaban olvidando y perdonando sus errores, y siguiendo al pie de la letra sus órdenes.

Las experiencias más desagradables que recuerdan las comandos urbanas están asociadas a la deshumanización que implicaba la compartimentación (o “*la rígida interpretación del principio de la discreción*”, como varias lo expresan). La imposibilidad de entablar relaciones con los y las compañeras, los bloqueos para compartir preocupaciones personales o familiares, los sentimientos de soledad, las dificultades para preguntar abiertamente o requerir más información, son presentadas por casi todas como los elementos menos gratificantes de su participación en la lucha armada urbana. También les generaba tensión el sostener una doble vida para salvaguardar la seguridad del equipo; la necesidad de mentir continuamente para prevenir posibles interferencias de personas vecinas u ocultar sus acciones ante

sus familiares. Todo ello les puso en riesgo de desarrollar una especie de doble personalidad generadora de estrés y conflictos.

Una vez incorporadas a los comandos, las mujeres sentían una gran presión por parte de la organización para no salirse de dichas estructuras. Estaban seguras de que cualquier debilidad en el compromiso daría lugar a sospechas sobre su grado de identificación con la organización y la lucha; las amenazas de represalias sumadas a la “cultura del chambre” (cotilleo) obligaron a muchas a seguir incorporadas más allá de lo que hubieran deseado.

“Sí había sanciones disciplinarias en los comandos, aunque eran bastante discretas, pero sí, el término era: el que se ahueve no puede quedar vivo, por cuestiones de seguridad, verdad, porque podía hablar... Salirse de los comandos era sancionado con la muerte y de eso estábamos todos claros, era lo que le tocaba al que se salía porque posiblemente era infiltrado, era del enemigo” (Rosario).

La mayoría de las entrevistadas señaló que la entrevista realizada para esta investigación fue la primera oportunidad que tuvieron de narrar sus vivencias y que ello les producía a la vez alivio y confusión. Se sentían bien al poder expresar algunas de sus experiencias -coincidían en que pocas veces alguien estaba dispuesto a escucharlas- pero estaban rompiendo por primera vez un largo silencio y eso las atemorizaba. Muchas ni siquiera relacionaban sus dolores físicos y sus sentimientos de angustia con los hechos que vivieron en la guerra; habían intentado olvidarse de estos sin conseguirlo.

El abandono casi total de la problemática de salud mental en el trabajo actual del FMLN y de las múltiples organizaciones y ONG impulsadas por el Frente, es una muestra más de la poca consideración que le merecen los aspectos subjetivos, no solo de las mujeres sino del conjunto de la población que le apoyó en la guerra o fue víctima de su estrategia fallida para la toma del poder.

Ninguna de las recomendaciones de la Comisión de la Verdad tendientes a reparar el daño moral sufrido por las víctimas de la guerra ha sido llevada a cabo, ni las fuerzas sociales y políticas han presionado para ello. Las mujeres no solo tienen que cargar en soledad con sus dolores emocionales, sino que además han de reinsertarse en una sociedad que trata de olvidar doce años de guerra civil, que remueve la historia exclusivamente con fines políticos y no para reparar el daño colectivo de una población traumatizada. Una revisión colectiva de los costos emocionales de la guerra permitiría a las mujeres entender sus sufrimientos personales, validarlos como resultado de un proceso histórico que rompió la normalidad de sus vidas, y dejar de verlos como patologías individuales. La imposibilidad de hacerlo trae como resultado amarguras, frustración, resentimiento y la sensación de que ellas ya no tienen lugar en la reconstrucción del país.

Balance de su participación

El desconcierto de los primeros meses de la posguerra fue acompañado del recuento personal de lo que cada quién perdió durante esos años y también de las posibles ganancias. A medida que las esperanzas de mejorar sus condiciones de vida y de ver cambios económicos y políticos en el país se fueron desvaneciendo, era de esperar que las tintas del balance fueran decantándose hacia el pesimismo y la impotencia.

No obstante, llama la atención que a tres años y medio de concluida la guerra y a pesar del recuento doloroso de su experiencia durante la misma, la mayoría de las entrevistadas -con la notable salvedad de las jóvenes campesinas que estuvieron acampadas- hablan de su participación enfatizando más los aspectos positivos que los negativos. Se muestran satisfechas de haber contribuido a los cambios habidos en el país y no se arrepienten de lo hecho; se sienten mujeres autoafirmadas y con una amplia visión política adquirida gracias a su participación; constatan su capacidad para enfrentar retos difíciles; han logrado niveles importantes de autosuficiencia e independencia, han aprendido a volar con alas propias.

“Lo que más me dejó mi participación fue darme cuenta de que tenía una meta y que la cumplí, que soy capaz de hacer lo que me propongo, aunque me haya costado años de vida. También me enseñó a desmitificar cosas que las teníamos muy idealizadas y fue bueno darme cuenta de que la realidad es distinta a los sueños, que no es todo tan color de rosa como uno se lo imaginaba, la revolución, el partido, los compañeros...” (Laura).

“Fue una experiencia buena. Conocí a mi compañero y todavía estamos juntos, se fortaleció nuestra relación, nació un hijo... Además, algún día podré decirles a mis hijos y a mis nietos que apoyé el proceso, que participé porque era consciente de que eran necesarios esos cambios” (Claudia).

Algunas afirman también que los años dedicados a la causa les han proporcionado valores diferentes a los que tenían, sobre todo una visión crítica hacia las normas de comportamiento impuestas a las mujeres por una sociedad tan conservadora como la salvadoreña. Este es un aspecto del impacto de la guerra en las desigualdades genéricas que debe rescatarse en la reflexión sobre los aspectos emancipadores de la participación femenina en la lucha revolucionaria.

El balance de las que fueron guerrilleras o comandos contiene también consideraciones críticas sobre el precio pagado por su incorporación a la lucha, pero se torna decididamente pesimista cuando incluyen en él la evaluación de los beneficios materiales obtenidos y del cumplimiento de los Acuerdos de Paz. Las reacciones van desde el arrepentimiento por haber entregado las armas hasta la consideración de que, bajo ninguna circunstancia, se volverían a incorporar a una lucha similar. La recomposición de su tejido de relaciones familiares y sociales, así como la valoración de su aporte más allá de los beneficios

materiales obtenidos, están pendientes. Ambas parecen ser condiciones imprescindibles para que estas mujeres puedan saldar los duelos que aún tienen pendientes.

“Si no me hubiera incorporado a la guerra hubiera estudiado para ser profesional y mi vida sería diferente a la de hoy, lo único que me ha dejado mi participación es que he aprendido más sobre lo político, es lo único que puedo hacer ahora” (Susana, comando urbana).

“Nadie me obligó a meterme en la guerra, me organicé voluntariamente a nivel sindical porque quería luchar contra la injusticia y la injusticia sigue, le dan ganas a una de armarse de nuevo, a veces me pregunto para qué entregué las armas, me arrepiento de haberlo hecho porque creo que no estamos en paz... Han pasado años de la firma de los acuerdos y la situación de la gente es peor, yo misma estoy en pésimas condiciones” (Vilma, comando urbana).

“Cuando me involucré estaba soltera y arriesgaba la vida, ahora no quiero una participación tan expuesta porque tengo que cuidar a mi hija que depende de mí. El cambio de soltera a madre me ha hecho retirarme y sí, siento que si se dieran las cuestiones como el 89, yo ya no participaría” (Delmi, joven guerrillera de origen urbano).

“Lo único que nos quedó es la tierra y la casa. Pero una queda enferma de la guerra, si vuelve a darse quizás yo tampoco participaría” (Elizabeth, guerrillera de origen campesino).

Dado que en la posguerra algunas de las mujeres exguerrilleras, particularmente las de origen urbano, se han acercado a los grupos de mujeres y/o a la reflexión sobre las relaciones entre mujeres y hombres, no es de extrañar que en su balance actual incluyan también elementos críticos sobre discriminaciones vividas en ese tiempo, que quizás en su momento les pasaron desapercibidas. Así, varias reconocen que el partido no les daba igual espacio a las mujeres para participar en la toma de decisiones, que muchas fueron utilizadas en sus habilidades y saberes femeninos sin ser promovidas a puestos de responsabilidad, que en ocasiones no les fueron reconocidos sus méritos y esfuerzos, que fueron víctimas de múltiples formas de discriminación por parte de los compañeros de lucha.

“La participación me ha hecho ver la vida con más criterio, he podido adquirir madurez política y emocional como persona. Pero como mujer me he sentido muy limitada, siento que podría haber hecho más si hubiera tenido más oportunidades; en cierto modo, el ser la única responsable de mi hijo me lo impidió, pero también el hecho de que las mujeres fuimos discriminadas por el partido, ahora sí creo que realmente no fueron respetados todos nuestros derechos” (Leonor).

Las que fueron colaboradoras del FMLN en las zonas rurales hacen un balance positivo de su participación. La guerra les cambió muchos aspectos de su vida, las sacó de las tareas del hogar y las involucró en un quehacer público, les enseñó a organizarse y trabajar

juntas. En consecuencia, se han hecho menos tolerantes a la rígida división entre lo privado y lo público, y ahora no encuentran la manera de equilibrar sus espacios de vida y de participación.

Pasados los primeros meses de reencuentros y celebraciones, la vuelta a la normalidad ha dejado a muchas perplejas. Les desorienta, sobre todo, el hecho de que ahora son ellas quienes tienen que decidir el rumbo cotidiano de sus vidas después de haber vivido tantos años bajo la conducción de alguien que les ordenaba lo que tenían que hacer y decir en cada momento; ahora sienten que su vida carece de rumbo, ya no tienen orientaciones que obedecer, nadie les encomienda tareas importantes o riesgosas. Al encontrarse encerradas en las paredes de su casa, con hombres, hijos e hijas que empiezan a desengañarse de tantas promesas incumplidas, empiezan a ser presas de una profunda depresión.

Lo que dio sentido a su vida durante tantos años ya no existe más, “los muchachos” regresaron a la ciudad y la vida ha vuelto a ser igual a la de antes de la guerra, con la ventaja de vivir sin el temor a la muerte, pero con la desventaja de que ya no hay quien las valore por lo que hacen. También les deprime que los hombres hayan vuelto a beber y a golpearlas, cuando esos comportamientos habían sido bastante controlados durante la guerra. Adicionalmente, constatar que la organización que “*les había hecho sentir el cuerpo grande*” ya no tiene tanto poder en sus comunidades, les genera sentimientos de indefensión e impotencia.

Las *mujeres-montaña* fueron las nutrientes indispensables mientras la guerra fue el eje central de la lucha revolucionaria. Ahora que el escenario se ha trasladado a la esfera democrática, cuando los exguerrilleros tratan de dejar atrás sus formas confrontativas para desenvolverse en las lides de la concertación, ellas descubren que en las nuevas estrategias de las organizaciones que formaron el FMLN ya no tienen un lugar central. La convocatoria como ciudadanas no les atrae y eso es notorio al analizar los resultados de las elecciones de 1994. El FMLN daba por sentado que ganaría en todas las zonas controladas durante la guerra; sin embargo, los resultados fueron muy diferentes. Las mujeres, consciente o inconscientemente, les cobraron con su abstención o su voto en contra el reclutamiento de sus hijos, su olvido en los Acuerdos de Paz, el trastocamiento de algunos aspectos de su vida que ahora ya no saben cómo integrar.

Dieciséis de las veinte colaboradoras entrevistadas se dedican en la actualidad a las labores domésticas, hacen milpa, cultivan hortalizas para el autoconsumo y realizan algunos trabajos que no les implican alejarse de sus casas; hacen hamacas, venden pan, comida, aplican inyecciones; dos se desplazan dos o tres días por semana a San Salvador a hacer oficios domésticos remunerados; solo dos tienen trabajo estable en una ONG y en una organización de mujeres. A muchas de ellas su nueva vida les parece un poco aburrida porque “*uno extraña las aflicciones que pasaba antes*”, pero también más tranquila porque, aunque “*el sacrificio que hicimos fue voluntario, fue muy sacrificado*”.

Su participación les dejó la prueba de su enorme capacidad de trabajo y ahora, a pesar de lo que tienen que hacer para asegurarse la sobrevivencia, sienten que les falta algo. La mayoría participa en

las actividades de la iglesia para seguir en contacto con la gente: “*me llaman a rezar y ya voy, me llaman a una misa a San Salvador y también voy porque siempre queda el deseo de hacer algo por los demás*”. Con los hombres de los partidos tienen poca relación, ya no van tan seguido por sus comunidades y cuando llegan, poco se acercan a ellas.

“El otro día estuvo aquí al que le decían Jonás y nos llamó a una asamblea, nos dijo que a él no teníamos que reclamarle nada porque él no podía darnos nada, que el gobierno era el que tenía que gestionar. Una compañera le dijo: ‘no va a ser tanto el gobierno sino ustedes, porque desde el principio nos decían que la vida iba a cambiar y ustedes tienen que hacer gestiones para que nosotros podamos vivir distinto’. Él dijo que no, que nosotros éramos los que teníamos que movernos. No pasó nada, seguimos igual que antes”, relata Dolores.

A la vista de los testimonios de estas sesenta mujeres concluimos que la manera de involucrarse en la guerra es el elemento que en mayor medida determina el balance que hacen sobre su participación. Las que participaron de forma voluntaria y por conciencia -caso de las mujeres urbanas que se incorporaron a la guerrilla y a los comandos- expresan más a menudo sentimientos de satisfacción por el deber cumplido y por haberse sentido protagonistas de la historia y, en cierta medida, artífices de lo logrado a nivel global. Sin embargo, las que se vieron incorporadas sin desearlo o sin haber podido tomar la decisión de hacerlo, sea porque eran muy jóvenes o porque toda su familia se fue a un campamento, son las que hacen un balance más negativo de su participación. Este es el caso de las jóvenes campesinas que se incorporaron a la guerrilla siendo niñas; casi todas ellas reniegan de la experiencia, a pesar de que fueron el sector más beneficiado por los programas de reinserción.

En resumen, si existe un saldo favorable de su participación en la guerra, este parece venir del cuestionamiento simbólico y práctico de los esquemas más conservadores sobre lo que está o no permitido hacer a las mujeres. La guerra les demostró -a ellas mismas y al resto de la sociedad- que las mujeres pueden combatir y conspirar, que son capaces de actuar en los frentes más insospechados y de ser eficientes en tareas consideradas de hombres. También parece haber dejado claro que, si las mujeres no llegaron a niveles más altos de decisión en las estructuras militares y partidarias, no fue por su incapacidad sino porque en el FMLN predominaron los prejuicios sexistas.

Lo que la guerra deja como interrogante es si los nuevos roles desempeñados por las mujeres fueron nada más resultado de necesidades coyunturales político-militares que la paz se encargará de volver innecesarios o si, por el contrario, pueden ser integrados a la formulación de nuevas estrategias -tanto del movimiento de mujeres como del FMLN- que apunten a cuestionar de modo permanente la división genérica del trabajo y de la vida, y las relaciones desiguales entre los hombres y las mujeres.

“Preguntas si la guerra contribuyó a que nos liberemos como mujeres, yo diría que no; si hubiéramos tenido una conciencia de género antes de la guerra quizás hubiera

sido diferente, pero sin tener todo eso lo que ocurrió fue que los roles que jugamos durante la guerra fueron nada más coyunturales...” (Alma).

Cambios ocurridos en sus concepciones y prácticas sobre la sexualidad y maternidad

De una u otra manera, la participación en la guerra impactó en las concepciones y prácticas sexuales de todas las guerrilleras. Las que estuvieron acampadas reconocen que su paso por la guerrilla rompió con muchos de los mitos y tabúes que llevaron consigo al monte. Igualmente, buena parte de las comandos urbanas expresan que ahora ven el tema sin prejuicios, se sienten autoafirmadas para demandar a su pareja lo que desean y son menos tradicionales en sus concepciones. Le perdieron el miedo a la sexualidad, aceptan que las mujeres puedan tomar la iniciativa y decidir en este terreno, e incluso una afirma que “si no hubiera participado no habría llegado a disfrutar el sexo”. Así explican varias de ellas los cambios que les acontecieron:

“Ya no me preocupa mucho darle qué pensar a la gente, he cambiado todos esos conceptos chuecos sobre la sexualidad, la virginidad, esa doble moral que hace que vos seas una persona y tengas que aparentar ser otra” (Susana).

“Definitivamente yo no pienso en cuanto al sexo igual que hace quince años; sí creo que mi forma de pensar cambió por la vivencia que tuve, porque te salís de todo ese formalismo tradicional” (Marlene).

“Haber estado en todo eso te abre el pensamiento, esa experiencia que uno ha tenido, que no es normal ni convencional, te marca la personalidad y la conducta para el futuro. Muchas cosas que consideraba tabú, que miraba con prejuicio, ya no las veo de la misma manera” (María Elena).

Sin embargo, no son pocas las que reaccionaron de manera defensiva ante las situaciones generadas por la guerra. De manera consciente o inconsciente se adaptaron a la separación física de las parejas, a las largas temporadas sin verse y llegaron a tolerar resignadamente las infidelidades de los compañeros, la promiscuidad o el acoso sexual de los mandos. Muchas de estas sienten que, felizmente, la paz ha llevado de nuevo “las aguas a su cauce” y, por tanto, han cerrado el paréntesis de excepcionalidad sin haber modificado sensiblemente sus ideas sobre la sexualidad.

Un tercer grupo de excombatientes, más minoritario y de origen urbano, optó por la abstinencia sexual durante la guerra. El retorno a los tiempos de paz les ha dejado resentimiento -por las oportunidades pérdidas-, pero también satisfacción por no haber permitido que el sexo y los enamoramientos restasen energías a su entrega.

“Con respecto a la sexualidad me pregunto si en un periodo de paz yo hubiera sido objeto de tanto acoso sexual como lo fui durante la guerra, verme en medio de tanto hombre y teniendo que hacer tantas cosas por la cobertura; aunque me escapé del acto sexual no me escapé de que me abrazaran, me besaran, me acosaran aprovechándose de que yo tenía que hacer cobertura con ellos. Ahora lo puede decir claramente: ¡qué bien me siento de no haber tenido relación sexual nunca con nadie en esa época!” (Imelda, comando urbana).

Algunas de estas mujeres que pospusieron para mejores tiempos la concreción de sus metas sobre el emparejamiento, expresan que las nuevas condiciones creadas por la firma de la paz, la posibilidad de entrar en contacto con otras personas y reflexionar sobre una variedad de temas pospuestos durante la guerra, les ha permitido descubrirse a sí mismas y gozar la sexualidad que los tiempos de la guerra les impidieron.

“Creo que si la guerra hubiera seguido nunca me hubiera descubierto ni hubiera encontrado mi propia dignidad. La guerra nos mantenía entretenidas y no nos permitía sentarnos a descubrir nuestra identidad como mujeres. Si la guerra hubiera seguido yo no hubiera descubierto lo rico que es estar con un hombre cuando vos disfrutas y haces disfrutar, no tuviera este nivel de aporte ni la concepción de madre que tengo ahora, quizás hubiera seguido con mis tareas domésticas dentro del partido, cargando a mis hijos y todas las responsabilidades. Al menos eso tengo que agradecerles a los Acuerdos de Paz, ¡me permitieron descubrir lo rico que es coger!” (Sandra, comando urbano que pasó más de ocho años en la clandestinidad).

“Los cambios que he tenido son producto de la experiencia después de la guerra, todo lo que he aprendido ha sido trabajando con las mujeres en talleres... El cambio que he tenido no fue por la guerra sino por las oportunidades que he tenido de aprender cosas nuevas después, en los grupos de mujeres” (Silvia, guerrillera de origen urbano).

Las guerrilleras entrevistadas señalan que también sus concepciones y actitudes en el terreno de la maternidad fueron modificadas a causa de su participación en la guerra. Quizás por haber sido madres en condiciones de gran riesgo para ellas y sus criaturas, varias valoran hoy más que antes la responsabilidad de traer hijos al mundo y criarlos en las condiciones adecuadas, y parecen ser más conscientes de que las mujeres tienen derecho a decidir los hijos que quieren tener.

“Una de las cosas que ahora tengo bien claras es que la maternidad no es llenarse de hijos sino algo más amplio, lo aprendí de la educación que me dieron en la organización, ahí aprendí cosas que ni aun estudiando bastante nos enseñan. En mi casa me decían que hay que tener los hijos que Dios le dé a uno, pero creo que es distinto, que hay que tener los hijos que uno desee tener y los que pueda

mantener y darles lo mejor. La maternidad para mí es algo bonito, pero también es parte de una responsabilidad que se tiene” (Esperanza).

Casi todas señalan igualmente que los valores adquiridos en los campamentos, tales como la solidaridad entre compañeros, la generosidad y el compromiso, el amor a la vida aprendido en medio de tanta muerte y destrucción, forman parte del acervo moral que desean transmitir a sus hijos e hijas. *“La fraternidad y la solidaridad que realmente allá se vivenciaban bastante son valores que de alguna manera una los quiere transmitir a la familia, a los niños”*, dice Rosa, una mujer que vivió cinco años acampada.

Además, las vivencias maternas durante la guerra llevaron a muchas a transformar pautas de relación con sus hijos: ahora tratan de escucharlos, hablar con ellos, no reproducir la manera en que ellas fueron tratadas por sus madres; reconocen que sus hijos e hijas sufrieron mucho durante la guerra, quedaron afectados psicológicamente y *“no es justo que los tratemos mal”*. Otras les dedican más tiempo para compensar la poca atención que les dieron durante la guerra y que sus hijos e hijas les reclaman ahora.

“Si no hubiera participado en este proceso quizás ahora fuera otra clase de mujer, quizás no hubiera adquirido algunos de los valores que tengo, no hubiera valorado lo que es una niñez sana, quizás fuera yo menos cariñosa o cuidadosa con mis hijas, porque ahora trato de disfrutarlas al máximo, hacer risas” (Beatriz).

Con el fin de la guerra muchas de las que no ejercieron la maternidad encuentran el momento adecuado para hacerlo. Llama la atención que buen número de mujeres se embarazaron posteriormente a la ofensiva del 89, cuando estaban bastante convencidas de que la paz estaba cerca; algunas incluso calcularon el tiempo para tener a sus bebés justamente cuando se firmaron los Acuerdos de Paz.

“Ese embarazo fue diferente, pudimos pasarlo juntos y como ya la guerra terminaba, sabía que a esta niña no tendría que dejarla, pude vivir con ella lo que no había podido con los otros dos. Ahora mis hijos mayores son adolescentes, no viven conmigo sino con la abuela, se acostumbraron a estar con mi mamá. Me cuesta mucho la relación con ellos, siempre hay culpas, vivimos cerca, puedo verlos siempre, pero me he perdido años de sus vidas. Es muy duro también para ellos, sigue siendo como tener dos casas” (Beatriz).

Las vivencias más desgarradoras son las de aquellas mujeres que dejaron a sus hijas e hijos chiquitos al cuidado de otras personas para irse a los frentes guerrilleros. En la mayoría de los casos, los lazos afectivos entre las criaturas y quienes se hicieron cargo de ellas se hicieron muy fuertes; por otro lado, las madres biológicas se debaten entre el deseo de recuperarlas y el de no generarles una nueva separación. El temor de haberlos perdido definitivamente, las dudas sobre qué será lo mejor para sus hijos, la negativa de quienes fueron sus cuidadoras a desprenderse de ellos... vuelven esta situación terriblemente angustiada para las mujeres y tienen graves consecuencias emocionales también para los niños y niñas.

Muchas mujeres están intentando rehacer sus relaciones con sus hijos e hijas de las que alguna vez se separaron, pero, al carecer de nuevos referentes sobre la maternidad, no aceptan la posibilidad de recuperar su afecto si no está basado en la certeza y el reconocimiento social de que son sus madres. *“Por mucho que haga o por mucho que le dé, no he logrado alcanzar esa confianza entre madre e hija”*, dice Sonia refiriéndose a su hija mayor con la que no ha convivido durante más de diez años. Lorena, otra guerrillera, no sabe cuánto tiempo le llevará preparar a su hijo para decirle que ella no es su tía sino su madre.

La culpa de haberlos dejado para irse al monte inmoviliza a muchas, se sienten malas madres, cuestionadas en sus decisiones pasadas, sintiendo en su interior que nunca harán lo suficiente para compensar lo que hicieron. Lo que hasta hace tres años era un acto de entrega ahora lo viven como equivocación: entre las que fueron guerrilleras es generalizada la opinión de que, de todo lo que hicieron durante la guerra, dejar a sus hijos e hijas es la decisión de la que más se arrepienten.

La experiencia de las campesinas colaboradoras del FMLN es bastante distinta a la de las guerrilleras. La guerra dejó intactas sus concepciones y prácticas sexuales y no modificó sustancialmente sus relaciones de pareja, sus concepciones sobre la maternidad o la división del trabajo en el interior del hogar. Más bien al contrario, estas mujeres reafirmaron los patrones tradicionales de las identidades femeninas y masculinas y salieron de la guerra más femeninas y maternas de lo que entraron en ella. Comprobaron una vez más que los hombres solo abusan de ellas, las preñan y las abandonan; fueron las “madres” de los muchachos y ahora son las abuelas de los hijos e hijas que las muchachas guerrilleras les encargaron o les dejan a cuidar para salir a ganarse la vida.

El discurso de las organizaciones de mujeres en torno a los derechos de las mujeres no les llega mucho porque los roles ejercidos durante la guerra fortalecieron sobre todo su identidad maternal y doméstica. El pensamiento y accionar actual de las mujeres-montaña no es de rebeldía contra la subordinación femenina ni de reivindicación de derechos elementales de ciudadanía, sino más bien de resignación ante una división genérica que consideran inmodificable: si los hombres son así y así serán (irresponsables, machistas, bebedores y un tanto infantiles), a las mujeres solo les queda aprender a defenderse de ellos. El cuestionamiento de las identidades masculinas y femeninas, la injusticia contenida en las desigualdades entre los hombres y las mujeres, los derechos sexuales y reproductivos de las mujeres, son temas que les resultan demasiado nuevos y abstractos para dedicarles sus agotadas energías.

“Las mujeres son las que más trabajan y han demostrado que valen tanto como los hombres... Todo lo que les pasa es porque no se saben defender, hay que enseñarles a que no confíen de los hombres” (Teresa).

urbanas entrevistadas se muestran a favor de que las mujeres exijan sus derechos en estos terrenos, que reciban más educación sexual y para la anticoncepción, que puedan estar informadas de lo que implica ser madres, etc.

Por su parte, casi todas las exguerrilleras jóvenes de origen urbano han escuchado algo acerca de estos derechos. De sus vivencias particulares en los campamentos concluyen que hechos tales como el hostigamiento sexual, que las mujeres se llenen de hijos por la insistencia de sus compañeros que al cabo no se hacen cargo de ellos, los miedos y prejuicios ante la sexualidad... no debieran repetirse en la posguerra.

“Vamos a ver menos mujeres conflictuadas, menos frustradas con su vida, menos amargadas con sus hijos, porque van a ser hijos que ellas hayan decidido tener...”, expresa Silvia, en alusión a los cambios que provocaría el mayor conocimiento de los derechos sexuales y reproductivos por parte de las mujeres.

Son pocas las excombatientes que han entrado en contacto o trabajan actualmente en organizaciones de mujeres. De las cuarenta entrevistadas, apenas seis participan activamente en organismos femeninos y feministas, siete han hecho algún tipo de acercamiento y mantienen contactos para participar en algunos eventos, cuatro más ven importante el trabajo con mujeres y desearían conocer más sobre el feminismo, pero hasta el momento no se han involucrado.

Estas mujeres son las que se muestran más receptivas a las propuestas sobre los derechos sexuales y reproductivos, aunque varias insistieron en que con este tipo de temas *“preferían ser muy cuidadosas para no crear malestar”*. Ven muy complicado el trabajo ideológico y educativo sobre estas cuestiones y aluden a lo tradicional y conservadora que es la sociedad salvadoreña (*“la gente no entiende de estas cosas”*) como razón de su desconfianza a que algún día la sociedad reconozca estos derechos de las mujeres.

Dos terceras partes de las excombatientes entrevistadas se mantienen recelosas y distantes del movimiento de mujeres. La mitad de las que fueron comandos urbanas expresan serias dudas sobre la utilidad del trabajo de los organismos de mujeres y en general no les gusta trabajar con mujeres. Sus argumentos van desde el rechazo a los planteamientos de algunos grupos *“por demasiado feministas”*, *“porque solo sirven para meter pleito en los hogares”* o porque *“no han interpretado bien eso del género”*, hasta el desagrado que les producen *“los pleitos entre mujeres”* o *“las peleas de poder entre las mujeres y los hombres del partido”*. Alguna que otra añora la armonía que en el pasado existía en los equipos mixtos y no entienden las exigencias y reclamos actuales de muchas de sus antiguas compañeras de lucha.

Apenas la quinta parte de las colaboradoras entrevistadas participa en alguna organización de mujeres, pero sienten que ya no es igual que antes. Lo que les proponen, lo que las convocan a hacer les suena a las mismas tareas de apoyo que realizaban durante la guerra, con el agravante de que ya no son tan valoradas. Además, no les queda la misma energía para participar: *“Son muchas reuniones y muchas cosas que dicen, una que es de cabeza dura ya no entiende”*, dice Magdalena con tono de resignación en su voz.

Aunque participan en algunos eventos o escuchan algunas charlas, anteponen la atención a sus hijos e hijas (las que las tienen) a una actividad pública demasiado intensa. Casi todas quisieran seguir participando y ser tan valoradas como antes, pero no pueden ni quieren involucrarse con el mismo ritmo que lo hicieron durante la guerra.

También señalan que tienen problemas con sus compañeros porque las quisieran tener todo el día en la casa, pero ellas ya no pueden estar solo en el hogar, y lo que les gusta de las organizaciones de mujeres es que *“hablan de los derechos iguales de hombres y mujeres y eso está bien, eso es cierto, en la guerra demostramos que valíamos tanto unos y otras”*.

En resumen, aunque todas las mujeres entrevistadas fueron activas militantes o colaboradoras del FMLN durante la guerra y valoran positivamente algunos aspectos de su involucramiento, sobre todo lo referido a confiar en sí mismas y sus capacidades, la experiencia pasada no se traduce automáticamente en reivindicación de sus derechos como mujeres y menos aún en conciencia de sus derechos sexuales y reproductivos. Tampoco está siendo evidente que esa participación o colaboración las lleve a involucrarse en el movimiento de las mujeres, aunque puedan tener simpatía hacia un planteamiento general de la necesidad de mejorar las condiciones de vida del colectivo femenino.

Si bien durante los años posteriores a la firma de los acuerdos se dio un auge en la difusión y estudio del feminismo, no había todavía suficientes elaboraciones ideológicas y éticas sobre la sexualidad y la maternidad que permitieran a las excombatientes y excolaboradoras integrar los desgarramientos y confusiones producto de sus vivencias durante la guerra en estos aspectos de su vida. Así, faltando una reflexión teórica sobre estas cuestiones, el único camino que les quedó a muchas fue el retorno al hogar y a las concepciones tradicionales de la identidad femenina, guardándose los recuerdos de su participación con una mezcla de resentimiento y añoranza; tampoco las organizaciones de mujeres retomaron los cambios en las vivencias sexuales y maternas que ocasionó la guerra, para enriquecer la teoría feminista que empezaban a conocer.

Durante los últimos dos años, las organizaciones de mujeres han tenido nuevas oportunidades de profundizar y divulgar sus posiciones con respecto a los derechos sexuales y reproductivos, que fueron desigualmente aprovechadas. La primera ocasión fue en 1993 cuando, al calor de la contienda electoral, surge *Mujeres-94*. La plataforma reivindicativa elaborada por este espacio recogía por primera vez demandas tradicionalmente consideradas feministas, tales como la erradicación de la violencia de género, la maternidad libre y voluntaria -incluida la despenalización del aborto y su inclusión en la sanidad pública-, el reconocimiento constitucional de la libre opción sexual, la defensa de los derechos de las prostitutas. Tales puntos fueron resultado de intensos debates internos en *Mujeres-94*, sin embargo, un mes antes de las elecciones se presentó a los partidos políticos una versión reducida de la plataforma en la que autocensuraron las demandas consideradas menos gratas para los partidos, precisamente las relativas a los derechos sexuales y reproductivos de las mujeres.

Otro momento de particular interés para airear públicamente estos temas fue la preparación y realización en el país del Vº Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe. Días antes de su inicio, la derecha, a través de sus medios de comunicación, desató una campaña en contra argumentando que era un evento “de lesbianas y homosexuales” y amenazando con agredir a las participantes si no se cancelaba. El comité preparatorio del encuentro no había realizado ninguna actividad pública para difundir el evento y tuvo que responder a la virulenta reacción de la derecha; sin embargo, eludió centrar el debate en el tema de la sexualidad y lo ubicó en el derecho de reunión, garantizado por la Constitución y prueba de la solidez del nuevo Estado de Derecho.

La preparación de la Conferencia Internacional sobre Población y Desarrollo (El Cairo, 1994) también fue una ocasión para debatir sobre los derechos reproductivos y sexuales que concitó una respuesta beligerante por parte de la derecha nacional, la Iglesia Católica y los grupos antiabortistas. El gobierno salvadoreño fue uno de los principales pilares de apoyo a las posiciones vaticanistas; sin embargo, las organizaciones de mujeres y feministas quedaron paralizadas ante la magnitud de la ofensiva de los sectores conservadores y ni siquiera se atrevieron a tomar posición pública a favor de los derechos de las mujeres en estos ámbitos.

En síntesis, la posguerra ha posibilitado el surgimiento y fortalecimiento de las concepciones feministas en algunos sectores del movimiento de las mujeres, pero la larga historia de considerar esta corriente como peligrosa para los “verdaderos” intereses de las mujeres pobres les ha impedido asumir los aspectos más cuestionados del feminismo. Sexualidad y maternidad son dos temas de difícil manejo para las feministas salvadoreñas y poco “rentables” en su trabajo con las mujeres.

Hoy es posible hablar de feminismo en el país siempre y cuando este sea despojado de temas espinosos y adquiera una connotación light. Los derechos reproductivos y sexuales son los más difíciles de abordar y, a nuestro juicio, ello no es ajeno a la forma en que la izquierda social y política salvadoreña, incluidas las mujeres organizadas, han analizado (o no) los cambios en las prácticas sexuales y maternas ocurridas durante y a causa de la guerra.

Por su parte, la dirigencia entrevistada observa con preocupación el creciente descenso en la participación de las mujeres en los organismos impulsados por el FMLN, señalan su desconcierto ante la actitud de quienes en el pasado fueron capaces de grandes sacrificios y ahora se muestran renuentes a retomar el nivel de actividad anterior mientras vuelcan su atención hacia sus necesidades familiares.

“Yo siento que algunas mujeres han vuelto a su situación anterior, aunque como ahora están más despiertas eso ocasiona problemas con su pareja. Hay compañeras que durante la guerra asumieron responsabilidades importantes, pero ya en la paz están volviendo a la casa, como si se replegaran y como se pusieron a tener hijos y ahora los tienen chiquitos, eso las amarra; algunas están sintiendo la dependencia del compañero, otras están entrando en el aburrimien-

to, en el hostigamiento de la rutina y hay una especie de desmovilización mental” (Xóchitl).

Algunas personas dirigentes entienden que esta nueva situación es comprensible dentro del reajuste necesario de una posguerra y lo analizan como un proceso normal que cambiará con el tiempo; otras la explican como resultado de la insuficiente formación ideológica que se brindó a las ahora excombatientes y excolaboradoras; para una minoría, es producto de la falta de reflexión sobre los aspectos humanos de la revolución.

“Yo siempre creí que iba a haber un proceso natural, que el tipo de relaciones que se habían establecido durante la guerra se daba dentro de un mundo pequeño y que eso no iba a ser luego la normalidad de la mujer” (Héctor Acevedo).

“Hay que tomar en cuenta que toda la gente que se desmovilizó no había estado permanente durante toda la guerra, se desmovilizaron milicianos, se desmovilizó gente que estaba en la población y que había estado por periodos cortos y no tenía el arraigo de los patrones de la gente más vieja; esta se sigue manteniendo” (Manuel Melgar).

“En lo personal me queda un sabor como de déficit, como que pudimos haber depurado más nuestros aspectos mezquinos, como que pudimos haber logrado más si hubiéramos puesto un poquito más de coco a lo humano, a lo personal, no irnos tanto a la colectividad, a lo general. Particularizar un poquito más en cada uno de los actores de esta revolución, yo siento que tendríamos una ganancia mucho más grande que la que ahora tenemos” (Ernesto Zamora).

Como parte de los saldos positivos de esta experiencia, la mayoría de la dirigencia entrevistada señala la apertura e interés en el interior de sus organizaciones por empezar a discutir “el tema de las mujeres”.

“En mi partido empezamos a discutir el tema género porque si nosotros no estamos preparados para abrir nuestra mente a nuevas corrientes de pensamiento sobre los problemas puramente humanos, no vamos a lograr elaborar nunca una política válida en la que todos podamos trabajar a gusto” (Margarita Villafranco).

“En el partido hay más apertura a la discusión del tema, aunque sigue habiendo muchas resistencias, muchos temores” (Xóchitl).

Además de esta relativa disposición a la discusión, en algunos partidos -sobre todo los que cometieron más excesos al respecto- se ha modificado la práctica de regir las relaciones personales de sus militantes. En palabras de Facundo Guardado, “*ahora está maldito meterse en la vida personal de una pareja*”.

Los partidos que integran el FMLN en la actualidad están ante una disyuntiva en su concepción y prácticas sobre el ámbito privado: pueden continuar con sus principios básicos de subordinación de la vida personal a la causa y el silencio en torno a estos temas, o pueden empezar a escuchar y debatir las elaboraciones de los organismos de

mujeres, tanto ligados a los partidos como autónomos, sobre los derechos de las mujeres y, en especial, sobre sus derechos reproductivos y sexuales.

El primer camino implicaría, posiblemente, una pobre adhesión a sus filas de una población cansada, que resume la experiencia de la guerra como un evento de violencia y muerte para sus seres queridos. El segundo camino implicaría una revisión profunda de sus concepciones sobre la persona y el papel de las individualidades en las acciones colectivas.

El FMLN tendría que asumir los costos que acarrió a nivel humano su incapacidad para generar una alternativa integral que contemplara la propuesta de construcción de nuevas identidades -masculinas y femeninas- y nuevas relaciones entre las personas (particularmente entre mujeres y hombres). El futuro de su proyecto político, que no triunfó por la vía armada y que fue derrotado en el proceso electoral, se lo demanda urgentemente.

SIONES

LOS CAMBIOS EN LAS PRÁCTICAS SEXUALES Y MATERNALES DE LAS MUJERES

Al concluir el análisis de los datos arrojados por esta investigación constatamos que, en efecto, las entrevistadas vivieron cambios importantes en algunos aspectos de sus existencias femeninas, particularmente en aquellos relacionados con los estereotipos sobre las tareas propias de mujeres, el desenvolvimiento en el ámbito público y el sometimiento a determinadas pautas en su conducta sexual y maternal. Sus testimonios no dejan ninguna duda en cuanto a que estos cambios fueron producto de su involucramiento en la guerra como integrantes o colaboradoras del FMLN.

Durante el conflicto armado, las mujeres desempeñaron una diversidad de tareas no contempladas en la división genérica del trabajo en tiempos normales. Las guerrilleras y comandos urbanos realizaron, por primera vez en sus vidas, actividades militares de diverso tipo y magnitud. Las sanitarias, radistas y brigadistas de los frentes guerrilleros, aunque realizaban tareas con alto contenido de especialización genérica, es decir, basadas en cualidades, habilidades y destrezas que son patrimonio cultural de las mujeres, orientaban su actuación hacia un objetivo político general que involucraba más intereses que los estrictamente personales o familiares. Incluso aquéllas que contribuyeron al sostenimiento de la guerra con actividades típicamente femeninas como la elaboración de comidas o la búsqueda de abastecimiento, lo hicieron en el marco de un proyecto colectivo que trascendía el espacio privado familiar.

Las nuevas funciones desempeñadas por algunas y la proyección colectiva de sus roles tradicionales en el caso de otras, resultaron imprescindibles para mantener la lucha del FMLN y arrojaron consecuencias importantes para quienes las ejercitaron. Por un lado, les generaron fuertes sentimientos de auto afirmación al haber logrado, en condiciones muy adversas, el cumplimiento de tareas difíciles para las que ni sospechaban tener capacidad; por otro, la utilización intensiva de cualidades femeninas que resultaban funcionales a las necesidades de la guerra (cuidado de los demás, sacrificio sin espe-

rar recompensa, abnegación, minuciosidad, entre otras) reforzaron en el imaginario colectivo la idoneidad de las mujeres para tareas siempre desempeñadas por ellas.

La evidente utilidad política de sus roles tradicionales hizo a las mujeres merecedoras de reconocimiento colectivo durante la guerra, pero no les llevó a ganar cuotas de poder en el FMLN. Las mujeres tuvieron fuertes restricciones para acceder a los peldaños superiores de las jerarquías porque las tareas políticas y/o militares más valoradas eran asignadas mayoritariamente a hombres -muchos de ellos provenientes de la primera generación de guerrilleros, la forjada en los años 70- y la dirigencia del FMLN nunca analizó ni superó sus prejuicios sexistas en torno a la división de trabajos entre hombres y mujeres.

Constatamos también que las mujeres tuvieron prácticas sexuales y maternales que en buena medida entraron en contradicción con las enseñanzas de corte conservador recibidas durante su infancia. El mandato de circunscribir las relaciones sexuales en el marco de parejas estables, monógamas y fieles sufrió duros embates durante la guerra, particularmente entre las guerrilleras. La inevitabilidad de los embarazos y el continuum sexualidad-reproducción fueron aspectos duramente cuestionados por los requerimientos de la lucha armada o la clandestinidad. La correspondencia biunívoca entre maternidad biológica y maternazgo fue rota, con harto dolor para las mujeres madres, y en muchos casos nunca pudo ser recompuesta.

Tanto la concepción tradicional de pareja como el ideal de pareja revolucionaria fantaseado por algunas guerrilleras se enfrentaron a un ambiente que desalentaba e incluso impedía el establecimiento de relaciones afectivo-sexuales estables. La dirigencia efemenista consideró durante buena parte de la guerra que los vínculos afectivos sólidos limitaban la disposición al riesgo del personal combatiente, por lo que implementó políticas que las mujeres consi-

deran claramente encaminadas a impedir la formación o consolidación de parejas. Desaparecida la posibilidad de establecer pareja estable, marco legítimo de la sexualidad para la mayoría de las mujeres, muchas se involucraron en relaciones esporádicas o simultáneas y se resignaron a que sus compañeros lo hicieran también. No obstante, concluida la guerra, estas mujeres reafirman el modelo de pareja monogámica y exigen a sus compañeros que olviden las formas de relacionamiento del pasado.

En torno a la sexualidad, nuestra principal conclusión es que, para las mujeres, los tiempos de guerra no son escenarios idóneos para buscar y vivenciar el placer sexual. Aún cuando reducen su posibilidad de obtener placer al intercambio erótico con un hombre y la autosatisfacción está ausente de sus prácticas e incluso de su imaginación, la falta de condiciones para la intimidad en los campamentos, los riesgos de la vida clandestina en la ciudad, la escasa de hombres en los poblados, son circunstancias asociadas a la guerra que les dificultaron o directamente les impidieron el disfrute de la sexualidad. A diferencia de lo que han expresado públicamente algunos hombres exguerrilleros, las mujeres relatan con bastante unanimidad que el placer era un elemento esporádico y generalmente ausente de sus relaciones sexuales. Por otro lado, la opción de muchas de ellas por la abstinencia sexual durante largos periodos es una muestra de que estas mujeres dedicaban poca energía a los aspectos lúdicos de su vida y que el cumplimiento de las tareas concitaba sus mejores esfuerzos.

Resulta evidente que la cotidianidad de la convivencia en los campamentos guerrilleros -donde la proporción de hombres y mujeres era muy desigual y los controles familiares, en el caso de las más jóvenes, desaparecieron- propiciaba un tipo de relacionamiento erótico entre los géneros bastante distinto a la visión tradicional sobre la pareja. Constatamos que la mayoría de las mujeres asignan el adjetivo de “promiscuo” al tipo de relación que predominaba en las filas guerrilleras, con un énfasis descalificador que expresa bastante claramente su rechazo hacia el mismo. Además, la doble moral tiñe tanto sus valoraciones como las del resto del FMLN: en tanto se considera que la sexualidad masculina no tiene límites ni admite demoras en su satisfacción y, por tanto, la promiscuidad masculina es aceptada sin demasiado cuestionamiento, las mujeres promiscuas tienen una imagen negativa que el Frente se encarga de reforzar mediante la amenaza de castigos para ellas -que en ocasiones se llegaron a concretar. Así pues, la posibilidad que la guerra ofreció de realizar y validar prácticas sexuales más libres por parte de hombres y mujeres, fue abortada por la predominancia de estereotipos sexuales que exigen a las mujeres conductas recatadas en este ámbito pues ellas son consideradas las “depositarias del honor revolucionario”.

Aunque la mayoría de las mujeres descalifica a las que considera promiscuas llamándolas prostitutas, constatamos que el intercambio sexual por dinero previamente pactado fue una práctica ausente en los campesinos guerrilleros. Denominar prostitución a lo que en sentido estricto no lo es, tiene que ver con las distintas concepciones sobre las relaciones amorosas entre hombres y mujeres;

mientras las mujeres de extracción urbana consideran que el afecto y el deseo sexual son los componentes esenciales de una relación, las de origen rural ponen más énfasis en la convivencia y el intercambio de servicios mutuos entre la pareja. En los campamentos guerrilleros predominaban las formas de relación campesinas, pero imperaban las concepciones urbanas sobre la moral sexual, por lo que toda práctica sexual de las mujeres que no se ajustaba a los valores de las guerrilleras de origen urbano eran calificadas como prostitución.

Igualmente constatamos que la violencia sexista alcanzó niveles nada despreciables en las filas del FMLN. A pesar de ser consciente del problema, la dirigencia guerrillera actuó frente a los violadores respondiendo más a consideraciones pragmáticas que a políticas coherentes sobre esta problemática. En el papel, los violadores eran sancionados con la pena de muerte; en la realidad, sin embargo, la sanción se ejecutaba esporádicamente cuando la víctima pertenecía a la población civil o cuando el violador ocupaba niveles inferiores en la estructura militar. En el resto de los casos, las mujeres se sentían desprotegidas y permanentemente amenazadas; pocas se animaron a denunciar haber sido violadas y las que lo hicieron sufrieron la desconsideración de los mandos a sus denuncias y la complicidad masculina.

El ambiente generalizado de violencia propiciado por la guerra fomentó, qué duda cabe, una conducta agresiva de los hombres hacia las mujeres donde las fronteras entre el galanteo y el acoso sexual se difuminaban. La entrada de un cuerpo femenino a un medio tan masculinizado como el campamento guerrillero provocaba comportamientos masculinos que las mujeres vivenciaban como fuente de permanente peligro; la única opción que les quedaba era acompañarse rápidamente; pertenecer a un hombre lograba, en efecto, que el resto cesara en sus requerimientos.

La homosexualidad y el lesbianismo fueron prácticas negadas, reprimidas o rechazadas en las filas guerrilleras. Los prejuicios en este tema no sufrieron ninguna fisura como consecuencia de la guerra. La consideración de la preferencia homosexual y lésbica como práctica anormal, desviación o plaga, reprimió cualquier manifestación abierta de lesbianas y homosexuales.

En lo que hace a la maternidad, constatamos que durante la guerra se cuestionó la supuesta naturalidad de los embarazos como consecuencia lógica del ejercicio de la sexualidad. Las mujeres aprendieron a controlar su fecundidad y, aunque algunas de ellas se sintieron violentadas por la presión de los mandos guerrilleros para que usaran anticonceptivos, otras pudieron tener relaciones sexuales sin temor a quedar embarazadas, lo que contribuyó a que cuestionaran uno de los imperativos más fuertes de la identidad tradicional femenina en el Salvador: la obligación de parir. Esta sacudida al continuum sexualidad-reproducción no tuvo el mismo impacto en los hombres. Al dirigir exclusivamente las políticas de contracepción a las mujeres, el FMLN desaprovechó la oportunidad de combatir la irresponsabilidad masculina en el ejercicio de su sexualidad y reforzó la idea de que son las mujeres las únicas responsables de las consecuencias de tener relaciones sexuales sin precauciones.

Sin embargo, aunque algunas mujeres lograron planificar su maternidad, no es evidente que ello les llevara a reflexionar sobre la construcción del deseo de ser madre. Si bien en algunos casos la maternidad se pospuso porque resultaba incompatible con las tareas guerrilleras, las mujeres continuaron pensando que una vez terminada la guerra podrían concretar el nunca cuestionado deseo de ser madre. Llegada la paz, la búsqueda compulsiva de los hijos e hijas que se quedaron con otras personas y el elevado número de embarazos nos llevan a concluir que la maternidad sigue siendo una meta importante para las mujeres que participaron en la guerra.

Por otra parte, el silencio del FMLN durante la posguerra en torno a la compleja recomposición de los vínculos madre-hijo/a y los conflictos que se generaron en los niños y niñas, sus madres biológicas y las mujeres que se encargaron de cuidarlos, es una de las más lamentables manifestaciones de su desconsideración hacia los sentimientos de las personas y de su incapacidad para potenciar nuevas formas de relación humana cuando las tradicionales entran en crisis.

El análisis de las condiciones en que se desarrolló el cuidado de los hijos e hijas de los y las combatientes nos lleva a plantear que la tradicional división de tareas en este terreno salió reforzada de la guerra: la prole es responsabilidad de las mujeres, en tanto los hombres están exentos de cualquier obligación. Ello es así porque el FMLN puso fuertes obstáculos a que los hombres se hicieran cargo del cuidado de sus hijos e hijas, e incluso a que distrajeran su atención de las tareas para visitarlos o garantizarles su mantenimiento. Cuando las madres no podían resolver -por ellas mismas, con la ayuda de sus familias o de la población civil- el cuidado de las criaturas, el FMLN destinó recursos a montar guarderías atendidas exclusivamente por mujeres. Aunque ya no tienen la presión de la guerra, los años en que los hombres estuvieron eximidos de cualquier responsabilidad paterna dejaron una secuela de hábitos y actitudes irresponsables difícil de modificar en el corto plazo.

LA VARIABLE URBANO/RURAL

Al finalizar el análisis de resultados observamos que la procedencia, urbana o rural, de las mujeres entrevistadas explica de manera notable tanto las diferentes experiencias que unas y otras vivieron durante la guerra como las diversas percepciones que tienen sobre estas. Esta variable, aunque fue tomada en cuenta para el diseño de la muestra, no estuvo presente en nuestro marco teórico ni en las hipótesis de esta investigación.

Las interpretaciones sobre aspectos claves de sus vivencias sexuales -tales como el emparejamiento, el acoso, la promiscuidad- se diferencian más claramente en función de su extracción social que en base a la edad o el tipo de escenario en el que desarrollaron su militancia, lo que nos hace pensar que los prototipos de la feminidad y las relaciones genéricas se concretan de distinta manera en el

ámbito rural y en el urbano. A la precariedad de conocimientos existentes en El Salvador sobre las relaciones genéricas en las ciudades se suma una ausencia total de análisis sobre el tema en el campo. El estudio de una realidad tan compleja como la convivencia durante la guerra de hombres y mujeres de distintas extracciones sociales, de culturas y formas de vida diversas, se ve limitado por la carencia de referentes teóricos sobre las relaciones de género en el área rural y su impacto en la construcción de la subjetividad femenina. Consideramos necesario, por tanto, profundizar sobre estas cuestiones en futuros trabajos.

Las motivaciones que tuvieron las mujeres para incorporarse a la lucha armada es un ejemplo de la fuerte incidencia de la variable mencionada. En aquéllas que se incorporaron desde ámbitos ciudadanos (universidad, sindicatos, organizaciones populares), la convicción de participar en un hecho de trascendencia histórica y la conciencia de que no quedaba otra alternativa más que la lucha armada para lograr los cambios que querían, son los elementos que definen su decisión. La persecución del ejército nacional, las promesas de mejorar sus condiciones inmediatas de vida y la certeza de que podían morir si no se integraban a las filas del FMLN, son las motivaciones más frecuentes de las mujeres del campo; en algunas de estas, sobre todo entre las colaboradoras de la población civil, se percibe además la incidencia del mandato genérico de ser las cuidadoras materiales y emocionales de otros, en este caso de los guerrilleros y guerrilleras.

Así como constatamos nuestras limitaciones en el abordaje del tema por carecer de elementos para interpretar las relaciones genéricas en el campo, planteamos también que las concepciones y prácticas del FMLN durante la guerra estuvieron sesgadas por el carácter marcadamente urbano de su dirección y fueron impuestas a una masa campesina cuyas costumbres se desconocían y/o eran consideradas atrasadas. Por otro lado, el actual movimiento de mujeres -formado mayoritariamente por las bases campesinas del FMLN pero dirigido por mujeres urbanas- tampoco ha reflexionado sobre estas diferencias y sus repercusiones en la construcción de la unidad femenina, la cual no puede decretarse ni construirse obviando las distintas maneras de ser y sentirse mujeres. Hasta la fecha, el movimiento de mujeres y su vertiente feminista han repetido el modelo de relación jerárquica que el FMLN estableció durante la guerra entre su dirección urbana y sus bases campesinas; además, sus reflexiones tienen como soporte fundamental las elaboraciones teóricas realizadas por feministas de sociedades capitalistas desarrolladas y no dedican suficientes recursos a la investigación y el análisis de las distintas prácticas y concepciones de las mujeres salvadoreñas en el terreno de la sexualidad y maternidad.

Constatamos que durante la guerra las diferentes extracciones sociales de las mujeres interfirieron en la construcción de la solidaridad femenina. Las de origen urbano señalan que las campesinas fueron las que más duramente les hicieron sentir sus limitaciones y les dificultaron el cumplimiento de sus tareas; las campesinas a su vez, se sintieron menospreciadas o ignoradas por las de la ciudad. También las jerarquías propias de las estructuras militares y la

distinta valoración de los escenarios donde se libraba la guerra les impidieron construir el nivel de unidad necesario para que las mujeres se atrevieran a cuestionar la desigual asignación de tareas o las expresiones de discriminación hacia las mujeres que se daban en el FMLN.

AUSENCIA DE REFERENTES CONCEPTUALES NUEVOSEN TORNO A LA SEXUALIDAD Y LA MATERNIDAD

Constatada la dinámica de los cambios que se produjeron en las vidas de las mujeres integrantes o colaboradoras de la guerrilla, la carencia que el FMLN tenía de referentes ideológicos progresistas que ayudaran a interpretar tal dinámica y su despreocupación por los aspectos subjetivos y por los temas considerados privados, limitaron la posibilidad de que los cambios trascendieran al periodo del conflicto.

Las mujeres perciben que las modificaciones de sus prácticas sexuales y maternales fueron coyunturales, producto del momento e inevitables debido a las circunstancias de la guerra, pero no consiguen ubicarlas como una oportunidad de cuestionar los esquemas tradicionales de la feminidad. Su incapacidad para reinterpretar dichos cambios en un sentido liberador muestra la debilidad de un proyecto –el del FMLN– que puso más énfasis en la destrucción (material y simbólica) de lo que consideraba un orden opresivo, que en el diseño de nuevos valores y modelos de vida, tanto para sus militantes como para el pueblo del que decía ser representante histórico.

Constatamos que el FMLN careció de referentes teóricos progresistas sobre la sexualidad en general y sobre la opresión sexual femenina en particular, lo que le impidió interpretar en un sentido crítico constructivo los cambios realmente ocurridos en este terreno. El saldo actual es que muchas excombatientes niegan, distorsionan o viven con culpa sus experiencias durante la guerra, mecanismos que se intensifican en un ambiente de posguerra en el que han ganado fuerza las posiciones más conservadoras sobre los derechos sexuales y reproductivos de las mujeres. Otras se han salido del FMLN al constatar que no ofrece referentes atractivos en cuanto al análisis de las relaciones entre los géneros; una buena cantidad, por último, rechaza actualmente la propuesta feminista porque los aspectos relativos a la sexualidad y la maternidad les llevarían a revisar su experiencia pasada.

Sólo aquellas exguerrilleras y excolaboradoras que tuvieron contacto con el feminismo y pudieron reelaborar sus vivencias a la luz de nuevos conceptos, tienen hoy una cierta conciencia sobre los derechos sexuales y los derechos reproductivos de las mujeres y disponen de una interpretación en clave de género sobre la discriminación de que fueron objeto en el FMLN.

Un buen contingente de la población femenina activa durante la guerra tiene deseos de canalizar sus energías vitales hacia

proyectos distintos a la domesticidad, deseos que no han encontrado vías de realización en un FMLN volcado hoy al desempeño de una política institucional en la que están ausentes las mujeres, sus necesidades y reivindicaciones. Buena parte del desencanto actual de las mujeres se debe a que el Frente no reivindica actualmente su aporte; se sienten olvidadas y desvalorizadas, y expresan su resentimiento no interviniendo en las actividades que el partido realiza, no atendiendo su llamado a la participación electoral o votando en su contra.

El deseo de seguir participando guarda relación con el balance que las mujeres hacen sobre su participación en la guerra, pero constatamos que el carácter de este balance depende más de la forma en que se incorporaron (por elección consciente u obligadas por la represión) que de los beneficios obtenidos en los programas de reinserción. Este deseo también está mediatizado por las dificultades que han tenido para elaborar los duelos por las innumerables pérdidas sufridas durante la guerra, lo que se traduce en el presente en diversas somatizaciones, salud mental deteriorada y desesperanza ante la nueva situación política. Según otras investigaciones, este malestar es común a hombres y mujeres, aunque en estas se presenta agravado a causa de su marginación en los Acuerdos de Paz y en los planes de reinserción.

LA SUBJETIVIDAD Y EL PROYECTO REVOLUCIONARIO

Reafirmamos la importancia de integrar coherentemente los elementos de la subjetividad en los proyectos de transformación social, entendiendo esta no como un simple reflejo de las condiciones materiales de las personas sino como una compleja construcción en la que intervienen factores sociales, individuales y culturales, pero que opera según leyes diferentes a las que rigen lo social. Aunque la subjetividad no es exclusiva de las mujeres creemos necesario poner de relieve el impacto de eventos como la guerra en la subjetividad femenina, pues estos tienden a analizarse enfatizando los factores macrosociales, económicos y políticos, y las vivencias masculinas.

De los aspectos relativos a la subjetividad nos importan particularmente la sexualidad y la maternidad porque han sido los más olvidados: no aparecieron en ninguna plataforma de los partidos contendientes en las “elecciones del siglo” en 1994 ni movilizan a las organizaciones de mujeres existentes, las cuales invierten sus energías prioritariamente en el proceso de reconstrucción nacional y consideran ocioso y contraproducente distraer sus recursos de tamaño tarea enfocándolos hacia la lucha por los derechos sexuales y reproductivos de las mujeres.

También quisimos resaltarlos porque son elementos estructurantes de la feminidad y desconsiderarlos implica validar los mandatos del prototipo tradicional de la identidad femenina. Puesto que la subordinación femenina se asienta, en gran medida, en la idea de que hay una única -y natural- manera de ser mujer a la que se asocia

una determinada vivencia de la sexualidad y la maternidad, cuestionar dicha naturalidad implica develar el sistema de desigualdades entre los géneros que sostiene la dominación masculina y avanzar en la posibilidad de construir prácticas sexuales y maternales menos opresivas y más gratificantes.

La reivindicación de los derechos de las mujeres y, en particular, los referidos a la sexualidad y reproducción, depende fuertemente de la voluntad de asumirlos como problemáticas relevantes y de la capacidad para elaborar concepciones y políticas que permitan impulsar prácticas consecuentes. Esa voluntad estuvo ausente del proyecto de nación que sostuvo la lucha del FMLN durante una década.

Para terminar, de cara a potenciar la lucha de las mujeres en torno a sus derechos sexuales y reproductivos, enfatizamos la urgencia de disponer de referentes éticos, ideológicos y políticos que permitan a las mujeres reinterpretar positivamente las experiencias vividas en estos ámbitos, liberadas de concepciones represivas y dobles morales sexistas. Esta reinterpretación, además de desculpabilizarlas por lo que hicieron o dejaron de hacer, les permitiría un balance más positivo de su participación en la guerra y, seguramente, entender el momento actual como una situación de crisis que les abre las puertas a un replanteamiento de sus valores y del sentido de sus vidas.

LOGO

El 17 de noviembre de 1995, 27 mujeres y hombres dirigentes del FMLN y del Partido Demócrata acudieron al llamado de Las Dignas para discutir la versión preliminar de los resultados de esta investigación. El objetivo de la cita era conocer las opiniones de quienes tuvieron la responsabilidad de elaborar y llevar a cabo las políticas sobre sexualidad y maternidad que fueron objeto de este estudio. El debate se abrió con una exposición de los resultados por parte de las autoras, que omitimos en este epílogo. Posteriormente Morena Herrera, coordinadora de Las Dignas, expuso a las personas presentes una serie de propuestas derivadas de las conclusiones del trabajo; finalmente, se debatieron los temas de sexualidad y maternidad durante seis horas. Omitimos las preguntas y respuestas que se hicieron sobre aspectos particulares de la investigación. Creemos que las reflexiones que a continuación se exponen constituyen la mejor manera de cerrar este texto. Hemos respetado en su integridad las ideas vertidas en aquella discusión, aunque hemos recortado y editado las intervenciones.

Morena Herrera: Quiero compartirles algunas propuestas que hemos elaborado a la luz de las reflexiones derivadas de esta investigación. La primera de ellas tiene que ver con la necesidad de no permitir que el recuerdo de la guerra se pierda en un silencio insalubre a fuerza de colocarle toneladas de cemento encima. Hasta ahora se conocen dos versiones de la guerra: la del gobierno y la de la dirigencia del FMLN; son dos versiones distintas que tienen en común el hecho de ubicarnos a las mujeres casi exclusivamente en los papeles de madres -ya no sólo de los hijos nacidos del propio vientre sino como *madres-montaña* protectoras y nutrientes- y de heroicas guerrilleras entregadas a la causa revolucionaria por la cual relegamos todo tipo de aspiraciones personales. Sin embargo, las vivencias de las mujeres durante la guerra fueron mucho más variadas, por lo que instamos a desmitificar las imágenes estereotipadas y promover debates en torno a las contradictorias y complicadas vivencias femeninas durante la guerra y sus implicaciones en la actualidad.

La segunda propuesta tiene que ver con la necesidad de retomar las recomendaciones de la Comisión de la Verdad, sobre todo las referidas a la reparación emocional y a la indemnización económica de las y los sobrevivientes. La mayoría de las mujeres tiene muchísimas dificultades para acceder a la indemnización por familiares caídos en combate porque no tienen la partida de defunción del hijo o hija o porque los padres murieron sin asentar a sus criaturas. Las mujeres van de oficina en oficina mendigando información y una voz fría les responde: “busque un abogado para que le resuelva las cosas o vaya a la Procuraduría de la República a ver si en unos ocho meses se lo resuelven”. Otras mujeres tienen el pecado de no haber cumplido los 55 años, no importa que hayan sido uno, dos, tres, cuatro y hasta seis hijos los caídos en combate, no importa que quedaran enfermas de tanto que sufrieron, no pueden cobrar la indemnización porque no han cumplido los 55 años aunque físicamente parezcan ancianas. Por ello es necesario revisar el concepto de “víctimas de guerra”, del cual están excluidas las sobrevivientes. Si calculamos que por cada hombre fallecido en la guerra hay por lo menos cuatro mujeres que sobrevivieron a su muerte: la madre, la esposa, una hija y una hermana, tenemos que reconocer que la mayoría de sobrevi-

vientes son mujeres. Muchas de ellas forman parte de ese contingente de 100 mil personas que nos alimentaron con su trabajo durante la guerra y merecen nuestro reconocimiento y apoyo concretos.

Por otro lado, y también en relación a las recomendaciones de la Comisión de la Verdad, aún está pendiente la construcción de un monumento a las y los caídos que quedaron sin tumba. Quienes perdimos a familiar o un ser querido no contamos con un sitio simbólico para elaborar nuestros duelos; necesitamos un sitio que sirva para sanar el dolor y no para que el gobierno o los partidos políticos hagan campañas. Un sitio que incluya a las y los ocho mil desaparecidos. Se hace necesario diseñar e implementar programas de asistencia y reparación emocional para toda la población directa e indirectamente afectada por el conflicto, para tratar la traumatización extrema causada por la guerra. Hay comportamientos actuales que aparentemente no tienen explicación, hay poblaciones que han cambiado totalmente su fisonomía y donde la violencia es el elemento predominante en la actualidad; nosotras creemos que esos son síntomas de la traumatización extrema causada por la guerra que hay que atender.

La tercera propuesta está relacionada con el tema más silenciado hasta ahora en el seno de la izquierda salvadoreña: la sexualidad. Tenemos que sacar del silencio y de los prejuicios las vivencias de la sexualidad, promover debates que ayuden a desculpabilizar a las mujeres que fueron protagonistas de cambios en sus conductas sexuales y que ahora los niegan o los encubren bajo el peso de la doble moral.

Otro de los temas que poco ha preocupado a las dirigencias políticas en la posguerra son los conflictos emocionales y sociales que han generado la vivencia de la maternidad durante la guerra. La siguiente propuesta tiene que ver con la necesidad de apoyar, de prestar atención, de facilitar las reconciliaciones y la recuperación de los vínculos rotos entre las madres biológicas y los hijos, entre las madres biológicas y las mujeres que los cuidaron. Este es un drama social al que se enfrentan las mujeres en total soledad, sin recursos, sin apoyos de quienes nos convocaron a separar la maternidad biológica del maternazgo para luchar por una causa justa. Creemos que ya no vale decir que estos son problemas personales y que los partidos políticos nada tienen que ver con ellos. Ya no vale tampoco dejarlos pendientes para momentos de mayor estabilidad. Estamos convencidas de que este es el momento de empezar a atenderlos.

Relacionada con lo anterior está la necesidad de reconstruir los vínculos paternos con los hijos y las hijas engendradas en la guerra, con esas semillas que se querían dejar y que luego se abandonaron a la buena de Dios o, lo más seguro, a la buena de otra mujer. Es necesario que los hombres sientan la exigencia ética y política del cumplimiento de sus responsabilidades con las criaturas que engendraron y que ahora son adolescentes seguramente con cuentas muy altas con ellos; es mejor empezar a saldar esas cuentas ahora y no seguir dejándolas para mañana.

La quinta propuesta tiene que ver con la lucha por erradicar la violencia de género que se ejerce contra las mujeres, y que también se ejerció durante la guerra sin ser suficientemente atendida.

Son necesarios muchísimos debates en torno a las implicaciones de este problema social, campañas internas en los partidos políticos y organizaciones sociales, pues la violencia es uno de los grandes obstáculos para que la mitad de la población acceda a los beneficios del progreso y el desarrollo social.

Nuestra última propuesta está orientada a profundizar en las investigaciones sobre lo que nos pasó, a no permitir el olvido, a afirmar el “¡Nunca más!” que sólo será posible si trabajamos por recuperar otras vivencias y si incluimos las verdades de las mujeres en la verdad a recuperar. Se une a esto la necesidad de construir una nueva cultura política como marco de actuación y forma de relacionarnos, una cultura de diálogo y tolerancia que no implica renunciar a los sueños de una vida mejor sino entender que hay distintas maneras de ver y valorar las mismas cosas. Una cultura política que rescate el sentido crítico y la creatividad que tuvimos en el pasado.

Francisco Mena Sandoval: Quisiera agradecer la oportunidad de compartir estas experiencias y hacer una propuesta. Creo que hay elementos tan cercanos de la guerra que todavía las heridas están sangrando y una manera de manejarlas es que las propuestas no sean retomadas solamente por la izquierda sino que involucren a todas las fuerzas políticas del país, de esta manera tendríamos una fuerza más grande. La izquierda vive una crisis y creo que la vamos a vivir por bastante tiempo, por eso es necesario involucrar a otras fuerzas políticas en este tema.

Ángela Zamora: En primer lugar quiero felicitar a las compañeras por este esfuerzo de trabajar sobre un aspecto de la historia de la guerra que hasta ahora no se había recogido. El FMLN, durante la conducción de la guerra, tuvo a la vez una conducta revolucionaria y conservadora: fue muy revolucionario en el sentido de romper todos los esquemas sociales y tratar de construir un ideal social general para la nación, pero fue y es conservador en torno a las relaciones de género. Allí influyen dos cosas: la concepción y la práctica patriarcal del Frente y el desconocimiento total de la teoría de género.

Definitivamente hubo algunos aspectos que no fueron prioridad en la guerra, aspectos relacionados con la maternidad y la sexualidad no tenían la menor relación con la sensibilidad social por la cual estábamos incorporados a la lucha. La guerra es un ámbito masculino y lo femenino tiene poco espacio, si ya dentro del marco de la normalidad lo femenino queda bastante relegado, en la guerra eso quedaba mucho más escondido. A pesar de eso, tendríamos que revalorar la ruptura que algunas mujeres hicieron respecto a esquemas y roles tradicionales porque actualmente hay un retroceso en este sentido, y no sólo se han perdido las vivencias de experiencias, también hemos perdido a muchas compañeras que en la guerra encontraron cierta razón de ser y se sintieron plenas con su participación.

En torno a la sexualidad no podríamos decir que no se orientó sexualmente, sí se hizo, pero en un sentido conservador. Yo tuve a mi cargo una escuela de reclutas y dábamos educación sexual, pero sobre todo información para evitar el embarazo. En lo referente

a la promiscuidad y la prostitución que se toca en el documento, soy consciente de que no hubo prostitución, pero sí hubo promiscuidad. El campamento no era una casa y no había lugar para tener ciertos espacios individuales, teníamos que estar todos juntos y éramos bastantes, eso daba condiciones para la promiscuidad; otro aspecto que hay que registrar es que había muchos más hombres que mujeres y eso fomentaba el acoso sexual hacia las mujeres; había muchos compañeros jóvenes que nunca habían tenido relaciones sexuales y sabían que se podían morir en el siguiente combate y la sexualidad era importante para ellos. No hubo preocupación por esto y quienes más sufrían eran las mujeres.

Me cuesta entender el enfoque que se hace en el documento sobre la promiscuidad en relación a las urbanas y rurales, no sé por qué se centra el problema ahí porque había en el frente guerrillero una mayor libertad sexual, yo no diría libertinaje, para unas y otras. Las compañeras de las comunidades se sentían más libres y con menos culpa para tener las relaciones que quisieran, aunque no todas eran por decisión propia; cuando las urbanas llegan a los campamentos nadie controlaba sus relaciones, es decir, el jefe o la jefa de ese campamento no se preocupaba por controlar esas cosas ni las regía. Por eso no logro dimensionar esta diferenciación que hacen entre urbanas y rurales, yo diría que se tendría que profundizar más en ese aspecto teniendo en cuenta que probablemente ahora se vean las cosas de manera diferente a como se vivieron.

Ricardo Vázquez: Creo que el documento es un excelente esfuerzo de interpretación de una realidad que ha sido poco abordada, incluso excluida no sólo de las discusiones sino también de las propuestas. En el contexto nacional hay una cultura política en la que el quehacer político ha sido un monopolio de determinados grupos, que en determinados momentos toman formas partidarias; lo que quiero decir es que si esta discusión se inscribe solamente en la agenda política corre el riesgo de que se politice y luego se diluya como parte de ese monopolio del quehacer político, creo que esto es más parte de una agenda social en la que hay sujetos que se reproducen como sujetos sociales y la agenda feminista obviamente está en ese marco.

Esta investigación es un punto de partida, pero hay que plantearse también puntos de llegada para que las propuestas tengan un sentido de realidad política y social, si no quedan en abstracto. También creo que hay que explicar el hecho de que durante mucho tiempo el FMLN fue una opción de poder que se planteó la transformación a partir de su triunfo militar, eso es importante para explicarse por qué en el proceso previo a la toma de poder estos problemas no se asumieron; todo fue postergado porque teníamos una visión de que la cosa se iba a transformar a partir del control del poder total, y no me estoy refiriendo nada más a las relaciones de género sino que me estoy refiriendo a todos los problemas económicos y sociales del país.

Ustedes han hecho una periodización de la historia que es muy importante para entender el desarrollo del FMLN y las distintas fases de la incorporación de las mujeres. Lo que ustedes señalan acerca de las tres fuentes que construyeron la utopía revolucionaria

es parcialmente cierto, porque todos los que ingresamos al FMLN traíamos también otro bagaje, éramos parte de una cultura salvadoreña que no aparece explicitada. Me parece también que es importante ver la relación urbano-rural históricamente, desde la fundación de las primeras ciudades. San Salvador fue construida sobre la base de los asentamientos indígenas y ha habido históricamente una subordinación del campo a la ciudad; la ciudad ha visto al campo en forma subsidiaria, utilitaria, como fuente de extracción de recursos humanos y naturales, creo que ese es un factor que también ayudaría a explicar el porqué de esa relación histórica campo-ciudad.

Jorge Escoto: Quiero comenzar diciéndoles que las felicito porque considero que este es un excelente esfuerzo en tres dimensiones, la primera es que toda la carga ideológica que tiene la investigación puede servir para replantear las concepciones que se tienen dentro de nuestra cultura de lo que es ser mujer y de lo que es ser hombre. En segundo lugar, este es un documento que tiene mucha utilidad, no sólo de cara al futuro sino también para remediar errores del pasado; sería bastante inhumano si en este momento, por cuestión de conveniencia política, se dijera: “esas cosas ya pasaron y hay que callarlas”. ¿Qué pasaría con todo este cúmulo de mujeres que realmente se sienten mal y que están dañadas? Si algunas mujeres tuvieron una vida sexual determinada en tiempo de la guerra y después sienten culpa es porque estamos marcados por toda una doble moral y estamos exigiendo ciertos comportamientos para las mujeres y permitimos ciertas permisibilidades a los hombres, entonces aquella mujer que por “solidaridad” o por gusto tuvo relaciones con varios compañeros se siente juzgada.

Durante la guerra hubo muchas diferencias entre hombres y mujeres y quiero acordarme de un caso: en un frente se discutía una vez el problema de una compañera que se acostó con un hombre distinto a su marido. La historia es que estaba todo oscuro y un compañero, después de hacer la posta, llegó y se acostó con ella. Se supo la situación y se discutió el hecho, ella decía que en principio ella creía que era su compañero porque él se hizo pasar por su compañero; las mujeres eran las que más duramente condenaban su conducta, no creían que ella se hubiera confundido, la mujer explicaba que sí lo había conocido pero que la situación ya era incontrolable. Este caso se llevó a la Comisión de Honor y las mayores reprimendas fueron para la compañera. Conocí casos de compañeros de dirección que andaban seduciendo a una serie de jovencitas, pero generalmente a quien más se le llamaba la atención era a las muchachas. Este tipo de cosas hay que decirlas porque es una oportunidad para que se plantee qué se va a entender por hombre y mujer nueva y por qué, si se están planteando estas cosas dentro de la izquierda, habría que replantearlas con más elementos.

En tercer lugar este trabajo ayuda mucho porque recupera la salud mental y emocional de muchas compañeras que no merecen quedarse en el olvido. Claro que si por conveniencia partidaria hay cosas que no se está dispuesto o dispuesta a variar, entonces realmente seguimos manteniendo los viejos esquemas y muy poco hacemos por cambiar una sociedad.

Tomás Zavala: Quiero manifestar que los contenidos de este documento son bastante ciertos. Yo trabajé en la ciudad como comando urbano y trabajé en los frentes de guerra y considero que en el aspecto de la sexualidad hubo dos momentos: una situación problemática se dio en las grandes unidades porque era imposible controlar estas cosas, hubo hasta violaciones. Cuando se pasó a desconcentrar los batallones ya se tuvo un mayor control, la situación fue diferente y se iba teniendo un poco más de conciencia. En el caso de la ciudad, por lo menos en mi experiencia, no hubo acoso sexual a las compañeras.

En relación al problema que se dio entre las compañeras de la ciudad y las del campo, se dio incluso entre los hombres de la ciudad y del campo. Yo sentía que las compañeras que llegaban de la ciudad sabían más letras, sabían más sus garabatos y entonces iban a estructuras en donde se fregaban menos y allí surgía el problema con las compañeras del campo porque ellas decían: “púchica, a nosotras nos dejan el trabajo más duro”, porque muchas de ellas no sabían leer ni escribir. Luego estaba la educación, por ejemplo, las compañeras del campo cuando se iban a bañar lo hacían con vestido, con fustán, una calzoneta y el calzón abajo, y cuidando que no las fuera a ver nadie; en el caso de las compañeras de la ciudad era diferente, se habían criado en otro ambiente, se bañaban en blúmer y causaba un poco de alejamiento con las compañeras del campo.

Pero eso también se dio entre los hombres. En el 80, los compañeros que llegaban de la ciudad eran los políticos de la fuerza militar. Había un gran descontento porque a veces los políticos sólo llegaban a decir cómo debían hacerse las actividades militares, pero se quedaban en el campamento, los que iban a enfrentar al enemigo eran los del campo. Los que llegaban de la ciudad eran más patangos para andar en la noche, se caían, iban de rodadas, sólo de chollada andaban en los montes y los del campo no, les hacían chiste, utilizaban ese momento como para vengarse de la gente que llegaba de la ciudad.

Y, por último, creo que somos la gente del FMLN y del Partido Demócrata los llamados a buscar las formas y los mecanismos para ejecutar las propuestas de las compañeras.

Héctor Acevedo: Cuando leí esta investigación recordé que al final del informe de la Comisión de la Verdad se repetía una frase del canto maya “.... Y eso pasó entre nosotros”. Al ver todo esto en conjunto, me doy cuenta de que a veces he tenido una visión machista y he visto estas situaciones como casos aislados o como elementos sin importancia. Comenzar a leer una serie de experiencias y enterarse de que en realidad esa dispersión no es tal, encontrar un grupo de población afectada, es fundamental para obligar a que esto se reflexione dentro del FMLN, dentro de los que fueron, los que ya no son y los que van a seguir siendo el FMLN, pero también a nivel de la sociedad.

Una de las razones por la cual se dieron estas cosas es que en el período de la guerra no hubo discusión a fondo de los problemas de este tipo; creo que en el período previo a la guerra, en la gestación de los movimientos revolucionarios, sí hubo más interés. Me acuerdo de una vez que nosotros tuvimos que discutir el caso de una

compañera que estaba en una tarea logística bastante delicada y que salió embarazada, la discusión era si ella seguía o no con su embarazo. A mí me quedó claro en esa época que la mujer se incorporaba al proceso revolucionario como mujer y eso implicaba como madre. Al fin de cuentas se acordó que ella decidiera qué hacer y ella decidió ser mamá. Después, el problema de la maternidad y la sexualidad no se volvió a discutir con profundidad.

En torno al tema de la sexualidad no había profundidad ni una postura correcta. La influencia de una visión demasiado religiosa de la sexualidad, como rescata el documento, limitó bastante una postura revolucionaria. Recuerdo que discutíamos estas cosas como problemas de moral, problemas de permiso, incluso la crítica y la autocrítica eran, al final de cuentas, una confesión.

Todo esto se perdió durante la guerra porque prevaleció una visión inmediatista, había momentos en que se discutieron casos como uno que aquí aparece, una compañera que había tenido relación sexual con la gente del pelotón, con bastantes, y nuestra discusión iba en torno a qué hacer con ella; decidimos quitarla de combatiente y pasarla a sanitaria, porque decíamos que eso descohesionaba y generaba problemas.

Una de las virtudes que tiene el documento es que a uno le despierta inquietudes sobre la forma de pensar del Frente en estos temas. Me ha hecho pensar qué es lo que el FMLN debió haber hecho y si tenía la capacidad para hacerlo o sería pedirle mucho. La respuesta para mí es que el inmediatismo, la falta de un marco ideológico más claro, la visión religiosa y la visión militarista de las cosas, impidieron en buena medida que el FMLN tuviera una postura diferente. A mi juicio no fue desconocimiento, creo que no hubo suficiente respeto por la dignidad de la mujer. Esa evaluación hay que hacerla, yo me veo involucrado en esto y, si no somos capaces de revisar lo que ha pasado, difícilmente vamos a poder estructurar un planteamiento en el que la vigencia de los derechos sexuales de la mujer tenga validez.

Nidia Díaz: A mí me ha hecho reflexionar bastante el texto, en algunos aspectos me siento identificada y quiero decirles que el propósito lo veo bastante útil, no sólo para que superemos todas esas situaciones y donde haya que reparar, si se puede, se repare, sino para acompañar los procesos de democratización y reformulación de concepciones en la vida de uno.

También me siento un poco responsable. Vengo de los primeros núcleos de la guerrilla y aunque no vamos a echar culpas a determinadas personas, hay que asumir una responsabilidad histórica. Desde el año 75 formo parte de organismos de dirección y quiero decirles que los referentes históricos que tuvimos las mujeres al iniciarnos fueron Tania la guerrillera, Dolores Ibarruri, Clara Zetkin y en ningún momento se planteaba esta problemática, sino que la cosa era cómo lograr más participación de las mujeres en la lucha por la transformación.

Muchas de nosotras veníamos de hogares violentos donde se pisoteaba la dignidad de la mujer y nos rebelábamos contra ello, pero dentro del planteamiento histórico de transformación no se con-

templaba ese punto. Recuerdo muchos momentos difíciles, cuando veía a una compañera morada y ella decía que se había caído cuando no era cierto; tampoco entendía cómo compañeras solidariamente compartían su cuerpo y su placer con otro hombre que no era su pareja. Yo, bien purista, les decía: “debes de buscar un compañero fijo” y ellas decían: “¿usted cree que no podemos ser solidarias con los que aquí no tienen a su compañera?”. Nosotras, las que teníamos responsabilidades, éramos muy conservadoras porque teníamos que ser el ejemplo y eso significaba ciertas limitaciones, disyuntivas entre el deseo y la libertad, pero la conveniencia política siempre se anteponeía porque se suponía que uno dominaba las causas de los fenómenos y sabía supeditar la parte más íntima y natural al razonamiento.

Ahora, durante la paz, se vuelve a un concepto muy conservador de la familia, se dice que hay un restablecimiento de valores, de moral, pero creo que a veces hacia donde se camina es hacia el conservadurismo en estos planos.

David Pereyra: En mi experiencia el “mandato de género” nunca apareció y para mí es nuevo esto del mandato de género con que fueron las mujeres a la guerra. El mandato que teníamos todos, hombres y mujeres, era un mandato político, luchábamos por la toma del poder y eso era el centro de toda actividad, a eso subordinábamos todos nuestros intereses.

Al inicio teníamos una visión de corto plazo, entonces el esfuerzo, el sacrificio era mayor y muy cargado en el aspecto ideológico. Cuando nos percatamos de que la guerra iba a prolongarse fue necesario incluir otros temas que tenían que ver con nuestras relaciones internas y entre ellos el aspecto sexual, la maternidad y otros. Hubo un tiempo en que programamos las relaciones sexuales, teníamos un calendario y un lugar, pero después vimos que eso deformaba el pensamiento de las parejas. Intentamos que las parejas fueran estables porque había mucha promiscuidad, que tenía que ver con el nivel de educación de las mujeres. Yo no veo ni a los hombres ni a las mujeres como responsables de la promiscuidad, eran las condiciones en que vivíamos y esa ansiedad de que mañana puedo amanecer muerto. También había casos de mujeres recién reclutadas que en sus casas habían estado sometidas a un control extremo de parte de sus padres y, una vez en el campamento, se veían liberadas y daban rienda suelta a su relación sexual.

A mí me llamó la atención el tema de la división de tareas entre los hombres y las mujeres. Nosotros no teníamos un criterio establecido de antemano de tareas sólo de hombres o sólo de mujeres. Hubo muchos esfuerzos para involucrar a las mujeres en aquellas tareas que eran consideradas sólo de hombres y debo decir que nos costó mucho convencer a las mismas mujeres de que ellas también eran capaces de asumirlas.

Recuerdo que allá por los años 83 u 84 nos llegó información de una organización femenina, creo que sus siglas eran AMPES o algo así. A nosotros, que estábamos interesados en el involucramiento de las mujeres en las zonas guerrilleras, se nos ocurrió iniciar esa organización y comenzamos en el propio campamento. Pero la com-

plicación fue cuando llevamos esta organización de mujeres hacia las zonas, a las bases de apoyo, porque las compañeras llevaron un discurso en donde el enfrentamiento ya no era sólo contra el sistema sino entre hombre y mujer; quiero decirles que tuvimos que corregir y desarmamos la organización porque el centro dejó de ser la lucha contra el enemigo principal, dejó de ser la lucha por la toma de poder y se convirtió en una lucha entre el hombre y la mujer, y éramos acusados de descomposición.

Ana Cisneros: Yo participé sobre todo en el proceso de reinserción de excombatientes después de la firma de los Acuerdos de Paz. Me llama la atención la reflexión de mis camaradas comunistas sobre las organizaciones de mujeres, ya sea en los frentes de guerra o en otras experiencias, porque veo que hay una constante referencia al miedo a que las mujeres conozcamos verdaderamente nuestros derechos y nos apropiemos de un proyecto revolucionario en todos los ámbitos. Muchas veces nos hemos quedado solas, me refiero a las compañeras que conformábamos la Secretaría de la Mujer del FMLN, porque hay miedo a discutir, a poder afectar el proyecto del Frente, pero es necesario reflexionar a fondo, hacer una exhaustiva revisión de las relaciones de poder que hay entre mujeres y hombres en este país y de qué tan apropiadas estamos unas y otros de nuestras experiencias, de nuestros deseos, de nuestras aspiraciones, de nuestros orgasmos.

Antepuse los intereses de un partido a los intereses de nosotras, pero hoy entiendo que la sexualidad de las mujeres tiene en su base una profunda y desigual distribución de poderes, en cuanto a los permisos, los castigos, las culpas. Yo cuestionaría la sostenibilidad de cualquier proyecto revolucionario si este tema y otros similares no son tenidos en cuenta en profundidad.

José Luis Quan: Ante todo quiero felicitarlas porque este es un esfuerzo por recuperar la memoria histórica de la mujer de izquierda en El Salvador. Me considero un analfabeto en la concepción de género, pero tengo la sensación de que la investigación es muy unilateral porque yo me hago la siguiente pregunta: ¿Cómo explicar el salto de la mujer que pasa del trabajo doméstico al trabajo especializado, que pasa a ser organizadora política, explosivista, combatiente? Creo que eso son saltos mínimos pero que no deben dejarse a un lado.

Hay una anécdota que tiene una connotación psicológica sobre lo que es la población civil. Recuerdo el caso de una compañera de una población en el norte de San Miguel, ella se quiso incorporar al frente y llego a mí, yo le dije: “nosotros venimos de pasada, vaya a donde su responsable organizador de acá”; total, como no era un reclutamiento forzoso, llegó el organizador a hablarle pero los padres no quisieron y no se reclutó a la compañera. Al día siguiente nos dicen que se había vuelto loca, que había tenido una especie de espasmo en la noche y que la habían llevado al hospital psiquiátrico. Eso nos dejó impactados. Investigando el caso, una señora de la población civil nos dijo: “es que está apasionada”; no entendíamos ese concepto, es un concepto muy rural, hasta que comprendimos que significaba una respuesta a la presión del núcleo familiar que no

le permitía a esa muchacha de 17 años ni siquiera ir al caserío de enfrente y ella quería encontrar en la guerrilla su salvación.

Irma Quijada: Cuando iba leyendo el documento sentía que era como una película ya conocida. Me llama la atención cuando se dice que el tema de la sexualidad no fue discutido como prioridad dentro del FMLN; a mí me parece que fue discutido como un problema y para solucionarlo se dieron anticonceptivos, dirigidos exclusivamente a las mujeres porque siempre ligamos relaciones sexuales con embarazo. Me parece que sí hubo una política dentro del FMLN, consciente o no, y fue de control del cuerpo de las mujeres porque ese era el problema: el cuerpo femenino entrando a un ambiente eminentemente masculino, de hombres heroicos, luchadores, guerreros. Nuestro cuerpo era un problema y nos lo hicieron sentir así.

Yo quisiera hablar de la situación en la ciudad, el acoso sexual y la violación existían, las persecuciones de los compañeros también, el continuo miedo de nosotras de dormir cerca de ellos porque íbamos a ser manoseadas era real. El lesbianismo y la homosexualidad fueron temas totalmente silenciados, reprimidos, cuando se daba un caso era algo anormal que no podía estar aquí y se debía salir.

Un aspecto importante en la ciudad fue la “compartimentación”, que a veces era muy beneficiosa y a veces muy perjudicial. Políticamente era una forma de seguridad, pero no sabíamos si el compañero con el que teníamos una relación tenía compañera o hijos porque como estaba compartimentado, no informaba sobre eso. En la ciudad nos estábamos muy solas ¿a quién le poníamos una queja si todo era clandestino? Sólo conocíamos a los de nuestra célula y cuando comentábamos algo de eso nunca teníamos respuesta, nos sentíamos totalmente inseguras.

Me parece que si queremos un proyecto revolucionario no podemos estar hablando de “democracia” hacia lo público y de esclavismo hacia lo individual; el proyecto revolucionario también debe contemplar y respetar las necesidades individuales. El acoso, la violencia y todo lo referente a la sexualidad se sigue viendo como algo natural y no como algo construido. Como lo vemos natural lo dejamos pasar porque creemos que no se puede cambiar.

Y respecto al gran cambio que hicimos cuando pasamos del trabajo doméstico en nuestra casa al trabajo doméstico guerrillero, me parece que no fue mucho el cambio de hacer veinticinco tortillas para la familia a hacer quince mil o diez mil de manera colectiva para el batallón o para el campamento. Ser radistas, sanitarias y estar en la cocina era parte de nuestra formación como mujeres, allí no se estaba trastocando absolutamente nada de nuestra identidad.

Ana Gertrudis Méndez: Me parece que este es el inicio de un debate importante enmarcado en la construcción de una verdadera democracia. La ruptura entre la sexualidad y reproducción no fue producto de una concepción sino obligada por la situación que vivimos. Siento que esto nos provoca problemas actuales a las mujeres porque las cosas se han mantenido en silencio después de la guerra.

La incorporación de la mujer fue vista por muchos como un instrumento que abonaba a la lucha revolucionaria, pero no se reconocían las diferencias de género ni esa diversidad de intereses que hay entre hombres y mujeres. Tampoco se reconocieron los derechos humanos de las mujeres y la sexualidad no fue vista como un derecho, hubo una presión hacia ellas porque se decía “pobrecitos los compañeros que están en guerra, les toca sacrificarse y han dejado por allá a su mujer”, entonces la compañera tenía que ser “solidaria” y eso se volvió como una obligación ideológica, como una cosa que teníamos que hacer. Yo tuve muchos pleitos y siento que muchos dirigentes promovían el acoso sexual, a mí me tocó vivir esa experiencia y fue muy dura.

Muchas cipotas de 13 años llegaban al frente y todo el mundo les caía encima, desde los jefes hasta los combatientes; un jefe, aunque fuera de escuadra, se sentía con más posibilidades y con más agallas para poder acosar a la compañera. Se ejercía una presión moral, se decía que allí todas las mujeres podían tener los maridos que quisieran y nadie les iba a decir nada y, si no quería, la acusaban de moralista.

Estas cosas hay que verlas no para lamentarnos o para culpar a alguien sino para ver cómo el FMLN y los partidos de izquierda están pensando transformar o contribuir a la transformación de la sociedad, para ver cuál es nuestra propuesta como revolucionarios. He llegado a la conclusión, y muchas compañeras están de acuerdo, en que no puede haber democracia si no hay igualdad de géneros. Han cambiado las condiciones, hoy ya no estamos en guerra, pero la sexualidad sigue siendo un tabú. Quiero agregar a las propuestas la importancia de que los partidos de izquierda se propongan incluir dentro de su formación la teoría de género de una manera seria.

Gloria Guzmán: Yo esta mañana pensé que este debate iba a ser complicado y se me confirmó el presentimiento porque he sentido mucha resistencia a entrarle a los temas. Creo que no se trata de que la dirigencia del FMLN se plantee pedir perdón, aunque fuera saludable, sino de reflexionar más profundamente sobre estas cuestiones.

Yo soy urbana y tengo contacto con muchas mujeres rurales, muchas de las compañeras con las que trabajamos están tan sensibles al tema de la maternidad que no encuentran momento más propicio que cuando nos juntamos y empiezan a airear las heridas que tienen y que actualmente no encuentran dónde sacarlas en sus referencias partidarias. No soy madre biológica, pero la guerra me llevó a asumir una maternidad social y toda mi familia fue capturada, fue desaparecida y actualmente muchos compañeros del FMLN me dicen que para que yo pueda superar estas heridas de la guerra tengo que ser madre. Se mantiene la visión de que las mujeres sólo nos vamos a realizar siendo madres.

Hubiera sido bien interesante que esta investigación la hubiera asumido el FMLN o que se le hubiera ocurrido al FMLN. Esta reunión es un signo de los tiempos y muestra que aún hay coincidencias, que las mujeres todavía podemos creer -dependiendo de si estos aspectos se retoman o no- en proyectos en los que creímos durante muchos años. Creo que esta es una oportunidad importante

para que tengamos un poquito más de apertura para aprender de las propuestas feministas y para quitarnos toda esa cantidad de prejuicios que hemos tenido durante mucho tiempo contra las organizaciones de mujeres.

Nidia Díaz: El costo social de una guerra es bastante alto y a estas alturas seguimos cargando con una responsabilidad histórica respecto a cómo saldar la situación de las mujeres y los niños. En el FMLN se ha creado una Secretaría de la Mujer desde hace tiempo, pero ahora espero que profundice el análisis de estos temas de sexualidad y maternidad.

En los años 70 hubo dos vertientes en la guerrilla: las Fuerzas Populares de Liberación y el ERP, yo vengo del ERP donde el abordaje de la maternidad era estricto, es decir, casi nadie salía embarazada. En el 75 organizamos el PRTC y ahí también hubo debate sobre la maternidad. Recuerdo a una compañera que fue presionada por la dirección para que abortara y lloró mucho, para otras era más fácil recurrir al discurso de la responsabilidad y el deber ser, y quizás en el fondo era miedo a sufrir.

Yo tuve un hijo, el único, en el año 80, después de varias veces de evitar salir embarazada a pesar de que mi compañero quería un hijo. Yo tenía miedo a sufrir, a separarme de mi hijo, a dejarlo con otra persona o dejarlo huérfano, por eso cuando tomé la decisión fue cuando estábamos en una situación pre insurreccional, porque nosotros fuimos a la ofensiva del 81 diciendo que al día siguiente nos veíamos en el Parque Libertad, entonces yo dije: este es el momento de embarazarme para que mi hijo nazca en la revolución. Me acuerdo que en el año 73 un compañero me pedía un hijo y yo le decía que no, cuando lo reencontré en el 84 me dijo: “ese hijo que tenés ahora fuera nuestro cuarto hijo”. “¡Así que vos me hubieras tenido pariendo hijos!”, le dije yo.

El costo que uno paga cuando se reencuentra con los hijos es alto, yo me he reencontrado con él después de casi 12 años, hoy ya es un adolescente y yo me siento más amiga que madre. Él me reconoce porque mi mamá formó en él hábitos de quererme, pero dice que no se siente plenamente identificado conmigo, él ve a su abuela como su referente materno y a mí me respeta políticamente pero muchas veces me pregunta “¿Por qué no firmó la paz antes?”, “¿pudo usted evitar la guerra o no?” y cuando yo le digo que me acompañe a alguna actividad se niega, me dice que la participación política fue mi decisión, no la suya. Eso son cuestionamientos que lo estremecen a uno. Yo le mandé una foto con un montón de niños y le decía: “yo lucho por todos estos niños y allí vas incluido vos”, hoy me dice “¿dónde están todos estos niños, qué ganaste para estos niños?” Y a mí me cuesta explicarle los Acuerdos, decirle que transformaron la Constitución política, él quisiera ver más cosas.

Cuando me quedé embarazada le dije al compañero y lo asumimos, pero le informamos a la dirección del partido y les dije que si ellos consideraban que había otras responsabilidades estaba dispuesta a aceptar su decisión. Entonces sólo se me quedaron viendo y me dijeron: “tenélo”. Ahora yo no pediría permiso, pero en aquel momento sí lo hice y como yo muchas compañeras de niveles

de dirección, que son las experiencias que más conozco, lo hicieron y el partido a veces decía que no era conveniente y se armaban polémicas.

Ahora que estamos construyendo la democratización del país y transformando valores, debemos dejar en libertad a la mujer, ya no presionar por el aborto o por el no aborto, dejarla libre para decidir lo que quiere hacer, con educación sexual para que no haya embarazos prematuros. La homosexualidad y el lesbianismo son temas que rasgan todavía, por eso debemos debatirlos sin hacer demagogia; conozco personas con esas opciones que han tenido dificultades para asumir cargos de dirección.

Morena Herrera: Me alegra escuchar la reflexión de Nidia sobre el derecho de las mujeres a decidir sobre su cuerpo, porque entiendo que desde las posiciones de izquierda lo que queremos para nosotras lo queremos para las otras también y ojalá que, cuando el movimiento de mujeres empecemos con las campañas por la maternidad voluntaria, encontremos ese apoyo, ese compromiso y esa solidaridad.

En relación a la investigación hay dos aspectos que me llamaron la atención: la coincidencia entre las mujeres de origen urbano y rural en las sensaciones de dolor y desgarramiento al dejar a los hijos y cómo se vive eso como una experiencia que no quisiéramos repetir. Por otro lado, las rupturas que vivimos entre la maternidad biológica y el maternazgo no implicaron cuestionar el deseo de ser madres, no nos cuestionamos para nada ese mandato tan fuerte de la feminidad.

Me quiero referir a la necesidad de atender los problemas que se han generado por esa maternidad en guerra, de acompañar y facilitar recursos para las mujeres que enfrentamos el reencuentro con los hijos y las hijas. Nos encontramos con hijos e hijas que no quieren acompañarnos en nuestra opción política y también con su rechazo y con la gran factura que nos pasan por el abandono, porque efectivamente fuimos irresponsables con ellos. Yo aspiraba a que mis hijas tuvieran ideas revolucionarias y no es así: al contrario, tienen un rechazo total y me reclaman, me dicen: “vos me abandonaste y para vos fue más importante tu causa que yo, ahora no quieras que te reconozca como madre”. Estoy convencida de que mi caso no es el único, que somos muchísimas las mujeres que estamos enfrentadas con este conflicto, que tenemos hijas que no conocieron nunca a los padres y que no tienen ni siquiera un papelito que le diga a la criatura “en este partido militó tu padre”, para que esa adolescente pueda hacer vínculo con ese progenitor desdibujado.

En el tema de las indemnizaciones es grave que, porque no reconocieron los hombres a sus hijas o hijos antes de morir, no podamos contar con la posibilidad de que a esas criaturas les llegue algo del padre fallecido; son muchísimas las mujeres que están haciendo cola en ASALDIG y ADEFAES que no han resuelto ese problema y no tienen a nadie que las escuche, incluso hay alcaldías administradas por el FMLN que le están negando a la gente el acta de defunción de sus familiares. Esas cosas hay que atenderlas y son urgentes.

Por otro lado están las deudas que tenemos con esas mujeres que nos alimentaron, que se levantaron en la madrugada a darnos el café y que ahora se sienten abandonadas por el hijo malcriado, por el FMLN y sus muchachos que llegamos a pedirles tortillas, a decirles “mama Tina”, “mama Lina” y les permitimos valorarse a partir de ese rol maternal. Son esas mujeres las que no están incorporadas en las listas de las indemnizaciones, a menos que hayan cumplido los 55 años y que tengan registro legal de sus muertos. Hace unos días, en la vigilia de los padres jesuitas, encontré a una mujer que perdió seis hijos en la guerra y no tiene los 55 años y además ni siquiera consiguió el papelito de los que repartieron en la UCA para decir el nombre de sus mártires. ¿Qué respuesta hay para estas mujeres, que no son una sino muchísimas?

Como creo en la necesidad de priorizar las propuestas, priorizaría esta porque me parece que es urgente atender a estas mujeres que convocamos a apoyarnos durante la guerra.

Gladys Ramírez: Qué difícil es vivir en un medio donde nos presionan tanto en torno a la reproducción. Quiero compartir con ustedes el conflicto de una compañera de mi colectivo que estaba embarazada y le bajaron la línea de abortar, ella no estaba preparada para esa decisión, pero ahora me encuentro con todos esos compañeros con quienes yo compartí y trabajé y la primera pregunta que me hacen es: “¿qué pasó con vos, por qué no has tenido un hijo, cuándo vas a tenerlo?” Ya no se acuerdan de que antes las mujeres embarazadas eran rechazadas y acusadas de embarazarse para no cumplir con su responsabilidad o no hacer tal actividad.

Por otro lado, quiero rescatar la importancia que para mí tiene esta investigación porque es como la recuperación social de todas esas cosas que han estado calladas en las mujeres, sólo el hecho de leerla ya es terapéutico; creo que va a ayudar a la recuperación de toda la gente que hemos mantenido en silencio estas vivencias de la guerra. Agregaría una propuesta a las que ya tienen: que se solicite al FMLN que haga un evento donde convoque a las mujeres de izquierda y reconozca que cometió el error de no retomar el problema de género.

Ángela Zamora: Es en torno a la maternidad donde hay más conciencia sobre las secuelas que ha dejado la guerra, incluso nosotros mismas hablamos más de nuestra experiencia maternal que de nuestra experiencia sexual, aquí mismo lo hemos podido ver. Una primera cuestión al respecto es que, como en la investigación están los dos temas, en los eventos o actividades de divulgación se cuida que no sólo se hable de maternidad sino que se impulse también el debate sobre la sexualidad, para ir rompiendo ese tabú.

La maternidad durante la guerra ocasionó varias contradicciones a las mujeres: responder a la causa o ser responsable con los hijos; por supuesto que prevaleció la responsabilidad con la revolución y no voy a menospreciar esa opción. La otra contradicción era si tener o no tener al hijo y de allí surge el uso de los anticonceptivos y la cuestión del aborto. Estas contradicciones dejan secuelas ideológicas-morales bien difíciles de reparar en las

personas que las vivieron, pero se puede llegar a racionalizarlas para salir adelante.

El otro aspecto es el abandono de la responsabilidad paterna. Muchas mujeres fueron madres solas en la guerra, no sólo porque las condiciones lo imponían sino también porque ellas no tenían conciencia de lo que significaba tener un montón de niños de diferentes compas, y ahora tenemos un problema bastante fuerte en ese sentido.

Otro tema es el de los hijos no deseados, que tiene que ver con el tema de sexualidad y el hecho de que no era trabajado de manera correcta y, lógicamente, salían un montón de embarazos producto de las circunstancias. Quiero hablar de mi experiencia en la escuela de reclutas que dirigí y en la que llegó un momento en el que dije: “no reclutemos más compañeras porque el reclutamiento es sólo para salir embarazadas y no podemos controlar esa situación”. Si quieren decir que fui antifeminista no me importa, pero la realidad era que teníamos un montón de niños en las comunidades, niños no deseados por sus madres jóvenes. Tampoco había en aquellos momentos condiciones materiales ni espirituales para tener un trato diferenciado hacia las mujeres embarazadas.

Actualmente y de cara al futuro en el Frente, tenemos que revisar dos situaciones que se pueden repetir: el abandono de los hijos o irresponsabilidad paterna y la falta de consideración para el ejercicio de la maternidad dentro del quehacer público. Creo que en torno a estas dos cuestiones nos puede abonar mucho esta reflexión sobre el pasado. Hay todo un debate en el interior del Frente sobre la democratización interna, las formas de ampliarnos, de no utilizar a los sectores, y tendríamos que aprovechar los resultados de esta investigación para que abonen al debate actual.

Respecto a lo que se plantea de cambiar el criterio de los 55 años para tener acceso al fondo de víctimas de guerra, es difícil hacerlo porque la negociación al respecto está cerrada, pero podríamos llevar esta preocupación al equipo de seguimiento y acuerdos para ver si se pueden elaborar algunas políticas de corrección al respecto.

Creo que esta reflexión sobre las vivencias del Frente en torno a la maternidad y la sexualidad puede servir para otros movimientos revolucionarios que aún pueden corregir o tomar políticas al respecto. Pienso en la URNG, en el Frente Sandinista, en Chiapas, donde las dirigencias máximas tienen más peso masculino que femenino y creo que este debate hay que darlo en los espacios mixtos también.

David Pereyra: Escuchando las intervenciones de distintas compañeras pienso que con lo difícil que fueron aquellos momentos de la guerra, las cosas no podían ser de otro modo; incluso si de nuevo nos viéramos obligados a ir a la guerra, algunas de aquellas directrices volverían a repetirse, sin duda afinadas, corrigiendo errores que cometimos en aquel momento, pero la esencia sería la misma.

Al inicio de la guerra recuerdo que la directriz principal era evitar los embarazos. Teníamos una visión de corto plazo y necesitábamos a todas las personas, hombres y mujeres, en disposición para el combate. Si habíamos renunciado a nuestro hogar, si había-

mos renunciado a todo lo que teníamos para dedicarnos a la guerra, también se hacía una labor ideológica para ganar a las compañeras y convencerlas de que renunciaran a ese derecho o lo pospusieran para después de la guerra. Como no fue posible evitarlos y se dieron los embarazos con y sin permiso, y no teníamos las suficientes condiciones para darle la atención que requería una compañera embarazada, optábamos por sacarlas del frente, aunque eso significara una fuga de combatientes necesarios para continuar el combate.

En la medida en que nos percatamos de que la guerra se prolongaba y que además se establecían relaciones más o menos estables entre las parejas, cosa que fomentábamos, también fuimos cambiando nuestra política en relación a los embarazos y se hacía un esfuerzo por convencer, no por prohibir, a la pareja de que no tuviera al hijo, que no hubiera embarazo.

A los que nos tocó compartir aquellos años de guerra sabemos lo difícil que era el movimiento rápido, la necesidad de moverse varias veces en un mismo día, tener la capacidad de reaccionar inmediatamente, la tensión del bombardeo, del combate, todas aquellas crisis de nervios que afectaban la salud de las mujeres y su capacidad de movimiento; para quien tenía la responsabilidad de conducir la fuerza en medio de un combate era bastante difícil dar el voto a favor de los embarazos. A mí me tocó jugar ese papel, pero además pesaba en nosotros otro elemento: la responsabilidad del padre y la madre frente a aquel hijo, porque era triste cuando en poco tiempo, a veces antes de que naciera el hijo, el padre ya había muerto. Que se murieran hombres y mujeres en la guerra era cosa común, pero ¿qué hacíamos con aquellos niños? Dejamos regazón de niños en las comunidades. Toda esta situación confirmó, arraigó la convicción de que era mejor evitar el embarazo aunque dejábamos la decisión a la pareja.

Se hicieron esfuerzos para evitar el embarazo: el uso de anticonceptivos, el aborto como última instancia y aún en esos casos, fue motivo de muchos conflictos. Generalmente no eran las jefaturas quienes tomaban la decisión sino que la tomaba la pareja, el padre y la madre del niño, pero estos casos fueron dolorosos; a mí me resultaba doloroso porque era la vida de la madre la que estaba en juego, recuerdo que si se trataba de un tercer aborto yo mismo me oponía, aun cuando la madre lo planteaba. Por todo aquello, pienso que esas políticas fueron acertadas, a pesar de lo doloroso que nos resultó a todos el aplicarlas; reflexionándolo ahora confirmo que fue necesario.

Quiero terminar diciendo que, a pesar de lo interesante de esta temática, veo bastante difícil que pueda ser asumida en el FMLN, al menos por ahora, pero es importante que ustedes continúen, nadie mejor que las organizaciones femeninas para continuar este debate. Esta es nuestra historia, independientemente de que estemos o no de acuerdo con algunas cosas que aquí se dicen, esta es nuestra historia y la asumimos, no tenemos ningún temor de que se conozca, es importante que se conozca.

Héctor Acevedo: A mí me parece que esta discusión tiene la gran virtud de que nos atrevamos a discutir hombres y mujeres estos temas, yo por lo menos es la primera vez que participo en un debate de este tipo y me alegra mucho. Este documento nos retrata de cuerpo entero y definitivamente el tema es espinoso, en algunos casos no se quisiera enfrentar ni siquiera discutir o hablar de él.

Al principio me hacía la siguiente pregunta: ¿por qué el documento retratará únicamente una cara de la moneda? Porque la guerra tiene dos caras y aquí sólo se habla del FMLN, de la izquierda, pero no se dice nada de cómo era el comportamiento del enemigo. Me alegró cuando una compañera dijo que la izquierda es la única que tiene posibilidades de cambiar esta situación que estamos retratando; eso, por supuesto, lo recupero como algo positivo. Hay temas que no se han tocado más en profundidad y hay temas de los que ni siquiera se ha hablado, por ejemplo, el de los sistemas de inteligencia, allí nos encontraríamos que el uso inadecuado, vulgar y hasta grosero de la mujer para sacar información, tanto para el FMLN como para el enemigo, es digno de analizarse porque fue algo realmente muy fuerte. Ojalá este trabajo sirva para que la derecha también se atreva a discutir cómo ellos enfrentaron el tema de las mujeres durante la guerra.

Ana Gertrudis Méndez: Para las mujeres que crecimos en una cultura patriarcal, donde el rol principal y la realización mayor de una mujer es la maternidad, ser madre durante la guerra fue algo violento. Yo tuve una hija y el hecho de dejarla y no ejercer el papel de madre me provocó tremendos traumas y contradicciones y por eso este tema para mí es bien difícil tocarlo, no lo he superado y creo que muchas mujeres vivimos esta misma situación. Haber soñado toda la vida con el reencuentro idealista en una sociedad diferente y encontrarse en la realidad con una hija que tiene todos los patrones tradicionales de lo que es una mamá y te exige que los cumplas es una situación emocional difícil, que no se contempló en los Acuerdos de Paz. No pensamos en los problemas de la reinserción de las y los combatientes en sus familias que seguían siendo tradicionales.

Hoy se critica muy fácilmente que las compañeras ya no participen como antes y se llega a decir que solamente les preocupa su vida privada, y no es eso, es que ahora vivimos una realidad distinta. Antes le dábamos las 24 horas del día al partido porque no había que estar pendiente de los hijos, pero hoy tenemos que ejercer la maternidad mientras el hombre sí puede estar en el papel político.

Sobre el tema del aborto yo creo que muchas veces fue una cuestión obligada, en contra de la concepción de las mujeres y algunas todavía lo viven con culpabilidad, no lo han superado aún. Analizando este tema como parte de la construcción de un nuevo pensamiento, necesitamos ver por qué cuando se habla del aborto todo mundo le echa la culpa a la mujer, porque ni ahora ni en la guerra se veía como un problema de los hombres. Ellos dejaban embarazada a la mujer y no reparaban en las consecuencias; el aborto fue la causa de que murieran muchas compañeras y el hombre no se preocupaba en buscar medidas para evitar los hijos, era problema de la mujer hacerlo.

Deysi Cheyne: Quiero reconocer, como feminista y también como militante del FMLN, este trabajo de Las Dignas que creo que es muy valioso. Le veo dos virtudes, una es que permite recrear la vivencia de la guerra en momentos en que no sólo la derecha sino también parte de la izquierda han enterrado la guerra y eso es malo porque si nosotros olvidamos el pasado, lo que hicimos y cómo lo hicimos, no vamos a saber cómo construir el futuro; en la medida en haya gente, sectores, organismos y compañeras que nos dan ese privilegio de volver a recrear ese pedazo de historia de nuestro país, en esa medida vamos a aprender lecciones, a corregir errores y vamos a saber construir mejor el futuro.

La otra virtud que le veo es la vigencia que tiene para la posguerra. Si es difícil revisar el pasado, quizás es más difícil revisar cómo está enfrentando el FMLN en este momento el problema de este montón de mujeres sin esposos, de este montón de hijos huérfanos, de este montón de problemas que tenemos alrededor de las pensiones. En la posguerra se sigue viviendo el acoso sexual, la violación, el aborto y la prostitución y el Frente no puede quedarse ausente o al margen de esos fenómenos sociales.

Considero que el FMLN debe ver esta investigación no como un intento de ponerle en el banquillo de los acusados sino como un llamado de alerta hacia estos fenómenos que no son sólo preocupación de las mujeres, sino que deben formar parte de la agenda política del Frente y de la izquierda política de este país. Este trabajo debe verse como un puente que el movimiento de mujeres está tendiendo al FMLN.

Hoy, a pesar de la dificultad que hemos tenido para discutir estos temas tan escabrosos, se ha iniciado un debate que tiene una dimensión muy grande para todas las revolucionarias y revolucionarios, y el FMLN tiene que “poner sus barbas en remojo” ante las evidencias que plantea esta investigación.

RENCIAS

BAKER, J. (1987) *Hacia una nueva psicología de la mujer*. Barcelona: Ed. Paidós.

AMUNÁTEGUI, B. y otras (Colectivo La Mandrágora) (1984) "La mujer en la guerra: El Salvador". *Anales*. México D.F.

BENÍTEZ, R. (1989) *La teoría militar y la guerra civil en El Salvador*. San Salvador: UCA Editorial.

CASTAÑEDA, J. (1993) *La utopía desarmada*. México: Ed. Joaquín Mortiz-Planeta.

CENTRO DE DIRECCIÓN DE LA RADIO FARABUNDO MARTÍ (s/f) "El Poder Popular Local y el avance de la guerra de liberación en El Salvador". San Salvador: mimeo.

COLL, R. (1992) "Dejar de ser madre". *Debate Feminista*, año 3, vol. 6. México D. F.

COMANDANCIA GENERAL DEL FMLN (1985) "Los 15 principios del combatiente guerrille-

ro". Morazán: mimeo.

COMANDANCIA GENERAL DEL FMLN (1985) "Valoración estratégica de la situación del FMLN". Morazán: mimeo.

COMANDANTE MARCIAL (1982) *La lucha de clases, motor del desarrollo de la guerra popular de liberación*. México: Ediciones Enero 32.

DE BARBIERI, T. (1992) "Sobre la categoría género. Una introducción teórico-metodológica". *Ediciones de las Mujeres* N° 17. Santiago de Chile: Isis Internacional.

DÍAZ, M. y D. BECKER (s/f) "Trauma y proceso social: los hijos de perseguidos en Chile" (s/r).

DÍAZ, N. (1992) *Nunca estuve sola*. San Salvador: UCA Editorial.

FPL (1977) "Manifiesto al pueblo salvadoreño y centroamericano". El Salvador: mimeo.

FOUCAULT, M. (1989) *Historia de la sexualidad. Tomo 1: La voluntad de saber*. Madrid: Ed. Siglo XXI.

FUNDACIÓN 16 DE ENERO (1994) "Estudio diagnóstico sobre el estado de la salud mental de excombatientes del FMLN". San Salvador: mimeo.

GARAIZÁBAL, C. y N. VÁZQUEZ (1994) *El dolor invisible de la guerra*. Madrid: Ed. Talasa.

GARCÍA, I. y E. GOMÁRIZ (1989) *Mujeres centroamericanas. Tomo 1: Tendencias estructurales*. San José: FLACSO.

GUINSBERG, E. (1991) "Algunas consecuencias de la ausencia de la noción de subjetividad en los procesos revolucionarios". *Revista de Psicología de El Salvador*, Vol. X, N° 42. San Salvador: UCA Editorial.

GUTIÉRREZ, D. (1993) *La persona, la fe y la revolución*. San Salvador: Ed. Ven y sígueme.

HARNECKER, M. (1991) *Con la mirada en alto*. Donostia: Ed. Gakoa.

HENRÍQUEZ, P. (1988) *El Salvador, Iglesia profética y cambio social*. San José: Editorial DEL.

JIMÉNEZ, M. (1992) "Entrevista a la Dra. Emilce Dio Bleichman". Tomo N° 2. México D.F.: UNAM.

JIMÉNEZ, M. (1994) "La maternidad: terreno de lo conocido que abre el cuestionamiento", en *Repensar y politizar la maternidad*. México D.F.: GEM.

LAGARDE, M. (1994) "Maternidad, feminismo y democracia", en *Repensar y politizar la maternidad*. México D.F.: GEM.

LAMAS, M. (1986) "Feminismo y maternidad". *Revista FEM*, Año 9, N° 43. México D.F.

LAMAS, M. (1994) "Maternidad: ¿qué proponer como feminista?", en *Repensar y politizar la maternidad*. México D.F.: GEM.

LANGER, M. (1985) *Maternidad y Sexo*. Barcelona: Ed. Paidós.

LÓPEZ VIGIL, J. (1994) *Las mil y una historias de Radio Venceremos*. San Salvador: UCA Editorial.

MARTÍN-BARÓ, I. (1992) "De la guerra sucia a la guerra psicológica: el caso de El Salvador". "Guerra y salud mental". "La violencia política y la guerra como causas del trauma psicosocial en El Salvador", en *Psicología social de la guerra*. San Salvador: UCA Editorial.

MARTÍN BERISTAIN, C. y F. RIERA (1992) *Salud mental: la comunidad como apoyo*. San Salvador: UCA Editorial.

MARTÍNEZ, A. (1992) *Las cárceles clandestinas*. San Salvador: UCA Editorial.

MEDRANO, J. y W. RAUDALES (1994) *Ni militar ni sacerdote*. San Salvador: Ed. Arcoiris.

MENA, F. (s/f) *Del ejército nacional al ejército guerrillero*. San Salvador: Ed. Arcoiris.

MENÉNDEZ, M. (1981) *El Salvador: Una auténtica guerra civil*. San José: Ed. Universitaria Centroamericana.

METZI, F. (1993) *Por los caminos de Chalatenango. Con la salud en la mochila*. San Salvador: UCA Editorial.

MOLYNEUX, M. (1986) "¿Movilización sin emancipación? Intereses de la mujer, el estado y la revolución. El caso de Nicaragua", en *La transición difícil*. México: Ed. Siglo XXI.

MUJERES POR LA DIGNIDAD Y LA VIDA (1993) *Hacer política desde las mujeres*. San Salvador: Ediciones Dignas.

NUÑEZ, O. (1988) *La insurrección de la conciencia*. Managua: Ed. ESUCA.

ORGANIZACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS (1993) *"De la locura a la esperanza. Informe de la Verdad"*. San Salvador: ONU.

RODRÍGUEZ, E. (1988) "Las leyes clandestinas (de una mujer en El Salvador)". Mimeo.

RUBIN, G. (1989) "Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad", en *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*. Madrid: Ed. Revolución.

RUIZ JEREZANO, C. (1994) "Maternidad y subjetividad", en *Repensar y politizar la maternidad*. México D.F.: GEM.

SAMAYOA, J. (1992) "Guerra y deshumanización; una perspectiva psicosocial", en *Psicología social de la guerra*. San Salvador: UCA Editorial.

TAIBO II, P., ESCOBAR, F. y F. GUERRA (1994) *El año que estuvimos en ninguna parte*. México: Ed. Joaquín Mortiz.

UELTZEN, S. (1994) *Conversatorio con los hijos del siglo*. El Salvador: Tercer Milenio.

VALQUI, C. (1983) *Los guerrilleros de Chinchontepec y el Guazapa*. México: Colección Pluma y Trinchera.

VÁZQUEZ, N. y C. MURGUIAL-
DAY (1992) "Sobre la escisión
vital de algunas feministas cen-
troamericanas". San Salvador:
mimeo.

WEEKS, J. (1993) *El malestar
de la sexualidad*. Madrid: Ed.
Talasa.

GRAFÍA

ACOSTA, M. y T. MERCADO (s/f) “De madres a comadres” (s/r).

AGGER, Y. (1993) *La pieza azul*. Chile: Editorial Cuarto Propio.

ANÓNIMO (1995) *Los escuadrones de la muerte en El Salvador*. San Salvador: El Jaraguá.

ARESTIVO, C. y otros (1994) *Psicología y violencia política en América Latina*. Santiago de Chile: Ediciones Chile América CESOC.

ARON, A. y otras (1991) “El terror sexual en El Salvador y Guatemala”. *Ediciones de las Mujeres* N° 15. Santiago de Chile: Isis Internacional.

BACKER, D. y otras (s/f): “Muerte y duelo” (s/r).

CEMUJER (1992) *Norma: Vida insurgente y feminista*. San Salvador: UCA Editorial.

CORDERO, M. (1985) *Mujeres de abril*. Santo Domingo: Ed. Populares Feministas.

GARAIZÁBAL, C. (s/f) “Dependencia e independencia afectiva”. “Estereotipos de género y sexualidad”. Mimeo.

HELLER, A. (1977) *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona: Editorial Península.

HORER, S. (1981) *La sexualidad de las mujeres*. Barcelona: Gedisa.

JARQUÍN, J. (1993) “Análisis del modelo institucional de atención materna en El Salvador”. *Memoria de Labores del MSPS período 1991-1992*. San Salvador: MSPS

KOMFELD, E. (1992) “Guerra psicológica: intervención política de la subjetividad colectiva”, en *Psicología social de la guerra*. San Salvador: UCA Editorial.

LECHNER, N. (1990) “De la revolución a la democracia”. Debate Feminista. México.

LIEVENS, K. (1986) *El quinto piso de la alegría*. Holanda: Ed. EPO.

MARTIN-BARÓ, I. (1980) "La imagen de la mujer en El Salvador". *ECA* N° 380. San Salvador: UCA Editorial. --- (1989) "La opinión pública ante los primeros cien días del gobierno de Cristiani", *ECA* N° 490-491. San Salvador: UCA Editorial.

MOSS, W. y otros (1991) *La historia oral*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

MUJERES POR LA DIGNIDAD Y LA VIDA (1992) "Memoria del taller sobre Maternidad". *Colección Memorias*. San Salvador: Ediciones Dignas.

MUJERES-94 (1993) "Diagnóstico de la participación de la mujer en el sector informal urbano". San Salvador: mimeo.

PIÑERO, M. (1993) *Las ramas salvajes de la ternura*. San Salvador: UCA Editorial.

PUGET, J. y R. KAES (1991) *Violencia de Estado y psicoanálisis*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

RIVERA, A. y otras (1995) *¿Valió la pena?! Testimonio de salvadoreñas que vivieron la guerra*. San Salvador: Ed. Sombrero Azul.

SHERFEY, M. (1974) *Naturaleza y evolución de la sexualidad femenina*. Barcelona: Ed. Barral.

TUBERT, S. (1988) *La sexualidad femenina y su construcción imaginaria*. Madrid: Ed. El Arquero.

UELTZEN, S. (1993) *Como salvadoreña que soy*. San Salvador: Ed. Sombrero Azul.

UMAÑA, N. y C. de CHÉVEZ (1993) "Cruzando el Sumpul. La experiencia de las mujeres como maestras populares en el Nororiente de Chalatenango (1982-1992)". Tesis de Licenciatura en Sociología. San Salvador: UCA.

UNICEF/OPS (1992) "Madres adolescentes". San Salvador: mimeo.

Bibliografía utilizada para la elaboración del capítulo I

- ACEVEDO, C.** (1989) "La propuesta de paz más viable del FMLN". ECA N° 483-484. San Salvador: UCA Editorial.
- AGENCIA LATINOAMERICANA DE INFORMACIÓN-ALAI** (1981) "Tres momentos de la coyuntura salvadoreña". ALAI, 5(9).
- CABARRÚS, C.** (1993) *Génesis de una revolución*. México D.F.: Ediciones de la Casa Chata.
- CAÑAS, A.** (1989) "La guerra en los primeros cien días de ARENA". ECA N° 490-491. San Salvador: UCA Editorial.
- CAÑAS, R.** (1995) Entrevista de Norma Vázquez. San Salvador: mimeo.
- COMADRES y CODEFAM** (1984) "Estaremos presentes en el diálogo". ECA N° 39 (432-433). San Salvador: UCA Editorial.
- COMANDANCIA GENERAL DEL FMLN** (1985) "Mensaje al pueblo". Morazán: mimeo.
--- (1984) "Plan para el trabajo con las masas". "Sobre el crecimiento y la conducta de nuestras fuerzas con las masas". Chalatenango: mimeo.
--- (1984) "Comunicado del FMLN-FD sobre G.P.A.P.". Morazán: mimeo.
--- (1983) "Directrices para la lucha política del FMLN en esta nueva fase del proceso de guerra". "Línea internacional del FMLN". "Sobre el desarrollo del FMLN". "Sobre el carácter y perspectiva de la guerra revolucionaria en el Salvador". Morazán: mimeo.
--- (s/f) "Surgimiento y desarrollo de la lucha armada en El Salvador" (s/r).
- COMISION EXTERIOR FMLN Y COMITÉ EJECUTIVO FDR** (1983) "Lineamientos para el trabajo FDR-FMLN en el exterior". Morazán: mimeo.
- FDR** (1980) "Plataforma programática del Gobierno Democrático Revolucionario" San Salvador: mimeo.
- FLORES, F.** (s/f) "Programa de Gobierno y coyuntura política postelectoral" (s/r).
- FMLN** (1993) "Documento Político". San Salvador: Ediciones Alternativa.
- FPL-FMLN** (1990) "Documento de las FPL". Mimeo.
--- (1986) "Documentos del FMLN sobre diálogo-negociación". "Métodos conspirativos". "Plan Militar 1986-87". Chalatenango: mimeo.
--- (s/f) "Caracterización del movimiento estudiantil universitario en El Salvador durante el período 1970-1994" (s/r).
--- (s/f) "¿Qué son las FPL-Farabundo Martí?". Colección *El pueblo armado vencerá*. El Salvador: FPL.
--- (s/f) "En poder del pueblo. Operación revolucionaria; ¡Viva la lucha de los pueblos de Asia, África y América Latina!" (s/r).
- FUDEM** (1993) "Diagnóstico de la mujer salvadoreña". San Salvador: mimeo.
- GABRIEL, L. y otros** (1990) *El Salvador, del terror al diálogo*. México D.F.: Ed. Mestiza.

GRANDE, M. (s/f) "Ofensiva hasta el tope" (s/r).

GUERRA, T. (1979) *Octubre sangriento*. San José: Ediciones Revistas Respuesta.

HARNECKER, M. y I. PERALES (1990) *Guerra en El Salvador. Entrevistas con comandantes del FMLN*. Donostia: Gakoa.

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ECONÓMICAS (1984) "Impacto del sabotaje a la energía eléctrica sobre la economía de la zona oriental de El Salvador 1979-1982". *Boletín de Ciencias Económicas y Sociales*, 7(2) 2. San Salvador: UCA Editorial.

JOVEL, F. (1993) "Informe central. IV Congreso del PRTC". San Salvador.

LA PRENSA GRÁFICA (1992) *El conflicto en El Salvador*. San Salvador

LÓPEZ, Y. (s/f) "Rasgos sociales y tendencias políticas en El Salvador (1969- 1979)" (s/r).

LUNGO, M. (1987) *La lucha de las masas en El Salvador*. San Salvador: UCA Editorial.

MARTELL, J. (s/f) "*La ofensiva de noviembre; lecciones y efectos*" (s/r).

MONTALVO, A. (1993) *Los Acuerdos de Paz un año después*. San Salvador: CINAS.

MONTOYA, A. (1989) "A diez años del golpe de Estado del 15 de octubre de 1979". *Realidad Económico-Social* N° 11. San Salvador: UCA Editorial.

MUJERES POR LA DIGNIDAD Y LA VIDA (1993) "Transferencia de tierras; discriminaciones hacia las mujeres". *Colección Debates* N° 2. San Salvador: Ediciones Dignas.
--- "Las Dignas frente al Informe de la Verdad" (1993). San Salvador: mimeo.

NAVAS, C. (1987) "Las organizaciones de mujeres en El Salvador; 1975-1985". Tesis de Maestría en Estudios Latinoamericanos. México: UNAM.

PERALES, I. (1988) *El volcán en guerra. El Salvador 1979-1987*. Madrid: Ed. Revolución.

ROITMAN, M. y otros (1988) *Crisis y militarización en Centroamérica*. Madrid: Ed. Revolución.

SOLÍS, C. (1989) "El movimiento popular a los cien días del gobierno de ARENA". *ECA* N° 490-491. San Salvador: UCA Editorial.

UCA (1980) "Avances en la unidad de las fuerzas revolucionarias". *ECA* N° 384-385. San Salvador: UCA Editorial.
--- (1992) "Cinco tesis sobre el proceso de paz". *ECA* N° 523-524. San Salvador: UCA Editorial.
--- (1989) "Crónica del mes". "La marcha de la guerra". *ECA* N° 492. San Salvador: UCA Editorial.
--- (1989) "Crónica del mes". *ECA* N° 483-484. San Salvador: UCA Editorial.
--- (1980) "Plataformas reivindicativas". *ECA* N° 384-385. San Salvador: UCA Editorial.
--- (1980) "Paro nacional de la Coordinadora Revolucionaria de Masas". *ECA* N° 380. San Salvador: UCA Editorial.

--- (1980) "Primeros acuerdos de unidad de las fuerzas democráticas y revolucionarias". *ECA* N° 377-378. San Salvador: UCA Editorial.

--- (s/f) "Violencia generadora de violencia". San Salvador: UCA Editorial.

UNTS-FENAPES (1986) "Resoluciones del foro nacional por la supervivencia y paz del pueblo salvadoreño". *ECA* N° 449. San Salvador: UCA Editorial.

VALLECILLOS, L. y V. ORELLANA (1980) "La unidad popular y el surgimiento del Frente Democrático Revolucionario". *ECA* N°. 377-378. San Salvador: UCA Editorial.

VARIOS AUTORES (1980) *El Salvador, un pueblo en lucha*. Nueva York: Artículos de Perspectiva Mundial.

VILLALOBOS, J. (1986) "El estado actual de la guerrilla y sus perspectivas". *ECA* N° 449. San Salvador: UCA Editorial.

--- "Perspectiva de victoria y proyecto revolucionario". *ECA* N° 483-484. San Salvador: UCA Editorial.

--- (1983) "¿Por qué lucha el FMLN?". Morazán: Ed. Sistema Radio Venceremos.

WHITE, A. (1987) *El Salvador*. San Salvador: UCA Editorial.

ZEPEDA, J. (s/f) "Ofensiva del FMLN contra el pueblo salvadoreño" (s/r).

